

# Flor seca

GRAZIELLA MORENO



# FLOR SECA

GRAZIELLA MORENO

ALREVÉS  
BARCELONA-2017

Primera edición: marzo de 2017

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a  
08034 Barcelona  
[info@alreveseditorial.com](mailto:info@alreveseditorial.com)  
[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

© Graziella Moreno, 2017  
© de la presente edición, 2017, Editorial Alrevés, S.L.  
©Diseño de portada: Ernest Mateu

ISBN: 978-84-16328-95-6  
Código IBIC: FF

Producción del ebook: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—Las flores secas en los libros están hechas de una cosa que tú no conoces.  
—¿De qué?  
—De silencio.

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA,  
*Tiempo de venganza*

Conócete a ti mismo.  
Inscripción del templo de Apolo en el oráculo de Delfos

(siglo VIII a. C. hasta el 385 d. C.)

***23 de mayo del 2015***

Hay ciertos secretos que no se dejan expresar.

EDGAR ALLAN POE,  
*El hombre de la multitud*

La bala atravesó la piel, el hueso y se alojó en el cerebro, acabando con la sonrisa de cocodrilo del viejo, por fin. A la rubia le esperaba el mismo destino, pero en su caso prefirió dispararle al corazón, o a lo que tuviese en su lugar, porque había conocido pocas hijas de puta como ella. Ver apagarse esos resplandecientes ojos verdes para siempre merecía una buena celebración. El mundo estaría mucho mejor sin el viejo y la rubia. Sin duda.

Pero nada de todo esto era real; tan solo imágenes reconfortantes que lo habían acompañado mientras, sin prisa ninguna, conducía por la ciudad hasta llegar a su destino. Aparcó en el primer espacio que encontró y encendió un cigarrillo mientras echaba a andar. Aspiró el humo con ansiedad. Fumar no lo calmaba, pero lo ayudaba a centrar las ideas. Y por Dios, le hacía mucha falta.

Nada bueno podía resultar de la visita que iba a hacer. Sus pies lo llevaban, obedientes, hasta la entrada, pero una parte de su mente le susurraba que todavía podía dar media vuelta y acabar con todo. Darse de baja del tema, fin de etapa. Por unos instantes jugó con esa idea, pero para qué engañarse, sabía que no lo haría. Tenía que reconocer que no siempre puede elegirse el camino y que, a veces, no hay una segunda opción. Eso está reservado para los que tienen la valentía de seguirla, y a estas alturas estaba claro que no pertenecía a ese grupo, pensó, esbozando una sonrisa amarga.

No era necesario llamar al timbre. Se limitó a esperar a que le abrieran mientras apuraba el cigarrillo y miraba a ambos lados de la calle. Varias cámaras de seguridad registraban todos los movimientos en unos cuantos metros alrededor de la finca. Era materialmente imposible acercarse sin ser observado, lo había comprobado personalmente.

Como en un cuento tras la palabra mágica, la pesada puerta gris se abrió lo justo para darle paso. Se guardó la colilla en el bolsillo de la chaqueta y

empezó a subir los escalones de piedra que serpenteaban por el jardín, en el que se advertían signos de trabajo continuo. Oía a hierba recién cortada y a abono. Arrugó la nariz, «vaya pestazo», pensó, la tierra hedía como un auténtico montón de mierda. Cada planta, cada arbusto y cada árbol eran cuidados con mimo hasta la última hoja; el dueño de la casa exigía la perfección y, además, podía permitírselo, aunque el visitante no entendía la necesidad de gastarse una fortuna en ello. Se le ocurrían muchas otras formas de tirar el dinero.

Vio una mata de hortensias azules y, con disimulo, arrancó una de las flores que fue deshojando en su camino, dejando un rastro en el suelo. Necesitaba desahogarse un poco. Pasó junto a un busto de mármol blanco sobre un pedestal del mismo material que representaba al dios griego Apolo y le lanzó el resto sobre la pétreo cabellera, dándole un toque de color. En el pedestal había una frase grabada, «El dios cuyo oráculo está en Delfos ni dice ni oculta, sino da señales», que por lo visto había escrito un tal Heráclito. «Vaya sarta de gilipollecés», pensó. Aunque viniendo del viejo, no le extrañaba nada, el tío estaba como una chota.

Llegó a la lujosa piscina, en la que una isla central provista de tumbonas bajo una pérgola de dimensiones considerables cubierta por una hiedra espesa invitaba a tomarse un gin-tonic y relajarse. No había nadie dándose un baño, la temperatura no era mala, pero las nubes que corrían por el cielo quitaban las ganas a cualquiera. Un hombre vestido con un mono granate brillantaba una de las duchas y ni siquiera se dignó a mirarlo cuando pasó por su lado. Estaba visto que a estas alturas ya formaba parte del mobiliario. En un arranque, sacó la colilla del bolsillo y la tiró al suelo. Al menos, que el tío del mono granate se ganara el sueldo.

Tras otro tramo de veinte escalones, llegó a una terraza orientada hacia el este, presidida por un enorme olivo. Ocupó una butaca de mimbre negra provista de mullidos cojines blancos y esperó. Desde allí se divisaba toda Barcelona, las grúas del puerto, que en la distancia parecían de juguete, y el mar. Como siempre, se entretuvo distinguiendo los edificios más altos: la Sagrada Familia, la torre Agbar, el hotel Arts, y en el terreno robado al mar, el hotel W Barcelona, al que todo el mundo llamaba «el Vela», dada su forma, semejante a la vela de un barco. Por enésima vez pensó que si viviera en una casa así pasaría el tiempo contemplando esa vista sin cansarse, dejando pasar las horas muertas, sin ninguna otra preocupación que no fuese la de tener que decidir en qué empleaba su tiempo, con indolencia, sin

presiones. Eso sí lo compraba el dinero, se recordó.

—Me gusta que seas puntual —dijo una voz, sobresaltándolo.

El viejo se sentó junto a él en otra butaca idéntica. No era demasiado alto, un peso pluma, pero su aparente fragilidad quedaba desmentida por el fulgor de sus pequeños ojos oscuros hundidos bajo unos párpados gruesos. El cabello gris, duro y espeso, cortado a cepillo, le daba un aspecto castrense, de hombre adaptado a la disciplina. Apoyó en su butaca el fino bastón negro que siempre llevaba, aunque nunca había visto que lo necesitara. La empuñadura plateada era la cabeza del dios, idéntica al busto al que acababa de adornar con los pétalos de la hortensia. Vestía pantalón, jersey fino de cuello redondo y cómodos mocasines. Su color era el gris en todos sus tonos, fuese invierno o verano; su rostro, enjuto, corriente, sin ningún rasgo que destacara entre una multitud. Imposible adivinar su edad. Incluso tenía serias dudas de que el nombre por el que se hacía llamar fuese el suyo. Nada de eso importaba, se recordó; su lema era: saber menos es más, aunque lo cierto es que sin proponérselo acababa sabiendo demasiado. Deformación profesional, quizá.

—Es una de mis virtudes —contestó con sarcasmo.

—Cierto —concedió el otro—. Bien, puedes empezar.

El visitante inició el relato que lo había traído allí. Intentaba exponer las ideas de la forma más concisa posible para no extenderse demasiado. Sabía que el otro odiaba los rodeos y las pérdidas de tiempo. Cuando terminó, su interlocutor permaneció en silencio, las manos cruzadas sobre el estómago, las piernas extendidas, la mirada perdida en el horizonte. Era su pose habitual, procesaba la información para darle las instrucciones adecuadas.

—De acuerdo —habló por fin, sin moverse ni un ápice—. Supongo que hasta tú mismo eres consciente de lo que hay que hacer; no podemos permitirnos que nada de todo esto salga a la luz, habrá que dejárselo bien claro —sentenció.

—Sí —suspiró. No le afectaba demasiado, estaba claro que en el negocio cada uno respondía por sí mismo. Lo que le jodía era que tuviera que encargarse él. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el reposabrazos de la butaca—. No podemos esperar más. ¿Lo hago solo o delego en alguien? —Lo miró con ansiedad mal disimulada. Odiaba la sumisión con la que se veía obligado a actuar, era una forma de recordarle constantemente lo que hacía y lo que era.

En ese momento, una mujer vestida con un maillot negro y zapatillas de *ballet* del mismo color cruzó la terraza inferior donde se hallaba la piscina. Su

cuerpo, alto y esbelto, y su melena rubia hasta la cintura, atrajo las miradas de los dos hombres hasta que desapareció de su vista. El del mono granate dio por terminado su trabajo y silbando desabridamente se alejó en la misma dirección que la mujer. Al ver la colilla en el suelo, se agachó a recogerla y el visitante se permitió una sonrisa torcida mientras se volvía a su interlocutor. La respuesta llegó con sequedad y sin mirarlo siquiera:

—No hablarás con nadie. Es tu responsabilidad, tú diriges el grupo, se supone que tienes que saber cómo actuar.

Ya se lo esperaba, le tocaba a él pringar y los demás se lavaban las manos.

—¿Seguiremos en la misma línea? —se atrevió a preguntar.

El otro volvió la cabeza y clavó sus ojos en los de él. Le costó aguantarle la mirada.

—No te pago para que me molestes con preguntas estúpidas, ya lo sabes. Espero no tener que pensar que también me he equivocado contigo. Vete y cumple.

El visitante se levantó, y en un intento por mostrar algo de dignidad, obvió una despedida e inició el camino de salida. El hombre de gris se mantuvo en la misma posición, observándolo. La mujer apareció sin hacer ruido y se sentó en el suelo a su lado, cruzando las piernas bajo su cuerpo.

—¿Confías en él? —Su voz tenía un leve acento extranjero, difícil de identificar.

—Ya no, su tiempo se ha terminado, pero todavía lo necesitamos. —Al dirigirse a ella el tono había cambiado ligeramente, más suave, menos seco.

Ambos permanecieron en silencio, mirando el horizonte. El viento arremolinaba los cabellos de la mujer, ocultando su rostro.

—Prepárate —ordenó él mientras se ponía en pie—. Las cosas se están complicando. Vamos a tener que protegernos. —Alzó el bastón en señal de advertencia—. Quizá tengamos que desaparecer y perder todo lo que hemos construido. Es doloroso, pero necesario, ya lo sabes.

Dio la vuelta a la butaca y, balanceando el bastón, marchó despacio hacia el interior de la casa. La mujer no se movió, la espalda bien erguida, las manos apoyadas en las rodillas, disfrutando del sol que había aparecido entre las nubes que, al poco, cubrieron el cielo totalmente. Se estremeció y, tras unos instantes, siguió los pasos del hombre.

## 5 de junio del 2015

¿Quién quiere flores cuando ya se ha muerto? Nadie.

J. D. SALINGER,  
*El guardián entre el centeno*

### 1

Llegaba más tarde que nunca. Si Gloria se enteraba, le iba a caer una buena bronca, pensó la mujer mientras buscaba las llaves en el bolsillo de la chaqueta. Empujó la reja blanca de la entrada y recorrió el camino de piedra que llevaba a la puerta principal. Alzó la vista y miró hacia la casa de la vecina. La de los rulos en la cabeza y el perro que no paraba de ladrar cuando la veía. Joder. A la vieja cotilla le encantaba decirle a Gloria las veces que llegaba tarde o si se iba antes de la hora, gracias a lo cual había recibido más de un rapapolvo. Si no fuese porque necesitaba el dinero, ni loca iba a limpiar la mierda de los demás.

Estaba harta de dejarse la espalda en viviendas ajenas, y más en las de las mujeres como su empleadora, esa cabrona que, estaba segura, husmeaba todos los rincones en busca de alguna mota de polvo que hubiera descuidado. Menuda era. La casa era grande, de una sola planta, dos baños, cuatro habitaciones, cocina y salón, con un montón de puñeteras ventanas que había que limpiar todas las semanas. «Demasiado espacio para solo dos personas», pensaba, en el fondo, con envidia. Ya le gustaría a ella; en su piso alquilado de escasos sesenta metros cuadrados vivía con sus tres hijos, su marido y la cursi de la hermana de este, a la que le había faltado tiempo para instalarse tras haberse divorciado hacía dos meses. «Manda narices», refunfuñó.

Introdujo la llave en la cerradura y giró a la izquierda. Ante su asombro, la puerta se abrió sin más. No habían cerrado con dos vueltas, lo que era muy extraño. Empezó a sudar, seguro que Gloria todavía estaba dentro, a pesar de que ya eran las diez, lo que significaba que le iba a echar un buen discurso sobre sus malos hábitos de trabajo. No sería el primero, recordó.

—¿Hola?

Nadie le respondió. Hacía calor, olía a rancio y a algo más que no supo identificar, iba a tener que ventilar bien. Suspiró. Quizá habían salido a trabajar sin acordarse de cerrar. Qué raro, nunca había pasado algo así, pensó,

mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en el perchero situado a su izquierda en el recibidor. La puerta acristalada que daba al salón estaba entornada, lo que tampoco era normal. El silencio era absoluto.

Entró y se quedó sin respiración, el salón parecía un campo de batalla. Las sillas estaban volcadas, los cojines del sofá destripados, las figuras de cristal de la estantería que le costaba tanto limpiar, rotas en el suelo. Todo estaba revuelto, no se había salvado casi nada. Dio media vuelta y fue hasta el pasillo que daba al resto de habitaciones. En todas había el mismo desorden: libros abiertos, lámparas desmontadas, cajones vaciados, las camas deshechas y los colchones descolocados. Empezaron a temblarle las piernas, tenía que llamar a la policía, seguro que habían entrado a robar. De pronto, se le ocurrió que quizá los ladrones todavía estaban dentro. Involuntariamente retrocedió unos pasos y el olor la asaltó de nuevo, esta vez mucho más agresivo. Parecía venir de la cocina, situada a la derecha del salón. El instinto le decía que debía marcharse, pero sus pies la llevaron en sentido contrario.

—¿Gloria? —susurró mientras se acercaba a la cocina.

De nuevo, le contestó el silencio. Una mosca pasó zumbando junto a su oreja izquierda y, con más decisión que ella, se coló a través de la puerta entreabierta. Despacio, levantó la mano y la empujó, centímetro a centímetro.

La luz del sol inundaba la estancia. Automáticamente pensó que debería recoger las cortinas de la ventana; eran muy delicadas, cada quince días había que lavarlas a mano con todo cuidado para evitar que se deteriorasen. El olor era insoportable, parecía estar potenciado por el calor. Empezó a sentir náuseas. Cuando vio lo que había dentro, un grito agudo brotó de su garganta y, ahora sí, dio media vuelta y salió corriendo en busca de ayuda.

La mosca que había entrado antes que ella disfrutaba con más compañeras de su especie de un buen festín. El semidesnudo cuerpo de una mujer con los brazos en cruz y las piernas abiertas, cubierto de sangre, yacía sobre la blanca isla de la cocina, ahora, obviamente, mucho menos blanca, ya que no solamente estaba salpicada de sangre oscura, sino también de trozos dispersos de masa encefálica y de fragmentos de hueso del rostro de la víctima, que aparecía irreconocible, absolutamente destrozado. El cabello, largo y oscuro, se extendía sucio de sangre a su alrededor. El fino vestido azul estampado con pequeñas flores blancas que llevaba se hallaba arremolinado sobre su pecho, que era la única parte que mantenía cubierta. Las bragas, negras, pendían de su rodilla derecha como en señal de duelo. Tenía cortes en brazos y piernas; la piel del bajo vientre también estaba

manchada de sangre y cubierta de pétalos de color lavanda.

El silencio continuó en la casa, roto únicamente por el zumbido de las moscas que se afanaban sobre el cuerpo. Tenían mucho trabajo que hacer en esa mañana soleada.

## 2

Sofía estaba sentada ante la mesa de su despacho, mirando la pantalla del ordenador. Enderezó la espalda y con un gesto mecánico se apartó los rizos de la cara. Cada vez costaba más arrancar el sistema, el informático de los juzgados ya les había dicho que la capacidad de los ordenadores estaba al límite, por lo que hasta que no se hicieran modificaciones no tenía solución. «Paciencia», se dijo mientras resistía el impulso de salir a buscarse un café, no arreglaba nada poniéndose nerviosa. Con un poco de suerte, si tenía un viernes tranquilo, podría marchar pronto a hacer la compra y ordenar la casa. Llevaba días comiendo de menú en el restaurante más cercano al juzgado a fin de aprovechar la tarde para trabajar, por lo que a esas alturas de la semana la nevera ya tenía telarañas. Cada vez que la abría veía a la única superviviente, una lata de aceitunas caducada.

Su mirada se posó en el montón de expedientes que tenía sobre la mesa. Recursos, peticiones de libertad, asuntos que merecían un buen rato de estudio. Qué aburrimiento. Se moría de ganas de pasar una tarde relajada, sin tener que sentarse ante el ordenador. Mientras clasificaba los expedientes por números, recordó que debía tomar una decisión con respecto al maldito puzle que se le estaba resistiendo. O perdía facultades o el señor Vincent van Gogh era demasiado para ella, como le había insinuado irónicamente Enda cuando le enseñó lo que llevaba hecho.

—Está todo mal —afirmó él—. Tendrás que deshacerlo todo y volver a empezar, has confundido los colores.

—¿Qué dices? —exclamó ofendida—. Tú sí que te confundes.

—Me has pedido la opinión, yo te la doy, si no te gusta... —Se encogió de hombros.

Estuvo a punto de mandarlo a paseo, pero se contuvo. Aunque le fastidiase reconocerlo, tenía toda la razón, aquello era un desastre. La pintura era una maravilla, un paisaje rural con preciosos cerezos en flor, pero unir mil piezas en la forma correcta le parecía imposible, al menos por el momento. Su capacidad de concentración estaba bajo mínimos; ni siquiera había abierto

una sola de las novelas que acumulaba en su mesilla de noche. Quizá debería dejarlo todo para cuando llegasen las vacaciones...

A pesar de que solo llevaba un día de guardia, ya estaba cansada. El móvil no había parado de sonar en toda la tarde del día anterior, e incluso en dos ocasiones por la noche. Quizá era por el inminente cambio de estación, pero la gente estaba nerviosa, abundaban las peleas, los enfermos mentales se descompensaban y conducir borracho era el delito de moda. Ser la titular del juzgado de instrucción número uno de Taulera no era tarea fácil. El partido judicial comprendía no solo Taulera, población a unos treinta kilómetros de Barcelona, sino también Sant Agustí y Sant Climent, más otros cuatro pueblos más pequeños; total: ciento cincuenta mil habitantes. Casi nada. La falta de personal, la supresión de sustitutos que obligaba a estar siempre dispuesto a tener que suplir a cualquier otro juez, acababa agotando a cualquiera. A ella, la primera.

Se levantó y, con las manos en los bolsillos del pantalón, observó los balcones del edificio de enfrente; en uno de ellos, todas las mañanas, un gato blanco se tendía para tomar el sol. Hoy no estaba, demasiado calor. Volvió a mirar la pantalla del ordenador. Sin novedad. El relojito de arena dando vueltas.

—A esto se le llama perder el tiempo... —se quejó, y dirigió de nuevo la vista a la ventana.

«Será la edad», pensó, mirando su reflejo en el cristal. Ayer, mientras se secaba el pelo, descubrió un grupo de canas en la sien derecha. Por su longitud, no había duda de que llevaban tiempo ahí y ni las había visto. Seguro que eran fruto del pasado febrero, gracias a Marcos de Sola y al Cubano, que no se tomaron demasiado bien que el juzgado y la policía fueran a por ellos. Recordó con un estremecimiento las amenazas que tuvo que soportar, la paloma acuchillada que encontró sobre su coche cubierto de estiércol, el gato destripado que colocaron en el portal de su casa y los mensajes y llamadas que culminaron con su secuestro para forzarla a dejar en libertad a los implicados. Si no llega a ser por la policía y, sobre todo, por el inspector Enda Rivas, que la había localizado en casa de su secuestradora, lo habría tenido muy crudo. Todos estaban en prisión a la espera de juicio, en el que tendría que declarar y volver a revivir el asunto. No le importaba. Mientras fuesen condenados como correspondía, se daba por satisfecha.

Sus pensamientos fueron de nuevo hacia el inspector. Hasta la fecha no había querido pensar o ponerle una etiqueta a la relación que mantenían.

¿Colegas? ¿Amigos? De momento, sin roce alguno... Bostezó y estiró los brazos sobre la cabeza. «La verdad es que ya tocaría», se dijo con una sonrisa. Claro que tampoco él había dado a entender que quisiera cambiar las cosas. Enda no era un hombre fácil de conocer, ponía una barrera a sus emociones, como si no quisiera acercarse demasiado a nadie. Suspiró. «Confiesa, tienes miedo de meter la pata», reconoció para sí. Quizá ese miedo al cambio, a dar un paso adelante, y no solo en cuanto a su relación con el inspector, sino a su vida en general, era lo que causaba que últimamente no estuviese muy centrada, como le decía su madre. «Hija, te noto extraña, ¿qué te pasa?», le preguntaba cada vez que la veía. Y aunque ella le aseguraba que todo estaba bien, reconocía que estaba nerviosa, más quisquillosa que de costumbre, y eso se notaba.

Se volvió de nuevo y echó un vistazo al ordenador.

—¡Hombre, por fin! —exclamó al ver que funcionaba correctamente. Se sentó y cogió el primer expediente. Tenía ya los dedos sobre el teclado cuando le sobresaltó el sonido del móvil y el del teléfono fijo del despacho. Miró la pantalla de este último, era la extensión del juzgado de guardia. «Mierda», pensó.

—Hola, Rosa, dime que me llamas para decirme que hoy vamos a terminar pronto.

—De ilusión también se vive, Sofía. Acabo de hablar con Daniel y con los Mossos. Yo diría que están ansiosos por hablar contigo, pero no me haría muchas ilusiones. Ya me entiendes.

—Vamos, que me van a dar una alegría, qué bien... Está sonando el móvil —contestó, echándole una ojeada—, y es el número de Daniel, ¿qué pasa?

—Tenemos el cadáver de una mujer. Asesinada. Así que vete cogiendo el bolso.

—¡Mierda! ¡No me fastidies! ¿En Taulera? ¿Es violencia doméstica?

—Ni idea. La dirección es de una urbanización, la de Las Glicinas, y no me han dicho nada más, aparte de que creen que es la mujer de un policía. Hombre, en principio vamos a registrarlo como violencia, luego ya veremos... Voy a llamar al secretario.

—Seguro que Paco ya ha llegado. En fin, yo que esperaba un viernes tranquilo... —suspiró—. Ahora bajo —dijo Sofía, colgando el teléfono.

Con el teléfono en la oreja, Asensio asentía con la cabeza mientras miraba por la ventana de la brigada de la Policía Nacional en Barcelona. Se despidió con un «nos pondremos en contacto, adiós» y miró a su compañero.

—Dicen que no van a venir a la brigada, no están acostumbrados a estas cosas, y que si podemos hacerles el favor de ir a su domicilio a tomarles declaración. —Había colgado el teléfono de golpe; se echó hacia atrás en su silla y estiró las piernas. Una mueca de desagrado cruzó por su rostro, seco y enjuto, con destacadas bolsas bajo los ojos.

Enda Rivas levantó la vista de la pantalla del ordenador y lo miró con incredulidad.

—¿Cómo? ¡Qué morro tienen! Vamos, servicio a domicilio —protestó—. Solo falta ir a su casa y entendernos en la cocina con la criada, no sea que les ensuciemos las alfombras. ¿Y qué les has dicho? —quiso saber.

—Hombre, si hay que entenderse con la criada, sobre todo si está buena, yo me apunto —contestó su compañero, soltando una risita que cortó al ver la mirada de reproche de Enda Rivas—. Pues ¿qué coño quieres que les diga, que ya nos pondremos en contacto? Ya oíste lo que dijo el jefe el otro día, hay que ir con pies de plomo. Son gente de pasta y tienen contactos en las altas esferas, amén.

Empezó a rebuscar en los bolsillos de la chaqueta hasta que dio con una pequeña cajita de plástico de la que extrajo un par de bolitas blancas, que tragó de golpe.

—Eso a mí me da igual —insistió Rivas—. Esto no es serio, acabaremos como los vendedores a domicilio, llamando puerta por puerta, y ya puestos, que nos paguen productividad por denuncia, coño —refunfuñó.

—Lo que tú digas —repuso Asensio, levantándose—, pero como tú y yo al final vamos a hacer lo que nos manden, pues qué más dará. Yo, de momento, me voy a echar un cigarro, tío.

Rivas asintió y volvió a concentrarse en la página de Internet que tenía abierta. Delos Asesores. A todo color, ilustraba las excelencias de la empresa fundada en el 2001 por un tal E. A. Puerto del que no se daban datos. Se veían un par de fotografías de mujeres y hombres atractivos, sonrientes y bien trajeados, sentados ante una mesa ovalada, todo muy profesional. Se definía como consultoría en recursos humanos y organización, puntera en la selección de personal, mejora en el rendimiento, y enumeraba una larga lista de clientes nacionales e internacionales que llevaban años confiando en ella.

«Y una mierda», se dijo con una sonrisa cínica.

La Policía Nacional de Barcelona tenía ya denuncias de varios empresarios muy insatisfechos con su gestión. Algunos habían detectado ciertos problemas con el personal que la consultora les había recomendado, que en algunos casos habían quedado en meras sospechas de una mala gestión sin concretar y en otros habían derivado en auténticos traspasos de información reservada a empresas de la competencia, con el resultado de pérdidas millonarias. En otras denuncias se ponía de manifiesto que, tras haber contactado con Delos a fin de requerir sus servicios, empezaban a correr datos relativos a la vida personal del empresario o de sus directivos, algunos ciertos y otros no. Todavía no habían podido concretar con qué objetivo, pero uno de los denunciantes había perdido un gran volumen de negocio desde que se comentaba en determinados círculos que le gustaban demasiado el juego y las prostitutas. A través de las redes sociales, la difusión de cualquier rumor era imparable.

De los dos empresarios que ahora se resistían a venir a la comisaría, padre e hijo, corría el rumor de que se estaban dedicando al blanqueo de capitales en Sudamérica, a lo que había que añadir una supuesta y poco adecuada pasión por las menores de edad. La propia consultora se lo había comunicado a los denunciantes para luego, por un módico precio, comprometerse a buscar el origen de todos esos comentarios y acabar con ellos, o al menos eso se les aseguraba. Podía tratarse de una delicada forma de extorsión, pensaba Rivas. Por el momento, todo apuntaba a que la empresa investigada no era agua clara, pero había que avanzar más.

Miró por la ventana que daba a la rambla de Guipúzcoa. No había mucha gente en la calle y el sol empezaba a apretar. Algunos llevaban manga corta, pero a la mayoría les había sorprendido el calor que hacía, demasiado para ser el primer viernes de junio.

Estaba un poco harto de la inmovilidad a la que últimamente había tenido que acostumbrarse, no le iba mucho el trabajo de despacho, pero desde que decidió quedarse en Barcelona no había tenido otra opción. La cooperación internacional no estaba mal, pero Rodrigo, el inspector jefe de la sección de crimen organizado, lo había convencido para, al menos de momento, echar raíces en Barcelona. Tras participar en el caso de tráfico de drogas de Marcos de Sola, el Cubano y compañía, que culminó con el rescate de Sofía, empezaba a encontrarse a gusto en su ciudad natal, y cuando el trabajo se lo permitía ejercía de tío de su sobrino. El fantasma de Inés empezaba a

desdibujarse; ya no recordaba su muerte con la angustia de meses pasados. Había asumido ya que la depresión que sufrió su mujer fue la causante de su suicidio, aunque en el fondo le quedaba un resquemor de culpa que no creía que desapareciese nunca.

Dibujaba, cada vez con más ganas, en todos los ratos libres que tenía, e incluso se estaba convirtiendo de nuevo en una necesidad diaria. Sofía lo había animado mucho a disfrutar de las sensaciones que le reportaba tener un lápiz en las manos. Sonrió al pensar en ella. No sería mala idea salir a cenar esa noche, no había podido verla en toda la semana y la echaba de menos. Estiró el brazo para coger el móvil.

—¿Habéis visto a Andrés? —oyó que alguien decía a su espalda.

Rivas se sobresaltó y nada más volverse vio a Suárez, uno de los veteranos, que hablaba con un grupo de compañeros a unos metros de distancia.

—No —contestó uno de ellos—, esta mañana no lo he visto, no sé si tenía el día libre, pero no comentó nada ayer.

—Necesito localizarlo inmediatamente, no está en su casa, ni contesta a las llamadas, lo buscan de Mossos d'Esquadra.

—¿Para qué? —preguntó otro de los policías.

—Para nada bueno, eso seguro —respondió Suárez, evasivo—, pero si no se presenta van a detenerlo. Quien sepa dónde puede estar que lo comunique inmediatamente, ¿oído?

Suárez se disponía ya a marcharse cuando Rivas se levantó y lo alcanzó antes de que llegase a los ascensores.

—¿Qué pasa?

Suárez lo miró y esbozó una débil sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Ah, hola. No te había visto. No sabrás dónde puede estar Andrés, ¿verdad? Hoy debería estar aquí. Eráis compañeros, ¿no?

—Lo fuimos hace años, pero ahora tenemos poco trato. Desde que he vuelto a Barcelona no hemos coincidido mucho. Por la cara que traes, ha pasado algo grave.

Su interlocutor se quitó las gafas para limpiarlas. Sin ellas, sus ojos aparecían grandes y tristes como los de un san bernardo viejo y cansado. Su expresión habitualmente amable era seria.

—Sé que puedo confiar en tu discreción, al menos queremos intentar que la bomba caiga lo más tarde posible, pero va a ser inevitable. Lo malo es que no puedes controlar a quién va a salpicar. —Se colocó de nuevo las gafas—.

Han encontrado a una mujer asesinada en su casa, y tiene todos los números de ser su esposa. Por el momento es el principal sospechoso.

—¡Joder! —exclamó Rivas, desconcertado—. Pero si yo la conozco, y además hace al menos doce años que están casados. Reconozco que a Andrés se le ha ido la cabeza a veces, pero es incapaz de hacer algo así.

Suárez lo observó con detenimiento, como calibrando lo que iba a decir.

—La gente da sorpresas, ya sabes. Últimamente no parece el mismo, o al menos esa es la sensación que tienen muchos por aquí. —Fue hasta el ascensor y se volvió—. Voy a hablar con el inspector jefe. Si sabes dónde encontrarlo, dame un toque. Va a necesitar un buen abogado.

## 4

Dentro de la casa el calor era insoportable. Hasta que los de la científica no acabasen habían preferido no abrir ninguna ventana, a fin de no perturbar el escenario. Anna Milà, cabo de Mossos d'Esquadra, siguió el camino de maderas colocado por sus compañeros, se quitó el mono blanco, los guantes, las bolsas para los zapatos y, con rapidez, recogió su rubio cabello en una coleta mientras se acercaba al coche policial aparcado a la sombra.

Se apoyó en el capó, sacó un lápiz del bolsillo y empezó a escribir en la pequeña libreta que llevaba siempre. Víctor, su compañero, estaba unos metros más allá, interrogando a la mujer que había dado el aviso. Ellos habían acudido primero, pero esperaron fuera, estableciendo un cordón policial, hasta que no llegaron los de homicidios. Susana Romero dirigía la investigación y se notaba; pocos escenarios del crimen se procesaban con tanto detalle. No había permitido que nadie entrase en la casa hasta que se puso todo lo necesario para evitar la más mínima contaminación. Romero, como la llamaban todos, tenía fama de ser muy buena y constante en su trabajo, aunque exigía dedicación plena.

De poca estatura, con un cierto sobrepeso, gafas de pasta y pelo oscuro, parecía una mujer afable y de poca personalidad, pero bastaba que abriera la boca para que todos le prestasen atención. Brusca, y famosa por sus comentarios ácidos y un cierto humor negro que muchos deploraban, llevaba años en el grupo de homicidios de la comisaría de Sant Feliu.

Siguió anotando. A primera vista parecía un robo y el asesinato de una mujer, de la que todavía no sabían su identidad, aunque la persona que la había encontrado insistía en que se llamaba Gloria Arias, la dueña de la casa

para la que trabajaba desde hacía dos años haciendo la limpieza, dos veces por semana. No habían conseguido contactar con el marido de la presunta víctima, Andrés Rincón, policía nacional en activo. «Mal asunto», murmuró para sí, podía tratarse de violencia de género. El forense ya les había adelantado que la mujer llevaba varias horas muerta.

—Oiga —oyó que decía la mujer que hablaba con Víctor—, yo ya les he dicho todo lo que sé. A mí lo único que me interesa es quién va a pagarme las horas que hice el mes pasado. No trabajo gratis, ¿sabe? —espetó, indignada.

Levantó la vista y vio a su compañero intentando calmar los aspavientos de la mujer. «A esta seguro que no le interesaba cargarse a la dueña de la casa, al menos antes de cobrar», se dijo Anna con sarcasmo.

Hacía tiempo que no se enfrentaban a un hecho de esas características. En Taulera y en las localidades próximas había mucho trabajo, pero pocas muertes que no fueran consecuencia de accidentes de tráfico o de una pelea. El estado del cadáver apuntaba a algo más. El rostro de la víctima era pura papilla. «¿Por qué?», se preguntó mientras remarcaba algunas palabras en su libreta. ¿Para desahogar el odio que sentía hacia ella? ¿Para evitar que la identificasen? ¿Y los cortes en brazos y piernas? También era curiosa la colocación del cadáver, totalmente simétrico sobre la isla de la cocina. ¿Y los pétalos sobre su vientre? Había podido observar que en la casa abundaba la decoración a base de flores, frescas y secas, en cuadros, en centros de mesa, en pequeños jarrones. Era evidente que a los que vivían allí les encantaban. Suspiró. Todavía era demasiado pronto para tener respuestas.

Cerró la libreta y se quedó mirando la casa. No estaba nada mal. ¿Cuánto debía de costar? A ojo, unos buenos trescientos mil euros. No tendría más de cinco años y, por lo que había visto, estaba amueblada con gusto. Una vivienda grande, con patio y pequeño jardín trasero, bien cuidada, sin estridencias. «Pues sí que da el sueldo de policía nacional», se dijo. Dudaba mucho que con el suyo algún banco le concediese una hipoteca que cubriera lo que debía de valer. Volvió a abrir la libreta y escribió que deberían investigar los medios económicos del matrimonio; además, la mujer que los avisó decía que Gloria trabajaba en una guardería del pueblo.

Albergaba esperanzas de que le permitieran colaborar con sus compañeros de homicidios, sería una buena oportunidad para ella. Había empezado a preparar oposiciones para mejorar la categoría, pero estaba desentrenada y sentarse a estudiar era lo último que le apetecía. Necesitaba dar un paso más en su profesión y, desde luego, no le importaría nada dar por

terminada su etapa en la comisaría de Sant Climent.

—¿Anna?

—Estoy aquí —contestó, volviéndose a su compañero—. O casi. Un minuto más ahí dentro y caigo fundida.

Víctor se acercó a ella con la frente bañada en sudor. Anna pensó que su compañero había evolucionado desde que llegó a la comisaría hacía casi un año. A pesar de su inexperiencia, tenía unas enormes ganas de aprender, conocía la zona en la que trabajaban y mantenía todavía la ilusión por hacer las cosas bien, algo que muchos veteranos ya ni recordaban.

—¿Qué, ya has calmado a la fiera? —sonrió.

—¿Te refieres a esa criatura con cara de mujer y garras de buitre? —preguntó arqueando las cejas—. Vaya una, está claro que le importa un pito la muerte de Gloria Arias y que lo único que le interesa es cobrar. Dice que su empleadora era puntillosa en el orden y la limpieza, y que cada cosa debía estar siempre en su sitio. No creo que ahora quiera encargarse de limpiar la cocina.

—Estás gracioso hoy, ¿eh? A ver, ¿qué te sugiere todo eso? —dijo ella, pensativa, haciendo un gesto hacia la casa.

—Por el momento, un robo es lo más obvio. Se trata de una casa en una zona residencial, tranquila. Entran unos individuos en plena noche para robar, mientras buscan algo de valor la mujer los sorprende y la matan. Pero no te convence, ¿a que no? —Anna negó con la cabeza—. Tienes razón. No hacía falta machacarle la cara. O quizá se resistió, todavía hemos de saber si fue agredida sexualmente.

—Hay que apresurar la identificación. No sé por qué, pero le han destrozado las huellas dactilares, así que solo nos queda la prueba de ADN —advirtió.

—¿No crees que sea la dueña de la casa? La mujer que la encontró está convencida.

—No digo que no tenga razón, pero no podemos descartar nada —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Vamos a sentarnos un poco, acabo de ordenar mis notas y añadiré lo que tienes ahí. Los del juzgado deben de estar a punto de llegar, ¿quién está de guardia?

—Creo que tu amiga, Sofía Valle —respondió él, abriendo la puerta del coche.

—Es verdad, ya no me acordaba. Y yo que esperaba tener un poco de tiempo libre este fin de semana... Me espera ese puñetero temario —gruñó.

—Eso te pasa por querer seguir opositando. —Ella le respondió con un codazo—. En mi caso, creo que Maite empieza a arrepentirse de haberse casado con un policía. Hay días en los que nos vemos solo a la hora de cenar y gracias —se quejó.

—Calla, que todavía estás en la luna de miel. Sigues con esa expresión embobada en tu cara, que lo sepas —sonrió Anna al ver que su compañero enrojecía.

—Eso que has dicho es pura envidia —afirmó Víctor, devolviéndole la sonrisa.

—¿Y tú qué sabes lo que hago yo fuera del trabajo? Igual te escandalizabas —rio—. Anda, tira, que no tenemos todo el día.

## 5

Rivas apartó el teclado y se frotó los ojos. No conseguía concentrarse, estaba preocupado por Andrés; era increíble que lo estuvieran buscando como sospechoso por el asesinato de su mujer. Y encima había desaparecido. Cogió su móvil y marcó el número de su compañero. El teléfono no estaba operativo. ¿Dónde puñetas estaba?

Recordó que una de las últimas veces que había visto a Andrés fue el día del entierro de Inés. Era un 8 de noviembre, en pleno otoño, pero el termómetro había bajado de forma impensable en Barcelona a pesar de que lucía el sol. Los escasos asistentes iban abrigados hasta las cejas, aguantando estoicamente el viento helado que se colaba entre los pasillos del cementerio. Rivas vestía una fina gabardina sobre una vieja camisa, pero no notaba la temperatura, estaba allí, de pie, con la mirada fija en el ataúd en cuyo interior reposaba su mujer. No era muy consciente de lo que lo rodeaba, y cuando su madre lo cogió del brazo para ir juntos hasta el nicho se dejó llevar.

Se sentía un mierda. Los padres de Inés ni se le acercaron, sumidos en un mar de lágrimas. Había intentado hablar con ellos, pero se negaron en redondo. Era su preciosa hija la que yacía muerta, y él, siendo su marido, no había hecho nada para evitar que se precipitara al vacío desde el balcón del piso en el que vivían.

Cuando el ataúd entró en el nicho, se sorprendió llorando como un niño, preso de una angustia súbita. Absurdamente, pensó que iban a encerrarla para siempre en un lugar húmedo y oscuro, ella que odiaba los espacios pequeños, que adoraba la luz del sol. Recordó entonces aquella ocasión, cuando todavía nadie podía pensar que las cosas acabarían de esa manera, en la que él le

comentó la creencia popular irlandesa de que los suicidas son gente maldita; en caso de ser enterrados en tierra consagrada, los muertos volvían el rostro para no verlos. Inés se rio y le respondió que menos historias, que escondiese el celta que llevaba dentro porque un policía debía tener los pies en el suelo. Él estuvo de acuerdo con ella.

Siguió allí, incapaz de moverse, a pesar de que la mayoría desfilaba ya hacia la salida del cementerio. Su hermana le susurró que iba a buscar el coche y que estarían esperándolo en la puerta, a lo que asintió, ausente.

—Lo siento mucho, Rivas —oyó una voz a su espalda.

Se volvió y se halló frente a un hombre alto como él, pero mucho más musculoso gracias al entrenamiento en el gimnasio, bien abrigado con chaqueta y bufanda al cuello. Su pelo rojizo y rizado se agitaba en todas direcciones por efecto del viento y sus pequeños ojos azules parecían irritados, quizá por el frío, quizá por una mala noche.

—Andrés —murmuró—, no sabía que estabas aquí.

—Me enteré ayer, he venido lo más rápido que he podido. Ya sabes cómo está el trabajo. Hostia, no sé qué decirte. —Le dio un fuerte abrazo—. Estás hecho una mierda, tío, se te cuentan las costillas. Gloria también te manda recuerdos, no ha podido venir.

Andrés le tocó la mejilla, en un gesto de camaradería, con su manaza grande y suave. *El vikingo*, recordó entonces, así lo llamaban algunos compañeros, por su corpulencia y su aspecto nórdico.

—Gracias —articuló.

—Eh, solo puedo imaginar cómo te sientes, pero ya sabes que si necesitas algo, lo que sea, me tienes donde siempre, no te hundas, tío —se ofreció Andrés, mirándolo con seriedad.

—Gracias —repitió él, incapaz de decir nada más.

Con un último apretón en el hombro, Andrés dio media vuelta y se marchó del cementerio. Rivas lo siguió con la mirada, pensando que, salvo el inspector jefe Rodrigo y un par de compañeros más, nadie de la brigada había acudido al tanatorio o al entierro. No los culpaba por ello, no era una persona demasiado popular ni contaba con un gran círculo de amigos. Tampoco necesitaba la compasión de nadie, la única persona que había pedido ayuda en silencio era Inés y ni siquiera él, que era supuestamente el más cercano, había sido capaz de dársela.

No volvió a contactar con él, ya que cuando consiguió recomponerse se marchó a trabajar fuera del país, intercambiándose ambos algún que otro

mensaje esporádico, hasta perder totalmente el contacto. A su vuelta a Barcelona se vieron una vez en los pasillos de la comisaría, pero la actitud de Andrés había cambiado. Ya no era el tipo campechano con el que había compartido tantas horas de trabajo y también de ocio, cuando ambos eran policías jóvenes, ya que entraron en el cuerpo el mismo año. Se saludaron, pero era evidente que por su parte no existía mucho interés en renovar antiguos lazos, así que no insistió, ya tendrían tiempo más adelante.

Pero ese espacio común no llegó, quizá por casualidad o tal vez por falta de ganas de ambos. No sabía en qué andaba, pero en los últimos días le habían llegado comentarios malintencionados en los que dejaban entrever alusiones veladas a actitudes profesionales poco claras. Rivas no les había dado mucho crédito, porque él mismo había sido objeto de múltiples comentarios en el pasado.

En ese momento sonó su móvil, miró la pantalla, un número desconocido para él.

—Rivas —contestó.

—Soy Jaime, ¿estás en la brigada?

—Sí, jefe. No sabía que llamabas con este número —dijo sorprendido.

—Tenemos que vernos, pero no aquí. Esta tarde voy a estar, si me dejan, en el parque de siempre con mi nieta. Te espero a las seis. Si no puedo ir, ya te diré algo, tú igual.

—De acuerdo. ¿Hay algo que deba saber?

—De momento, nada. Adiós.

Colgó el teléfono, intrigado por la llamada del inspector jefe Rodrigo. No solía actuar de esa forma, aunque la verdad era que en pocas horas el ambiente de la brigada tampoco era el de siempre. La noticia se había extendido rápidamente, y todos sabían que buscaban a Andrés como posible asesino de su mujer. Nada bueno para el Cuerpo de Policía.

De pronto cayó en la cuenta de que Andrés y Gloria vivían en una urbanización en las afueras de Taulera y que Sofía estaba de guardia. La llamó al móvil, pero no daba señal, parecía estar fuera de cobertura. Tenía todos los números de ser la juez encargada del caso. Solo le faltaba eso para acabar de redondear la caótica situación que vivían los juzgados de esa localidad. No era de extrañar que cada vez hablase más de pedir traslado a Barcelona, donde esperaba estar más tranquila, aunque estaba convencido de que si bien mejoraría en algunas cosas como en el transporte o, desde luego, en los medios, que escaseaban por definición en un juzgado de pueblo, en

otras, como en el volumen de trabajo, no notaría demasiado la diferencia.

Decidió ir a buscar a Asensio, a saber dónde se había metido. Hacía rato que no le veía el pelo, concretamente desde que le dijo que se iba a fumar, para variar. «Voy a tener que buscarme yo también un vicio para desaparecer de vez en cuando», se dijo con el ceño fruncido. Trabajaban juntos desde hacía poco más de un mes y no era precisamente santo de su devoción. Por el momento se toleraban, aunque empezaba a irritarle esa costumbre suya de escaquearse a la que podía. Se levantó y fue hacia los ascensores. Al final del pasillo se oían voces en tono elevado y vio a una de las administrativas que venía hacia él con paso rápido.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Dicen que han detenido a Andrés. Se ha presentado voluntariamente en la comisaría de Mossos —contestó ella.

## 6

En todos los levantamientos de cadáver a los que había tenido que acudir en su carrera profesional, las sensaciones eran siempre las mismas, con las variaciones que tenía cada caso en concreto. Ya fuese en un domicilio particular, en un solar, en la prisión o en cualquier otro lugar, todos —policías, forense, sanitarios, funcionarios— estaban esperando a que llegase para poder seguir con el trabajo. La atmósfera era densa, o al menos así lo percibía Sofía. Muchos de sus compañeros odiaban ese momento, pero no quedaba más remedio en los casos de muerte violenta o en los que pudiera apreciarse algún indicio de que se tratase de un crimen.

La primera a la que tuvo que enfrentarse fue un suicidio, cuando la ley todavía obligaba al juez a acudir a todos los supuestos de muerte, incluso aunque no hubiese sospechas de tratarse de algo turbio. Era su último año de prácticas en la Escuela Judicial de Barcelona y su tutor estaba de guardia en un juzgado de instrucción de la capital. El suceso había ocurrido en un piso del barrio de Sant Gervasi, zona alta de la ciudad, y allí se personaron todos: el juez de instrucción, el secretario judicial, el forense de guardia y ella, que estaba hecha un manojo de nervios, aunque intentaba disimularlo. Nunca olvidaría la escena que halló, que justificaba plenamente la expresión «la realidad supera la ficción».

Era por la mañana y lucía el sol, pero el horror los esperaba dentro. La vivienda era un piso antiguo, no muy bien conservado, con papel pintado en

las paredes que se caía a trozos. Olía a cerrado, a moho y a cera derretida. Ya en el recibidor, el policía los advirtió de lo que iban a ver. Un chico de poco más de veinte años se había ahorcado utilizando para ello el marco de una puerta, pero antes había preparado un buen escenario: desde la entrada, el suelo estaba lleno de pétalos de rosa que formaban un camino por el largo y estrecho pasillo al que daban las habitaciones. Las flores terminaban frente a la habitación en la que se había ahorcado.

En las paredes, en el suelo, sobre los muebles, había retratos, algunos en blanco y negro dibujados al carboncillo, otros en color, de una chica joven y guapa que sonreía con tristeza. Frente a cada retrato había una vela, que en algunos casos estaba casi consumida. El suelo estaba salpicado de folios escritos con una letra torturada y, según podía leerse a la escasa luz de las velas, se trataba de cortos poemas de amor. Los dibujos eran muy buenos. El policía les explicó en voz baja que los retratos los había hecho el fallecido y que la chica era su novia. Sofía miró hacia el final del pasillo y vio a una mujer de mediana edad sentada en una silla junto a una joven que lloraba desconsoladamente, oculto su rostro por una larga melena. La mujer le apartó el cabello en una caricia y Sofía pudo ver que era la chica de los retratos. El parecido era asombroso.

Según explicó a la policía, había discutido con su novio hacía dos días y esa mañana decidió ir a ver cómo estaba. Él, les dijo, estudiaba Bellas Artes, hacía un año que se conocían y menos de tres meses que vivían juntos, pero últimamente la relación se había deteriorado. Habían decidido darse un descanso, pero sabiendo lo inestable que era estaba preocupada, ya que en una ocasión intentó cortarse las venas con un cristal roto y ella consiguió impedirselo. Esa mañana, cuando llegó y vio lo que había en el interior de la vivienda, salió corriendo para pedir ayuda, aunque ya era demasiado tarde.

Sofía contempló el escenario de pesadilla, el piso entero parecía obra de un demente. Todo era lastimoso. «¿Cómo podrá vivir ahora esta chica con ese sentimiento de culpa?», se preguntó mientras oía cómo su tutor hablaba ahora con ella. Tristeza, por la muerte absurda de él; impotencia, porque nadie había podido o sabido ayudarlo; rabia, por el daño que ello había causado. Eso era lo que sentía en esos momentos. El secretario judicial se acercó mientras iba redactando el acta del levantamiento, y al ver su expresión le comentó, con una débil sonrisa:

—Los suicidios son duros, siempre cuesta digerirlos, por muchos que hayas visto. Ya te irás acostumbrando.

Asintió no muy convencida. Con el paso de los años consiguió poner distancia con las muertes que debía contemplar, intentando centrarse en el hecho objetivo y no en la persona, pero no era fácil. Todavía no había conseguido evitar la tristeza y la compasión que le causaban los fallecidos.

Ahora tenía que enfrentarse a un asesinato; la atmósfera era diferente, más tensa, sin comentarios relajados o ajenos a lo que había sucedido. Todo el mundo estaba atento a los detalles, conscientes de que el menor indicio podía ser muy importante. En la entrada, encontraron a Anna y a Víctor, que los saludaron e indicaron que cuidaran de no perturbar el escenario. «Muy profesional», comentó Paco, el secretario judicial, con su flema habitual.

El fuerte olor que impregnaba la casa hizo que se tapara la nariz y no pudo evitar recordar a Natalia, la que había sido su secretaria judicial hasta hace unos pocos meses y a la que todavía echaba de menos tras su traslado a un juzgado de Barcelona. Su amiga era muy sensible a los olores, Sofía era testigo de cómo era capaz de detectarlos a distancia; siempre le había dicho que tendría futuro en la fabricación de perfumes, puesto que era capaz de distinguirlos sin equivocarse demasiado, pero ahora no era precisamente una fragancia lo que se percibía.

Seguro que Daniel, el forense, estaría deseando abandonar la escena del crimen. A veces bromeaba con él diciéndole que era atípico, no le gustaban nada los muertos, aunque no era el único, en el juzgado todos conocían un caso extremo: hacía años que había trabajado con ellos un forense que no se acercaba a menos de un metro de los cadáveres y se limitaba a decirles, con las manos en los bolsillos, que efectivamente estaba muerto, sin tocarlo ni hacer ningún examen. Para eso no hacía falta haber estudiado Medicina, ella misma se acercaba más al cadáver que el propio facultativo. En el juzgado estaban convencidos de que nunca había hecho una autopsia, debía de encargarlas a otros.

Nada más entrar, Susana Romero, a la que conocía de otras ocasiones, les puso al corriente mientras los guiaba hasta la cocina. Paco había empezado ya a redactar el acta de levantamiento, moviéndose con cuidado para molestar lo menos posible a los de la científica. Sofía contuvo la respiración. El estado del cuerpo era espectacular, no recordaba haber visto nada igual. Parecía que se habían ensañado bien con ella. Se estremeció, «pobre mujer», no podía imaginarse lo que habría sufrido. El forense los miró con una expresión de impaciencia en la cara.

—Habéis tardado —comentó.

—Lo siento, Daniel, al salir nos han entretenido —respondió Paco, sin inmutarse.

—Hay que llevarse el cuerpo ya, antes de que la rigidez sea completa —contestó como si no lo hubiera oído—. Creo que lleva unas ocho o nueve horas muerta. Hasta que no haga la autopsia no puedo asegurar la causa, pero es posible que fuera por un golpe que se aprecia aquí, ¿veis?, en el parietal derecho, con un objeto bastante contundente; podría ser que con el mismo le machacasen la cara. Tenemos un problema, le han destrozado todas las yemas de los dedos —con cuidado les mostró la piel cruzada por varios cortes—, así que huellas dactilares, por el momento, ninguna. Otra cosa es lo que puedan hacer en el laboratorio para reconstruirlas... Voy a extraer una muestra de sangre para la prueba de ADN —anunció.

—Qué formal, Daniel. ¿Desde cuándo avisas de lo que vas haciendo? —murmuró el secretario, con una sonrisa.

—Es lo correcto —respondió con sequedad el forense, sin mirarlo.

Manipuló un bastoncillo de algodón sobre la sangre de la cara y con delicadeza lo depositó en un recipiente que cerró y entregó al miembro de la científica que estaba a su lado. Paco anotó la extracción, reseñó «muestra indubitada de la fallecida» y lo mostró a Sofía, que asintió.

—¿Y los cortes? —preguntó ella, señalando los brazos y piernas.

—Son simétricos, uno en cada brazo y uno en cada pierna. Ya se han tomado fotografías de todo. Más que cortes sin sentido, parecen... una letra..., no lo sé todavía.

—Pues algo tendré que poner en el acta —objetó Paco.

—Lo diré cuando lo sepa, puñeta. —La irritación del forense iba en aumento y la actitud del secretario no contribuía a calmarla.

—¡Qué horror! Esto es una carnicería —murmuró Sofía, mirando a Daniel, que asintió.

—Además, la piel del bajo vientre está levantada, ¿veis? Esto puede ser un tatuaje —bajo la sangre se advertía la existencia de trazos de colores—, pero no está totalmente arrancado, puede que el asesino quisiera llevárselo y por alguna razón no acabó el trabajo. Cuando haya lavado el cuerpo veremos el dibujo. —Lanzó una mirada de advertencia al secretario, que optó por no decir nada—. Como veis, el sexo está totalmente expuesto, pero no he observado señales de violencia. Tiene un tatuaje en el hombro derecho, es pequeño. —Movié el brazo con suavidad para mostrarlo—. Parecen letras, aunque como os he dicho, hasta que no lo lave no sabré qué es. Bien, no

puedo decir más. —Hizo un gesto como invitando a los asistentes a dejarlo en paz con su trabajo.

Paco escribía con rapidez, anotando lo que había expresado el forense, la situación del cadáver, y sin ningún tipo de rechazo se inclinó hacia el cuerpo para observar con atención el trozo de piel cortado. Sofía sonrió para sí, pocas cosas sorprendían o alteraban al secretario; tras muchos años de experiencia había visto de todo en su profesión. Paco y Daniel eran de la misma quinta y, aunque no lo parecía a simple vista, se llevaban bien, pero les encantaba buscarse las cosquillas el uno al otro.

—Pueden levantar ya el cadáver —anunció ella, dirigiéndose a los policías—. El problema va a ser la identificación, por lo que veo, sin las huellas dactilares...

—Estamos en ello —contestó Susana Romero, con rapidez—. La persona que la encontró sostiene que es la dueña de la casa. No hemos hallado el DNI, pasaporte o carné de conducir. Los bolsos que tenía en un armario estaban vacíos. Si en dactiloscopia pueden sacar algo, nos lo dirán, pero... —Hizo un gesto de disgusto—. Sobran casos y faltan medios, le daremos la máxima prioridad, sin embargo. Cuando llegue la madre tendremos la muestra indubitada de ADN. —Sofía asintió—. Los resultados estarán lo más pronto posible, trabajamos a tope, pero no sé si podrá ser durante el fin de semana...

—Estaré a la espera, pero no se preocupe, llevaré el caso tanto si corresponde al juzgado de violencia de género como al mío. Estoy de sustituta, esta semana —aclaró.

—De acuerdo. Otra cuestión: acaban de avisarme de que Andrés Rincón, el marido de la presunta víctima, se ha presentado en una comisaría al saber que lo estábamos buscando.

—¿Dónde estaba?

—No lo sabemos —su interlocutora se ajustó las gafas—, pero lo interrogaremos de inmediato. Aquí quedan los compañeros de la científica. Estaremos en contacto. Si no dispone nada más... —Era evidente que estaba deseosa por seguir con su trabajo.

—No, no —le aseguró—, esperaremos a que nos remitan todo lo que tengan. —Se volvió al forense—. Ya me contarás, Daniel, cuando tengas la autopsia.

Este se limitó a emitir un gruñido mientras examinaba con una lente de aumento los cortes de las piernas y tomaba notas.

Sofía salió esquivando a los agentes que hacían su trabajo. Debía volver

al juzgado para seguir con la guardia. Empezaba a temer que sus opciones de descansar ese fin de semana se iban desvaneciendo por momentos.

## 7

Las calles estaban llenas de niños acompañados de sufridos abuelos que ejercían de canguros por excelencia en un adelanto de lo que sucedería unas pocas semanas después, cuando finalizase el curso escolar y tuvieran que encargarse de sus nietos casi a tiempo completo durante los largos meses de vacaciones estivales. Pensó en su sobrino, que tachaba en el calendario los días que faltaban para marcharse a pasar un mes con sus abuelos a Irlanda. Cuando pudieron jubilarse, los padres de Rivas se instalaron definitivamente en Dublín, ciudad natal de su madre, aunque en invierno solían volver a Barcelona para disfrutar del buen clima.

Iba a echarlo de menos. Ambos eran adictos a las películas americanas de los años cincuenta y, al menos una vez a la semana, sacaba tiempo de donde podía para llevárselo a casa y disfrutar de una sesión doble con un gigantesco bol de palomitas. Eran muy parecidos físicamente, el mismo pelo oscuro y ojos azules, había quien los tomaba por padre e hijo. El chico también dibujaba y Rivas pensaba que podría llegar lejos en el mundo del cómic; tenía mucha imaginación, aunque su hermana no quería que se entusiasmase demasiado, prefería que se centrara en sus estudios. Se había divorciado hacía ya cinco años, y ejercía de madre de un adolescente de trece lo mejor que podía, lo que no era fácil, ya que quien había sido su marido se desentendía bastante de su hijo, al que veía en contadas ocasiones. Así que, tras su vuelta a Barcelona, Rivas se encontró con que, para el niño, era lo más parecido a una figura paterna. Y no estaba muy seguro de estar a la altura.

Llegó al parque y le costó encontrar al inspector jefe Rodrigo, que, sentado en un banco, leía un libro. El escaso cabello bien peinado hacia atrás, las espesas cejas y la nariz ganchuda sobre un frondoso bigote le daban el aspecto de un búho. A ratos levantaba la vista para observar a su nieta, que con un vestido blanco y el cabello recogido en una trenza hacía cola pacientemente en el columpio.

—Nunca me acostumbraré a verte como un abuelito feliz, y creo que es la primera vez que te veo leyendo un libro, ¡una novela! —Elevó las cejas con asombro y echó un vistazo a la portada—. Fred Vargas, *El hombre de los círculos azules*; es muy buena —comentó, sentándose a su lado.

—Aquí donde me ves, me estoy aficionando a la lectura —se ufanó—. Llegas tarde. ¿Mucho trabajo, hem...? —dudó Rodrigo, que cerró el libro y lo miró por encima de las gafas mientras se retorcía el bigote en un gesto inconsciente.

—Joder, Jaime, ya sería año de que te aprendieras mi nombre... Me llamo Enda —se quejó. Rodrigo esbozó un gesto de disculpa—. Hemos tenido un día intenso con lo de la consultoría famosa, pero de momento no se ha avanzado mucho. Tengo el presentimiento de que hay más cosas de las que parece en este caso, a medida que vayamos escarbando quizá encontremos algo que no esperamos.

Su interlocutor guardó silencio mientras contemplaba a su nieta, que por fin había conseguido subirse al columpio y empezaba a balancearse ante la atenta mirada de un chico de su edad que parecía impaciente por ocupar su lugar.

—Esta novela —volvió a abrirla y buscó una página que tenía marcada con una esquina doblada, algo que Rivas odiaba hacer en un libro, por lo que le dieron ganas de restaurar el folio a su estado original, pero se contuvo— me la regaló mi hija y, la verdad, pensaba que sería un rollo, pero no, dice verdades como puños, escucha. —Se ajustó las gafas y leyó en voz alta—: «Me pregunté por qué soy poli. Seguramente porque en ese oficio hay cosas que buscar con posibilidades de encontrarlas. Eso consuela de lo demás. Porque en el resto de la vida nadie nos pide que busquemos nada y no nos arriesgamos a encontrar porque no sabemos lo que buscamos». ¿Qué te parece? —Levantó la vista y lo observó, toqueteando de nuevo su bigote, atento al efecto que habían provocado sus palabras.

—Que tiene razón —sonrió Rivas—. El problema es que buscar no es fácil, por muy policía que seas.

Su interlocutor asintió mientras dejaba la novela en el banco.

—Hoy en día los asuntos se complican. —Dejó el bigote en paz y chasqueó la lengua—. Suelen formar parte de un todo que, al menos, al principio se nos escapa. A veces echo de menos un sencillo atraco a mano armada a un banco o un simple timo. Por no hablar de la mierda de corrupción que nos rodea... La semana pasada recibí un estudio que augura que antes de finalizar el 2015 vamos a tener que enfrentarnos a nuevos delitos que ni siquiera la reforma del Código Penal actual ha previsto. Es increíble. —Alzó las cejas y abrió mucho los ojos—. La delincuencia es cada vez más sofisticada, suerte que a mí ya no me queda mucho.

—Eres un poco cansino con eso, Jaime, llevas tanto tiempo diciendo lo mismo que ya no nos lo creemos —sonrió, apoyando los codos en las rodillas—. Hasta que te echen, tenemos inspector jefe para rato.

—De momento, mantengo esa etiqueta, pero realmente empiezo a estar fuera. —El tono era amargo y volvió a acariciarse el bigote.

—¿Qué quieres decir? —Rivas se volvió hacia él, sorprendido.

El niño que esperaba su turno parecía haber perdido la paciencia. Alargó el brazo y dio un fuerte tirón a la trenza de la niña. Esta gritó y lo miró furiosa. Su abuelo ya se estaba levantando, pero no llegó a acercarse. Con toda la calma del mundo, detuvo el columpio, bajó, le dio una bofetada, volvió a subir y siguió balanceándose como si no hubiera pasado nada. El agredido enrojeció y pareció a punto de llorar, pero al ver la expresión de ella decidió batirse en retirada. Rodrigo volvió a sentarse con una sonrisa orgullosa.

—Menuda es tu nieta.

—Sí, ha salido a su madre y a su abuela —contestó, colocando su pierna derecha con dificultad—, sabe arreglárselas sola. Te decía que realmente estoy más fuera que dentro, y más ahora con el tema de Andrés. —Cruzó los brazos sobre el vientre prominente.

—Eso lo llevan los Mossos, no vamos a intervenir para nada.

El inspector jefe habló como si no lo hubiera oído:

—Hay cosas que no sabes. No quería mezclarte en esto, pero creo que no puedo confiar en nadie más. Es mucho más grande de lo que parece, y eso que sé poco, es un tema que no lleva nadie de mi grupo. Podría mirar hacia otro lado porque, desde luego, no van a pedirme cuentas de nada de este asunto, pero no es justo... —se interrumpió, y bajó el tono de voz—. Todavía sigo pensando que hay que quitar las manzanas podridas antes de que corrompan a las demás. El problema lo tenemos en saber cuáles son las manzanas que hay que salvar.

—O cuáles no están podridas, mejor dicho. No me atrevería a poner la mano en el fuego por nadie —masculló Rivas—. Pues me das una alegría, estamos bien apañados si tenemos el enemigo en casa. Vaya mierda.

El inspector jefe se volvió hacia él, observándolo con intensidad. Su mirada expresaba cansancio y a la vez miedo.

—En eso te doy la razón, y más en estos tiempos. Mira, antes de contarte de qué se trata tienes que saber que, si te metes en esto, posiblemente nada volverá a ser igual —empezó—. Y que conste que no estoy dramatizando, ya

me conoces.

—Quizá no soy el más indicado para esa tarea. Ya sabes, no gozo de mucha popularidad en la brigada. —Se irguió y cruzó los brazos sobre el pecho. Clavó sus ojos en los de su interlocutor—. ¿Estás seguro?

—Sí, y no he hablado más en serio en mi vida. Te contaré lo que sé y lo que no sé pero sospecho, y tú decidirás.

## 6 de junio del 2015

Un muerto es más pesado que un corazón roto.

RAYMOND CHANDLER,  
*El sueño eterno*

### 1

—¡No me digas que tenemos otra vez a los italianos y encima en sábado! —exclamó Sofía mientras abría la puerta del despacho y dejaba el bolso en la mesa. Paco entró tras ella, hojeando los papeles que llevaba en la mano.

Estaba cansada. Sus amigas la llamaron la tarde anterior para salir de cena y aunque quiso irse pronto a casa, al final se le hicieron las tantas. Y tampoco había sido tan divertido, acabaron tomando una copa donde siempre y viendo las mismas caras de siempre. Últimamente tenía la sensación de encajar cada vez menos con la gente; los años pasaban, algunas de sus amigas ya habían cumplido los cuarenta, pero seguían repitiendo el mismo patrón, como si todavía estuvieran en la veintena y la juerga nocturna fuera lo más importante en sus vidas. Cuando por fin se metió en la cama pensó que quizá con Enda lo habría pasado mejor, pero no había conseguido hablar con él en toda la semana. Lo peor era que había sido incapaz de levantarse pronto para ir al gimnasio a nadar como tenía por costumbre los sábados. Eso la ponía de un humor de perros.

—Tienes razón —contestó el secretario—, no hay guardia que no veamos a *Romeo y Julieta*, y si no recuerdo mal, en la anterior los tuvimos aquí en dos ocasiones —hizo memoria, frunciendo el ceño—. Sí, una fue la que ella tiró la estufa por la ventana, y en la otra él destrozó el espejo de la habitación. En mis tiempos se decía que eso significaba siete años de mala suerte —sonrió para sí—, pero esta gente son como los gatos, tienen siete vidas, aunque, todo hay que decirlo, mal llevadas.

—Pues a ver si los que tenemos suerte somos nosotros y dejan de darnos la lata. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Se han cargado la cama en un exceso de pasión? —Sofía encendió el ordenador y se dejó caer en la silla. Buscó con la mirada su botella de agua y la descubrió detrás de una pila de expedientes. Echó un buen trago, el sol apretaba de buena mañana en el camino de subida

de la estación hasta el juzgado.

—Como siempre, han montado un buen escándalo. Según los vecinos, parecía que estaban matando a alguien. Él estaba borracho como una cuba y ella lloraba y berreaba como una loca, y tenía hematomas en el brazo, pero no ha querido asistencia médica. —Paco hizo una mueca mientras se sentaba en una silla frente a la mesa—. Nada espectacular, esta vez.

*Romeo y Julieta*, Paolo y Francesca, eran una pareja de italianos que desde hacía unos dos años vivía en Sant Agustí, uno de los siete pueblos que integraban el partido judicial de Taulera. Él daba clases en la Facultad de Empresariales en Barcelona y ella era informática y trabajaba desde casa. Una pareja sin hijos, aparentemente modélica, pero incapaz de vivir en paz. Discutían constantemente, la emprendían a golpes con el mobiliario, luego se perdonaban y vuelta a empezar. Nunca se denunciaban; eran los vecinos, que, hartos de las peleas, avisaban a la policía. Una vez en el juzgado, tanto ella como él se negaban a declarar y se marchaban juntos cogidos del brazo tras besarse apasionadamente en la calle. «Hasta que a alguno se le vaya la mano un día, entonces, la cosa será más grave», había comentado Sofía a los funcionarios la última vez.

Estaba harta de verlo todos los días. Confundir la pasión con la dominación, el amor con la obsesión, es el caldo de cultivo del maltrato. Una muestra reciente de ello, en la anterior guardia: el caso de una chica de veinte años que no quería orden de alejamiento porque, para ella, el hecho de que su novio supiese siempre dónde estaba, con quién iba y qué hacía en todo momento era la expresión de un amor apasionado, de película, que creaba adicción y la hacía sentirse distinta, la elegida por él. Cuando le dio la primera paliza, su visión de las cosas empezó a cambiar.

—Vale, ¿y además de esos dos? —Bostezó y se frotó los ojos.

—Necesitas un chute de cafeína, por lo que veo. —Ella asintió—. Solo tres detenidos por un robo con fuerza en un coche. Estos son los atestados. No te quejarás —le acercó los papeles que llevaba—, un sábado tranquilo. Si no fuera por el asesinato... —Meneó la cabeza—. Es un tema duro. La madre estaba destrozada, no entendía lo que estaba pasando, insistió en entrar en la cocina para verla, pero a punto estuvo de caer redonda. El policía le tuvo que repetir varias veces para qué necesitaba la muestra de saliva. Pobre chica, hay que ser un psicópata para haberla machacado de esa forma.

—Y tanto, es una monstruosidad, esto tiene pinta de ser más que un simple robo. Supongo que Daniel estará con la autopsia, luego lo llamaré. El

marido está detenido, pero ayer tarde los Mossos me dijeron que se ha negado a declarar. A saber cuándo lo traerán, en domingo no creo, lo más probable es que sea el lunes. —Miró sin ganas los papeles sobre la mesa.

—Eso espero, no me vendría mal un día de descanso. Solo me queda un año para la jubilación y ya no tengo mucho fuelle. Mi mujer está deseando tenerme en casa a tiempo completo.

—¡No me digas! —se sorprendió—. ¡Si estás mejor que ninguno de nosotros! ¿Ya tienes los sesenta y cuatro, entonces?

Él negó con la cabeza, ufano.

—Tengo sesenta y nueve, el año que viene me echa el ministerio. Me jubilo antes que Daniel, al viejo gruñón le queda un poco más que a mí.

—Pues no es peloteo, Paco, pero estás genial, ya me gustaría a mí llegar a los setenta y estar como tú —rio ella—. Aunque con el ritmo que llevamos, no sé, no sé... Me parece que no voy a aguantar tanto. Ahora, lo que quiere tu mujer es que estés en casa para mandarte a hacer recados, que lo sepas. —Le guiñó un ojo.

—¡Eso se cree ella! Se me ocurren muchas cosas que no entran en sus planes —sonrió—. Ahora, esto de llevar dos juzgados se me está haciendo pesado. ¿Traerán por fin algún secretario sustituto para este juzgado? —Abrió los brazos y elevó la mirada al techo.

—¡Qué va! Ya sabes cómo va esto, les importa muy poco lo que necesitamos; pero no te quejes, somos de lo mejorcito del partido judicial —presumió ella, irguiéndose en la silla.

—Ya lo sé, si la oficina va sola. Ahora, te digo una cosa, con lo que pagan, si no fuera porque aquí la gente se pone las pilas, la sustitución la iba a hacer su tía la del pueblo. —Se puso en pie—. Voy a hablar con Rosa, y —advirtió— espero poder estar esta tarde en casa, el Barça juega la final de la Champions League y eso no pasa todos los días.

—No te preocupes. Yo paso del fútbol, pero espero estar libre ya, por la cuenta que me trae —respondió Sofía, mientras cogía los atestados—. Te aviso cuando empecemos.

## 2

Anna había llegado hacía un buen rato al Instituto Anatómico Forense de Barcelona y, sentada en una silla con un café en la mano, esperaba a que saliera el forense para coserlo a preguntas. La tarde anterior aguantó toda la autopsia, aunque en más de una ocasión estuvo

a punto de salir. No era uno de sus pasatiempos favoritos. Al terminar, Daniel le dijo que tenía que comprobar algunos detalles y que al día siguiente la daría por finalizada.

Esa mañana se había levantado temprano para salir a correr una hora. A pesar del calor, el ejercicio le sentó de maravilla y, tras una ducha de agua fría, se sintió como nueva. El día antes había aprendido mucho. Susana Romero les había permitido participar, a ella y a Víctor, en la primera reunión del grupo de trabajo. Les presentó a todo su equipo, incluido su superior, el inspector Durán, que los saludó con un simple gesto de cabeza. No parecía demasiado entusiasmado con su colaboración. Anna se sorprendió al ver que tendría su edad o poco más. Unas cejas espesas sobre sus hundidos ojos oscuros le daban un aspecto malhumorado, lo que, como pudo comprobar, correspondía al talante que mostró.

Dirigió la reunión con rapidez y sintetizando en pocas palabras las líneas a seguir, así como el reparto de tareas. Anna escuchó y tomó notas con fruición, sin hacer ningún comentario. Era una buena oportunidad y no quería fallar, esperaba conseguir una comisión de servicio y con el tiempo acceder al grupo de investigación. Les preocupaba la identificación de la víctima, estaba claro que el asesino había puesto todas las trabas posibles para dificultarla. Desde luego, por la complexión, bien podía ser la dueña de la casa. Por todas partes había fotografías de ella, sola o con su marido. Menuda, delgada, morena, ojos grandes y una sonrisa encantadora. Lo único que pudo decirles la angustiada madre es que no sabía nada de su hija desde la tarde anterior, en la que hablaron por teléfono. Víctor tenía previsto acudir a su casa esa mañana. No le envidiaba esa misión.

Andrés Rincón no había querido declarar. Anna lo había observado desde el cristal de la sala de interrogatorios. Alto, musculoso, el pelo revuelto, se sentaba en la silla con la cabeza gacha, tocándose la rojiza barba. No estaba segura de que escuchase las preguntas de Romero: dónde había estado la noche del jueves al viernes y dónde estaba su mujer. Parecía ausente y se limitaba a mirar la mesa. Su abogado, con un traje impecable y el pelo peinado hacia atrás, anunció que su cliente no declararía y que no podían imputarle nada ya que todavía no se había confirmado la identidad del cadáver. El tono era displicente y a Anna le cayó mal enseguida. Tenía toda la pinta de cobrar minutas astronómicas. «¿Un policía puede costeárselas?», se preguntó ella. Lo dudaba mucho.

Pensativa, apuró su café. En ese momento vibró su móvil. Le echó un

vistazo, un *whatsapp* de Paul. Dudó si leerlo o no. Se conocieron hacía poco más de dos semanas en una cena con amigos comunes. No dejaron de hablar en toda la noche y, en el taxi de vuelta, en contra de su costumbre, le dio su número. Al día siguiente la llamó para invitarla a un desayuno tardío y unos días más tarde le dijo que tenía entradas para el teatro. Tras la función, le propuso tomar una copa en su casa antes de irse a dormir, copa que se demoró bastante, ya que nada más abrir la puerta empezaron a besarse y, en pocos segundos, la ropa de ambos había quedado esparcida por el suelo.

No se arrepentía, estuvo genial, necesitaba un poco de sexo sin compromiso. Tras haber sufrido tanto con Javier, con el que se sintió como un objeto de usar y tirar, una más en la larga lista de amantes que su compañero mantenía al mismo tiempo, había estado bien; la verdad es que más que bien, reconoció. Le permitió recuperar su autoestima y pasar página, pero no tenía intenciones de repetir. O, al menos, eso se había dicho a sí misma cuando volvió a casa.

Daniel salió de la sala quitándose la bata y esbozó una sonrisa al verla.

—¿Cómo estás? No sabía que esperabas aquí, podrías haber pasado.

—No, gracias —contestó ella. Guardó el móvil en el bolsillo, se levantó y le estrechó la mano—. Ayer ya tuve bastante. ¿Qué puedes decirnos?

—Bueno, muchas cosas. Es un caso muy interesante, pero todavía quedan puntos sobre los que tengo que reflexionar y buscar más información. Enviaré el informe al juzgado.

—Estoy intrigada. ¿Quieres un café? Este es de la máquina y no está mal —lo animó Anna, con una sonrisa.

El forense declinó su oferta con un gesto y se sentó. Ella se acomodó frente a él, tiró el vaso a una papelería próxima y sacó su libreta de notas.

—La muerte tuvo lugar entre las dos y las tres de la madrugada, y la causa, como ya te dije, fue el golpe en el parietal con un objeto contundente. ¿Lo habéis encontrado? —La cabo negó con la cabeza—. Los cortes los hizo tras el fallecimiento, quizá con una pequeña navaja. Son idénticos, uno en cada antebrazo y uno en cada muslo. Me atrevería a decir que es la letra *E*. Lo verás claro en las fotografías.

—Así que le *dibujó* cuatro *es*... ¿Qué significa? —exclamó ella, desconcertada—. ¿La inicial de un nombre? ¿Un acto ritual? —Mordisqueó el lápiz.

—Vete a saber, lo que sí puedo decirte es que la mató encima de la isla de la cocina. Los de la científica lo determinarán mejor por las manchas de

sangre y los fragmentos de masa encefálica.

—¿Hay que tener mucha fuerza para dar ese golpe?

Daniel se miró las manos.

—La pregunta no es fácil de contestar y más sin haber hallado el arma. — Levantó la vista hacia ella—. Para acabarlo de complicar, he hallado marcas en las muñecas, muy leves, pero sin duda son rozaduras, quizá fue atada con un cordel de embalar o similar, por la posición, los brazos tras la cabeza... — Ilustró el gesto—. Sin embargo, no hay marcas en los tobillos. Y hay algo a destacar: no fue violada, pero en la vagina había restos de lubricante.

—¿Un juego sexual? —apuntó Anna.

El forense se encogió de hombros.

—No hay rastro de semen, pelos, ni epiteliales bajo las uñas, ni nada que nos haga pensar que se resistió. O conocía al agresor y fue golpeada sin esperarlo, o no se atrevió a hacer nada al estar aterrorizada, todo es posible. Si el instrumento era pesado y consistente, tampoco haría falta demasiada fuerza. Este caso es jodido, Anna. Llevo en esto muchos años, pero pocas veces he visto tanta saña para liquidar a alguien. —Se cruzó de brazos y la miró con tristeza.

Ella asintió.

—Tienes razón. Necesitamos un perfil sobre la víctima, formarnos una opinión; pienso que es una manera de entender un crimen tan bestial. —Se pasó el lápiz por el pelo—. Me gustaría que me dieras tu opinión personal, lo que no incluirás en el informe. —Lo miró con atención.

—¿Opinión personal? Que el asesino es un hijo de puta, esa es mi opinión —expresó, rotundo—. Sobre eso no tengo dudas, lo ha dejado claro. Y otra cosa, los tatuajes.

—¿Qué son? —exclamó ella, inclinándose hacia delante.

—En cuanto al del bajo vientre, la piel estaba cortada con mucho cuidado, creo que la intención era arrancarlo, pero no terminó el trabajo. — Hizo una pausa—. El dibujo es interesante, es la cabeza de Medusa.

—¿Medusa? —se extrañó.

—Es un trabajo muy delicado, quien lo hizo es un artista, podríais dar con él, no es un tatuaje común, y te aseguro que veo muchos cada día. ¿Cómo vas de mitología griega y romana? —Sonrió al ver la cara de Anna—. Medusa es una de las tres Gorgonas, llamadas Esteno, Euríale y Medusa: tres monstruos que habitaban en el lejano Occidente, al otro lado del océano, según los antiguos. Su cabello eran serpientes, tenía grandes colmillos, manos de

bronce y alas de oro que le permitían volar. Los ojos echaban chispas y si la mirabas te convertías en piedra. Según el mito, Perseo mató a Medusa y utilizó la cabeza para deshacerse de sus enemigos. En griego antiguo, Medusa significa «guardiana» o «protectora». Se ha escrito mucho sobre ello, Freud incluso lo relaciona con la castración porque cuando el hombre mira a los ojos del monstruo queda petrificado y ello le impide ejercer su masculinidad. —Ella hizo un gesto de incredulidad—. Pero nos estamos apartando de lo que te interesa. En el dibujo, a pesar de no ser demasiado grande, unos diez centímetros de ancho por diez de largo, se aprecian perfectamente las serpientes y la cara del ser con los colmillos. —Se levantó y recogió la bata.

—¿Y el tatuaje del brazo?

—Son letras en griego antiguo, es un nombre, Daphne. Me voy al despacho para hacer el informe, luego tengo que ir al juzgado.

—Mucha gente se tatúa nombres o frases en japonés, en chino o hasta en sánscrito —especuló ella en voz alta, mientras se ponía en pie y guardaba sus notas.

—Mi sobrina, que lleva ya unos cuantos dibujos en todo el cuerpo, asegura que cada uno es especial para ella, representan experiencias de vida, dice. Hemos de suponer que para la víctima también; además, solo tenía esos dos —sonrió—. En la Antigüedad pensaban que Medusa alejaba el mal.

—Pues con los siglos creo que ha perdido su poder, no le ha servido de mucho a esa mujer —comentó Anna mientras salían juntos.

### 3

Rivas acabó de subir las escaleras del metro de la estación de plaza de Espanya sorteando a los turistas que se detenían de improviso para consultar manoseados mapas de la ciudad. El sol apretaba, por lo que la mayoría buscaba la sombra que proporcionaban los pabellones de la Feria de Muestras. Se desabrochó los botones de los puños de la camisa y dobló las mangas mientras esquivaba a unas chicas vestidas con ropa de los años setenta y pelucas afro que entonaban con poca fortuna una canción de Bob Marley y enarbolaban una pancarta que proclamaba que una tal Feli se casaba al día siguiente y que cometía un gran error al hacerlo, escrito ello entre signos de admiración y dibujitos de caras que guiñaban un ojo. La supuesta novia, rodeada de sus amigas, sonreía feliz a pesar del mal augurio.

Miró su reloj, le sobraba tiempo y le apetecía caminar. Decidió ir hasta el

centro cultural de CaixaForum y echar un vistazo a la librería. La avenida Maria Cristina estaba concurrida en esa mañana de sábado. Cuando llegó a las escaleras mecánicas que llevan a la entrada dejó pasar a unos cuantos turistas japoneses que se movían como un cuerpo compacto siguiendo a su guía, que alzaba un paraguas rojo sin dejar de hablar por un micrófono. Una vez abajo, junto a la pared del fondo, cuatro o cinco jóvenes ensayaban una coreografía con la música a todo volumen. Rodeó al grupo oriental, que no parecía decidirse a entrar, y se introdujo en la gran puerta giratoria. Una vez dentro dio un suspiro de alivio. Se notaba el aire acondicionado.

Frente al mostrador de la recepción, varias personas hacían cola para comprar las entradas de los espectáculos que se anunciaban en grandes pantallas. Les echó un vistazo; ninguno le pareció interesante. Los niños corrían en el enorme espacio diáfano, derrapando a la menor ocasión. Entró en la librería y empezó a recorrer las estanterías. Tal vez encontrase algo para su sobrino, ni que fuese un cuaderno o un lápiz bueno. Hojeó un libro en inglés sobre los estudios Pixar; no estaba mal. Lo cogió y se dirigió a la caja. Mientras la chica que estaba tras el mostrador le cobraba, observó distraído las fotografías de exposiciones que se habían hecho en el centro. Sus ojos cayeron en una que rezaba «Carceri», y debajo: «Las artes de Piranesi». Estaba seguro de haber visto esos dibujos en algún sitio, quizá en sus cuadernos de hacía siglos.

—¿Tenéis algún libro sobre esta exposición? —preguntó, señalando la fotografía.

La chica consultó el ordenador.

—Giambattista Piranesi, sí, arquitecto veneciano. Nos queda el que recoge toda la exposición que hicimos a finales del 2013. No lo tenemos aquí, ahora mismo, pero si quiere hacer un pedido, en unos días le mandaremos un mensaje al móvil para que venga a recogerlo.

—Perfecto.

Rivas le dio sus datos y pagó el libro para su sobrino. Salió, y tuvo que sortear a la guía del paraguas, que seguía con las explicaciones mientras el grupo se arremolinaba a su alrededor. Ya en la calle, esperó a que el semáforo se pusiera en verde para pasar. Notó cómo vibraba el móvil y vio que tenía un *whatsapp* de Sofía: «Todavía en la guardia, santa paciencia. ¿Cenamos hoy?». Dudó qué contestar. La investigación que le había encargado Rodrigo iba a implicarle mucho esfuerzo personal, quizá sería mejor no verse durante un tiempo y más después de que el inspector jefe le confirmase que era la

juez encargada del asesinato, pero en un impulso y sin darse tiempo para arrepentirse, escribió: «OK, donde siempre a la hora de siempre». Ya estaba hecho.

Cruzó y empezó a subir las escaleras hasta la entrada del Museo Nacional de Arte. La barandilla superior estaba llena de gente que contemplaba las vistas. Encontró un hueco y miró como los demás. A sus pies, la plaza de Espanya con la antigua plaza de toros de Las Arenas transformada en centro comercial; más allá, gran parte de la urbe, y enfrente, la montaña del Tibidabo coronada por la iglesia y el parque de atracciones.

La visión del parque lo llevó a recordar una operación en la que participó con Andrés, en la que los traficantes pretendían ocultar la droga en las instalaciones aprovechando que estaba cerrado en los meses de invierno. No hacía demasiado que trabajaban juntos y la inexperiencia de ambos estuvo a punto de fastidiar toda la operación. Les dieron el alto demasiado pronto y los delincuentes salieron huyendo, lo que les obligó a dispersarse. Andrés interceptó a uno justo en un lugar en el que abundaban las matas de ortigas y, cuando consiguió esposarlo y llevarlo hacia los furgones policiales, sus compañeros empezaron a reírse a carcajadas al verlo. Tenía la cara y las manos llenas de ampollas y, entre el pelo rojo y lo cabreado que estaba, parecía a punto de explotar. En urgencias, a pesar de su estado, intentó ligar, sin éxito, con la enfermera que lo atendió. Durante semanas, la broma en la brigada fue que el poli vikingo se había convertido en una vulgar gamba cocida.

—Te falta la cámara para estar a conjunto con los demás —dijo una voz ligeramente afónica a su espalda.

Rivas se volvió y sonrió a su interlocutor.

—Estás anticuado, Eduardo, ya nadie lleva cámara de fotos.

—Tienes razón, se me nota que soy de la vieja escuela... ¿Cómo estás?

—Le tendió la mano.

—Bien —respondió Rivas, estrechándosela—. Gracias por tu tiempo, siento molestarte en sábado.

—Siempre tengo un hueco para los viejos amigos. Tú dirás... —Eduardo lo miró con un brillo de curiosidad en los pequeños ojos tras las gafas.

—Busquemos un sitio más tranquilo y a la sombra.

Empezaron a caminar hacia la izquierda, entre los grupos de turistas.

—¿Cuándo volviste?

—A finales de enero —contestó Rivas—, me he cansado de ir con la

maleta a cuestras. Aquí hay trabajo de sobra.

—Y que lo digas, Barcelona está llena de chorizos, de los de siempre y de los que se van apuntando al carro. —Eduardo sacó caramelos de su bolsillo y se los ofreció al policía, que negó con la cabeza—. Ahora me he pasado a los dulces, así dejo el tabaco y ayudo al gremio de los dentistas. A mi edad me pongo unos buenos implantes y a correr.

—Te llamé cuando volví, pero no hubo forma de hablar contigo. ¿Sigues en el periódico?

—Sí, de momento me pagan cada mes, pero nunca sabes cuándo va a ser el último —anunció con sorna mientras se metía un caramelo en la boca—. Lo curioso es que estoy llegando a una etapa en la que todo me da lo mismo; creo que si mañana me dieran el finiquito, hasta les daría la mano contento.

—Eso no me lo creo... Sentémonos aquí. —Habían llegado a un bar con mesas a la sombra.

Rivas contempló a su interlocutor. Le faltaba bastante cabello, unos mechones grises todavía resistían por encima de las orejas. Y también varios kilos, y eso que nunca le habían sobrado demasiados. La ropa le colgaba y, a pesar de la temperatura, llevaba un pañuelo de seda anudado al cuello. Lucía grandes ojeras que las gafas metálicas disimulaban parcialmente.

—¿Qué quieres tomar?

—Para mí, agua nada más.

—No será que estás a régimen o te has pasado a la dieta del ayuno... —comentó Rivas, enarcando una ceja.

—Solo faltaría —rio—. No, es que si ahora como algo, luego no me entrará nada. Voy a casa de mi hija, que quiere experimentar conmigo. Se ha comprado un libro de cocina de esos concursos que salen ahora en la tele y está como loca. Si su madre la viera, le echaría un buen discurso sobre lo que es cocinar de verdad; pero vamos a darle un voto de confianza... —se interrumpió, y se aclaró la garganta—. Dime, ¿vas a darme algo publicable?

—No, por el momento. —El camarero se acercó y Rivas le pidió una cerveza y una botella de agua. Esperó a que se marchara para seguir hablando—. Necesito información sobre E. A. Puerto, de la consultora Delos Asesores.

—Ahora mismo... —dudó su interlocutor—. No sé nada sobre ese hombre, no me suena, pero la consultora sí. Un compañero de redacción, el de economía, me comentó que se habla mucho de ella en ciertos círculos, está en plena expansión e incluso amenaza con acaparar todo el mercado de la

consultoría. —Hizo una pausa mientras el camarero les servía. Cogió la botella de agua y bebió un largo trago—. Puedo preguntarle, si te interesa. Y, ahora que recuerdo, comentó algo de una fiesta en la que había gente de esa empresa.

—¿Y eso? —preguntó Rivas.

—El compañero fue a uno de esos cócteles que organiza la gente bien, en un gimnasio de la parte alta, y estaba lleno de todo tipo de fauna: políticos, empresarios, famosos de medio pelo y demás. Lo corriente: música suave, canapés, gente dando vueltas con la copa en la mano y comiendo como si no lo hubieran hecho nunca. Cuando has visto uno, los has visto todos. —Carraspeó y se arregló el pañuelo—. La justificación del evento era dar a conocer que el gimnasio había tenido beneficios extras el año pasado y que se invertirían en obras sociales, sin concretar, claro —ironizó—. Había bastante personal de Delos repartiendo tarjetas a diestro y siniestro, y cómo no, aprovechando para hacer más negocio.

—¿Cómo se llama ese gimnasio?

—Ónfalos, creo, está pasada la Ronda de Dalt, cerca del cementerio de Sant Gervasi, pero olvídate. —Le palmeó el brazo—. Siendo poli no te dejarían pasar de la entrada, es para ricos muy ricos, o al menos para los que lo parecen o tienen una cierta posición social. —Lo miró con atención—. No creo haberte ayudado mucho, pero intentaré enterarme de algo más.

—Te lo agradezco, y por favor, sé discreto.

—¿Tan grave es el asunto? —bromeó Eduardo, con una sonrisa que murió cuando vio la expresión de Rivas.

—Espero equivocarme —suspiró este—, pero no tiene buena pinta.

## 4

—Creo que pensamos lo mismo, ¿no?

Sofía asintió mecánicamente mientras echaba una rápida ojeada al reloj que tenía sobre la mesa del despacho. Las dos de la tarde. Tenía la sensación de que llevaba en el juzgado desde ayer, sin interrupción. Reprimió un bostezo.

—Sí, sí, no te preocupes, Lucas, el lunes buscaremos todas las denuncias y te las paso para que les des un vistazo. —Se levantó de la silla con rapidez y compuso una sonrisa que pretendía ser de despedida. «Vete ya», decía mentalmente con todas sus fuerzas, a ver si surtía efecto.

—Perfecto. —El fiscal se levantó también—. Creo que por hoy hemos

tenido suficiente, a ver si mañana no hay detenidos. Llevo unos días de locos, entre el máster, el juzgado y los juicios me faltan horas. —Se pasó la mano por el cabello perfectamente cortado y se ajustó la americana.

Ella contuvo el impulso de decirle que estuviera tranquilo, que no se había despeinado ni un ápice. «Dios, qué hombre más pesado, no calla ni bajo el agua», se dijo mientras asentía repetidamente con la cabeza.

—Bueno, a todos nos pasa lo mismo. —Se acercó a la puerta con la esperanza de que él la imitara y se marchara ya.

—¡Ah! Recuerdos de Paloma —exclamó él—. Me la encontré el jueves en la fiscalía de Barcelona. Está nerviosa con la boda, pero muy contenta. Os echa de menos.

—Seguro que no tanto como nosotros a ella —respondió ella, sin pensar—. Bueno —rectificó—, contigo estamos genial —mintió—, pero Paloma llevaba aquí bastante tiempo y nos entendíamos casi sin hablar. —Volvió a mostrar una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros. Le estaba doliendo la mandíbula.

—Claro, ya veo que trabajáis muy bien, pero todo se puede mejorar, verás cómo nos ponemos al día enseguida —aseguró él, mostrando una dentadura de anuncio mientras rectificaba un milímetro la posición de su corbata—. Me marchó; espero no verte hasta el lunes, Sofi, que ya tenemos trabajo anunciado con el asesinato. Buen fin de semana. —Salió, los tacones de los relucientes zapatos resonando por el pasillo.

—¿Sofi? ¿Este tío es imbécil o qué le pasa? —exclamó ella cuando ya no podía oírla.

Resopló y volvió a sentarse en su silla. Vaya mala suerte. Lucas era el nuevo fiscal adscrito al juzgado y, aunque —tenía que reconocerlo— era bueno en lo suyo, también era insufrible. A la menor ocasión te largaba la doctrina del Tribunal Supremo sobre cualquier tema penal o te exponía la tesis de algún profesor del que nadie había oído hablar nunca, y sin que hubiera forma de pararlo. Era muy puntilloso con el trabajo, lo miraba todo con lupa y no pasaba nada por alto. En el juzgado ya lo habían *bautizado* con diversos apelativos, pero el que le cuadraba más era el de *El Armani*. No era demasiado alto, pero se notaba que debía de pasarse horas en el gimnasio. «Para que luego digan de las mujeres... Este se gasta el sueldo en trajes», se dijo mientras apagaba el ordenador. Tendría que acostumbrarse, no le quedaba otra.

Antes de tomar declaración a los italianos había conseguido tomarse un

café para despejarse un poco. Paolo se mostró arrogante y se limitó a decir que ella se le había echado encima por un asunto de celos, pero negó haberla tocado. Francesca se mantuvo inusualmente callada a pesar de la insistencia de su abogado y de Lucas, y de nuevo se negó a que la visitara el forense. Al marchar, las miradas de ambas se cruzaron y pareció que iba a decir algo, pero lo pensó mejor y salió, encogida. Sofía tuvo la sensación de que esta vez el asunto había sido más serio, pero si la víctima callaba, poco se podía hacer. Presentía que, por desgracia, no tardaría mucho en volverlos a ver.

Miró a su alrededor y pensó que ya era hora de volver a casa. Cogió el bolso y la chaqueta. Comería cualquier cosa y se echaría una larga siesta, decidió. Ya en la puerta, sonó el teléfono. Contempló la posibilidad de hacerse la sorda y salir corriendo, pero volvió a sentarse y levantó el auricular.

—¿Sí?

—Señoría, soy la sargento Susana Romero.

—¡Ah! Dígame, ¿hay novedades?

—Lamento decir que no demasiadas, la identificación de la víctima tiene prioridad, pero veo difícil tener algo antes del lunes. Los de dactiloscopia también están puestos a ello, pero lo ven complicado, faltan fragmentos de piel. El asesino hizo un buen trabajo, le destrozó las yemas de los dedos a conciencia. Perdone que sea tan directa. —Sofía se estremeció.

—No se preocupe, ya estamos acostumbrados.

—Por otro lado —siguió Romero—, todavía no sabemos nada de los movimientos de Rincón la noche del crimen, sigue sin soltar prenda. Es una tumba —añadió con sorna.

—Pues lo tenemos crudo, el lunes por la mañana se cumple el plazo máximo de detención —soltó Sofía, disgustada—. Tendré que decidir sobre su situación, habrá petición de prisión por parte de la fiscalía seguro. ¿Cree que podrán tener algún dato más para entonces?

—Le aseguro que el atestado será lo más completo posible. —La voz de la policía sonaba cansada—. Estaremos en contacto.

—De acuerdo, llámeme con lo que sea —se despidió Sofía, y colgó.

Miró por la ventana, el sol casi llegaba a su silla. El gato blanco seguía sin aparecer en el balcón de enfrente, quizá sus dueños se habían marchado de vacaciones y, por lo que parecía, no se habían acordado de regar un enorme jazmín, se estaba secando y todas sus flores estaban en la barandilla y en el suelo del balcón. Recordó los pétalos que cubrían el cuerpo de la mujer

asesinada. «Es increíble —pensó—, ¿qué sentido tenía esparcírselos por encima después de haberla machacado de esa forma?» Le daba un punto macabro que asustaba.

Intentaba meterse en la cabeza de la gente que era capaz de cometer barbaridades como esa, pero en este caso se veía incapaz de comprender la maldad que había llevado a alguien a causar tanto sufrimiento. Había lidiado con mentes bastante retorcidas, y tal y como le decía el forense, asomarse a la mente del monstruo siempre tiene un precio. Como el caso de Lena, la madrastra acusada por su hijastro, Roger, de haberlo agredido cortándole el cuello en una noche de enero de ese mismo año, hecho por el que estuvo a punto de morir. Ella lo había negado todo para luego desaparecer. Seguía en busca y captura, y quién sabe si la encontrarían algún día. Pero Roger era un chico extraño, nunca había acabado de creer lo que contaba.

La mitad de la gente miente descaradamente, y la otra mitad nunca dice la verdad completa; era lo que había aprendido en todos esos años tratando con personas en situaciones límite. Y toda esa experiencia iba formando un poso en su interior que cada vez le pesaba más. Por ese motivo solía mantener un mutismo absoluto sobre su trabajo, y eso, en ocasiones, se lo recriminaban sus padres, a los que les gustaba que explicase cosas de su día a día. Sus progenitores no eran conscientes del favor que les hacía no contándoles nada.

Deseó poder transportarse a casa con el pensamiento y ahorrarse el viaje en tren. En fin, tocaba caminar hasta la estación. Salió del despacho con paso rápido.

## 5

«Todo se está yendo a la mierda.» Era el pensamiento con el que se había ido a dormir a las tantas, después de haber tenido que ir la noche anterior hasta la casa del viejo. Cuando pasó junto a la estatua de Apolo ni siquiera la miró, perdido en sus pensamientos, rompiéndose la cabeza para decidir qué iba a decirle, porque no podía contarle toda la verdad. El viejo le echó la bronca que esperaba, culpándolo del desastre por no haber actuado como se le dijo. Tuvo que morderse la lengua. Como si él fuera el jodido Dios y controlase los movimientos de los demás. Lo gracioso del tema era que no había tenido nada que ver en el asunto, pero le tocaba dar la cara. Y todo era culpa de Andrés. «Si hubiera tenido las manos quietas por una vez en su puta vida», pensó exasperado.

Estaba sudando, se quitó la chaqueta y se la colgó del brazo. Maldito sol. Todavía era primavera, pero los veintiocho grados que marcaba el termómetro que vio junto a una farmacia se empeñaban en decirle que el calor ya estaba aquí para quedarse. Se oyó un pitido y metió la mano en el bolsillo del pantalón. El móvil estaba en las últimas, necesitaba cargarlo ya. No era de extrañar, se había pasado el día dando instrucciones y dejando claro a todo el mundo que de momento había que quedarse bien quietecito.

No le gustaba nada el ambiente que se respiraba, había nervios y a él le tocaba atemperar los de todos. No estaba muy seguro de ser la persona más adecuada para hacerlo, él también tenía su carga. «Si el viejo supiera...»; se permitió una sonrisa torcida. Igual ya le habría cortado el cuello, a él y a... Prefería no pensar en ello, ahora tocaba centrarse, decidir cuáles iban a ser sus próximos movimientos, pero estaba claro que el asesinato de esa mujer no iba a hacer otra cosa que acelerar a los perros de presa, ya podía sentir su aliento en el cogote y no le gustaba, nada, nada.

Se detuvo ante un semáforo en rojo y, distraído, volvió la cabeza a la derecha. Se quedó helado. En la distancia le pareció ver una figura conocida que se acercaba a él. No podía ser, estaba seguro de que el viejo había quedado conforme con sus excusas... Desvió la vista al frente mientras se le aceleraba el pulso. El semáforo cambió a verde, pero no se movió. No sabía qué hacer, si quedarse hasta que el sujeto llegase a su altura o marcharse lo más rápido que pudiera. En su indecisión, el semáforo empezó a cambiar y perdió la oportunidad de cruzar. Miró a su derecha de nuevo, pero no vio a nadie. Escudriñó todo el tramo, pero no aparecía por ningún lado. Lo habría imaginado. Con un suspiro de alivio cruzó antes de que los coches se detuvieran, lo que le supuso un par de bocinazos irritados que ni siquiera escuchó.

Tenía que calmarse, no podía ver fantasmas donde no los había. El viejo todavía confiaba en él, se repitió, estaba seguro, y no iba a mandarle a nadie que lo liquidara, no le interesaba. Si la estrategia que había iniciado hacía un par de semanas no había dado frutos, no era culpa suya, pero todavía tenía tiempo de solucionarlo. Hizo un par de respiraciones profundas y siguió andando, más tranquilo. Intentó ordenar sus pensamientos, que recayeron en Rivas; esperaba que no fuera una piedra en el zapato con lo de la consultoría, «pero nunca se sabe», se recordó. «Otra cosa de la que estar pendiente. Otra más.»

De pronto experimentó la necesidad de oír su voz y volvió a sacar el

móvil. No creía que tuviese bastante batería para aguantar una conversación que prometía ser larga. Decidió que podría acercarse y hablar en persona. Mucho mejor. Sonrió y se secó las húmedas palmas de las manos con la chaqueta. Se sintió un poco menos solo y encaminó sus pasos hacia el único lugar donde realmente le apetecía estar.

## 6

Víctor dudó antes de llamar al timbre del interfono. No creía que la madre de Gloria estuviera en condiciones de hablar con nadie, y más cuando no podía darle las respuestas que necesitaba la pobre mujer. Suspiró y puso el dedo en el botón plateado. En ocasiones odiaba su trabajo. Apenas habían pasado cinco segundos y le contestó una voz:

—¿Sí?

—¿Señora López? Soy el agente Víctor Castro, de Mossos d'Esquadra.

La puerta se abrió con un chasquido. La empujó y entró en la finca. Cuando salió del ascensor, ella lo esperaba en la escalera.

—¿Saben si es mi hija? —preguntó ansiosa.

—Lo siento, pero todavía no. No se preocupe, los resultados estarán pronto. Entiendo que está usted pasando un calvario, pero le aseguro que hacemos todo lo posible. He venido porque tengo que hacerle unas preguntas sobre Gloria.

Ella lo miró angustiada y con un gesto le indicó que la siguiera hasta el interior de su piso. Vestía camiseta y pantalón negros, y a pesar del buen tiempo, una chaqueta de lana de color gris.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere un café o un refresco?

—Solamente un vaso de agua, muchas gracias —contestó él mientras se sentaba en el sofá.

La mujer cruzó los brazos bajo el pecho y salió de la habitación. Víctor aprovechó para echar una ojeada al salón. El televisor estaba encendido, pero sin sonido. Las cortinas echadas impedían que entrara la luz del sol y sumían la habitación en la penumbra. Todo parecía limpio y ordenado, y en el aire flotaba un aroma a ambientador. Sobre la mesita de centro había fotografías de Gloria con su madre y el que supuso que sería su padre en marcos de plata bien pulimentados. En ninguna aparecía el marido de su hija. En la mesa, en las estanterías, en todos los rincones, había jarrones y ramos de flores secas. Víctor tuvo la sensación de que alguien había vaciado una floristería para colocarlo todo en esa habitación.

Caminando sin hacer ruido, la señora López se acercó con una bandeja en la que había una jarra de cristal llena de agua, un vaso y servilletas de papel. Sus manos temblaban cuando la depositó en el espacio que permitían las fotografías, lo sirvió y lo observó, expectante, mientras se sentaba en el otro extremo del sofá.

—Muchas gracias —repitió él tras beber un sorbo—. No le robaré mucho tiempo.

Ella carraspeó y, en un gesto mecánico, se colocó el cabello tras las orejas. Su mirada ansiosa se posó en las fotos. Víctor pudo observar el parecido entre madre e hija; la misma complexión, cabello oscuro y ojos profundos, ensombrecidos ahora los de su interlocutora por las ojeras y el rictus de preocupación.

—¿Está usted sola? —La mujer asintió sin mirarlo—. Si lo necesita, podemos proporcionarle ayuda psico...

Ella lo interrumpió.

—Todavía tengo esperanzas de que no sea mi niña. Dios me perdone por desear que sea otra persona la que está muerta en su cocina..., pero... ¡No sé si tengo que enterrar a mi hija o no! ¿Usted sabe lo que es eso para una madre? —Había elevado el tono de voz y unas lágrimas asomaron a sus ojos. Respiró hondo—. Perdone. Es que no me lo puedo creer. —Encorvó la espalda y hundió el rostro en las manos—. Ojalá estuviera aquí su padre —musitó.

—¿Cuándo falleció su marido? —preguntó él, con suavidad.

—Hace dos años. —Alzó la cabeza—. Gloria lo pasó muy mal, estaban muy unidos. Ella era lo más grande para él. —Con un dedo tembloroso rozó la imagen de su esposo—. Un cáncer se lo llevó en seis meses. —Levantó la vista y miró al agente con decisión—. Dígame cómo puedo ayudar.

—Necesito todo lo que sepa sobre su entorno: amigos, conocidos, compañeros de trabajo. —Sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo del pantalón.

—Es profesora de inglés en la guardería Bambi, que está en el pueblo. Sus amigos... —dudó—. Si quiere le daré los nombres de sus compañeras del colegio, pero no creo que mantuviese mucho contacto con ellas. Aquí todo el mundo la conoce. Cuando terminó los estudios se marchó a Dinamarca durante un año, a trabajar en un hotel. Hizo amistad con una chica que acabó viniendo a Barcelona; Gloria la ayudó a buscar piso. Ahora no recuerdo cómo se llama, lo siento, quizá esté apuntado en algún sitio... —Se apretó la sien

derecha.

—No se preocupe, ya buscaremos los nombres más tarde. ¿Qué puede decirme sobre su yerno?

La pregunta removió algo en el interior de la señora López. Frunció el ceño, se levantó y fue hacia una estantería llena de libros. Apartó algunos, sacó una fotografía y se la mostró. Gloria y Andrés, con sus trajes de boda, abrazados, sonreían a la cámara. A Víctor le recordó la suya propia, de la que hacía poco más de un mes.

—Esto fue un error. —Volvió a dejarla donde estaba, escondida, y se sentó de nuevo en el sofá, los brazos rodeando su cuerpo—. No quiero ofenderle, pero nunca estuve de acuerdo con que se casara con un policía, no era suficiente para ella. Tiene estudios, podría haber hecho carrera en el extranjero y por culpa de él se quedó en este pueblo, enseñando inglés a los críos. Además, es una artista, ¿ve? —Con la mano abarcó toda la habitación—. Tiene unas manos maravillosas para secar flores y hacer de todo con ellas, centros de mesa, puntos de libro, cuadros, ha vendido unos cuantos para despachos y montó una exposición hace dos años. ¿Sabe qué dice ella sobre las flores? —No esperó respuesta—. Que guardan los silencios y los sentimientos y que, al secarse, todo eso queda dentro, no se pierde nunca. Las mujeres somos tan tontas a veces... A mi marido tampoco le gustaba ese hombre, pero se emperró en que lo quería y que estaba enamorada. No le convenía, nunca le ha convenido —remató.

—¿Cómo es su relación? ¿Ella le cuenta algo?

—Al principio sí, luego, con los años, cada vez menos. Está preocupada por mí, ahora que me he quedado sola, no quiere hacerme sufrir, pero yo sé que discuten a menudo y que la cosa no va bien. No tienen hijos porque él no quiere, eso sí que me lo dijo, pobrecilla. —De nuevo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Pensaba separarse?

Ella negó con la cabeza.

—No, que yo sepa, ya le he dicho que ella no habla de ese tema, pero una madre sabe. —Lo miró a los ojos—. Ese hombre ha sido una mala influencia para mi niña, la ha cambiado. Parece que es la misma —mover la cabeza, negando—, pero no es así, algo le ha pasado. Ella siempre lo ha querido demasiado. Y si ahora está muerta... —Su voz se quebró en su sollozo.

—¿A qué se refiere con que ha cambiado?

Se sobrepuso y se inclinó hacia delante apretando fuerte los brazos

cruzados bajo el pecho. Su voz estaba llena de odio.

—Andrés tiene algo oscuro dentro, está podrido, y ella no lo ve, no quiere verlo. La está destrozando, si es que no lo ha hecho ya —dijo, desafiante—. Mire lo que le digo, si esa mujer con la cara machacada es mi hija, le juro que lo mataré con mis propias manos aunque sea lo último que haga en esta vida.

## 7

Sofía salió del restaurante y respiró con deleite el aire de la noche.

—Andamos un poco, ¿no? —comentó Rivas, junto a ella.

—Creo que debería irme a casa ya, tengo un sueño que me muero. —Sofía bostezó y se colgó el bolso al hombro—. Mañana no quiero perderme la piscina. Me parece que he cenado demasiado. —Frunció el ceño—. No tenía que haberme tomado ese *coulant*, pero es que estaba de vicio...

—Sabía que era aburrido, pero no tanto —ironizó él.

—No es eso, bobo. —Rio y le dio una palmada en el brazo—. Ya sabes que no soy demasiado nocturna y ayer me acosté tarde. Cada vez cuesta más esto de trasnochar... Ay, ¿será la edad? —suspiró.

—¡Qué obsesión con levantarte a las siete hasta en domingo! No se puede ser tan rígido —exclamó él—. Como si no tuvieras todo el día para ir a nadar. —Esbozó una sonrisa—. Igual sí que es la edad, te haces mayor...

—Cuidado, que eres más viejo que yo —protestó ella—. Y no sé si tengo todo el día. Si me llaman de la guardia, adiós a la mañana, y he prometido ir a comer a casa de mis padres. —Lo miró—. Vaya cara que pones... De acuerdo —cedió—, vamos hasta el paseo Marítimo y que nos dé un poco el aire. ¿Contento, el señor?

—Sí —expresó, burlón—. A sus órdenes.

A pesar del cansancio, Sofía reconoció para sí que hacía una noche magnífica, valía la pena aprovecharla. La temperatura era buena y corría una suave brisa. Se quitó la cazadora tejana y la colgó del bolso. Como si fuera pleno día, todos los bancos estaban ocupados, había gente patinando o paseando en bicicleta. Algunos llevaban banderas con los colores del Barça y entonaban a pleno pulmón el himno del equipo. Sonrió al pensar en Paco, que seguro estaría celebrando la victoria de su equipo por todo lo alto. En la playa, a pesar de la hora, algunos turistas se bañaban haciéndose fotos.

—Tú que eres una adicta al gimnasio, ¿te suena Ónfalos?

—Pues sí —le contestó, sorprendida, volviéndose hacia él—. No me digas que te quieres apuntar, porque no sé si el sueldo te da para tanto... Es

de los más caros de Barcelona y, además, van de exclusivos. El compañero del juzgado de violencia, al que le encanta lo de figurar, se gastó una pasta en la matrícula, no sé si le quedó algo para pasar el mes... ¡Y encima creo que no va! Es para pijos, o para gente como él, que cree que es un buen sitio para ligar —sonrió, pícara—. Igual sí lo es, no tengo ni idea.

—Gracias por recordarme mi sueldo y lo que probablemente ganas tú. —Ella enrojeció—. Que me da lo mismo —rio él—. No es para mí, puede que ese centro esté relacionado con una investigación, no me iría mal entrar a echar un vistazo. Quizá la señora rica que tengo a mi izquierda podría darme paso... —insinuó.

—De rica nada —lo cortó—. En mi gimnasio estoy la mar de bien, no tengo ganas de cambiar y menos teniéndolo al lado de casa. ¿Y de qué va esa investigación? —preguntó curiosa.

—Trabajo y más trabajo —contestó él, evasivo.

—Algo debes de traerte entre manos, estás más reservado que de costumbre, que ya es decir... —Él le dio una suave palmada en la nuca—. ¡Ay! —se quejó—. Bueno, creo que la única forma de entrar no siendo socio sería ir a pedir información y, con la excusa, que te enseñen las instalaciones, pero si no recuerdo mal me comentó que hasta para eso necesitas que algún socio te invite formalmente. Ya te digo, son repelentes a más no poder.

—Hombre, para eso tu compañero... —propuso él.

—No sé, ahora está de baja, se rompió el menisco haciendo surf en Fuerteventura, pobrecito —ironizó—. Así estoy yo, de sustituta del señor. Pero —reflexionó— le diré que les mande un *mail* invitándonos. Podríamos ir juntos con el cuento de que queremos inscribirnos y, si nos ponen problemas, yo siempre puedo hacer valer el rollo de juez, ya que les gustan las etiquetas.

—Y yo qué digo, ¿que soy tu mayordomo? —El tono era irónico.

—Pues no sé, chico, no hace falta que concretemos, ¿no? Mira, si no me llaman del juzgado, podemos ir mañana por la tarde. —Sacó su móvil y empezó a teclear—. Le escribo ahora para decírselo y que mande ya mismo el correo.

—De acuerdo —convino él.

Siguieron paseando en silencio. Sofía guardó el móvil en el bolso. La brisa era más fuerte y agitaba las faldas de su vestido; pensó en ponerse de nuevo la chaqueta. Una pareja de chicos cogidos de la mano se acercaron a ellos y preguntaron en inglés por una dirección. Mientras Rivas les respondía

se prometió a sí misma por enésima vez que tenía que hacer un curso intensivo de reciclaje porque había olvidado casi todo lo aprendido en el colegio.

—Ya sabes que me aburre hablar de trabajo —empezó cuando los chicos se alejaron—, pero tenemos detenido a un policía nacional por un asesinato en Taulera. Se llama Andrés Rincón.

—Lo sé. Es una mala noticia para el cuerpo. Además, Andrés y yo éramos amigos desde hacía tiempo.

—¡Vaya! No me habías dicho nada... ¿Erais? —Lo miró con atención.

—Bueno, es un tema muy delicado y supongo que el sumario es secreto. —Ella asintió—. Fuimos compañeros durante años, pero desde que murió Inés nos distanciamos, sobre todo al marcharme. La verdad es que hemos pasado muchas cosas juntos, siempre podías contar con él, al menos antes. —Miró hacia el mar—. Es un tipo impulsivo, allí donde hubiera jaleo estaba metido hasta las cejas —sonrió, recordando—. Ha tenido más de un disgusto por eso. —Su expresión se ensombreció y se volvió hacia ella—. Todavía no le has tomado declaración, ¿no?

—Supongo que lo traerán el lunes. —Dudó y se apartó el pelo de la cara—. Mira, no me gusta dar detalles de un asunto como este, pero creo que tengo que decírtelo: todavía no sabemos si el cuerpo que hemos hallado es el de la mujer de tu compañero.

—Pensaba que ya estaría identificada —se sorprendió Rivas.

—Me han prometido los resultados para el lunes, pero ya sabes, están saturados. Es un caso horrible, hay un odio tremendo en ese crimen. —Hizo una mueca de desagrado y guardó silencio.

Ambos echaron a andar de nuevo. Él caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, parecía ensimismado, como si estuviera muy lejos de allí. Sofía prefirió no importunarlo, se echó la chaqueta sobre los hombros y se trenzó el cabello sin mucho resultado, no tenía nada para sujetarlo. Estaban llegando al final del paseo. El mar estaba tranquilo, pequeñas olas rompían en la playa, como acariciándola. Miró hacia el cielo despejado; hacía una noche para sentarse en la arena a contemplar las estrellas. Se acercó más a Rivas, rozándole el hombro, pensando qué podría decir para hacerle salir de su mutismo. Esa maldita costumbre suya de aislarse le daban ganas de sacudirlo.

—Es triste que nadie sepa quién eres cuando has muerto —habló él, rompiendo el silencio—. ¿Conoces la leyenda irlandesa sobre las mariposas?

—No, pero me la vas a contar.

—Cómo no —reconoció él—. Yeats la recoge en un libro de cuentos irlandeses, se llama *The Priest's Soul*, «el alma del cura» —aclaró al ver la cara de ella—. En resumen, trata de un sacerdote que no creía en Dios, negaba que existieran las almas de los hombres, el cielo, el purgatorio y el infierno, y hasta se casó.

—Vaya con el cura, apuntaba maneras —comentó, y lo cogió del brazo mientras caminaban, acompasando sus pasos.

—Sí, un gran escándalo en un país católico. Pero una noche lo visitó un ángel y le anunció que le quedaban veinticuatro horas de vida; suplicó más tiempo para arrepentirse de sus pecados, pero el ángel sentenció que solo se salvaría si encontraba a alguna persona que tuviera fe. Lo intentó desesperadamente, pero todos le daban la misma respuesta: que era él quien los había convencido de que Dios no existía. Por fin halló a la única persona creyente, un niño, que le dijo que si tenemos una vida que no es posible verla ni tocarla, también tenemos un alma, aunque sea invisible, y por tanto debemos creer en lo que no podemos ver. El cura murió cumplido el plazo, y su alma salió del cuerpo en la forma de una mariposa de cuatro alas blancas. Fue la primera que se vio en Irlanda; son las almas de los muertos, que esperan el momento de entrar en el purgatorio. —La miró con ternura—. Te dejaré el libro de cuentos, si quieres.

—Claro que sí, es precioso. Eres un pozo de sabiduría, inspector —ironizó, pero estaba conmovida por la historia.

—No tienes más que preguntar, señorita.

Se detuvo y la cogió de la cintura. Ella pensó que había llegado el momento de acabar con sus dudas, de no pensar tanto las cosas y, por fin, de atreverse a dar un paso. Él alzó la mano libre, le apartó los rizos de la cara y deslizó un dedo por la mejilla acercándolo a los labios, rozándolos en una caricia. De pronto, una sombra pasó por sus ojos, pareció cambiar de idea, le dio un suave beso en la frente y la soltó. Esbozó una sonrisa amarga.

—Venga, te acompaño a casa, mañana tienes que madrugar. —El tono era distante.

Sofía, desconcertada, respondió sin pensar:

—¿Qué? No, puedo ir sola —contestó con brusquedad—. No necesito guardaespaldas, eso ya pasó. —Miró hacia atrás frunciendo el ceño—. Voy a cruzar, viene el autobús, y repito, voy sola. —Echó a andar sin esperarlo.

Él la siguió sin decir palabra, echando una última mirada al mar.

## *7 de junio del 2015*

Saber la verdad equivale a saber cuánta verdad podemos saber.

JOSÉ CARLOS SOMOZA,  
*La caverna de las ideas*

### **1**

Víctor se levantó sin hacer ruido para no despertar a su mujer. Descalzo, fue hasta el salón y se sentó en el sofá. Había dormido intranquilo, con sueños confusos, de los que no recordaba más que la desagradable sensación de ir corriendo sin parar hasta llegar a un lugar oscuro y estrecho. Quería salir de allí, pero no podía moverse, estaba envuelto en algo semejante a un sudario y le costaba respirar. Despertó en mitad de la noche, sin aliento, y ya no pudo dormir más.

Miró el reloj de la estantería. Las seis de la mañana. Una leve brisa entraba por el balcón abierto. Buscó la libreta que había dejado sobre la mesita y la hojeó con un bostezo. De momento, la investigación del entorno de Gloria no estaba siendo muy productiva. Para postre, Rincón seguía sin hablar, y eso que le constaba que sus compañeros lo estaban apretando. Como si oyerá llover.

Cogió un bolígrafo y subrayó lo que había anotado la tarde anterior. Para la señora López, su hija era una buena persona, con dotes artísticas, enamorada de su marido hasta el punto de dejar una supuesta carrera exitosa y conformarse con no tener hijos. La mujer que hacía la limpieza en su casa la definía como puntillosa, no demasiado amable, exigente, pero Víctor sospechaba que esa opinión era consecuencia de la nota de envidia que había detectado en su voz cuando hablaba de su empleadora.

La gente de Taulera coincidía en que era una chica agradable, que participaba en actos sociales de la localidad y mantenía una relación cordial con todo el mundo. Tenía la lista de amigos de la infancia y la amiga danesa que la señora López le había facilitado. Por el momento, la última persona que habló con ella, que supieran, había sido su propia madre a las cuatro de la tarde del jueves, y desde entonces, silencio. El móvil seguía fuera de combate.

Abrió el iPad y buscó en Google lo que pudiera haber sobre Gloria. Poca

cosa: un enlace en el que aparecía como organizadora de un curso de manualidades que se había llevado a cabo en el ayuntamiento el año pasado, y otro en el que promocionaba un libro de cuentos en inglés para niños de parvulario escrito por Inger Biehl, la chica danesa. Tomó nota de ello en su cuaderno. Lo último que halló fue un vídeo en YouTube en el que explicaba cómo trabajar la flor seca. Duraba diez minutos y tuvo la paciencia de verlo entero.

Vestida con una camiseta y pantalones blancos, el pelo recogido en una coleta, Gloria exponía paso a paso todo lo necesario para secar una rosa roja y conservarla para siempre, según decía. Su voz era agradable y hablaba despacio, sonriendo a la cámara con frecuencia. Estaba claro que disfrutaba con lo que hacía, sus manos manipulaban la flor con suavidad y delicadeza. Recomendaba cuál era el mejor momento para recolectar, así como la forma adecuada de cortarla. Se enteró de que había hasta cinco métodos distintos según el tipo de flor. Todo un mundo. Al final del vídeo daba un perfil de Factbook, «Hazlo tú mismo», en el que todo el mundo podía contactar con ella y exponer sus dudas. Anotó el nombre para investigarlo después.

Apartó todo el material y estiró las piernas. Se pasó la mano por la barba que estaba dejando crecer; a su mujer le gustaba, decía que le daba un aire más masculino, que con la cara afeitada y el pelo rizado que tenía parecía un niño, pero a él no le acababa de convencer. Pensó en prepararse un café y comer algo. Siempre tenía hambre nada más levantarse.

—¿Víctor? —dijo su mujer—. ¿Qué haces? He oído voces.

—Estoy en el sofá, ya no podía dormir más. Era un vídeo que explicaba cómo secar flores —contestó.

Maite apareció en la puerta, echándose hacia atrás los oscuros cabellos que le caían sobre el rostro. Lo miró desconcertada.

—¿Secar flores? ¿Has visto la hora que es? Hoy es domingo —bostezó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, tranquila, es para una investigación, siento que te hayas despertado... Vaya, me has contagiado el bostezo —sonrió.

—Pues vaya investigación más rara. No tendrás que irte a trabajar, ¿no? —Se acercó y se sentó en sus rodillas.

—Ahora no, pero sí más tarde. —La rodeó con los brazos y le besó la frente.

—Es que no tienes ni un día de fiesta —se quejó—. Este trabajo te consume demasiado. —Le acarició el pecho por debajo de la camiseta, se

inclinó y le recorrió el cuello con los labios—. Estás adelgazando y ya no tienes tiempo para tu sufrida mujer que soy yo —murmuró—. Me tienes abandonada...

Víctor deslizó las manos por la espalda de ella y le bajó los tirantes del camisón. Notó cómo se le erizaba la piel y buscó sus pechos, arrancándole un gemido.

—Mentirosa, para ti siempre tengo tiempo.

—¿Ah, sí? —Lo miró a los ojos—. Demuéstramelo... Pero despacio...

Víctor la besó en la boca y pensó que tenía todo el día para pensar de nuevo en el caso. Ahora tenía cosas más urgentes que hacer.

## 2

—¡Buenos días, Sofía! Nada, que no hay forma de que pasemos un día sin ver estas cuatro paredes, ¿eh? —le dijo la funcionaria mientras colgaba el teléfono.

—Buenos días. Y que lo digas, Rosa; veo que te ha tocado pringar en domingo —contestó Sofía, cerrando la puerta de la recepción del juzgado de guardia—. Hoy el tren se ha lucido, en cada estación paraba al menos cinco minutos. Suerte que había comprado el periódico, me he leído hasta las necrológicas.

Fue hasta la puerta de acceso al pasillo privado y la traspuso. Saludó al guarda de seguridad con un gesto y llegó donde estaba sentada la funcionaria, tras el mostrador.

—Ten, quédatelo —dijo—, está lleno de ofertas para irse de vacaciones, especialmente cruceros, todo el mundo dice que lo pasas en grande —comentó.

Dejó el bolso encima de una mesa y se apoyó en ella. Reprimió un bostezo, no había dormido demasiado intentando analizar la contradictoria actitud de Enda. Ambos subieron al autobús en silencio y apenas hablaron en todo el trayecto. Él insistió en acompañarla a casa y una vez en el portal se despidió dándole un beso en la mejilla. Ella fue incapaz de decir nada. No entendía qué había pasado; se sentía mal consigo misma por no haberle preguntado por su extraña reacción, pero era evidente que estaba llegando el momento en que la relación que mantenían tenía que definirse. Joder, pensó por enésima vez ese día, ya no tenía edad de ir deshojando la margarita ni de perder el tiempo interpretando los gestos ajenos. Dirigió su mirada a las mesas llenas de carpetas y papeles y se esforzó en volver al presente.

—Eso de los cruceros ya lo sé, tengo una prima que ha hecho unos cuantos —le decía Rosa—. Luego echo un vistazo, pero como no regalen los viajes lo veo negro... —Se levantó, le tendió un folio y dejó un montón de papeles en una mesa a su izquierda—. Paco ha llegado hace un rato.

—Ahora subo y hablo con él. ¿Solo tenemos dos detenidos? —preguntó, echando un vistazo al papel que le había dado.

—Sí, lo tienes todo en tu despacho, registrado y a tu disposición. —Le guiñó un ojo.

—Gracias, eres una máquina, ni se te ocurra marcharte del juzgado —le advirtió—, que a la que sale un concurso de traslado todo el mundo se vuelve loco por cambiar. Y ya sabes, nunca sabes qué vas a encontrar, más vale malo conocido...

Rosa soltó una carcajada y rodeó la mesa para sentarse en su silla.

—No te preocupes, que ya se me han pasado esos calores, aquí hay mucho trabajo, pero el ambiente es bueno y eso no se consigue así como así. —Sofía asintió—. Pero —dudó— un pajarito me ha dicho que estás pensando en marcharte a Barcelona, ¿no irás a abandonarnos? —La observó con atención por encima de sus gafas.

Sofía pensó antes de responder. Llevaba siete años en el juzgado, y alguno de los funcionarios, muchos más. Estaban adaptados los unos a los otros y el ritmo de trabajo era bueno, de los mejores del partido judicial. No todo el mundo podía decir lo mismo, en otros volaban las grapadoras, como decía la propia Rosa. El juzgado es una cadena: funcionarios, secretario y juez, y si falla uno de los eslabones, el equilibrio se rompe, ya lo había vivido en otros destinos. Así que marcharse de un sitio con buen ambiente era algo que había que valorar con calma, lo último que le convenía era precipitarse. Pero le pesaban los viajes diarios aunque solo fuesen de treinta kilómetros, las guardias se le hacían interminables y estaba empezando a sacarle defectos a todo. Tal vez si se quedaba más tiempo acabaría petrificándose, convertida en parte del mobiliario.

—A ver lo que sale en el siguiente traslado —reconoció—. Si veo algo interesante, no te digo que no lo pida, otra cosa es que me lo den, los juzgados de Barcelona tienen muchos novios. Así que no te preocupes, que me vais a tener que aguantar un tiempo todavía. —Cogió el bolso—. Voy a ver los atestados.

—De acuerdo. ¡Ah! Daniel ha venido hace un rato, preguntó si estarías aquí y le dije que te había llamado para que vinieras.

—Perfecto, ahora hablo con él. —Y se volvió, ya en la puerta—: Oye, no me acordaba, ¿qué tal tu hija?

—Pues como una reina. Me ha mandado fotos por el WhatsApp, en el hotel, en la piscina, en la playa. No hay nada como casarse y marcharse de luna de miel al Caribe. En mis tiempos, como mucho, íbamos a Mallorca un fin de semana y gracias.

—Creo que me aburriría en un viaje de este tipo; eso de estar todo el día tumbada en la hamaca está bien para un par de días, pero luego ya no sabría qué hacer.

—Quita, quita, ¿una semana sin cocinar, sin limpiar, sin planchar, que te lo sirvan todo, con masajes incluidos, sin acordarte de lo que es trabajar, estrenando marido? ¿Dónde hay que firmar? —exclamó Rosa.

—Tal y como lo pintas, se me hace la boca agua. En fin. Subo, y a ver si acabamos pronto.

En ese momento sonó el teléfono. Ambas se miraron.

—A veces pienso que deberíamos desconectar la línea, por un rato al menos, igual no se daban cuenta —refunfuñó Rosa, y alargó la mano para coger el auricular.

—La verdad es que no me importaría, pero nos acabarían encontrando igual.

### 3

Rivas alzó la vista del periódico que estaba leyendo y vio a una mujer alta y morena, la piel ligeramente bronceada, con un vestido azul cielo sin mangas, que se acercaba sonriendo. Algunas cabezas masculinas se volvieron a su paso para seguir el movimiento hipnótico de sus caderas mientras sorteaba las mesas del establecimiento Viena en las galerías comerciales Pedralbes Centre de Barcelona.

—Has sido puntual, Lupe. —Se levantó para saludarla.

—Ya sabes que no me gusta hacer esperar. ¿Cómo estás? —Se quitó las gafas de sol, que colocó en el escote que dejaba ver una buena parte del generoso busto.

—Seguro que no tan bien como tú. Gracias por haber venido.

—No se merecen, hacía tiempo que no nos veíamos... —Le dio un cariñoso beso en la mejilla y se sentó en uno de los cómodos sillones—. Me gusta este sitio, es ideal para venir a merendar, pero hoy me has hecho madrugar —le recriminó con dulzura mientras cruzaba las piernas y colocaba

el bolso en su regazo—. Ahora hay poca gente, deben de estar todos en la playa. Los sábados a la hora de comer no se puede venir, está lleno de niños con sus papás y mamás engullendo bocadillos, hamburguesas, patatas fritas y reventando globitos. Y me encanta que me veas bien, eso quiere decir que mis tratamientos dan resultado, sin nada de bisturí. —Soltó una carcajada—. Pero que sepas que en diciembre cumpla los cincuenta y cinco —anunció, poniéndose seria.

—Muy bien llevados —respondió él, con sinceridad—. ¿Qué quieres tomar? Creo que lo más fuerte que tienen es una cerveza.

—Mmm... Ya no bebo alcohol, cariño, engorda y no es bueno para la piel. Tráeme un té rojo, y si tienen, una porción de pastel de queso, hoy voy a portarme mal. —Le guiñó un ojo.

Rivas no tardó mucho en volver con una bandeja en la que destacaba el pastel con unos atractivos fresones recubiertos de gelatina, el té y un segundo café para él.

—¡Oh, es mi debilidad! —sonrió ella—. Gracias, no he desayunado nada.

Mientras se servía el té, el policía se sentó frente a ella y la observó con detenimiento. No había cambiado demasiado en los años que hacía que se conocían. Lupe había ejercido la prostitución de lujo, o como decía ella, trabajaba de «compañera profesional». Sensual, con una belleza que sabía explotar, encantaba a sus clientes, que pagaban sumas elevadas para que asistiera con ellos a convenciones, a cenas o a cualquier lugar en el que pudiesen presumir de hembra. Más de uno le propuso matrimonio, pero no quiso caer en lo que llamaba «la trampa». Desconfiaba del género masculino por experiencia y lo último que pretendía era atarse a nadie. Tenía claro que se prostituía porque quería ganar dinero, y una vez tuviera suficiente se instalaría como empresaria y fundaría su propio negocio. Y eso hizo.

Rivas la conoció en el marco de una investigación de redes ilegales de tráfico de personas. Fue uno de sus primeros casos importantes, tenía veintiséis años, y Andrés, veintisiete. Su compañero intentó llevársela a la cama a la que le echó la vista encima, a pesar de que en esa época ya estaba con Gloria, pero no tuvo suerte, Lupe era demasiado lista para él, no tenía intención de liarse con un policía y menos con uno casado, lo que a la larga podía traerle más disgustos que otra cosa.

—Tu compañero está bien para un revolcón, pero para poca cosa más —había confesado a Rivas entre risas.

Tras muchas reticencias, ya que había abandonado su vida anterior y se

dedicaba a gestionar su primer centro de estética, accedió a trabajar con la policía como testigo protegido; gracias a sus contactos estaba en una posición inmejorable para saber quién era quién en el negocio y consiguieron dismantelar un gran tinglado de trata de mujeres del Este que vivían en España en condiciones infrahumanas, dirigido por empresarios de renombre.

El paso del tiempo había puesto pequeñas arrugas en su rostro, pero seguía siendo una mujer atractiva. Por fin había conseguido su objetivo, contaba con una buena cartera de clientas que intentaban engañar al reloj por todos los medios. Que él supiera, vivía en una casa en el barrio de Sarrià y era dueña de un ático en Sitges en segunda línea de mar. Y todo ello sin rendir cuentas a ningún hombre.

—No creo que me hayas llamado para vernos a las diez de la mañana de un domingo porque me echas de menos, ¿no? —preguntó ella tras dar un sorbo a la taza.

—Crees bien. —Rivas se recostó en el sillón—. Sé que sigues siendo una persona con las antenas desplegadas y una buena agenda de contactos... —empezó.

—¡Uy! Ya sabes que soy depositaria de grandes secretos que morirán conmigo. —Se retocó su media melena en un gesto inconsciente—. Pero, no sé por qué, me da en la nariz que el asunto que llevas entre manos no es del todo oficial. —Lo observó con atención mientras una expresión de regocijo iluminaba sus ojos oscuros.

Él se encogió de hombros aparentando indiferencia. Pedir información a Lupe era una cosa, pero había que tener la habilidad de no darle más de la cuenta. Como ella decía, atesoraba demasiados secretos y estaba relacionada con mucha gente, no siempre de la más recomendable.

—Es una investigación más, pero quiero saber lo que no aparece en los registros y en los papeles. ¿Qué sabes de Delos Asesores?

Ella tardó en contestar.

—Últimamente todo el mundo habla de ellos. —Con delicadeza cortó un trozo de pastel y se lo llevó a la boca—. Está impresionante —afirmó, después de saborearlo—. Delos... —repitió—. ¿Sabes que es una isla griega de unos cuarenta kilómetros cuadrados? Se supone que allí nació el dios Apolo, por lo que se construyó un templo dedicado a él; fue uno de los oráculos más famosos, allí iba la gente a consultar el futuro.

—Desconocía este interés tuyo por la cultura clásica. Has cambiado mucho —comentó Rivas, con ironía.

—¿Qué te crees, que soy una inculta? —preguntó, haciéndose la ofendida—. Un amigo mío me llevó de crucero por las islas griegas hace dos años y aprendí muchas cosas, que lo sepas. Y no es lo que estás pensando con esa sucia mente tuya, yo ya iba enseñada. —Soltó la carcajada.

—¿Y qué tiene que ver con esa empresa? —bufó él.

—Nunca se sabe, inspector. —Dio buena cuenta del pastel y, con un suspiro de satisfacción, tomó un poco de té.

Rivas se armó de paciencia, a Lupe le gustaba explicar las cosas a su modo, así que aguardó mientras ella retocaba su maquillaje con cuidado usando un pequeño espejito que sacó del bolso.

—Delos Asesores es una consultoría potente —empezó cuando acabó de acicalarse—. Puedo asegurarte que casi todas mis clientas están conectadas con ella de alguna forma: sus maridos o amantes han contratado sus servicios en alguna ocasión. Mantiene buenas relaciones con el ayuntamiento, la comunidad autónoma y, que yo sepa, con el turismo de élite que visita la ciudad. Donan dinero para buenas causas, como todos. —Arqueó una ceja—. Por lo que he oído, controlan muchos negocios: Ónfalos, ese gimnasio de lujo, participan en tiendas exclusivas, en un club de pádel y otro de *hockey*, creo... Demasiado dinero. Ya sabes lo que se dice, que nadie puede tener tanta pasta ganándola honradamente.

—Y E. A. Puerto es el dueño —apuntó el policía.

—Eso es lo que aparece legalmente y se comenta, pero ¿alguien lo ha visto? ¿Es un hombre o una mujer? Nadie lo conoce, es increíble, ¿no? —exclamó ella, mirándose las uñas pintadas de rojo con desinterés—. Hay muchos empresarios que mantienen una actitud discreta, pero en un momento dado siempre acuden a una inauguración, una charla, o algún fotógrafo consigue una imagen ni que sea subiendo o bajando del coche. Pero en este caso, nada.

Rivas se inclinó hacia delante y la observó con atención.

—Tú sabes algo más, Lupe, a estas alturas de la película ya nos conocemos.

Ella desvió la mirada hacia la calle y bajó el tono de voz.

—No, nada en concreto; yo escucho, no pregunto nunca, la gente siempre me cuenta cosas. —Volvió la cabeza y lo miró—. Soy sincera si te digo que esa empresa no me da buena espina, a algunos les cambia la cara cuando sale en la conversación. No sé en qué andas, pero te aconsejaría que no te compliques la vida, ya has sufrido bastante. —Hizo una pausa—. Ahora te

veo mejor, más entero, pero un poquito tenso, creo que ya sé lo que te hace falta, un buen desahogo. —Se inclinó y le rozó el brazo en una caricia, guiñándole un ojo, mientras le ofrecía una buena panorámica de su escote.

—Venga ya, deja ese rollo maternal, que no te pega —gruñó él, y se apartó.

—¡Ay! Sigues siendo el mismo de siempre, frío como un muerto. Mira, cariño, la vida es un gran pastel, grande, redondo y riquísimo que nos vamos comiendo a porciones, como el que me has traído. —Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá—. A veces hay algún trozo que no está tan bueno, incluso es amargo, pero tenemos que tragarlo igual. Tú ya te has comido tu parte de pastel duro, ahora toca saborear el resto.

—No me gustan los pasteles ni tengo tiempo para darle vueltas a las cosas —respondió el inspector, con aspereza—. Quiero que abras ojos y oídos, es importante, no te lo pediría si no lo fuera.

—De acuerdo —cedió—. Lo haré, pero que conste que no me hace gracia. —Se levantó—. Tengo que marcharme, he quedado con unas amigas para ir al Auditorio a un concierto de música de cámara, no tengo ni idea de lo que van a tocar, pero suena culto, ¿no? O *cool*, como se dice hoy en día. —Se colgó el bolso y esbozó una sonrisa maliciosa—. Todas son señoras finas que no sospechan que me he follado a casi todos sus maridos. Un día voy a reventar de tantas cosas como sé. En fin... Y hazme caso, hay que comerse el pastel, porque si se espera demasiado tiempo, se seca y se pudre. *Tempus fugit*, como decía un amigo mío. Este ya está muerto, una lástima. —Su expresión alegre contradecía sus palabras.

Rivas se levantó también.

—Uno menos en tu lista, entonces.

—Tú lo has dicho. —Se acercó a él y le dio un beso fugaz en los labios—. Cuídate, amor, no quiero ir a tu entierro, el negro me sienta fatal.

## 4

—Si quieres más información sobre el ADN para ayudarte a entender los resultados cuando lleguen... —empezó Daniel.

Sofía, sentada tras la mesa de su despacho, lo miró impasible mientras el forense, de pie, se apoyaba en la estantería con los brazos cruzados sobre el pecho y parecía dispuesto a dar un buen discurso, una de sus debilidades; cuando conocía un tema le encantaba explayarse, lo que le faltaba a ella para redondear la mañana.

Consultó su móvil. Nada. Hacía horas que había recibido un mensaje del compañero al que sustituía en el que le enviaba un par de invitaciones para acceder al gimnasio Ónfalos esa tarde. Dudó si decírselo a Rivas, dado cómo se despidieron la noche anterior, pero al final se decidió a escribirle. Sin respuesta por el momento.

—Muchas gracias, pero no es necesario, lo tengo clarísimo —anunció, dejando el teléfono encima de la mesa—. Ayer entendí perfectamente todo lo que me explicaste sobre el ADN nuclear y el ADN mitocondrial. En este caso solo nos puede servir el segundo porque el padre de Gloria murió hace dos años; además, fue incinerado y tampoco tiene hermanos, primos ni abuelo paterno —recitó, esperando ahorrarse con ello la explicación técnica que veía que se le venía encima.

No le sirvió de nada. «Buen intento, niña», se dijo con resignación.

—Exacto —remarcó él, cogiendo aire—. En todas las células hay dos tipos de ADN, el nuclear y el mitocondrial. El nuclear es el que aporta la información que heredamos, la mitad la proporciona la madre y la otra el padre. En cambio, el mitocondrial lo aporta solo la madre. En conclusión —resumió al ver la cara de ella, que había renunciado a mantener inalterable su expresión—, la madre aporta siempre uno de sus dos cromosomas X a todos sus hijos, ya sean hembras o varones, y el padre es el único que aporta el cromosoma Y, pero solo a los varones, que además será el mismo que el del abuelo y los primos de linaje paterno. En este caso, en la familia López Arias no tenemos abuelo ni primos, solo queda la madre, y si no coincide con el cadáver que tenemos, es imposible que sea su hija.

—Estamos en un callejón sin salida, Daniel —apuntó ella.

El forense asintió mientras se sentaba frente a la mesa.

—Siempre que hablo del tema digo lo mismo: estos problemas de identificación se acabarían si se tomara una muestra al nacer y quedase registrado en una base de datos, como una huella dactilar, pero entonces es cuando empiezan los debates éticos y no salimos de ahí, al menos en este país —concluyó con amargura.

—¿Estás seguro de que la cadena de custodia de las muestras fue la correcta? Para descartar fallos, digo —inquirió ella, mirándolo con atención.

—Cumplimos con el protocolo que tenemos, no puedo decirte otra cosa. Ayer lo repasé todo. —Se quitó las gafas y las miró al trasluz.

Sofía guardó silencio. Tenía un grave problema: al día siguiente, Andrés Rincón sería trasladado al juzgado para tomarle declaración por el asesinato

de una mujer todavía sin identificar. Estaba por ver si el detenido declararía o no, y como no fuese su mujer... Lo tenía crudo para decidir si lo ingresaba en prisión si el atestado no le daba ninguna información más. El fiscal, Lucas, seguro que lo pediría. Menudo era.

—Me preocupa la declaración de mañana —expresó en voz alta—. Y más con lo que reflejas en la autopsia. —Eché una nueva ojeada al móvil, sin novedad; cogió el informe que tenía sobre la mesa y lo repasó—. Según tú, no fue violada, pero hallaste lubricante en la vagina; tenía marcas en las muñecas causadas por ataduras con un cordel o similar, ¿no? —El forense asintió—. El tatuaje en el hombro, un nombre, Daphne; en el vientre, un ser mitológico, Medusa. La verdad es que el dibujo es una maravilla —apuntó mientras observaba la foto—. Y por último, los cortes en brazos y piernas que, según tú, forman una letra *E*, mayúscula, además.

Daniel se puso de nuevo las gafas y abrió los brazos en un gesto de desaliento.

—Puede ser la inicial de un nombre, o el de su asesino, o algo que exprese el motivo de la muerte. Desde luego, la acción refleja odio y diría que está bien planeada. Daphne o Gloria, nuestra víctima, despertaba emociones primarias —afirmó.

Sofía levantó la vista de los papeles y la dirigió a Daniel.

—¿Crees que tiene que ser alguien de su entorno? ¿Su marido?

—Aquí hay mucho odio —repitió él—. Fíjate en las fotografías. —Se inclinó y fue señalando con el dedo—. Está colocada simétricamente sobre la isla de la cocina, las bragas en una sola pierna, y las marcas en muebles y paredes demuestran que la mataron allí, por lo que no sería descabellado pensar que estuviera estirada en esa posición...

—¿En un acto sexual con su agresor? —El móvil vibró y le echó una ojeada. «Te paso a buscar por casa a las seis», leyó, y tecleó un lacónico «OK».

—Puede ser —continuó él—, y aprovechando el momento de excitación de ella, el asesino la golpea, la machaca y le hace los cortes. No hay señales de lucha ni de resistencia.

—Pero luego le quita el cordel de las muñecas —expresó Sofía, pensativa—, que no ha sido encontrado, recordemos, deja los brazos colgando, y... ¿los pétalos de lavanda?

—Se los coloca después, aprovechando los que había por la casa.

—No lo acabo de ver. —Ella negó con la cabeza—. El interés en

arrancarle el tatuaje, de lo que luego desiste, la casa patas arriba, no da el perfil de algo premeditado. ¡Joder, Daniel! ¡Vaya marrón que nos ha caído! —concluyó, inclinándose hacia atrás y soltando un bufido.

—Eso es todo lo que puedo decirte por el momento. La verdad es que viendo las fotografías que había de Gloria Arias, ambas son muy semejantes: la edad, el cabello, la altura... Lo más probable es que sea ella; además, no ha dado señales de vida, ¿no?

—Qué va. En fin, veremos mañana. Bueno, voy a ver si acabo con la guardia de hoy y me puedo ir a comer. —Se inclinó hacia delante para coger el auricular del teléfono y llamar a Rosa—. ¡Ah! Se me olvidaba, Paco me dijo hace un rato que quería verte.

—¿Para qué? —Ella se encogió de hombros—. Pues no pienso ir a buscarlo, está insoportable con lo del partido de ayer. Si yo paso del fútbol, coño, y venga a explicarme los goles que marcaron con pelos y señales. Con la edad se vuelve cansino. Y no te rías, que tengo razón —añadió al ver la expresión de Sofía.

—Sois un par de gruñones los dos, no sabéis vivir sin haceros la puñeta.

—Me voy, antes de que me encuentre —anunció él. Se levantó para marcharse y ya en la puerta se volvió—: Ya he visitado a los detenidos y no hay nada destacable; a uno le he dado paracetamol porque se quejaba de dolor en un brazo. —Se detuvo un momento—. Este tema del asesinato es muy interesante —dudó—. Tengo una idea sobre lo de la letra que me ronda la cabeza, pero no la acabo de ubicar. Por cierto, ¿sabes que Daphne en griego significa «laurel»?

—¿Y? —inquirió, nerviosa—. No me irás a soltar otro rollo, Daniel...

Él no le hizo caso.

—Daphne era una ninfa, hija del dios de un río, no recuerdo cuál. Apolo se enamoró locamente y, como no le correspondía, la persiguió. Cuando estaba a punto de darle alcance, ella pidió a su padre que la metamorfoseara para poder escapar. Su padre la transformó en el árbol, el laurel, y por ese motivo se consagró a Apolo.

—Pues vaya mito machista, encima que la pobre acaba convertida en árbol, la consagran a su perseguidor, muy bonito —comentó ella, con disgusto.

Él se encogió de hombros.

—Es lo que tienen estas historias... Bueno, me voy a casa, a mi mujer le ha dado por hacer un plato especial de los suyos. —Hizo una mueca de

desagrado.

—¿Y te quejas? ¡Qué suerte! Yo sí que comeré bien hoy, voy a casa de mis padres, a ver qué se le ha ocurrido a mi madre, suele superarse siempre... —sonrió mientras marcaba el número de la funcionaria.

—Es que mi mujer no tiene ni idea de cocinar —se quejó él mientras salía—. Si mañana no aparezco, búscame en urgencias, igual me están haciendo un lavado de estómago.

## 5

Susana Romero miró a los presentes uno por uno para captar la atención de todos. Eran cinco personas sentadas alrededor de la mesa de la sala de reuniones de la comisaría de Sant Feliu, donde se ubicaba el grupo de homicidios: Anna, Víctor, la propia Romero, dos agentes más del grupo de investigación y el inspector Durán. Tras una hora de intensa reunión, parecían haberse agotado todas las ideas. Pero la sargento era buena, sabía sintetizar todos los datos que tenían y te hacía pensar, discurrir, como decía su padre, pensó Anna. Todavía lo echaba de menos, a él y a su madre. Ambos habían fallecido hacía poco más de dos años, solo con tres meses de diferencia. Sacudió la cabeza alejando los recuerdos tristes y se concentró en lo que decía Susana. Papeles, tazas de café y botellas de agua vacías ocupaban la mesa.

—Resumiendo —proclamó Romero—, nuestro hombre se ha negado a declarar, desconocemos la identidad de la fallecida por el momento, pero espero que mañana tengamos ya los resultados. Sí podemos afirmar que no se corresponde con ninguna de las denuncias que tenemos de personas desaparecidas. Tampoco sabemos nada del paradero de la mujer de Rincón, que, por cierto, en cuanto a los tatuajes, su madre desconoce si su hija los tenía, al menos ella no se los había visto. —Miró a Víctor. Este empezó a exponer todo lo que había podido obtener del entorno de Gloria. Nada que pudiera aportar luz sobre dónde pudiera estar, si es que no era la mujer de la cocina.

Mientras su compañero hablaba, Anna se removió en su silla. No estaba de acuerdo con lo que se había dicho hasta el momento. Pensaba que sus superiores tenían una prisa injustificada en poner al detenido a disposición del juzgado. Para ella, el caso era muy flojo. Habían conseguido averiguar que Rincón estuvo en la brigada hasta las ocho de la tarde del jueves y volvió a aparecer a media mañana del viernes. No habían encontrado a ningún

vecino o transeúnte que lo hubiera visto en las cercanías de su domicilio en ese período de tiempo. La imputación se basaba únicamente en que la víctima estaba en su casa, y nada más, los de la científica no habían encontrado restos en el cuerpo que apuntase a él. Eso y nada, a su juicio, eran lo mismo.

—Gracias, Víctor —siguió Romero—. Tenemos que tener en cuenta que hay alarma en el pueblo, los periodistas andan entrevistando a todo el mundo. Hoy nos ha llamado la madre de Gloria, estaba angustiada, varias cadenas de televisión la han abordado por la calle para preguntarle por su hija. No sé cómo ha trascendido esa información. Son como cuervos... —expresó, disgustada.

—Recomendé a la señora López que no comentara nada, pero está superada por todo esto, seguro que lo ha hablado con amigas o vecinos —apuntó Víctor.

—Era de esperar —intervino Durán—. Bien, mañana a primera hora presentamos el atestado y al detenido, eso muestra que estamos activos, lo que es bueno para la imagen de la policía. Todavía faltan algunos datos de la científica, ya los comentaremos. Por ahora, nada más.

Se levantó para marcharse y el resto hizo lo propio. Anna siguió sentada. A pesar de sus buenos propósitos de permanecer a la expectativa, se sorprendió a sí misma tomando la palabra.

—No estoy de acuerdo. Corremos el riesgo de quedar en ridículo.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Durán la observó como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento, con una expresión de fastidio en su rostro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Romero.

—Creo que todavía es pronto para pasar al detenido al juzgado, tenemos margen hasta mañana por la tarde, quizá podamos obtener algo que redondee la imputación.

—Según tú, ¿como qué? —El tono del inspector era irónico.

—No lo sé. —Anna pensaba a toda velocidad y consultó momentáneamente sus notas—. Puede ser que aparezca Gloria, si es que no es la víctima, o que consigamos que Rincón hable. También hay que averiguar dónde se hizo los tatuajes, tengo algunos contactos y...

—Eso no sirve —la cortó Durán—. Tenemos a un detenido que se niega a declarar y no va a hacerlo ante la policía a estas alturas, hay que pasarlo ya y que decida el juez. No podemos basar una investigación en el «puede ser», necesitamos hechos, no elucubraciones. ¿Te llamas...?

Anna le dirigió una mirada asesina. «Menudo gilipollas», pensó.

—Anna, cabo Anna Milà —contestó con sequedad.

—Pues bien, cabo Milà, con el tiempo aprenderás que hay que valorar muchas cosas en este trabajo, la actuación policial siempre está en el punto de mira y más en estos tiempos. Ya lo entenderás. —El tono era condescendiente. Se dio la vuelta y se marchó de la sala dando por terminada la conversación.

Romero miró a Anna conminándola a que guardara silencio, ya que esta, indignada, estaba a punto de saltar de su silla. Con un gesto, indicó a los demás que salieran. Víctor dudó, pero un gesto de la sargento le hizo cerrar la puerta a sus espaldas.

—Este hombre me saca de quicio, estoy convencida de que le molesta que esté aquí —empezó Anna.

—Escúchame —la cortó su interlocutora mientras se sentaba a su lado—. Sé que tienes muchas ganas de estar en homicidios y que todo esfuerzo te parece poco. —Esbozó una débil sonrisa—. Yo también he tenido tu edad y una energía inagotable, pero el trabajo tiene muchas facetas que hay que tener en cuenta. Que las maneras del inspector podrían ser otras, que no deja de ser un poco impresentable a veces —ensanchó su sonrisa— o que le cuesta trabajar con gente nueva no voy a negártelo, pero es un tipo que sabe lo que hace. Tiene que valorar la investigación y aquello que la rodea, pero desde un punto de vista diferente al nuestro, que somos los que estamos en la calle. Debemos responder de nuestros actos ante mucha gente: juzgado, ciudadanos, políticos, prensa..., y, joder, para eso necesitamos que alguien mantenga la mente fría. Ese es el trabajo del inspector.

Anna abrió la boca para decir algo, pero Romero la interrumpió.

—En este caso en concreto, las probabilidades de que mañana a primera hora surja algo nuevo son muy pocas. Tenemos a una persona detenida como autor de un asesinato como este, que ha salido en todos los medios y ha acaparado la atención de muchos colectivos, y eso nos obliga a ser muy cautos. Para la policía, lo mejor es presentar lo que se ha investigado a la mayor brevedad posible —sentenció.

—Seguro que tienes razón —reconoció a su pesar—. Quizá soy demasiado impulsiva, pero estoy convencida de que se nos escapan muchas cosas. Tengo la sensación de que este caso no es tan simple como parece, que no estamos hablando solo de un asesinato. ¿Crees que ha sido Rincón?

Romero se levantó y se apoyó en el respaldo de la silla. Su expresión era

sería, pero su voz fue amable.

—No creo nada. No podemos funcionar solo con la intuición, Anna. Que hay algo raro en este tema, de eso estoy convencida, pero necesitamos un empujón y presentarlo ante la juez, es lo único que podemos hacer. Puede ser que reaccione entonces y hable. Piensa que también es policía, sabe cómo funciona esto. —Palmeó el respaldo y se acercó a la puerta—. Solo puedo darte un consejo: estate atenta, espera, observa y... Sé que tienes instinto, por eso estás aquí; poténcialo, pero también razona. A fin de cuentas, ese es nuestro trabajo, usar la cabeza.

## 6

El edificio acristalado, de cinco plantas, precedido de una zona verde con árboles y hierba perfectamente cuidada parecía más una multinacional que un gimnasio, pero no había posibilidad de error. En la fachada figuraba, en enormes letras plateadas, la palabra «Ónfalos», y junto a la puerta de entrada llamaba la atención una escultura, una gran piedra rosácea en forma de medio huevo, con un círculo negro dibujado en el centro sobre un pedestal de granito gris.

—¿Ves? —señaló Rivas—. Es el ombligo del mundo, el ónfalos.

—Vamos, que se sienten el centro del universo —ironizó Sofía.

—Algo así.

El inspector le había aclarado que el extraño nombre del gimnasio estaba relacionado con el oráculo de Delfos, en Grecia, al pie del monte Parnaso, donde se construyó el templo del dios Apolo, en el que su sacerdotisa, la Pitia o pitonisa, entraba en trance y emitía sus vaticinios a los que acudían en busca de respuestas. Según la leyenda, explicó, los dioses Zeus y Atenea discutieron acerca de cuál era el punto medio de la Tierra. Zeus dejó volar dos águilas, cada una en una dirección opuesta, y fueron a cruzarse sobre Delfos; ese era, por tanto, «el ombligo del orbe» y allí se instaló uno de los más importantes oráculos de la antigüedad desde el siglo octavo antes de Cristo. Sofía comentó con intención que no le iría mal un oráculo de esos para hacerle unas cuantas preguntas, pero él no pareció darse por enterado.

Estaba claro que se había informado a fondo, pensó ella mientras lo escuchaba durante el trayecto desde su casa, donde había ido a recogerla en su coche hasta el gimnasio. Las calles de Barcelona, ese domingo por la tarde, estaban desiertas. Con la temprana llegada del calor parecía que a todo el mundo, menos a ellos dos, se le había despertado las ganas de playa; eso o

que todavía estaban celebrando el título de la Champions League, pensó, así que llegaron en menos de diez minutos tras aparcar cerca del cementerio de Sant Gervasi, pasada la Ronda de Dalt.

A pesar de que había pensado en hablar con él para aclarar su actitud de la noche anterior, no había visto la ocasión. Cada vez que abría la boca para empezar, se sentía ridícula y la cerraba por no saber cómo introducir el tema. De nuevo, se reprochó no haberlo preguntado en caliente; ahora no sabía cómo hacerlo, así que por el momento, y ante la actitud de él, que aparentaba tener la mente en otra cosa, prefirió no decir nada.

Alzó la mano y tocó el círculo negro. Observó entonces la presencia de dos cámaras de seguridad junto a la escultura que la enfocaban directamente.

—Sonríe —comentó ella—. Nos están grabando.

—Está lleno, si te fijas. También las hay en las farolas y en la fachada, captan todos los ángulos. La seguridad es una de sus preocupaciones —murmuró.

—Bueno, las instalaciones deben de ser el no va más, un caramelo para los ladrones. ¿Vamos allá?

—Después de ti —contestó, echando una última ojeada a la escultura.

La puerta se abrió a su paso y ambos tuvieron la sensación de haber entrado en un enorme invernadero. Las paredes eran de cristal y, tras ellas, plantas de todos los tipos, verdes y frondosas e iluminadas con potentes lámparas, recordaban a una selva. El suelo transparente era un auténtico acuario: había corales, estrellas de mar, algas y pequeños peces de colores que se movían entre vasijas y trozos de madera, a modo de restos de un naufragio. Sofía pisaba con cuidado, tenía la sensación de que el suelo se resquebrajaría provocando su caída al agua.

Se oía una música instrumental y olía a canela. «En este gimnasio, el olor a sudor está fuera de lugar», pensó ella con ironía. Al fondo de la recepción, tras un mostrador de madera blanca, una chica que vestía un traje chaqueta negro con una camiseta roja ajustada les sonrió como si se sintiera realmente feliz al verlos. Llevaba recogido el rubio cabello rizado en un moño alto, estudiadamente despeinado, y muy maquillados sus grandes ojos azules.

—¡Buenas tardes! Soy Nadia —exclamó con una voz dulce y engolada—. ¿En qué puedo ayudarles?

Sofía decidió ponerse a su nivel y contestó en idéntico tono.

—Estábamos interesados en ver el gimnasio, nos han hablado muy bien.

La sonrisa de la chica se amplió, si es que ello era posible, pero una

expresión de reserva cruzó sus ojos.

—Es normal, nuestro centro es de los mejores del país. ¿Puedo preguntar quién se lo ha recomendado? Ya les habrán dicho que tenemos una estricta política de admisión y que no mostramos las instalaciones si no es con invitación de un socio.

—Nos consta, es lo que esperamos —intervino Rivas, sonriéndole también.

La chica le correspondió, inclinándose imperceptiblemente sobre el mostrador, lo que sirvió para dar una visión amplia sobre su pectoral, realzado por la escotada camiseta. Su piel, ligeramente bronceada, destellaba bajo las luces de las lámparas de diseño. Sobre el pecho izquierdo tenía un tatuaje de un pequeño delfín azul.

—Mi amigo, Javier Navarro Frías, socio, ha enviado un correo diciendo que íbamos a venir. —El tono de Sofía había pasado a ser el suyo, mucho más seco que el que había empleado antes.

Nadia apartó lánguidamente los ojos de Rivas y consultó el ordenador.

—¡Ah, sí! Aquí está, dos personas, sí... Su amigo no viene mucho, últimamente.

—Se rompió el menisco, ya sabe, el surf, es lo que tiene... —divagó Sofía.

—Sí, es un deporte con riesgos. —Seguía consultando la pantalla—. Estuvo haciendo un curso con nosotros, pero se requiere mucha práctica para dominar la técnica. —Su actitud era ahora más confiada—. Así que es usted amiga del señor Navarro y usted... —se interrumpió, mirando a Rivas de nuevo bajo sus largas pestañas.

—También —mintió él—. Queríamos verlo todo, somos muy exigentes en materia de limpieza y distribución del espacio, los vestuarios, las salas de entreno, la piscina.

—Claro —concedió ella—. Ahora hay pocos socios, es una tarde tranquila, les acompañaré en una visita guiada. Nosotros lo llamamos *tour* —gorjeó—. Entren, por favor.

Accionó un botón y el torno situado a su izquierda se abrió para darles paso. La recepcionista habló por un micrófono en voz baja y fue a su encuentro. Mientras se alejaban, otra chica, casi idéntica a ella, ocupó su lugar. Nadia iba delante de ellos, contoneándose sobre unos altos zapatos negros de suela roja, parlotando sin cesar, mientras les mostraba el restaurante y las salas de entreno que había en la primera planta.

—Qué incomodidad, va a reventar la falda de tan apretada como va — murmuró Sofía.

—Así no deja nada a la imaginación —ironizó Rivas en idéntico tono.

Ella lo miró arqueando una ceja, pero él se dirigió a Nadia en voz alta.

—Me interesan mucho los vestuarios, suele ser uno de los puntos flacos de los gimnasios, ya me ha sucedido en otras ocasiones: falta de espacio, pocas duchas, taquillas pequeñas...

La chica se volvió hacia él.

—Desde luego, todos nuestros clientes nos comentan lo mismo. Bueno, allí no puedo acompañarle... —Su expresión era pícara.

—No se preocupe, si me indica dónde está, será un momento —aseguró.

—Tiene que subir las escaleras y girar a la izquierda, está junto a las oficinas. Le esperamos aquí. —Su sonrisa, a esas alturas, iluminaba todo el recinto.

—Gracias, enseguida bajo. —Rivas miró a Sofía con intención.

—Eh... Me gustaría ver la piscina —reaccionó esta—. Necesitaría un entrenador personal para mejorar mi marca, la verdad es que... llevo un año, ya, pero no he progresado mucho.

—¡Oh! No se preocupe, en eso también somos punteros. Nuestra piscina es de cincuenta metros, con ocho calles; muchos deportistas profesionales la utilizan a menudo para entrenarse. —Se acercó al inspector y le rozó el brazo—. Allí estaremos, no tarde, nos queda mucho por ver.

Las dos se alejaron, Sofía con una expresión de resignación en el rostro ante la cháchara de la joven. Rivas subió rápidamente las escaleras. Llegó a una zona en la que había varios sofás de piel marrón oscuro que invitaban a echar una larga siesta sobre los que había revistas de todas clases. Estaba desierta y en los televisores, colocados estratégicamente, se emitía un partido de tenis. A la derecha vio los vestuarios, que no tenía ninguna intención de visitar. Giró a la izquierda y empujó suavemente una puerta que ponía «Privado» que se abrió sin hacer ruido. Estaba en un pasillo largo y estrecho, bien iluminado, con tres puertas blancas y que terminaba en otra de color caoba. Probó con las dos primeras a un lado y a otro, pero estaban cerradas. Iba a probar con la segunda a su derecha, cuando, justo en ese momento, se abrió hacia fuera.

Retrocedió con rapidez y se situó tras la puerta abierta. Del interior salió una mujer alta y esbelta, con un vestido negro y sin mangas ajustado al cuerpo como una segunda piel. Caminaba erguida sobre sus tacones y su

melena rubia le llegaba a la cintura. Afortunadamente para él, se dirigió al otro extremo del pasillo dejando una estela de perfume. Marcó un código en el cuadro situado junto al picaporte y la puerta caoba se abrió con un chasquido. Rivas esperó a que hubiera entrado para introducirse en la habitación que la mujer acababa de abandonar.

Era un pequeño despacho sin ventanas, con una mesa de cristal, frente a la cual había dos sillas de piel blancas, a juego con la que se situaba al otro lado de la mesa. Olía al perfume que había percibido en el pasillo. La iluminación provenía de una lámpara de pie que derramaba una luz tenue. En las paredes había varias imágenes enmarcadas; distinguió la acrópolis de Atenas, delfines surcando el mar, algunas de estatuas griegas y una que le trajo recuerdos del viaje que hizo a Estambul con Inés antes de que cayera enferma. La fotografía era de una de las columnas de la Cisterna Basílica con la cabeza de Medusa en su base. A él le fascinó el recinto, pero ella no resistió mucho tiempo, tenía la sensación de que el techo caería sobre sus cabezas.

A la izquierda, en una estantería, había otra fotografía en un marco plateado. Una mujer guapa y sonriente rodeaba con sus brazos a una niña y a un niño, ya adolescente, frente a una casa señorial con un cuidado jardín; junto a ellos, un flamante Audi azul oscuro, un modelo que parecía de los años noventa, la matrícula estaba algo borrosa. La niña llevaba el cabello rubio recogido en dos trenzas, un corto vestido rosa, un ramo de flores en sus manos y se la veía feliz. Era la viva imagen de la mujer. El chico, con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada hacia su madre, también sonreía a la cámara. La foto estaba un poco deteriorada, amarilleaba en los bordes. Dio la vuelta a la mesa y observó la pantalla del ordenador portátil que ya empezaba a llenarse de las burbujas que el sistema usaba de salvapantallas. Movi6 el rat6n para despejarlas y solt6 un silbido inaudible.

Ante sus ojos tenía una imagen en color de la terraza de un bar en la que estaban sentadas dos personas, un hombre y una mujer. El hombre exhibía su perfil y miraba a la mujer, esta de espaldas a la cámara. Era Andrés, sin lugar a dudas, y la mujer bien podía ser Gloria, por el cabello y la complexión. La fotografía no tenía fecha, pero por la ropa debía de ser invierno, ambos iban bien abrigados. Había más, todas eran semejantes, la pareja estaba sentada en el bar y un camarero les servía. En una de ellas, un hombre con chaqueta gruesa y bufanda al cuello se acercaba a ellos y Andrés levantaba la mano en señal de saludo. La cara del hombre era borrosa, quizá en la siguiente... En

ese momento oyó de nuevo el ruido de tacones aproximándose. Se apartó de la mesa y fue hasta la puerta justo cuando esta se abría.

La mujer del vestido negro clavó en él una mirada de sorpresa que se tornó gélida en décimas de segundo. Sus ojos, de un verde claro, casi transparente, lo escudriñaron de arriba abajo.

—¿Quién es usted? ¿No ha visto que pone «Privado»?

Hablaba castellano con un leve acento que Rivas no pudo identificar.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba buscando los vestuarios y creo que me he confundido. Deben de estar en el otro lado, ¿verdad? ¿Usted trabaja aquí?

Las pupilas de la mujer empequeñecieron como si viera algo desagradable.

—Esto es para el personal del gimnasio, no puede entrar. —El tono era seco.

Mantecía la puerta abierta y llevaba una carpeta roja en la mano que estrechaba contra su pecho. Rivas le calculó unos treinta años como máximo. Sus labios gruesos y sensuales se curvaron en una rígida sonrisa que mostraba bien a las claras su esfuerzo por ser educada. Esfuerzo que no parecía que fuese a durar mucho tiempo.

—Tiene que marcharse —inclinó la cabeza hacia el pasillo—, o me veré obligada a llamar a seguridad.

—¡Vaya, seguridad privada y todo! —se admiró—. Por lo que he podido ver, este gimnasio es estupendo; la felicito por la instalación, señorita, eh... No recuerdo su nombre.

—No se lo he dicho. No se haga el listo conmigo, márchese —repitió sin mirarlo.

Recordó la fotografía que había visto, tenía un gran parecido con la mujer, pero por edad y la antigüedad del coche bien podría ser la dulce niña del ramo de flores, a pesar de la expresión adusta que ahora le tensaba el rostro. Su acento le recordaba a una lengua eslava. «¿Rumano?, ¿ruso, quizá?», pensó.

—Creo que acabaré haciéndome socio. ¿Hay cuotas para jubilados?

—No creo que sea su caso. —Clavó en él su mirada helada—. Para las cuestiones administrativas tendrá que hablar con las chicas de recepción, todavía no entiendo cómo le han dejado pasar. —Hizo un mohín de disgusto y su entrecejo fruncido le dejó claro que la pobre Nadia iba a recibir una buena bronca.

—Tampoco es tan grave. Es importante conocer bien el lugar donde uno va a acudir diariamente a ejercitarse, ¿no cree? —Esbozó una sonrisa irónica y se acercó más a ella.

La mujer aguantó en el sitio, pero una expresión de duda pasó por sus ojos. De pronto, parecía menos segura. Abrió la boca para contestar, pero él se le adelantó.

—No se preocupe, no me interesa la trastienda del negocio. Por el momento —hizo una pausa— estoy disfrutando de la visita, el *tour*, lo llaman ustedes, ¿no? Y ahora, disculpas de nuevo, me están esperando.

Rivas pasó junto a ella, casi rozándole el hombro, y fue hacia las escaleras sintiendo su mirada taladrándole la espalda.

## 7

Pensó en encender un cigarrillo para aliviar la espera, pero se contuvo a medio camino de sacar el paquete del bolsillo, conformándose en jugar con el encendedor, un Zippo que había pertenecido a su padre. Hoy había cubierto con creces su cuota diaria de nicotina. A pesar de que fumaba desde los dieciséis, no se había hecho acreedor del encendedor hasta que su padre murió con los pulmones convertidos en dos nódulos negros y podridos después de toda una vida con el tabaco como eterno compañero de viaje. Lo había visto respirar, si es que aquellos estertores agónicos podían denominarse de esa forma, conectado a una bombona de oxígeno hasta el final, con una mirada ansiosa dirigida al encendedor que estaba siempre en su mesita de noche.

A pesar de que se había prometido a sí mismo que no acabaría como él, y gracias a ello estuvo un largo tiempo sin fumar, hacía meses que, sin pensar, había vuelto a meter el Zippo en los bolsillos de la chaqueta y el paso siguiente fue comprar tabaco en la máquina del bar donde tomaba café todas las mañanas. Y más ahora, desde que las cosas se habían complicado fumaba compulsivamente.

El móvil permanecía en silencio. Lo miró por enésima vez, como si ello fuera el sortilegio imprescindible para que sonase, pero el aparato permaneció obstinadamente mudo. Quizá ya no llamaría hoy, pensó, eran más de las once de la noche y era muy posible que no tuviera oportunidad de hacerlo; también podía ser que no tuviera cobertura o, sencillamente, que no quería hablar con él. Ya le echó la bronca el sábado cuando se presentó en el piso. Era mejor

así, tenía que reconocerlo. Si fuese un tipo con sentido común, no estaría dando vueltas en la calle esperando una llamada que solo podía aumentar sus problemas, que no eran pocos a esas alturas. Pero esa sería otra persona, él no.

Dio un corto paseo hacia la esquina de la calle echando una ojeada a la terraza del bar que había en la acera de enfrente. Con la llegada del buen tiempo, la gente se resistía a encerrarse en casa y aprovechaba la suave brisa nocturna, charlando y riendo, disfrutando del presente. Les envidió esa aparente tranquilidad; hacía mucho que no era dueño de su tiempo, de sus acciones ni de su vida. Tal vez debería reconocer que nunca lo había sido realmente. Eso mismo pensaba su padre, que se dejó la piel en una fábrica textil y aguantó hasta la jubilación interminables jornadas en las que la seguridad y la higiene en el trabajo eran quimeras que empezaron a vislumbrarse en sus últimos días en la empresa. Una vida jodida hasta el final.

Su progenitor nunca se planteó mejorar su situación, eso era de lo que habían comido en su casa toda la vida y así tenía que ser. Harto de verlo volver cada día con la espalda destrozada, el cigarrillo en los labios y la piel reseca por el polvo de las telas, se juró que nunca sería un esclavo de nada ni de nadie. Pero de eso hacía mucho tiempo, cuando era muy joven y creía que los sueños se hacían realidad. Qué ironía, ahora sabía bien que quien nace para ser esclavo de sí mismo no puede escapar nunca. Dio una patada a una lata de refresco, decidió dar media vuelta y volver a casa.

No había dado ni diez pasos cuando el sonido del móvil en su bolsillo lo sobresaltó. Miró la pantalla y esbozó una sonrisa desvaída. Deslizó el dedo para contestar, odiándose por hacerlo.

## 8 de junio del 2015

—Por ejemplo —y mientras hablaba se aplicó al dedo un buen trozo de gasa—, ahí tienes al mensajero del Rey. Ahora está en la cárcel, castigado; el juicio no empieza hasta el próximo miércoles, y el crimen, naturalmente, viene al final. —¿Y suponiendo que no cometa ningún crimen? —dijo Alicia. —Tanto mejor, ¿no crees? —dijo la Reina, sujetando, con otra cinta, la venda del dedo.

LEWIS CARROLL,  
*A través del espejo*

### 1

Sofía levantó la vista del atestado que acababa de repasar y miró al hombre que se sentaba frente a ella, al otro lado de la mesa, con el abogado a su derecha y custodiado por dos agentes que permanecían de pie detrás de él. Andrés Rincón dirigía la mirada al suelo, los anchos hombros encorvados, las manos esposadas sobre los muslos. Parecía ausente, como si no le importase demasiado lo que allí fuese a decirse. El abogado, visiblemente nervioso, no dejaba de pasarse las manos por el pelo y de consultar el móvil, como si esperase alguna llamada o un mensaje. Había pedido hablar con su cliente antes de empezar la declaración y estuvieron un buen rato. En aquel momento se inclinó para decirle algo al oído, sin que Rincón se inmutara.

Paco, sentado junto a Sofía, le leyó los derechos con voz monótona. El detenido los firmó antes de que aquel hubiese terminado de hablar y volvió a su postura inicial. Por el rabillo del ojo, Sofía vio cómo a su izquierda Lucas se estiraba los puños de la camisa por debajo de la chaqueta, a fin de ofrecer, sin duda, una visión completa de sus gemelos a los que la luz de los fluorescentes del techo arrancaron reflejos plateados. «El señor fiscal se prepara para su actuación estelar», pensó ella con sarcasmo.

La mañana estaba siendo una típica mañana de lunes agobiante. Se había quedado dormida tras pasar la noche peleándose con las sábanas. Cuando despertó y vio lo tarde que era, tuvo que correr para ducharse y vestirse. Llegó corriendo a la estación de Sants para comprobar que a causa de una avería los trenes circulaban con retraso. Cogió el móvil para llamar al

juzgado, pero ni el suyo ni el de la guardia tenían batería; había olvidado enchufarlos. «Joder, joder», pensó, mientras rebuscaba en el bolso por si tenía, al menos, el cargador de alguno de los dos. Nada. Recordó que los había dejado en la cocina la noche anterior. «Mierda. En fin, ya llegaré», se dijo disgustada.

Se dedicó a pasear por el abarrotado andén a la espera de información sobre el próximo tren, hasta que, aburrida, se dejó caer en un banco y sacó la novela que llevaba en el bolso. La trama no la enganchó en absoluto y acabó fijando la mirada en las pantallas donde se anunciaban los trenes, pensando en la actitud de Enda el día anterior al salir del gimnasio. Pretextó que tenía trabajo pendiente y que tenía que marcharse. A sus preguntas sobre lo que habían ido a hacer allí se limitó a contestar que era parte de una investigación rutinaria. Y ya no dijo más. Lo vio subir al coche tras declinar ella su oferta de acompañarla, e inició el camino de vuelta a casa; necesitaba una buena caminata para despejarse. Y para quitarse de encima la extraña sensación de que algo estaba pasando. En todo el tiempo que hacía que se conocían, el inspector nunca se había comportado como ahora.

A las diez menos cuarto abrió la puerta del juzgado de guardia; recorrió el pasillo hasta la recepción, donde ante el mostrador se acumulaba la gente, sentados unos en las escasas sillas de plástico que había junto a la pared, y el resto de pie. Una pareja relataba con todo detalle el incidente que habían tenido esa noche con una vecina que amenazaba con quemarles la finca con ellos dentro. Estaban asustados y no habían sido capaces de llamar a la policía. Rosa intentaba calmarlos mientras les explicaba qué hacer.

Una de las funcionarias levantó la vista y la saludó. Por ella supo que había cinco detenidos entre los cuales estaba Rincón, y que la sargento Romero la estaba esperando. Consiguió un cargador para el móvil y lo dejó enchufado.

—¿Ha llegado el fiscal? —preguntó.

—Creo que sí —contestó la funcionaria—. Tenemos también al abogado del policía, así que si quieres empezar por eso, mientras van llegando los abogados del resto de detenidos... Ya sabes cómo va esto, luego vendrán todos de golpe.

—Perfecto, empezamos enseguida.

Salió de la oficina de guardia por una puerta lateral y notó cómo su estómago se quejaba. Tendría que comer algo o caería redonda en plena declaración. Pensó en subir a su despacho a ver si todavía le quedaba alguna

galleta que no estuviese caducada, pero al final del pasillo la esperaba Romero, acompañada de Anna, con cara de circunstancias. No tenía opción. Las hizo pasar a la sala de declaraciones.

La sargento le explicó lo que habían incluido en el atestado y las gestiones realizadas durante el fin de semana, así como que iban a pedirle ese mismo día, o mañana a lo sumo, autorización para intervenir el teléfono de Rincón. Reconoció que no estaban satisfechos y que contaban con que esta semana fuese más productiva. Anna se mantuvo en silencio y, cuando salió tras Romero, le hizo un gesto dando a entender que hablarían más tarde.

Enfiló el pasillo y subió corriendo las escaleras. Dejó el bolso en el armario de su despacho y abrió el cajón de la mesa. Le quedaban cuatro galletas que tragó en el camino de vuelta al juzgado de guardia. Mierda. Al llegar abajo se dio cuenta de que se había dejado la botella de agua y subió de nuevo para cogerla.

Ahora todo estaba listo para comenzar. Se echó hacia atrás en su silla e hizo un gesto al secretario para que iniciase la grabación de la declaración, pero antes de que este pudiera poner los dedos en el teclado la voz del abogado hizo converger todas las miradas sobre él.

—Señoría, a pesar de que somos conscientes de que el sumario es secreto, mi cliente no declarará a menos que podamos conocer un mínimo contenido del atestado. En caso contrario se estaría conculcando su derecho de defensa de conformidad con el artículo 24 de la Constitución —terminó pomposamente, mientras echaba una ojeada discreta a su teléfono.

—A ver, letrado. —Si le dieran un euro por todas las veces que tenía que oír el mismo discurso, pensó, ya habría pedido una excedencia—. Tal y como ha dicho el secretario judicial, el señor Andrés Rincón es objeto de una investigación por el asesinato de una mujer hallada en la cocina de su casa en la mañana del pasado viernes, y...

—Señoría, con su permiso —la interrumpió el abogado—, eso ya lo sabemos, pero desconocemos los indicios que hay contra mi cliente y este no se puede arriesgar a exponer su versión sin más. —Su sonrisa era displicente y Lucas se removió en su asiento.

—Que yo sepa —se obligó a sí misma a conservar la paciencia—, no le he preguntado nada todavía ni tampoco le he dado a usted la palabra, así que haga el favor de dejarme terminar y después dice todo lo que considere necesario, ¿de acuerdo? —El letrado decidió guardar silencio, por el momento, esbozando un mohín de disgusto.

Sofía hizo un gesto a Paco, que inició la grabación.

—Bien, Andrés Rincón, el secretario judicial le ha informado de su derecho a declarar y a no declarar, así como a no confesarse culpable. Ha sido puesto a disposición de este juzgado para tomarle declaración y para decidir sobre su situación personal. —Andrés seguía con la cabeza gacha como si no escuchara—. Los Mossos d'Esquadra han presentado un atestado en el que se le imputa el asesinato de una mujer hallada en su casa. —Hizo una pausa—. No es su esposa, Gloria Arias, las pruebas de ADN son contundentes. Tampoco las huellas dactilares que han podido reconstruir son las suyas. La fallecida no ha sido identificada.

Andrés levantó la cabeza y clavó en Sofía sus ojos claros, de un azul celeste, que habían recuperado la vida. Ella esperaba ver una expresión de alivio, de sorpresa, o quizá de miedo, pero su mirada era de tristeza, de profunda pena. Parecía a punto de echarse a llorar, pero se contuvo.

—Quiero declarar. —Su voz era ronca—. Contestaré a sus preguntas.

## 2

—¿Cómo ha ido? —preguntó Víctor, sin alzar la vista de la pantalla, al oír a Anna soltar un malhumorado «hola» al entrar en la sala de la comisaría de Sant Climent.

Ella no contestó enseguida, dejó las llaves del coche y los papeles que llevaba en la mano encima de su mesa, apartó la silla y puso en marcha el ordenador.

—Pues como era de esperar, nada nuevo, ahora debe de estar declarando. —Se sentó y se recogió el cabello en una coleta—. Romero me ha dicho que no es necesario que sigas buscando a la mujer, ahora ya está en manos de los de personas desaparecidas. —Se encogió de hombros—. A ver si al final la tiene enterrada en el sótano... —Chasqueó la lengua y toqueteó el teclado.

Él levantó la vista y la miró, sorprendido.

—No hay sótano en esa casa.

—Ya lo sé, puñeta, era en sentido figurado. —Se echó hacia atrás en la silla y frunció el ceño—. Me juego los cafés de una semana a que ese tío queda hoy en libertad, y no es agua clara, te lo digo yo, está metido hasta las cejas en algo sucio, no hay más que ver la actitud que ha tenido durante todo este tiempo. En ningún momento ha preguntado nada sobre su mujer, debía de irle asesorando el impresentable de abogado que tiene, vaya elemento... —se interrumpió, e introdujo la clave del ordenador.

—¿Vas a seguir con los de homicidios?

—Según Romero, de momento, sí. Esta tarde a primera hora vuelve a haber reunión para definir las líneas de investigación. ¿No hace mucho calor aquí? ¿Y el aire acondicionado? —sopló.

—Que yo sepa, está puesto. —Víctor se echó hacia atrás en su asiento y colocó las manos entrelazadas sobre la nuca—. Se te ve ligeramente cabreada. —Su sonrisa era maliciosa.

Ella se levantó y fue hasta la mesa de él, apartó los papeles que había en una esquina y se sentó, dejando colgar una pierna. Metió las manos en los bolsillos de los tejanos y lo miró.

—Pues sí, lo reconozco, estoy cabreada, ya sé que las setenta y dos horas se acababan hoy y que no quedaba más remedio que ponerlo a disposición judicial, pero ¿qué hemos hecho durante el fin de semana? Yo te lo digo: dar vueltas a la espera de la identificación de la víctima. Por cierto, visto el tatuaje del hombro podríamos llamarla Daphne.

—No estoy de acuerdo con eso de dar vueltas, eres demasiado impaciente, piensa que...

—Nada —lo interrumpió ella—. Las cuentas del banco son, de tan claras, hasta aburridas, no hay otros ingresos que los de la nómina, y el resto de asientos, pagos de la tarjeta de crédito, de suministros y demás; la única propiedad es la casa, comprada en el 2010, rebajada, claro, con la crisis del ladrillo en pleno apogeo; un coche cada uno, no de alta gama precisamente, pero nuevecitos, eso sí. Los dos tienen un plan de pensiones, pero de aquellos que cuando los cobras no tienes ni para hincarle el diente. —Iba enumerando con la mano abierta, señalando los dedos—. En la casa se han recogido muchas huellas que corresponden al detenido, su mujer y la señora de la limpieza, pero hay otras que no sabemos a quién pertenecen. Creo que debería descartarse la hipótesis del robo, no hay puertas o ventanas forzadas, pero hasta que hablemos con Rincón o con el fantasma de su mujer —hizo una mueca— no veremos si falta algo. Así que ¿cómo ha llegado allí? El coche de Gloria no aparece por ningún lado, está como su dueña, en el limbo —concluyó, elevando la voz.

En ese momento entraron dos compañeros más que los saludaron con un gesto y se sentaron en sus mesas.

—Quiero hablar con Sofía más tarde —siguió Anna, bajando el tono—, al menos que sepa que estamos encima del caso. Si Rincón queda en libertad, habrá que tenerlo controlado, él es la clave, creo; también deberíamos

pincharle el teléfono...

—He podido comprobar algunas cosas sobre Gloria —interrumpió él, mientras se inclinaba para coger una carpeta y empezaba a pasar los folios que contenía—. Sus amigos y conocidos tampoco se explican lo que ha pasado, es una persona querida en el pueblo, más que su marido, al que alguno se refiere como un tío al que le pierden las faldas. Curiosamente, aunque es la opinión general, nadie puede citar ningún lío en concreto. Ya sabes el dicho: «Coge la fama y...» —sonrió—. Todos se refieren a ella como «pobre Gloria» y menean la cabeza. Lo último que he podido saber es que colabora frecuentemente en obras benéficas en el ayuntamiento, no con dinero, pero organiza actividades, talleres. Todavía me queda por investigar algún detalle que...

—Buen trabajo —reconoció ella, poniéndose en pie—. Pero déjalo, ya no puedes seguir con eso. Sinceramente, creo que debe de estar muerta, no se sabe nada de ella desde el jueves por la tarde, son demasiados días. Tú mismo dijiste que mantiene una relación estrecha con su madre, no la ha llamado siquiera. —Abrió las manos en un gesto que daba a entender la evidencia de su argumento.

—¿Piensas que Rincón las ha matado a las dos, esconde a una y a otra la deja en su cocina? No fastidies.

—O quizá ha huido, asustada, o la tiene oculta en algún sitio. —Hizo una pausa—. Nosotros no vamos a buscarla, hay que centrarse en la víctima, en Daphne, saber quién es. Y en Rincón. —Miró al suelo, pensativa.

—Lo estás volviendo a hacer. —Anna lo interrogó con la mirada—. Obsesionarte con el caso. Habías hecho firme propósito de poner una saludable distancia con el trabajo. No recuerdo la fecha de esa promesa, pero no hace tanto...

—Tienes razón —suspiró ella—. Pero este caso es muy extraño, hay algo detrás de esa muerte que me intriga mucho... Y además, sabes que para mí es una buena oportunidad para llegar a homicidios, aunque tenga que aguantar al repelente de Durán, qué tío más gilipollas. —Hizo una mueca de desagrado.

—Desde luego, no es de los que van haciendo amigos. Pero eso a ti te da igual, tienes que ir a lo tuyo —advirtió él—. ¿No ibas a ponerte en serio con el temario? Pues a ver si es verdad. Prometiste una juerga loca cuando aprobas, eso no lo hemos olvidado ninguno por aquí. —Agitó los brazos.

Ella sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Sí, papi —se burló—. Te haré caso. No me obsesionaré, no me quejaré y, sí, me pondré a estudiar en mis ratos libres. ¿Contento? Por cierto, vaya barba que tienes ya. —Él enrojeció—. Pareces un *hipster* de esos... Me voy. Tengo que subir a ver al sargento. Luego te veo. —Salió a grandes zancadas.

Víctor dejó la carpeta encima de la mesa y volvió a concentrarse en el ordenador. Reconocía que a su compañera no le faltaba razón, nada parecía tener sentido, pero a pesar de sus propios consejos, él mismo no se sentía bien abandonando el tema en manos de otros.

Esa mañana, a primera hora, había hablado con la madre de Gloria para darle la noticia y la pobre mujer rompió a llorar desconsolada, de alegría primero y de angustia después por seguir sin tener noticias de su hija. Le pidió que la llamara en el momento en que supiera algo, ya no podía dormir ni comer de lo mal que se sentía. Tuvo que escuchar de nuevo la retahíla de reproches contra su yerno, al que culpaba de todo, y lo unidas que estaban ellas dos. No lo reconocía de forma consciente, pero le dio la sensación de que la señora López estaba aceptando la muerte de su hija, ya que no concebía que se hubiese marchado sin decirle nada.

Se levantó y cerró el ordenador. Tenía trabajo atrasado que no podía obviar, pero su mente volvía una y otra vez al caso. Había recomendado a su compañera que no se obsesionase, pero en el cajón del escritorio guardaba fotos de Gloria que miraba a menudo como si pudiesen proporcionarle alguna pista. Sabía que sus compañeros seguirían el mismo camino que él en la búsqueda y seguro que lo harían mucho mejor, pero sentía que no podía abandonar. Al menos, no todavía.

### 3

Rivas agradeció de nuevo al testigo que hubiera acudido a la brigada para prestar declaración y lo acompañó hasta la salida. El hombre se había decidido a denunciar tras llegar a la conclusión de que era la mejor manera de defenderse de lo que se le venía encima. De momento, pendía sobre él una inspección de Hacienda que, esperaba, pusiera de manifiesto el engaño que había sufrido. «Lo lleva claro», se dijo Rivas.

Su caso era una estafa como muchas otras. El año anterior había contactado con Delos para buscar asesoramiento a fin de expandir su empresa y no tardaron en proponerle la posibilidad de invertir en un terreno próximo a la localidad de Vilafranca del Penedès que había sido expropiado, en un

principio para construir el tren de alta velocidad, y luego, descartado; parecía un negocio de «tres pares de cojones», en palabras del propio denunciante, pero había sido un auténtico fraude. Tras desembolsar una suma que ni siquiera ahora podía concretar —«o no quería», sonrió para sí Rivas— y pagar todas las facturas que le pusieron por delante sin, reconocía ahora, preocuparse de si eran demasiado legales o no, se había encontrado con que el terreno existía, pero no era en absoluto edificable.

Reclamó a Delos, y allí le aseguraron que habían sido igualmente engañados, que un supuesto «socio» les había garantizado esta inversión y que también habían perdido dinero. Se ofrecieron a investigar el tema, que para eso tenían detectives a su servicio, y, desesperado, les pagó lo que le pidieron en concepto de provisión de fondos. «Nuevamente, sin recibos de ninguna clase», admitió el hombre mientras se retorció las manos hasta hacer crujir las articulaciones.

Al cabo de los meses, ni dinero ni socio, y solo disculpas. Cuando los amenazó con denunciarlos, le dijeron que mejor no remover nada, sabían de su relación con un chico que conoció en el gimnasio al que acudía, Ónfalos, y sería una lástima que su familia tuviera que enterarse de ello a través de las imágenes que habían captado las cámaras de seguridad. A su casa no llegaron fotos, pero sí un requerimiento de Hacienda que le había hecho decidir acudir a la policía. En la consultoría nunca trató con la misma persona, cada vez le presentaban a alguien distinto, hombres y mujeres con mucha labia y que «te daban la vuelta a la tortilla», según él, en un minuto.

Con lo que le había contado, empezaba a tener una idea de la forma de actuar de Delos Asesores. Se ganaba la confianza de los empresarios, a la par que se introducía en la dinámica de la empresa en cuestión hasta que llegaba un punto en que conocía al dedillo los puntos flacos de la gestión y de las vidas de jefes y trabajadores, sin que nadie se hubiese dado cuenta o sido consciente de que estaban bajo un gran ojo que todo lo veía. Además, sabían escoger a sus víctimas, ninguno con los que había tratado Rivas hasta ahora era un empresario modélico, todos tenían algo que ocultar.

Era como el timo de los billetes falsos en el que el estafador entregaba dinero de curso legal al estafador y este le prometía que con papel y el uso de ciertos líquidos especiales, que procedían, cómo no, de fuera del país y que, desde luego, eran carísimos, se podían fabricar billetes de euros. Siempre había una demostración en la que el estafador hacía un juego de manos para convencer a su víctima de que aquello era real y estos llegaban a entregar

miles de euros a fondo perdido. A Rivas no le daban demasiada pena, se le hacía difícil distinguir entre estafador y estafado.

Y más datos sobre Ónfalos. Uno de los perjudicados estaba siendo investigado por la Fiscalía de Menores, ante la denuncia de una chica de dieciséis años que aseguraba haber sufrido abusos por parte del empresario en la propia piscina del gimnasio. Él lo negaba todo y decía que ni siquiera la conocía, pero ella había presentado testigos, empleados que relataban cómo la había perseguido por la instalación hasta arrinconarla, intentando besarla y manosearla. Cuando Rivas habló con él, se había echado a llorar. Le explicó que era ella la que se le había echado encima y que nunca pensó que fuese menor de edad. Estaba convencido de que todo el tinglado era una venganza por haber despedido a un contable que le proporcionó Delos porque tenía la sensación de que manejaba algo más que cifras, tras haber detectado auténticos agujeros en caja.

Al volver a su mesa, vio a Asensio sentado en su silla frente al ordenador. Se alegró de haber tomado sus notas a mano; luego las almacenaba en un disco duro que guardaba en casa. Tal y como le había aconsejado Rodrigo, era mejor ser discretos. O quizá se estaban volviendo todos paranoicos. Su compañero vestía una ajada camiseta negra con letras blancas que rezaban «STAR WARS», unos tejanos bastante desastrados y unas deportivas en condiciones semejantes. Las pronunciadas bolsas bajo los ojos y el cabello revuelto le daban aspecto de recién levantado, y eso que eran más de las once de la mañana.

—¡Hombre! ¡Estás vivo! —ironizó Rivas—. ¿Dónde estabas? Hay trabajo con lo de la consultoría y no se te ve el pelo... ¿Ya no tienes ordenador? ¿O te lo han quitado por no usarlo?

—Claro que sí, pero es tan lento..., y el tuyo ya está a pleno rendimiento —comentó Asensio, torciendo el gesto. Se levantó y se apartó de la mesa—. Lo siento, tío, he tenido una emergencia en casa y no he podido llegar antes —se disculpó.

—¿Emergencia? ¿De qué tipo? Ya veo que no te ha dado tiempo ni a vestirme. —Se sentó y lo miró con una sonrisa cínica.

—¡Qué dices! ¡No lo dirás por esto! —Ahuecó la camiseta—. Si es un tesoro de coleccionista, homenaje a la primera peli, me darían una pasta por ella; hoy necesitaba animarme... —Dio un suspiro—. He tenido un escape de agua en la cocina y ha empapado el techo a la vecina de abajo. Una tocahuevos, pero que está como un queso. —Sus ojos se animaron—.

Tendrías que haberla visto, qué tetas... Ha subido en bata, no llevaba nada debajo, al menos no se veía sostén y se le abría todo el rato. —Se encogió de hombros—. Lástima que estaba de mala leche, porque si no, era para tirársela allí mismo, encima del fregadero. —Soltó una carcajada.

—Seguro que sí, que lo está deseando, ha tenido la excusa perfecta para bajar a verte y bajarte los pantalones. Me parece que ves muchas películas, y de las malas —contestó Rivas, volviéndose a la pantalla.

—Ya verás —chuleó, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Y si no, al tiempo... Oye —su expresión era ahora más seria—, creo que esta historia de la consultoría es un globo que han hinchado todos esos empresarios para joder a los de Delos. Si te lees bien todas las denuncias, la mayoría son sospechas de que alguien ha ido cantando información de la empresa en cuestión, putas que camelan a los tontos para sacarles pasta y poca cosa más. Habrá que darle carpetazo.

—No lo veo así. —Lo miró con atención—. Quizá sí que le tengan ganas, pero si te fijas bien, es increíble cómo sacan información hasta de las piedras, alguien debe de estar cobrando un buen sobresueldo. —Se cruzó de brazos—. No te veo muy motivado con este tema. —«A decir verdad», pensó, «con ninguno que huela a trabajo».

—No sé, tío. —Volvió a encogerse de hombros—. Igual estamos dando palos como tontos; pienso que si no aparece nada más, yo lo daría por finiquitado, puedo comentárselo a Suárez, si quieres. —Sacó del bolsillo una cajita, la abrió y se echó a la boca unas bolitas blancas—. ¿Te apetecen? Son de anís.

Rivas negó con la cabeza.

—Antes de decidir nada, quiero mirarlo con más calma para no dejar ningún cabo suelto. No es un tema para tomarlo a la ligera, tenemos muchas denuncias.

—Vale, pues ya me dejarás que las repase... Joder, estoy nervioso, voy a fumar un cigarro y a cogerme un café. —Dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Cuando vuelvas, igual ya no me acuerdo de tu cara.

—Qué gracioso —contestó en la distancia.

—Hay que joderse —murmuró Rivas.

## 4

Cuando era una niña, Sofía era capaz de pasarse una tarde entera

hecha un ovillo en un sillón devorando un paquete de galletas y sumida en la lectura de cualquiera de las novelas que encontraba por casa. Y si a eso podía sumarle onzas de chocolate, mucho mejor. Las tardes calurosas en las que no corría ninguna brisa y el aire olía a las hojas secas de los árboles, pasaban deprisa con la nariz entre las páginas. Al cerrar el libro, siempre la invadía la extraña sensación de abandonar, con esfuerzo, un mundo onírico que vivía en primera persona, sin otra opción que la de volver a una realidad mucho menos atractiva. Si hubiera podido, se habría quedado dentro de más de una historia, «por siempre jamás», como decían los cuentos.

Todas sus lecturas de adolescencia habían quedado en casa de sus padres; si no se engañaba, no había vuelto a leer ninguno de los volúmenes, ya amarillentos, que llenaban las estanterías. Quizá por el temor de empañar un buen recuerdo al volver a ver esas líneas con los ojos de la madurez o de no hallar las sensaciones que experimentó en su momento. Lo que daría a veces por volver a tener quince años...

Suspiró y miró sus manos sobre el teclado. A pesar de que habitualmente conseguía concentrarse en su trabajo de la misma forma en que lo hacía cuando leía, esa mañana le estaba costando como nunca. Tras la declaración de Rincón, había tenido que ocuparse también del resto de detenidos, afortunadamente por delitos mucho más sencillos, que habían quedado en libertad, y ahora tocaba decidir si mantenía en prisión al policía nacional.

Paco se había ido a casa y Lucas salió con rapidez una vez acabada la declaración, soltando un «ya me dirás cómo queda este tema» que sonó a advertencia, o al menos así le pareció. Tenía claro que si lo dejaba en prisión, al minuto uno tenía el recurso del abogado encima de la mesa, y si lo ponía en libertad, Lucas haría lo propio. El fiscal era de los que casi siempre pedía prisión, aunque no se tratase de casos de especial gravedad, lo que en ocasiones le había causado no pocos problemas.

Todavía recordaba un caso en la anterior guardia en la que se empeñó en pedir prisión para dos detenidos a los que acusaba de haber golpeado y robado a un hombre de más edad en plena calle. La víctima declaró provista de un collarín a causa de sus lesiones y con dificultades para hablar y relató cómo le habían agredido tras sacar dinero del cajero automático. Gracias a la gente que escuchó sus gritos, la policía pudo retener a los presuntos agresores que en todo momento negaron haberle pegado, y menos robado.

A Sofía el asunto no acababa de cuadrarle, no sabía por qué, pero algo

raro había; así que antes de decidir pidió a la policía que aportara al juzgado la justificación de la extracción de dinero y el resultado fue determinante: la cuenta estaba intacta y las cámaras de la entidad bancaria no habían registrado nada.

Lo increíble fue que, a pesar de todo, Lucas se empeñó en pedir prisión y Sofía se vio obligada a fundamentar su decisión, explicando por qué no creía la versión del denunciante. Más tarde supieron que aquel había agredido a los ahora detenidos hacía menos de un año, delito por el que fue condenado, y la denuncia fue la venganza que se tomó. Ahora sería juzgado como autor de un delito de denuncia falsa. Si hubiera accedido a la petición de Lucas, habría metido a dos inocentes en el talego. Al comentárselo, el fiscal se limitó a encogerse de hombros y decir que él «solo hacía su trabajo».

Eran casi las dos de la tarde, pero no tenía hambre; se había acabado, eso sí, casi toda la botella de litro y medio de agua que tenía en la mesa del despacho. Sentada ante el ordenador, miró hacia la ventana sin verla realmente. Le había impresionado la mirada de Andrés Rincón, de tristeza, de derrota, de pérdida. Mientras lo escuchaba hablar, le recordó a Enda. Ambos tenían un lenguaje gestual parecido. Borró ese pensamiento de su mente, ahora lo último que le interesaba era recordar al inspector.

Rincón hablaba despacio y contestó a todas sus preguntas, pero no quiso responder al fiscal ni a su propio abogado. Notó que eso a Lucas no le había gustado nada y pudo percibirlo en su voz cuando pidió para el policía la prisión provisional, comunicada y sin fianza como presunto autor de un delito de asesinato. Rincón ni se inmutó, a pesar de que su abogado se deshizo en argumentos para que desestimase dicha petición; se limitaba a mirarla a ella y a Paco con absoluta tranquilidad. Negó saber quién era la mujer que apareció muerta en su casa. Se presentó en comisaría porque un compañero lo localizó a través del móvil y le dijo que los Mossos lo andaban buscando. Explicó que el jueves por la noche discutió con Gloria después de cenar. Negó haberla tocado siquiera, solo se trató de una discusión verbal que acabó cuando él cogió las llaves del coche y se marchó de casa sobre las diez de la noche. Durmió en casa de un primo suyo del que dio los datos, y aseguraba no tener ni idea de qué había hecho ella.

—¿No sabe dónde puede estar su esposa? —le había preguntado Sofía.

Rincón dudó antes de responder.

—No, tal vez esté con alguna amiga. —Y la miró, impasible.

Al decirle que ni siquiera su madre había tenido noticias, afirmó que no

era la primera pelea y que últimamente las cosas no iban demasiado bien, que los dos tenían que solucionar sus problemas, sin que aclarase cuáles eran. Los únicos juegos de llaves que había eran el suyo, el de su mujer, el de su suegra y el de la mujer de la limpieza.

Cuando le enumeró las heridas que presentaba el cuerpo y, en particular, al mencionar el tatuaje de Medusa, Sofía detectó un cambio en sus ojos que no supo definir, de nuevo esa expresión de tristeza, pero el policía guardó silencio. Y eso fue todo. «Es un hombre extraño», se dijo mientras se recogía el cabello con una goma. Detenido como presunto asesino de su mujer, había sido capaz de permanecer en silencio tres largos días, ni siquiera se había molestado en negar los hechos hasta el día de hoy.

Así que poco tenía para decidir si lo mantendría o no en prisión mientras durara la investigación. En la fallecida no había ningún resto orgánico que procediera de Rincón, nada que lo ligara a él salvo estar en la cocina de su casa. Los Mossos investigarían su coartada, pero eso sería más tarde; ahora, con lo que había, era muy difícil argumentar que existiesen indicios suficientes contra él. Una alternativa era dejarlo en libertad, pedirle una fianza, con retirada de pasaporte y obligación de dar un domicilio y presentarse ante el juzgado. A ella le tocaba decidir, y la mejor opción, pensó, era la que dictaba el sentido común.

Miró el móvil, tenía una llamada perdida de Anna, pero no era el momento de hablar con ella. Dio un último trago a la botella de agua y la tiró a la papelera. Se volvió de nuevo a la pantalla del ordenador y sus dedos empezaron a deslizarse por el teclado.

## 5

—Hemos perdido la sana costumbre de vernos en los parques, jefe —comentó Rivas.

—Es por variar —repuso Rodrigo—. Ve poniendo tu perfil bueno —advirtió—, me juego lo que sea a que me han seguido. Al salir de casa había un tío que me era familiar y no de mi barrio precisamente, acabo de verlo pasar en dirección contraria. Camiseta blanca con dibujos de calaveras negras, bermudas verde pistacho, zapatillas de deporte y pelo cortado a cepillo, gafas de sol, de esas tipo espejo.

—Bueno. —Rivas se encogió de hombros, echando miradas discretas a su alrededor—. Somos un par de compañeros de trabajo que han quedado para dar un paseo, nada que no hayamos hecho antes.

Ambos estaban en la calle Mallorca ante el semáforo en rojo, esperando para cruzar.

—Ha salido esta tarde, ¿no? —preguntó Rodrigo, sin mirarlo.

—Sí, a última hora de la mañana ingresaron la fianza y lo acaban de poner en libertad hace un rato. Supongo que el abogado ya habrá entregado el pasaporte.

—¿De dónde ha salido ese abogado? No es de los conocidos.

—No recuerdo su nombre, creo que trabaja para esos despachos a los que tú y yo tenemos un gran cariño, de los que ponen todo de su parte para facilitarnos el trabajo —repuso.

El semáforo se puso en verde y echaron a andar.

—Vamos, de aquellos a los que se les van cayendo los billetes de los bolsillos. No es de extrañar, la pasta no parece ser un problema para esta gentuza —suspiró el inspector jefe—. Mejor que nos sentemos a tomar algo, no hay quien aguante este calor —se quejó.

—Te veo en baja forma —repuso, burlón—. Deberías haber estado en Colombia con la humedad metida en el cuerpo constantemente, aquello es una auténtica sauna. Y los mosquitos, es insoportable, te acribillan a todas horas. Ahora, al final te acostumbras. ¿Va bien en esta terraza?

Rodrigo asintió y se sentaron en dos sillas metálicas bajo un toldo que los protegía del sol. Pidieron dos cafés con hielo.

—¿Sabes cómo reconocer a un par de policías solo con verlos? —preguntó. Su interlocutor negó con la cabeza—. Porque constantemente están observando a su alrededor y no se miran entre sí.

—Muy propio, aunque eso también puede decirse de las parejas aburridas el uno del otro —sonrió Rivas.

Llegaron los cafés y Rodrigo echó los dos cubitos de hielo que le habían traído, antes de darle un sorbo.

—¿Echas de menos Sudamérica? ¿Preferirías trabajar allí?

Rivas reflexionó antes de contestar.

—No, la verdad es que no tengo ganas de volver, ahora se me haría cuesta arriba. —Estiró las piernas y se recostó en la silla—. Creo que me estoy aburguesando, aunque gracias a lo que nos ocupa, no demasiado, descuida, me tienes entretenido —le aseguró.

Tras probar su café, el inspector jefe preguntó:

—¿Cómo está Sofía? En general, digo, no sé si... —se interrumpió, sin saber muy bien cómo continuar sin meterse donde no lo llamaban.

—Bien —respondió Rivas con rapidez—. Harta de las guardias, del juzgado y con ganas de cambio. —Miró a su interlocutor, que lo observaba con atención—. No sabe nada de esto, tranquilo.

—Mejor, así tiene que ser —asintió—. Por ella misma primero, y por todo. La verdad es que... —dudó, y lo miró con franqueza—. A veces siento haberte metido en esto, te pido mucho, es arriesgado y condiciona todos tus movimientos. Si hubieses tenido mujer o hijos no lo hubiera hecho.

—Tranquilo —le aseguró—. He aceptado porque he querido, pero reconozco que es una carga pesada y no me siento a gusto precisamente. Espero que esto reviente pronto. No tengo una familia que dependa de mí, pero no me iría mal un poco de calma para replantearme algunas cosas. —Se echó hacia delante y pensó de nuevo en Sofía. No se sentía demasiado bien siendo tan esquivo con ella. Tenía que reconocer que no sería de extrañar que acabase mandándolo a la mierda, vista su actitud de los días pasados. Lo más inteligente sería verla lo menos posible.

—No creo que tarde mucho en destaparse todo —le aseguró Rodrigo—. Ellos —ladeó la cabeza— tampoco saben que tú estás en esto. Solo voy a darte un dato y, por ahora, no quiero que me digas lo que has averiguado hasta la fecha, al menos hasta que no avancemos un poco más. ¿Conoces el club El Merengue?

—No, ¿debería?

—Es nuevo, en la calle Bailèn, puterío disfrazado de bar musical, quejas de vecinos por los escándalos en la puerta ya de madrugada y a pesar de eso sigue abierto. ¡Ja! —soltó con amargura—. Tienen un abogado de los de cinco cifras de minuta que les ha gestionado todo, permisos y demás, no solo a cambio de dinero, sino también de servicios en especie. El hijo de puta va bien servido. Está relacionado con quien ya sabes y con mierda hasta las cejas. Lo detuvieron ayer en plena juerga con dos furcias en la cama, tras haberles puesto los ojos morados y negarse a pagar las dos botellas de whisky que se había pedido... Porque, claro, qué es esa vulgaridad de pagar... —chasqueó la lengua.

—Angelito. —Rivas terminó su café—. ¿Y? —preguntó, dejando la taza en el plato.

—Cuando vino la Urbana, empezó a soltar una retahíla de nombres de policías que según él vendrían a aclarar el malentendido. No hay nada como estar bien relacionado. Adivina. —Lo miró con intención.

—Joder. —Se irguió en su silla—. ¿Lo hicieron constar en el atestado? —

Rodrigo negó con la cabeza—. ¿Cómo os habéis enterado? —Y entonces comprendió—: Vale, ya entiendo.

—Hoy ha salido en los periódicos, échale un vistazo. El abogado ha saltado a la fama en un día. No creo que les haya gustado demasiado, están empezando a ser demasiado visibles, al menos en la parte que nos toca. De la otra es de la que te encargas tú.

Rivas echó hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente y frunció el ceño.

—Desde lo de la mujer asesinada en casa de Andrés, esto está cogiendo velocidad de crucero. Quizá sea la clave que haga que todo reviente.

Rodrigo concentró la mirada en su café, en el que apenas quedaba un trozo de hielo no mayor que un garbanzo.

—¿Crees que Andrés se ha cargado a esa mujer, sea quien sea? Como mucho me lo imagino dando un mal golpe, pero no la barbaridad que he oído. Hay que estar muy loco para matar a alguien de esa forma.

—Prefiero no decir nada —dijo Rivas tras un momento—. Lo que yo crea sirve de poco, a la vista está —se interrumpió—. No mires. Ahí está el tipo de la camiseta de calaveras, apoyado en un árbol y haciendo como que habla por teléfono. Ahora ha tenido que apartarse, se le ha acercado un perro y acaba de levantar una pata... —sonrió—. Lo conozco, hace unos añitos que ronda por Barcelona, había estado destinado en Murcia. También hay que ser imbécil, vaya vestimenta para hacer un seguimiento.

—Mierda, te lo dije —refunfuñó el inspector jefe.

—¿Nos hacemos los tontos como si no lo hubiéramos visto o voy a saludarlo?

Rodrigo esbozó una sonrisa malvada.

—Que se joda, vamos a quedarnos un rato charlando, que sufra preguntándose de qué coño estamos hablando, así tendrá algo que decirle a su jefe, sea quien sea ese cabrón. —Hizo una seña al camarero—. Otro café, por favor.

## 6

Anna salió de la boca del metro de la estación de Urgell y pensó que era demasiado pronto para irse a casa, a pesar de que ya eran las ocho de la tarde y realmente estaba cansada. Tras una intensa reunión con los de homicidios, en la que se definió la estrategia a seguir, había tenido que volver a Sant Climent para hablar con Víctor y dejar atado el trabajo en la comisaría. «Por hoy es suficiente», se dijo.

Siguió andando y, superado el portal de su casa, vio un bar en la siguiente calle y decidió entrar a tomarse una cerveza. En la puerta, los fumadores se acumulaban con los vasos en la mano, ya que la terraza estaba a tope. El establecimiento había resurgido de sus cenizas tras un año clausurado a causa de una inspección de Sanidad que puso de manifiesto la imposibilidad de que ninguno de los alimentos que se servían estuviese libre de cucarachas y plagas diversas. El letrero de «SE TRASPASA» había estado colgado tristemente de la persiana metálica hasta que unos ciudadanos chinos lo habían remodelado de arriba abajo y, tras bautizarlo con el equívoco nombre de «LA BIRRA FELIZ» en rótulos en catalán y en castellano, abrían todos los días y horas que les permitía el ayuntamiento.

Entró y agradeció mentalmente el aire acondicionado, ya que empezaba a tener la camisa pegada al cuerpo. Cuando llegase a casa, se prometió, se daría una buena ducha fría, que de paso le serviría para despejar las ideas. La reunión había sido tensa y, cuando acabó, se marchó con la sensación de que a cada uno se le había encargado una tarea, pero que ni Durán ni Romero les habían comunicado toda la información de la que disponían. Eso, o que se estaba obsesionando de nuevo, como le había dicho Víctor esa mañana.

Las cuatro o cinco mesas en el interior estaban llenas de gente que estiraba al máximo una sola consumición para estar fresquitos. Se sentó en la barra y pidió la cerveza mientras echaba una ojeada a las tapas colocadas tras la protección de un cristal. No se veían cucarachas, pero el jamón había pasado a mejor vida hacía tiempo y los mejillones presentaban un aspecto sospechoso. Se decidió por una saludable bolsa de patatas fritas, sin duda genéticamente modificadas. Mientras le ponían la cerveza, sacó su móvil y echó una ojeada a los mensajes; su mirada cayó de nuevo sobre el *whatsapp* de Paul y dudó, deslizando el dedo con suavidad. Era un tipo simpático y no estaba nada mal... Quizá no sería mala idea volverlo a ver y darse un desahogo sin compromisos, no tenía intención de llegar más lejos.

—No parece muy interesada en la cerveza.

Sobresaltada, levantó la vista y miró a su derecha. Junto a ella estaba sentado el inspector Durán, los codos sobre la barra, frente a un vaso de tubo que contenía lo que parecía ser un gin-tonic. No sonreía, como era habitual en él, y se limitaba a observarla con curiosidad.

—No te había visto —comentó ella, guardando el móvil en el bolso y alargando el brazo para coger la bolsa de patatas que le había dejado el camarero sobre un plato. «Vaya mierda», pensó, solo le faltaba encontrarse

con él fuera del trabajo—. ¿Vives en el barrio?

—Tres calles más abajo desde el lunes pasado. —Dio un sorbo—. Puede decirse que me estoy instalando. ¿Y tú?

—En esta misma calle, unos números más arriba, de toda la vida. —Su cerveza estaba fría, lo que agradeció. Pensó que tendría que bebérsela de golpe y marcharse lo más rápido posible. Qué fastidio. Hizo un gesto ofreciéndole patatas, pero él negó con la cabeza.

—Creo que acabaré encontrándome a gusto, es un buen barrio —comentó él mientras se llevaba el vaso a los labios.

Ella observó que se había cambiado de ropa tras la reunión, vestía unos tejanos y camiseta bastante desgastados, algo muy diferente de lo que solía usar en la comisaría. Llevaba el oscuro cabello peinado hacia atrás y sus ojos expresaban el cansancio del día. Guardó silencio, sin saber qué decir, y siguió con su cerveza.

—Te la vas a acabar en nada —comentó él con sorna.

—Tú, en cambio, vas con calma. ¿No es un poco pronto para la ginebra?

—Buen ojo, cabo Milà, sí, es ginebra y tónica, y lo del tiempo es relativo, según cómo lo mires es pronto, o ya es demasiado tarde. —Dejó el vaso encima de la barra y miró hacia atrás—. Ha quedado una mesa libre, ¿nos sentamos?

Estuvo a punto de decirle que no, pero Durán ya se había levantado y se dirigía hacia el fondo del bar, así que no tuvo más remedio que seguirlo.

—Aquí estaremos más tranquilos. Bien, quería comentarte algo —empezó él cuando estuvieron instalados—. Romero hablará contigo mañana, pero ya que nos hemos encontrado... Aprovecharemos esta feliz casualidad. —Su voz era burlona, y a la luz de la lámpara situada en la pared junto a él pudo ver una cicatriz a la altura de la sien derecha que se adentraba en el cabello, dibujándole una línea descendente hasta la oreja. Se sorprendió porque no se había dado cuenta hasta ahora. Él siguió su mirada—. Es el recuerdo de un *mangui* con un cuchillo en mi segunda semana de trabajo como agente en la calle.

—Vaya corte, si se descuida te saca un ojo —comentó ella.

—Sí, hubo suerte esa vez —reconoció—. Eso te enseña a ser prudente y a pensar todas tus opciones antes de actuar. Es algo para lo que no te preparan suficiente en la escuela; el día a día te va dando las hostias correspondientes —concluyó con un deje amargo.

—¿De qué promoción eres? —preguntó ella mientras se acababa las

patatas.

—Aprobé a los veinte y ya tengo cuarenta, son unos añitos, así que por eso me permito darte lecciones, algo que ya sé que no soportas. —Anna lo miró y dejó la bolsa vacía a un lado—. Interpretaré esa mirada como un cumplido. —Esbozó lo más parecido a una sonrisa que le había visto hasta la fecha—. En cuanto al caso, vamos a centrarnos en la identificación de la víctima y en Rincón, sus finanzas, entorno, amigos, exprimirlo todo al máximo, pero hay que andar con pies de plomo.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Órdenes de arriba. —Miró hacia el techo—. No preguntes, porque no puedo concretar mucho más. La Nacional tiene una investigación abierta sobre él y su círculo más próximo, y nos han pedido que les comuniquemos cualquier dato que pueda relacionar a Rincón como policía en el asesinato y, además, obviarle de la información que demos al juzgado, a pesar de que la causa es secreta. No quieren correr riesgos.

—Hablamos de que hay más polis implicados... —empezó.

Él hizo un gesto con la mano, cortando sus palabras.

—Solo te diré que esto está fuera de los conductos oficiales y es muy delicado, no podemos meter la pata. Nosotros llevamos el asesinato, pero todavía no sabemos si está relacionado con lo que ellos tienen. La cuestión es que debemos ser muy cautos con lo que hagamos. Tienes buena relación con la juez Valle, ¿no? —Anna asintió—. Romero se lo comentará también, y si la ves, te limitarás a decirle que si aparece algo que no tenga que ver con el asesinato, al menos *a priori*, no vamos a incluirlo en ningún atestado. Por lo que he oído, es una persona razonable. —La miró interrogante.

—Sí, desde luego, no tendremos ningún problema, seguro, pero sí que deberá estar advertida... —se interrumpió, y él enarcó una ceja—. No, nada, estaba pensando.

Calló, porque no era cuestión de hacer partícipe a su superior de la relación que Sofía mantenía con el inspector Rivas. Que supiera, eran buenos amigos, pero desconocía si había algo más. Intentaría hablar con ella.

—De acuerdo, estaré atenta e iré informando a Romero. —Él asintió dando un sorbo a su copa—. La verdad es que hace días que tengo un mal presentimiento en relación con Rincón —continuó, pensativa—. No cuadra su actitud con lo que ha pasado, ni su sueldo de policía con esa casa, por ejemplo. Si la juez nos autoriza a intervenirle el teléfono, ahora que estará en libertad, podemos sacar algo. El silencio que ha mantenido durante estos días

de detención es muy extraño, apostaría que no es una estrategia de su abogado, del que me parece que pasa olímpicamente; es como si se lo hubieran puesto allí y se limitase a asumirlo. Se supone que es un abogado particular, pero no detectas esa relación de confianza entre ambos. Y lo que ha dicho hoy... Es humo.

—Hemos hablado con su primo, con el que dice que pasó la noche del jueves al viernes. —Se irguió estirando la espalda—. Ha confirmado su versión parcialmente. Según él, no es la primera vez que lo acoge en su casa cuando trabaja hasta tarde. Dice que Rincón llegó antes de las doce, tranquilo, sin decirle que había discutido con su mujer, y se quedó a dormir en el sofá. Ahora, el primo se levantó para ir a trabajar a las siete y media y Rincón ya no estaba, con lo que su coartada es relativa —advirtió—. La muerte tuvo lugar entre las dos y las tres de la madrugada, con lo que teóricamente tuvo tiempo de marcharse de casa del primo, llegar a la suya, matarla y volverse a marchar. Es lo que hay. —Terminó la bebida y dejó el vaso sobre la mesa—. Dijiste esta tarde que tendrás algún dato sobre el tatuaje.

—Sí, espero que pronto, conozco a alguien que a su vez conoce a un tipo que se mueve en ese mundo y quizá pueda decirnos algo. Podría tratarse de un tatuaje de alguien conocido en el mundillo. Ahora —levantó una mano—, todo dependerá de si el dibujo tiene algún rasgo característico. Y sobre las marcas en brazos y piernas, el forense me dio algunas ideas.

—Bien, ponte a ello. —Anna asintió, un tanto desconcertada por el cambio de actitud de él hacia ella—. Veo que tienes algo que decir... —la animó.

—No, bueno —vaciló—... Solo me preguntaba la razón de que me hayas contado todo esto, hasta ahora no me he sentido muy integrada en tu grupo, pensaba que no te gustaba que colaborase con vosotros.

—Romero me ha hablado bien de ti. Me cuesta trabajar con gente que no conozco —reconoció él—. Es uno de mis muchos defectos, ya lo irás viendo. —Hizo una mueca—. Pero no te relajes —advirtió, y se puso en pie—. Me marchó, todavía tengo cajas por abrir en casa. Adiós.

Ella se quedó sentada, mucho más animada, acabando la cerveza y reflexionando sobre lo que acababan de hablar. Y Gloria sin aparecer... En la reunión nadie la mencionó, como si el hecho de que ahora se encargase otro grupo le quitara importancia a saber qué le había sucedido. Se levantó y fue hasta la barra para pagar. Con su escaso dominio del idioma, el camarero le

dijo que la cuenta ya estaba pagada. «Vaya con Durán, al final va a ser un tipo espléndido y todo», pensó mientras salía a la calle.

## 7

Daniel había cenado sin ganas, escuchando a medias a su mujer, que le contaba con pelos y señales el calvario que estaba pasando una amiga suya tras su operación de prótesis de rodilla. Se limitó a asentir en los momentos adecuados y a soltar algún comentario genérico, pero lo cierto es que le importaba un bledo saber que la cursi de la amiga de su mujer ya daba sus primeros pasos apoyada en una muleta o cómo la eminencia de médico que la había operado, al que él conocía bien y tenía catalogado como un perfecto imbécil, la había felicitado por la valentía demostrada en su recuperación. «Hay que joderse, vaya sarta de tonterías», se dijo, mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Voy a trabajar un rato, a ver si acabo, que mañana tengo lío. —Se levantó y le dio un cariñoso beso en la cabeza.

Ella lo miró, preocupada.

—Antes has dicho que estabas cansado, ¿no podrías dejarlo, por hoy?

—Tengo que terminar una cosa, no te preocupes que no me acostaré tarde.

—Te esperaré. Ah, recuerda que tenemos que hablar con los del restaurante para la fiesta de jubilación de Paco, hay que escoger el menú esta semana.

—A mí no me metáis en ese lío, decidid vosotras —contestó mientras se alejaba por el pasillo.

De eso hacía dos horas, las que llevaba sentado en la mesa del pequeño despacho que se había instalado en la antigua habitación de su hijo, una vez que este se marchó definitivamente de casa. Allí se sentía a gusto, tenía sus libros, sus películas, y su mujer solo entraba a limpiar por encima. No soportaba que nadie tocara nada, él sabía dónde estaba todo, aunque se acumulase bajo pilas de revistas y objetos de la más diversa procedencia.

A pesar de su promesa de no tardar demasiado e irse pronto a dormir, no encontraba lo que buscaba. Estaba convencido de que las marcas halladas en el cuerpo de la desconocida querían decir algo. Por desgracia, solo sabían de ella que debía de tener unos veinte años, de raza caucásica, que practicaba algún deporte regularmente porque estaba en buena forma y que tenía buena salud. Y ese tatuaje con un nombre, Daphne.

La letra *E* dibujada con un instrumento cortante en brazos y piernas podía ser perfectamente la inicial de su nombre o el de su asesino, puestos a suponer, pero le recordaba a algo sin ser capaz de visualizar qué. Había buceado en sus viejas enciclopedias, por si podía tener alguna relación con el tatuaje de Medusa, pero nada. Por último se decidió a entrar en Internet, lo que seguro que habría hecho su hijo enseguida, pero él seguía siendo de la vieja escuela, pensó con una sonrisa cansada. Puso «letra e» y tuvo la paciencia de leer entrada por entrada, pero ninguna le sirvió. Tuvo una idea, buscó «alfabeto griego» y leyó: «Épsilon es la quinta letra del alfabeto griego». «Eso ya lo sé», gruñó. Desanimado, alargó la mano para apagar la lámpara del escritorio.

De pronto, recordó. Debía de estar guardado en el armario, con los libros y revistas más antiguos. Fue hasta él, lo abrió y empezó a sacar su contenido. «Madre mía», se dijo, tendría que empezar a tirar cosas. Estornudó con violencia tres veces seguidas.

—¿Daniel? Son más de las doce, ¿vienes a la cama? —oyó la voz de su mujer en la distancia.

Sofocado, con las manos y el pelo llenos de polvo, contestó a gritos:

—¡Todavía no! ¡Duerme tranquila, ya iré!

Volvió a meter la mano en el armario y sacó las últimas revistas. Por fin, allí estaba: *Oráculos griegos*. Se sentó de nuevo en la silla y empezó a pasar las páginas febrilmente. Se lo había regalado su mujer hacía años tras ir de vacaciones a Grecia y extasiarse con Delfos, uno de los más importantes oráculos consagrados al culto del dios Apolo.

—¡Aquí está! —exclamó cuando encontró el capítulo que buscaba.

Entre los muchos misterios de Delfos, estaba la inscripción de la letra *E* sobre la entrada del templo de Apolo, que primero fue de madera, después de bronce, y la tercera y última, de oro, instalada por Livia, la esposa del emperador Augusto, para poner de manifiesto que con el Imperio romano volvía la edad de oro del oráculo, pero nadie había sabido dar una explicación acerca del sentido que tenía la misteriosa letra. El autor citaba a Plutarco y sus teorías sobre su significado, entre las que destacaba la que afirmaba que la *E* se leía *EI*, lo que equivale a la conjunción condicional del griego *si*, que era como empezaban las preguntas al oráculo y que también podía referirse a la segunda persona del singular del verbo ser, que era la forma que usaban los que consultaban al dios Apolo, dios de los oráculos, para dirigirse a él: «Tú eres». Levantó la vista; quizá el asesino quería darles un mensaje sobre la

víctima a pesar de haber hecho todo lo posible para que no pudiese ser identificada. O estaba totalmente equivocado, dudaba mucho que hoy en día hubiese alguien que supiera el significado de esa letra en la Grecia de la época. Dejó vagar la mirada por la habitación, apenas iluminada por la lámpara de sobremesa. Estaba claro que la desconocida era alguien importante para su verdugo, mucho. ¿Un amor que se había transformado en un odio ciego y profundo? ¿Una venganza? Se estremeció.

Pensó en llamar a Sofía, pero una ojeada al reloj lo disuadió de su propósito. Fue hasta el ordenador y tecleó en Google. Encontró páginas y páginas sobre el dios Apolo, el dios del laurel, la lira y el arco, vengativo y cruel. El cansancio del día se desvaneció de golpe y empezó a tomar notas.

## 9 de junio del 2015

Esa manzana envenenada por un jodido martes.

ESTOPA,  
«Hemicraneal»

### 1

—Veo que esto es un mundo... —murmuró Romero mientras observaba las fotografías que Anna había extendido sobre la mesa de su despacho.

—Y que lo digas —asintió la cabo—. Estas son las que he podido conseguir de Medusa. En Internet las hay de todos los colores y tamaños. Mira, qué maravilla, ¿verdad? —Sentada al otro lado de la mesa, alargó la mano para señalar un tatuaje del ser mitológico que ocupaba media espalda—. El nuestro destaca por el detalle, es muy pequeño en comparación con otros, ¿ves? —Tocó la fotografía del tatuaje de la fallecida y las que había puesto junto a ella—. Pero el trazo es muy delicado y los colores definidos. No es un diseño corriente, de los que están en catálogos, es totalmente distinto al resto. Sobre el tatuaje del brazo no hay mucho que investigar, es un nombre nada más.

—Vamos. —Romero alzó la vista—. Hace falta un buen pulso. Nunca se me ha ocurrido hacerme un tatuaje —comentó—. Solo de pensar en lo que debe de doler se me quitan las ganas. ¡Uf, qué horror! ¿Has visto esos locales que hay ahora, con un cristal que da a la calle y ves cómo tatúan? La gente se queda mirando fascinada, ya sabes, el morbo de ver cómo sufren los demás...

—No te negaré que a mí lo de pasarlo mal no me seduce demasiado, pero hay que reconocer que algunos son preciosos. —Anna se echó hacia atrás en su silla—. Estoy tras la pista de un tipo que sabe mucho sobre este mundo. ¿Ves en la parte baja del dibujo una pequeña marca? —Su interlocutora se inclinó sobre la fotografía.

—Sí, pero no distingo lo que es.

—La verdad es que hay que mirarlo con lupa, es una letra, una X, pienso que podría ser una marca del autor. Así que no es un tatuaje cualquiera, no todos los firman. Si vas a tatuarte —explicó—, te muestran los modelos que tienen, hay cientos o miles, qué sé yo. Pero si quieres algo distinto, el artista

tiene que escucharte primero, y si es posible, hace un dibujo absolutamente original para cada persona.

—Eso es muy interesante —asintió—. Podría ser una pista para averiguar la identidad de la fallecida, que es la piedra angular de este tema. —Esbozó una mueca—. Esta es una frase de Durán, que es muy fino y se nota que tiene estudios. No te rías —dijo al ver la expresión de Anna—. Ya verás cuando lo conozcas mejor.

Se levantó, fue hasta la ventana que tenía la persiana medio bajada para evitar el sol y desde allí se volvió, apoyándose en la pared.

—A ver, no es el primer caso que he tenido en que la víctima es desconocida, podría enseñarte muchos sin resolver que son similares y que a veces, al cabo de los años, han podido aclararse, pero no recuerdo ninguno como este. Por narices esta mujer tiene que estar relacionada con los habitantes de esa casa; el informe de la científica es definitivo, la mataron en la encimera de la cocina, ¿cómo entró sin forzar nada? ¿Y por qué allí? —Fue a la mesa, se apoyó en ella y se cruzó de brazos—. No me trago que Rincón no sepa quién es, estoy segura de que lo sabe perfectamente. Es listo, el tipo.

—¿Ha vuelto a su casa?

—Sí, ayer cuando salió de prisión lo esperaba su abogado y lo llevó directamente allí. Hay que tener estómago para volver, aunque ya no quede ningún resto. No hay nada como cocinar unos buenos macarrones a la boloñesa en esa encimera —sonrió. Anna hizo un gesto de asco—. Perdona por el chiste malo, pero es lo primero que se me pasa por la cabeza. Joder, en teoría él no vio el escenario, pero sabe lo que ha pasado allí. En fin. Está vigilado y por el momento no ha hecho otra cosa que permanecer dentro. En su coche tampoco había ninguna huella que pudiera estar relacionada, lo hemos peinado y nada, ni una gota de sangre.

—No me fastidies, el asesino tuvo que mancharse —reflexionó Anna.

—Desde luego, los de la científica lo han dejado claro, mientras la iba machacando, la sangre salpicaba en todas direcciones. Seguro que le cayó en la cara, el pelo, la ropa y los brazos, pero ni rastro en el coche o en la casa del primo. Ya lo hemos comprobado. Ahora, si se deshizo de lo que llevaba... —Se encogió de hombros—. Hoy vamos a dejarlo tranquilito, pero mañana iremos a interrogarlo, hay que preguntarle por los destrozos de la casa, si ha echado algo en falta, ya sabes. Tocarle un poco los huevos, como corresponde.

—¿Y Gloria?

—Sigue la búsqueda, pero no me consta que haya nada nuevo. No se han utilizado sus tarjetas de crédito o de débito, el móvil está muerto, el correo electrónico igual y el coche ilocalizable. Luego dirán que no se puede desaparecer hoy en día, que somos esclavos de la tecnología que nos tiene controlados, salvo que... —Abrió los brazos en un gesto expresivo.

—No la utilices para nada —terminó Anna—. Pinta mal.

—Sí, la verdad es que sí. —Volvió a sentarse y le tendió las fotografías—. Bien, sigue con esto del tatuaje... Y también ibas a hablar con el forense, ¿no? —Anna asintió—. De acuerdo, yo voy a ir hasta el juzgado, a ver si me recibe la juez Valle, y si puedo, también hablaré con el fiscal. Durán ya me ha dicho que te comentó ayer que hay una investigación interna en la Policía Nacional. Más problemas, como si no tuviéramos bastantes.

—Eh, sobre eso... —empezó Anna—. Quería agradecerte que hayas hablado bien de mí a Durán, me lo dijo cuando nos encontramos. Creo que ha ayudado mucho a que valore mi aportación, lo que no es fácil.

—Sí —asintió Romero—, hace años que trabajo con él y es bueno, pero un poco cabezón, le cuesta adaptarse a los cambios y ahora tampoco está pasando por un buen momento personal. —Anna le lanzó una mirada curiosa—. Acaba de divorciarse, pero no comentes nada, aquí pocos lo saben y no es amante de explicar mucho sobre su vida privada.

—Desde luego —se apresuró a responder—. No diré nada en absoluto. —Ahora entendía el comentario del cambio de barrio que le hizo en el bar.

—De acuerdo, quedamos así. Creo que es todo lo que quería comentarte —reflexionó, y negó con la cabeza—. Cuando acabe en el juzgado volveré aquí, pero me tienes localizable con el móvil.

Anna se levantó para marcharse, pero se detuvo, indecisa.

—Tengo que preguntarte algo. —Romero la escrutó, interrogante—. Le doy vueltas a la cabeza desde el primer día, quizá sea una tontería mía, no sé, pero esa forma de matar habla de un odio salvaje, ¿no crees? Te la puedes cargar y disfrutar si me apuras, al menos da esa sensación, pero ¿por qué dejarla allí? Parece como si quisiera que la encontráramos con todos los elementos que había dispuesto, mandarnos un mensaje, ¿cuál? No sé si me explico.

—Entiendo lo que quieres decir. —Reflexionó unos instantes—. También creo que hay un mensaje que de momento no sabemos leer, pero lo que no podemos hacer ahora es obsesionarnos con lo que ha pretendido con esa muerte por la sencilla razón de que no sabemos quién es ella, nuestra Daphne.

—Apoyó los codos en la mesa y la cabeza sobre las manos entrelazadas—. Por ahora Rincón tiene todos los números de la rifa, recuerda que su coartada no es buena, pero... ¿Y si el mensaje que ha dejado no es para nosotros, sino para otra persona? —Ambas se miraron—. Habrá que darle vueltas a eso, Anna.

## 2

—Lo sabía, Paco, lo sabía. Llámame repelente, pesada o lo que quieras, pero te lo he dicho más de una vez. —Él asintió—. Estaba cantado que esos dos se matarían algún día. ¿Cómo está ella? —preguntó Sofía mientras dejaba el bolso encima de la mesa del despacho y se sentaba en su silla.

—Jodida, pero ahora tranquila. Ha salido del hospital, pero tiene que guardar reposo. Parece que por fin tiene claro lo de la orden de protección. Será porque esta vez solo ha recibido ella —expresó con ironía—. Ahí tienes. —Señaló el atestado que le había dejado sobre la mesa—. Las fotografías. Está que da pena —comentó—. Pero ha tenido suerte, podría haber sido mucho peor, si no llega a ser por los vecinos que fueron a ver qué pasaba y lo sujetaron... —Meneó la cabeza—. Hay que ser una mala bestia para pegarle esa paliza.

Sofía echó un buen trago de agua y dejó a un lado la manzana que se había traído para pasar la mañana, ya que iba avisada de que ese martes iba a ser intenso. A las tres de la madrugada la había despertado la policía para decirle que tenían detenido a Paolo por un presunto delito de violencia doméstica tras haber zurrado a su mujer de lo lindo y que la llevaban al hospital. «Mierda. Estoy hasta las narices de tener que suplir a mi compañero, a ver si se incorpora de una vez, puñeta —pensó—, porque cargar con dos juzgados es insoportable. Vamos, para ser sincera —rectificó mentalmente—, me espera un día asqueroso.»

Echó un vistazo a las fotografías, eran espectaculares. La cara de Francesca era un globo hinchado de color violáceo, el ojo izquierdo ni se le veía, desaparecido a causa de la inflamación del párpado, y le habían tenido que dar puntos en la ceja izquierda. Había perdido un molar y los médicos pensaban que uno de los incisivos seguiría el mismo camino. Afortunadamente no presentaba ninguna fractura, pero tenía el cuerpo, brazos y piernas llenos de golpes y contusiones. «Qué hijo de puta», se dijo con rabia.

—Esta vez *Romeo* lo tiene claro, ¿no? —comentó Paco, sentándose en una de las sillas frente a la mesa de Sofía.

—Claro y meridiano —respondió esta—. Lucas va a pedir prisión y supongo que el abogado de ella también. ¿Sabes quién es el abogado de él?

—No lo he mirado, la verdad —reconoció el secretario.

—Es una mujer, no me suena su nombre —leyó Sofía—. Igual cuando la vea sabré quién es. Bueno, pues cuando estén todos empezamos. Tenemos tres detenidos más —siguió hojeando—, un robo con fuerza, un robo con violencia y una alcoholemia... Mira qué bien, este daba una tasa de 1,8 de alcohol en sangre, ¡qué bestia! Sin accidente, menos mal. —Levantó la vista y lo miró con un suspiro—. Y nos queda un día más...

—Esto ya es pan comido, por pura estadística, lo que pueda pasar tiene que ser mucho más sencillo —intentó animarla Paco.

—A estas alturas ya no soy demasiado optimista. Mira. —Tendió al secretario unos folios grapados—. ¿A que no adivinas qué es? —sonreía con desagrado.

—«El fiscal...» —leyó él—. Ya veo, recurso contra la libertad del policía nacional, y se ha explayado, el hombre. —Pasó las páginas hasta el final—. Veinte folios de recurso. —Volvió a dejarlo sobre la mesa—. Bueno. —Se encogió de hombros—. Es su trabajo, no puede negarse que se lo ha currado.

—Sí, debió de estar toda la noche, igual se quedó encerrado aquí para estar más concentrado —respondió Sofía con sarcasmo—. Ya sé que iba a recurrir y es normal, no puedo reprocharle nada, pero creo que, de haberlo metido en prisión, la Audiencia lo sacaba en dos días. En fin, es lo que hay. —Se levantó, fue hasta la ventana y echó un vistazo a los balcones.

Nada, el gato seguía sin aparecer. «Igual que Enda —pensó—, desde el domingo que no tengo noticias.» Empezaba a estar harta de tanta reserva y tanto misterio. Tenía que ser sincera consigo misma, estaba perdiendo el tiempo con él, cualquiera con dos dedos de frente lo vería, por lo que el día anterior, al salir del juzgado, decidió que iba a mantener una saludable distancia, y si quería algo, ya la llamaría.

Pero ese «firme» propósito duró menos que un billete de cincuenta euros tirado en la calle; antes de cenar, cayó en la tentación y le mandó un *whatsapp*. Él ni siquiera lo había leído. Así que llevaba desde ayer mirando el móvil como una gilipollas. Mejor darse un descanso, pensaba su parte racional, aquella a la que por lo visto no hacía mucho caso en los últimos días.

—Te veo muy harta —observó Paco—. Llevas una temporada cansada, tendrías que hacer como yo, tomarte las cosas con más calma. Al final te van a pagar lo mismo a fin de mes.

Sofía se volvió y metió las manos en los bolsillos del vestido.

—Eso es fácil decirlo, pero muy complicado ponerlo en práctica. Será que ya necesito vacaciones. —Se apoyó en la pared y bajó el tono de voz—. Va a salir un concurso de traslado en breve, y hay plazas en Barcelona, en juzgados de lo penal. No lo comentes, pero creo que voy a pedir.

—¡Ojo! Ahí solo vas a tener juicio y sentencia, a cientos; que yo sepa, sacan unas quinientas sentencias al año —advirtió—. Y olvídate de la instrucción, que es lo que a ti te gusta.

—Bueno, pues ya me da igual, ahora mismo no me gusta nada —contestó molesta—. Quiero ganar en calidad de vida, ir andando a trabajar y olvidarme de las guardias, que ya son unos añitos picando piedra. Todo cansa. —Hizo una mueca de disgusto.

—Si te vas, habrá desbandada —afirmó él—. Sobre todo según quién venga en tu lugar.

Ella negó con la cabeza.

—Aquí nadie es imprescindible. Todo pasa, Paco, y como dice mi abuela: para aprender a nadar, primero hay que tirarse al mar. —Su mirada fue de nuevo hacia la ventana. «En todos los sentidos», pensó.

En ese momento sonaron unos golpes en el marco de la puerta y una funcionaria asomó la cabeza.

—¡Hola! Sofía, está aquí la sargento Romero, dice que tiene que hablar contigo y que si puede ser antes de que empecemos con la guardia.

—Sí, sí, dile que pase.

Paco se levantó y fue hasta la puerta.

—Cuando acabes me avisas, estaré abajo.

—No te preocupes, te digo algo.

El secretario salió y se cruzó con Romero, a la que saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Buenos días! —saludó Susana—. Espero no molestar demasiado, solo serán unos minutos.

—No se preocupe —contestó Sofía, tendiéndole la mano—. Todavía no hemos empezado, sentémonos aquí. —Le señaló las dos sillas frente a su mesa—. Bien, usted dirá, supongo que vendrá por lo de la intervención del móvil de Rincón, lo tengo ya preparado, solo tengo que imprimirlo...

Romero asintió con la cabeza.

—Si ya lo tiene, perfecto, puedo llevármelo, pero no venía solo por eso. —Hizo una pausa—. Es un tema delicado que tiene mucho que ver con el caso. —Se la veía incómoda, lo que intrigó aún más a Sofía, que la tenía por una mujer que no le gustaba andarse con rodeos—. Sabemos que existe una investigación interna de la Policía Nacional sobre una serie de policías sospechosos de formar parte de una trama delictiva en la que hay de todo, sobornos, extorsiones, prostitución, según nos han informado. Creen que Rincón puede estar implicado, él y unos cuantos más de su entorno más inmediato. Así que habrá datos que no podremos incorporar a la causa. Nosotros tampoco estamos autorizados a saber mucho más, pero si empiezan a aparecer nombres, tendremos que ir con pies de plomo. Y usted también, tengo que pedirle que no hable con nadie que pueda estar relacionado con la Nacional. No sé si tiene algún tema pendiente con ellos...

A medida que iba hablando, Sofía notaba cómo se le encogía el estómago. Su voz sonó ronca al responder.

—No, la verdad es que no tenemos ninguno, que yo recuerde, al menos... Eh... —intentó aparentar indiferencia—. Dice que hay más policías implicados, ¿sabe quiénes o de qué comisaría son?

Su interlocutora negó con la cabeza.

—No, de Barcelona seguro, pero no nos han comunicado nada más. El tema es muy grave y por eso quería decírselo personalmente; hablaré también con el fiscal que lleva la causa. Así que no le extrañe que no podamos incluir determinados datos que puedan aparecer de la intervención del móvil de Rincón.

—De acuerdo —respondió Sofía como una autómatas—. Lo tendré en cuenta, pero de todas formas, si se descubre algo que tenga que ver con el caso...

—Desde luego que le informaremos enseguida —le aseguró—. Mientras se mantenga el secreto del sumario tenemos más margen, luego ya veremos.

—Sí, sin duda. —Su mente era un hervidero de negros pensamientos y hablar con Enda ahora se le antojaba la peor de las ideas. Sacudió la cabeza y se levantó—. Voy a imprimir lo de la intervención del teléfono y lo revisamos.

### 3

Sentado ante el ordenador de la brigada, Rivas había apartado el

teclado y dibujaba en un folio mientras reflexionaba. Necesitaba un punto de enganche para entender lo que estaba pasando, la información que le había dado Rodrigo relativa al club El Merengue no había hecho más que confirmar lo que ya sabía, pero había que moverse con rapidez. Los hechos habían quedado en un simple juicio rápido por estafa al local y lesiones a las trabajadoras que tendría lugar al mes siguiente, en el que se acusaba al abogado en cuestión y estaba claro que este no iba a abrir más la boca una vez superada su indiscreción inicial.

Su lápiz dio vida a la silueta de una bailarina, esbelta, con los brazos en alto sobre su cabeza y una rizada melena suelta. «Como la de Sofía», pensó. Empezó a dibujar su rostro: los ojos avellanados, los hoyuelos que se manifestaban cuando sonreía... Miró el resultado con ojo crítico: «No está mal», se dijo. Echaba de menos poder hablar con ella con sinceridad, pero ahora no era el momento. Tenía que acabar con este asunto de una vez por todas. Pensó en las fotografías de Andrés, Gloria y el individuo no identificado que vio en el gimnasio. Otro cabo suelto. Recordó a la rubia del vestido negro que lo había sorprendido en el despacho y dibujó sus felinos ojos, que parecían taladrarlo desde el papel.

—¡Hola! ¿Tienes un momento?

Sobresaltado, levantó la vista para ver a Suárez, de pie frente a él, que se pasaba un pañuelo por la calva.

—Claro, dime. —Apartó el folio y puso el teclado en su sitio.

—Quería comentar contigo lo de la consultoría. Maldito calor, vengo sudando de una reunión en la que parecíamos pollos en un horno; está visto que el aire acondicionado funciona a trozos en este edificio. Aquí se está mejor. —Se guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón.

—Asensio estaba por aquí hace un minuto —Rivas hizo una mueca de disgusto—, pero no tengo ni idea de dónde se ha metido. Lo llamo y le digo que venga, aunque no te aseguro que me conteste. —Alargó la mano para coger su móvil.

Suárez negó con la cabeza.

—Déjalo, no te preocupes; ya sé de qué pie cojea, a estas alturas nos conocemos todos. Ayer le di un toque, pero veo que no ha servido de mucho. Es complicado cambiar las *buenas costumbres* —ironizó—. Me explicó lo que lleváis investigado hasta la fecha. —Tomó asiento en una de las sillas frente a la mesa e hizo un gesto de dolor—. Tengo la espalda hecha cisco, joder —se quejó—. Aprovecha, porque a partir de los cincuenta te empieza a

crujir todo. Y encima estas sillas son una puñetera mierda, y eso que en teoría van con la etiqueta de ser «er-go-nó-mi-cas». —Remarcó cada sílaba—. Me he aprendido la palabrita, pero son igual de incómodas que las de siempre. O más.

—El trabajo de despacho tiene sus riesgos —sonrió Rivas—. Demasiadas horas sentado... —sugirió.

—¡Cómo lo sabes! Cuando era joven pasaba el día en la calle y no me quejaba de nada, aunque doblase turno. Pero eran otros tiempos. —Sopló—. Y a eso hay que sumarle que mi hija cada día pesa más, y cuando has de cargar con ella... Mi mujer ya no puede. —Torció el gesto—. El mes que viene cumplirá los quince.

—¿Cómo va todo?

Suárez tenía una hija que padecía de síndrome de Rett. Los primeros síntomas empezaron a aparecer cuando contaba con pocos meses de edad. La niña no gateaba, no se comunicaba, ni podía usar las manos para nada. A los dos años, tras un análisis de ADN, consiguieron el diagnóstico, inapelable y sin curación posible. Era incapaz de hablar o de andar y sufría convulsiones por todo el cuerpo que se habían agravado con la adolescencia.

Pocos meses antes de que Inés se suicidara, Rivas había ido a buscar a Suárez a su casa para llevar a cabo un operativo y, aunque ya sabía la enfermedad que padecía, quedó impresionado por el estado de la niña. Estaba reclinada en el sofá y su delgado cuerpo se movía incontroladamente. Su madre, sentada junto a ella, le mostraba unas cartulinas con grandes dibujos que simbolizaban comer, dormir, ver la televisión. La única forma de saber lo que quería hacer en cada momento era estar atento a sobre cuál de ellas fijaba su mirada. Cuando se despidió se le quedó grabada la imagen de la niña con las manos totalmente dobladas, apretadas contra el pecho. De pronto empezó a moverlas espasmódicamente, en un aleteo como las alas de una mariposa. Su madre se las cogió con dulzura para ponerlas sobre su regazo y la niña pareció calmarse.

Una vez en el vehículo policial, su compañero le explicó que su hija tenía una esperanza de vida de unos cuarenta o cincuenta años como mucho y necesitaba atención constante. Un colegio especial, terapias semanales de hidroterapia, logopedia, equinoterapia, entre otras muchas, que desde luego no cubría la Seguridad Social y que constituían un esfuerzo desesperado por estimular su mente lo más posible. No había ninguna medicación. Él exprimía su sueldo para intentar cubrir el aumento de gastos y su mujer tuvo

que adaptar su jornada laboral para poder cuidar de ella. Imposible tener más hijos. Suárez no hablaba mucho de ello, pero había envejecido a marchas forzadas y aparentaba mucha más edad. Un rictus de amargura se había instalado en su rostro de forma permanente.

—Pues poco tengo que decirte, vamos tirando. —Se encogió de hombros—. Te acostumbras, hay días de todo. —Rehuyó su mirada—. En fin, quería comentarte lo que hablé con Asensio. Según dice, todo lo que tenéis hasta el momento no deja de ser un conflicto de esa consultoría con otras empresas a las que les hace la competencia y quejas de tipo laboral, pero no ve delito. Aunque, conociéndolo, no me quedo tranquilo. Quiero saber tu opinión.

Rivas le expuso todo lo que llevaba investigado hasta la fecha, obviando lo que había averiguado por cuenta de Rodrigo y las fotos que había visto en el ordenador del gimnasio en las que aparecía Andrés. El trato con el inspector jefe era que nadie podía saber el encargo que estaba llevando a cabo. Ello lo ponía en una situación difícil con compañeros como Suárez, al que conocía de hacía muchos años, pero todo era demasiado confuso para sacar conclusiones en ese momento.

—Como ves, las cosas no son tan sencillas como las pinta Asensio, cada vez se abren más vías de investigación —terminó.

Suárez tardó unos segundos en responder.

—Ya veo, puede ser una trama mucho más compleja y se necesitarían más recursos de los que disponemos ahora. Y no estamos para muchas fiestas, hay abierta una investigación interna sobre Andrés y no sé si alguien más está en el ajo. —Lo miró con atención y Rivas asintió, impasible.

—Algo he oído —expresó con vaguedad.

Su interlocutor se echó hacia atrás en su asiento y lo miró, cansado.

—¿Has hablado con él?

—No, supongo que ya debe de estar en su casa. —En ese momento vibró su móvil con un mensaje. Le echó un vistazo, era de Eduardo, su amigo periodista, y su contenido, escueto: «Tengo algo, mañana te aviso para vernos». Volvió a dejarlo encima de la mesa—. Ya te dije que habíamos perdido el contacto.

—Es una mierda de asunto —comentó Suárez—. Parece que todavía no saben quién es la mujer asesinada. —Alzó las cejas—. No me gustaría estar en su pellejo, algo así puede arruinarte la carrera. En fin, quiero que me tengas informado de este tema de Delos y de ese gimnasio para pijos. Dale prioridad, y ya hablaré yo con Asensio para que se ponga las pilas. O se las

pondré yo, enchufadas en el culo —gruñó—. Ya me tiene hasta los cojones.

Con cuidado, se levantó para marcharse llevándose una mano a la zona baja de la espalda.

—Cuídate —le comentó Rivas.

—Ya me gustaría, ya —dijo mientras se alejaba.

## 4

A las dos de la tarde, Sofía dio por terminada la jornada de guardia. Había tomado declaración a todos los detenidos, incluido a *Romeo*, y en este caso no había tenido discrepancias con Lucas; tras una orden de protección en favor de Francesca por la que su agresor no podía acercársele a menos de mil metros ni comunicarse con ella por cualquier medio, su marido había quedado en prisión provisional sin fianza por el momento. Su abogada se había opuesto a la prisión sin mucha convicción, pero anunció que recurriría.

La víctima había hecho un gran esfuerzo para venir al juzgado a declarar y por fin parecía que empezaba a tener conciencia de la gravedad de los hechos. Sofía la vio triste, desconcertada, ya no era la mujer resuelta y apasionada de otras ocasiones que definía las peleas con su marido como «lo normal» en la relación. Terminada la declaración, permaneció sentada, acariciando nerviosamente el anillo de casada que todavía conservaba y su abogado tuvo que ayudarla a levantarse y salir del despacho.

La buena noticia era que el compañero de Sofía se incorporaba a su juzgado el viernes, con lo que, por fin, estaría más tranquila. Ahora, el caso de Daphne era suyo, ya que al no tratarse de la mujer de Rincón había dejado de ser violencia doméstica y, por tanto, si no se demostraba otra cosa, era un asesinato sin más etiquetas. Esperaba que la intervención del teléfono del policía diera alguna pista, porque habían llegado los análisis de toxicología que solo habían aportado un detalle: la víctima había consumido una buena cantidad de alcohol antes de su muerte.

Acababa de firmar el papeleo pendiente en una de las mesas tras el mostrador y al levantar la vista vio al abogado de Francesca que le hacía señas. Se acercó.

—¿Puedo pasar dentro para comentarle una cosa sobre este asunto? —El letrado parecía apurado.

Sofía asintió y le dijo que pasara por la puerta lateral.

—Perdone que la moleste —empezó una vez estuvo frente a ella—, ya

estaba a punto de marcharme, pero acabo de recibir una llamada de mi cliente; es increíble, pero...

—No me diga que quiere retirar la denuncia, para variar —lo interrumpió la juez, asombrada—. Precisamente estaba pensando en ella y creía que por fin había visto la luz.

—Pues, por desgracia, de luz nada, más bien ceguera total; mire, le he explicado por activa y por pasiva que no tiene ningún efecto, que el fiscal va a acusar igual y que se está equivocando mucho, pero no hay forma. —Abrió los brazos en un gesto teatral—. He visto de todo en esta profesión, pero nunca dejarán de sorprenderme. Esta mujer no está bien, necesita ayuda de algún tipo y yo ya no puedo hacer más, la he asistido en todas las peleas que han acabado en el juzgado, pero lo de esta vez ya pasa de la raya. —Ella asintió—. Ahora está en su casa, con dolores por todo el cuerpo, tiene dos costillas fisuradas, la cara hecha un mapa, ¡y ahora sale con que le perdona! ¡Vamos! —exclamó—. Es la historia de siempre, que lo quiere, que ha sido un mal momento, que los dos son así de apasionados. Me veo en el día del juicio haciendo el ridículo. Si es que me toca cada una... —se lamentó.

—Bueno, ninguna como Lena, ¿recuerda? La madrastra de Roger, el caso que tuvimos en enero de este año. Esa sí que era una cliente dura de roer —sonrió Sofía—. Sigue en paradero desconocido, que yo sepa.

—¡Y tanto! —reconoció—. Otra historia para no dormir. Bueno, ella y el hijastro, vaya con el niño... Ya veremos si llega a juicio algún día. Perdone que la haya molestado, pero quería decírselo, tendré que presentar un escrito, el cliente manda, en fin... Si le soy sincero, empiezo a estar un poco harto de todo esto. —Sofía pensó: «No eres el único»—. Suerte que tengo otras aficiones, ¿sabe? Estoy aprendiendo a tocar la batería y disfruto como un niño —se ufanó.

—Pues espero que tenga usted una habitación insonorizada, porque en caso contrario los vecinos estarán contentos y le van a llover las denuncias —rio ella—. Pero tiene razón, tenemos que buscar cosas diferentes para desconectar del trabajo.

—Se lo recomiendo, sí. Me marcho ya, muchas gracias por atenderme. —Hizo un gesto de despedida y abrió la puerta para salir.

Sofía siguió el pasillo en dirección contraria y fue hasta las escaleras para subir a su juzgado. Durante toda la mañana no había podido quitarse de la cabeza lo que le había comentado la sargento Romero. Sacó el móvil del bolsillo de su vestido y lo miró por enésima vez. Enda ni siquiera había

mirado su WhatsApp. Mientras subía de dos en dos los escalones, pensó que realmente no tenía ningún motivo para sospechar que estuviese metido en ninguna red de policías corruptos. Su actitud de los últimos días podía tener muchas otras explicaciones sin necesidad de ponerse en lo peor, se reprendió.

Llegó a la planta de su juzgado y empujó con fuerza la pesada puerta gris que le daba acceso, cuando oyó una exclamación al otro lado.

—¡Ay, perdón! —se disculpó—. ¿Se ha hecho daño? Lo siento...

El forense apareció y la miró con severidad.

—Esta puerta es un peligro, joder, casi me rompes las gafas. ¿Qué has comido para darle de esa forma?... Oye, he ido a ver a Paco y luego he pasado por tu despacho para darte esto. —Agitó unos folios grapados—. Es sobre la letra *E*. —Ella lo miró sin comprender—. Sí, mujer, las letras hechas con un cuchillo en los brazos y piernas...

—¡Ah, sí! Perdona, me habías cogido fuera de juego —reconoció Sofía—. ¿Ya sabes qué significa?

—Bien, tengo varias ideas, ninguna es definitiva, pero ayer me acosté a las tres buscando información. Y esta mañana, nada más levantarme, mi mujer dando el coñazo con el menú de la despedida de Paco. ¡Qué pesadas sois las mujeres con esas cosas! —Bostezó—. La verdad es que me muero de ganas de echarme una siesta; aquí no me necesitáis más, ¿no? Tengo un montón de cosas que hacer en casa.

—¡Tú lo que eres es un viejo cascarrabias! ¡Lo que no sé es cómo te aguanta tu mujer! —Rio y le palmeó el hombro—. Las cosas hay que prepararlas para que salgan bien, y una despedida por jubilación solo se hace una vez en la vida. Y sí, hemos terminado por hoy, salvo las «sorpresas» que nos tengan preparadas. —Cogió los folios que le tendía el forense, calculó que al menos serían unos treinta, con fotografías a todo color—. Joder, ¿tengo que leerme todo esto, Daniel? —gimió.

—Tampoco es tanto —se defendió él—. Así podemos hablarlo luego, cuando lo leas.

—Está bien, me lo llevaré a casa a ver si puedo echarle un vistazo esta noche —se conformó.

—Ya verás, si este viejo cascarrabias, como tú dices, tiene razón, aquí hay alguien a quien le gusta la Grecia antigua y el oráculo de Delfos, el ombligo del mundo... ¿Qué te pasa? —preguntó al ver la expresión de ella—. ¿Te encuentras mal?

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —Su rostro había palidecido—. He oído hablar

de eso del ombligo, pero no entiendo qué tiene que ver con nuestro caso.

—Bueno, he estado pensando sobre los tatuajes, las letras..., y me ha dado por atar cabos. Lo tienes todo aquí, creo que los tatuajes que lleva esa mujer en el cuerpo están relacionados... Recuerda la leyenda que te expliqué, la de Apolo y Daphne. —La miró con curiosidad—. No tienes muy buena cara —comentó—. Deberías irte a casa a comer y regalarte una buena siesta, es la mejor de las medicinas. Luego miras esto —insistió.

—Sí —musitó ella—. No me iría mal. Gracias, Daniel, seguro que voy a leerlo, seguro —repitió.

## 5

Víctor, sentado en su silla, irguió la espalda y miró a su alrededor. La mayoría de sus compañeros estaban comiendo y, en ese instante, cosa rara, no había nadie a la vista.

La señora López lo había llamado esa mañana. Casi no la entendía, ya que hablaba atropelladamente, y al principio pensó que iba a darle noticias de Gloria. La pobre mujer casi tartamudeaba cuando le explicó que tras rebuscar por toda la casa había localizado el teléfono de la amiga danesa de su hija en una libretita guardada en el fondo de un cajón, de aquellas que ahora ya no quedaban. Tuvo que pedirle que le deletrease el nombre: Inger Biehl. Después de insistir en que también había encontrado postales que la danesa le había enviado a su hija cuando esta todavía era soltera y que si quería se las llevaba a la comisaría, le repitió veinte veces que esperaba que Inger pudiera darle alguna pista de su hija, que pasaba día y noche rezando y que estaba segura de que Dios no abandonaría a su niña. Se echó a llorar antes de colgar, casi sin despedirse.

Víctor no le había aclarado que ya no llevaba la investigación, aunque era seguro que sus compañeros de personas desaparecidas hablarían con ella, si no lo habían hecho ya. Por un momento, tuvo dudas. Lo correcto sería que les pasara la información, pero no se decidió a hacerlo; no solía actuar de esa forma, ya que él no era persona de incumplir protocolos o normas, pero casos de desaparecidos había muchos y faltaba personal. Temía que todo quedase en buenos propósitos y que el caso de Gloria fuese uno más en la pila de los pendientes de resolver, acumulando polvo. Así que al menos, mientras no se le acabasen las ideas, no pensaba abandonar.

Leyó el nombre en voz alta. Esperaba saber pronunciarlo correctamente y, desde luego, que la mujer supiera castellano, porque su inglés, pulido en sus

años de academia pero poco practicado después, no daba para una conversación demasiado complicada. Maite, su mujer, lo hubiese hecho mucho mejor, pero no era cuestión de usarla como traductora, pensó.

Había buscado en Internet información sobre la danesa. Poca cosa, un libro de poemas, editado en Dinamarca en el 2009, y el libro de cuentos en inglés del que Gloria había sido la ilustradora, y que había sido editado en el 2010. El perfil de Facebook era muy pobre, solo una foto del libro, y la última publicación era de hacía un año. Nada relevante, había compartido otros enlaces y agradecido las felicitaciones en su anterior cumpleaños, que por cierto, era dentro de unos pocos días. Ni siquiera tenía fotos. Nada en Twitter, LinkedIn o Instagram. Estaba claro que no le gustaban especialmente las redes sociales. Se preguntó a qué se dedicaría en España.

Junto al número de teléfono, la señora López le había dado la dirección, calle Perill —«muy inspirador», se dijo—, en pleno barrio de Gràcia de Barcelona, no demasiado lejos de su casa. Primero llamaría, pero no descartaba desplazarse hasta allí para hablar con la mujer. Era su último cartucho.

Se levantó y apartó a un lado los papeles que se le habían acumulado esa mañana. Denuncias, quejas vecinales... Demasiado trabajo y poco personal para ocuparse. No había podido contar mucho con Anna, que entraba y salía; parecía tener la cabeza muy lejos de allí y no quiso molestarla. Esperaba que su decisión de seguir colaborando con los de homicidios no le pasase factura. Él mismo no estaba demasiado concentrado en el trabajo diario, su mente volvía una y otra vez hacia Gloria.

Echó una ojeada a su alrededor y marcó el número con su móvil personal. Esperó hasta el décimo tono, pero no contestó nadie. Volvió a intentarlo y esta vez sí, alguien descolgó y escuchó un afónico «¿Sí?».

—¿Señora Biehl? *Miss Biehl?*

—Eh... —Era una voz de mujer que se oía como de muy lejos—. *Yes. Who's there?*

«Bingo», se dijo Víctor.

—*Am I talking to miss Biehl?*

—*Oh. Yes... Who are you? I don't want to buy anything.*

Mierda, hablaba demasiado rápido para él. Decidió pasar al castellano.

—Soy Víctor Castro, agente de Mossos d'Esquadra, señora Biehl. Tengo que hacerle unas preguntas —articuló, despacio.

—*What? The police?* Mi idioma no es muy bueno —le contestó con

fuerte acento inglés—. Yo no puedo hablar ahora, no lo conozco —repitió—. Ahora voy a coger un avión, me marcho.

«No puede ser», pensó él.

—¿Cuándo volverá? Es importante, tengo que hablar con usted sobre su amiga, Gloria Arias.

—Eh... ¿Gloria? Hace tiempo que no la veo. Ella no vive en Barcelona.

—Ya lo sé —se impacientó—. ¿Podríamos vernos? ¿Cuándo vuelve? —insistió.

—Vuelvo el sábado, pero yo no sé quién es...

—No se preocupe, ya me identificaré como policía cuando nos veamos. *I will call you again on Saturday.* —Esperaba haberlo dicho correctamente.

—*Ok, bye, I have to go or I will lose my flight. Bye.* —Y cortó la comunicación.

—¡Joder! —exclamó Víctor.

Una compañera entró en ese momento y se lo quedó mirando.

—¿Te pasa algo?

—Nada, nada —respondió él, malhumorado—. Se ha cortado la comunicación. No es importante. —Ella asintió y se sentó en su mesa.

Víctor arrojó el teléfono sobre la mesa con un gesto de frustración. Estaba sudando. Igual le estaba tomando el pelo, o no la había entendido bien, pero por el momento no podía hacer otra cosa que esperar al menos hasta el sábado, y hacerle una visita.

—Voy a comer algo —dijo, y salió con rapidez.

## 6

Deslizó el dedo sobre la pantalla del móvil y a punto estuvo de caérsele al suelo, a poca distancia de una alcantarilla. Lo cogió al vuelo soltando una maldición. Quizá hubiera sido lo mejor para estar realmente desconectado: el teléfono flotando en la mierda, en las cloacas de la ciudad, en las auténticas, no en las que había en la superficie y nadie quería ver. Estaba llegando al límite de su paciencia, tenía la sensación de ser una piñata golpeada por todos los lados a punto de romperse y desparramar su contenido por el suelo. «Pues a ver si es verdad y reviento de una vez», se dijo con rabia, ya estaba bien de ser el correveidile. Desaparecería con gusto, si pudiera.

Pero el hombre del bastón ya le había dado una advertencia, y nadie, que él supiera, había desoído ninguna. Nervioso, manoseó su bolsillo hasta que

extrajo el aplastado paquete de cigarrillos. Hizo una mueca al comprobar que le quedaban solo tres, y eso que lo había comprado esa mañana. Qué más daba. Usó el Zippo y aspiró el humo con deleite. Una mujer que empujaba un cochecito pasó por su lado y lo miró con reprobación, haciendo un ostensible gesto de apartar el humo con la mano. Ganas le dieron de seguirla y fumar a su altura solo para fastidiarla. Le sublevaba la actitud de los no fumadores, como si los que iban con un cigarrillo en las manos fuesen unos apestados, «y más cuando no hace tantos años que se fumaba hasta en los hospitales», pensaba.

No podía llevarse la contraria al viejo. Le quedó claro el día que lo obligó a contemplar cómo trataba a los que no sabían cumplir las normas. En la casa con vistas al mar había una habitación en el sótano que no tenía nada que ver con el lujo de los pisos superiores. Allí pasaban cosas. Cosas relacionadas con los negocios, o más bien con sus consecuencias. Un espacio de hormigón, sin ventanas, donde se solucionaban flecos, «se limaban asperezas», como decía el viejo con su sonrisa de cocodrilo. Mejor no tener que pisarla nunca, pero a él le había tocado una vez, solo una. Y por suerte, de espectador.

Nunca supo cómo se llamaba el tipo. No trabajaba con él y como mucho lo había visto un par de veces. Pero había escuchado comentarios. Taciturno, de poca estatura y escasas carnes, no hablaba demasiado. Tenía carta blanca para el tema de la coca, era quien se ocupaba de los contactos, del suministro y de los pagos, y aparentaba ser de total confianza del viejo. Miraba a todo el mundo con sus ojos achinados, enseñaba unos dientes demasiado grandes para una boca tan pequeña y asentía. Parecía eficiente, pero como todos, tenía una debilidad, en su caso, las putas. Las quería grandes, altas, de caderas anchas y pechos enormes, mujeronas del doble de su tamaño. Eso al viejo no le importaba, pero tenía una norma: nada de maltratos ni vejaciones. Las putas son una mercancía que debe estar siempre en buen estado. En caso contrario, se pierde dinero.

Tras una buena operación, el tipo fue a darse un homenaje con una de las que el viejo tenía en nómina. Era una auténtica valquiria: alta, rubia, con todo en su sitio. Pero cuando ella lo vio, no pudo evitar echarse a reír. La cabeza de él le llegaría como mucho a la altura del pecho, y cuando se quitó los calzoncillos, la risa se transformó en una sonora carcajada. Entre hipos repetía que esa polla ridícula era buena para el agujero de la oreja, pero que se le perdería en el coño. El tipo perdió el control y le dio una paliza que casi

la mata.

El castigo fue ejemplar, por no decir definitivo, y a él le tocó mirar. El viejo le cortó las manos, la polla y los huevos y murió desangrado mientras daba alaridos. Todavía podía oler la sangre de aquel tipo y recordar la sensación de náusea.

Dio media vuelta e intentó ordenar sus ideas. Mientras caminaba, iba mirando al suelo. La calle València de Barcelona, a pesar de ser una vía que cruzaba calles tan céntricas como el paseo de Gràcia o Rambla de Catalunya, no escapaba a la esclavitud de orines y excrementos de perro que *decoraban* la ciudad. Había que andar escrutando el suelo para esquivarlos. Solo cuando llovía fuerte las calles tenían un respiro, poco duradero, eso sí, pero hacía demasiado tiempo de la última tormenta y el verano se anticipaba caluroso, de los que a él no le gustaban. Si su vida fuese normal, estaría pensando en las vacaciones, en marcharse a algún lugar del norte, entre brumas y vientos, en perderse en una playa desierta de aguas frías y revueltas. Pero su vida era de todo menos normal.

No podía hacer personalmente el trabajo, estaba claro, no después de lo de los últimos días. Necesitaba al menos a dos tipos para que pudieran encargarse, y que además no fuesen demasiado bruscos; lo último que les hacía falta en ese momento eran más complicaciones. Con un aviso tendría que ser suficiente. Tenía claro que discutir órdenes era imposible, pero estaba convencido de que el viejo se equivocaba. Todo el asunto era una equivocación. La cosa se había complicado con una muerte absurda que no tenía que haber ocurrido nunca y ahora le tocaba a él pagar los platos rotos. Aunque, si era sincero, esa muerte no había sido culpa del hombre del bastón, se dijo esbozando una sonrisa amarga.

Acabó el cigarrillo y lo tiró en un cenicero colocado en una de las mesas de la terraza de un bar. Volvió a coger el móvil. Necesitaba oír su voz de nuevo. Aunque lo colgase o lo mandase a la mierda. Luego haría lo que debía.

—Hola —pronunció cuando le contestó; bajó el tono de voz, casi un susurro—. Solo llamaba para saber cómo estabas. —Escuchó—. Sabes que hago todo lo que puedo —se disculpó—. Sí, lo tengo en cuenta... Ya lo hemos hablado, sí, por favor, déjame... —La réplica fue larga y permaneció en silencio hasta que acabó—. De acuerdo. —Escuchó de nuevo—. Lo tendré preparado, vamos hablando. Oye, recuerda que...

Se quedó con la palabra en la boca, se había cortado la comunicación. No

importaba, le bastaba con saber que seguía igual, que al menos le quedaba un asidero firme cuando todo se estaba viniendo abajo. Sus manos temblaban en los bolsillos del pantalón. No había marcha atrás en el camino que había emprendido, tan solo mirar hacia delante a fin de salir lo más indemne posible. Si lo conseguía.

## 7

—No había comido nunca aquí —comentó Anna—, el menú no está nada mal, por diez euros tienes tres primeros y tres segundos a elegir y la tarta casera está de vicio. —Atacó con su cuchara y paladeó el chocolate caliente que bañaba el bizcocho.

—Sí —reconoció Sofía—. El postre es lo mejor, se lo inventa la cocinera y le pone el nombre que le da la gana. Si no se le ocurre ninguno se queda con el de «postre» a secas. Este es una mezcla entre *coulant*, tarta Sacher y bizcocho de toda la vida.

—Ni lo has probado —comentó Anna con la boca llena.

—No tengo demasiada hambre. —Jugeteaba con el móvil, haciéndolo girar sobre la mesa.

Ambas estaban sentadas en una de las mesas del bar restaurante Casa Fernando, que a dos calles del edificio de los juzgados de Taulera servía comidas de forma continua hasta las once de la noche. Eran ya las cuatro de la tarde, por lo que los únicos que estaban en el local eran cuatro jubilados que, concentrados como auténticos profesionales, jugaban al dominó sin hacer otro ruido que no fuese los golpes de las fichas sobre la mesa de mármol. Fernando estaba secando los vasos tras la barra y echaba ojeadas al serial que emitía un televisor colgado del techo al que había quitado el sonido.

—Bueno, ya no puedo más, mis felicitaciones a la cocinera —anunció Anna—. Mañana iré a correr diez kilómetros para bajar todo esto. ¿Quieres un café?

—Sí, y con hielo. Y le pido la cuenta ya. —Alzó la mano.

Ambas permanecieron en silencio hasta que tuvieron delante lo que habían pedido.

—¿Qué piensas de lo que te he contado? —preguntó Sofía.

—Creo que tu forense sabe mucho sobre historia antigua, ya se explotó cuando fui a verlo por la autopsia y he hablado con él esta mañana, pero su teoría de que el asesino es un obseso, o llámalo experto, de los oráculos

griegos tiene muchos agujeros. —Chasqueó la lengua—. Por teléfono me ha dicho más o menos lo que tienes tú por escrito; está muy bien lo de Delfos, Medusa, la famosa letra *E*, Daphne y Apolo, pero no se apoya en ninguna prueba tangible. Si lo que insinúa es que puede haber algún elemento ritual en esto, no estoy de acuerdo. —La miró enarcando una ceja—. Y ahora tú lo identificas con ese gimnasio que fuiste a ver con Rivas.

—Es que es demasiada casualidad, ¿no crees? —Se recogió el pelo con una mano mientras con la otra removía el café sin parar—. Se descubre el cuerpo de esa mujer que lleva dos tatuajes y cuatro letras *E* dibujadas con un cuchillo. No sabemos quién es; el policía sospechoso de esa muerte es el marido de una mujer que ha desaparecido, quizá esté muerta en otro sitio, y justo entonces Enda me dice que le interesa el gimnasio Ónfalos, el ombligo del mundo, no lo olvides, y empieza a actuar de forma extraña, totalmente distinta hasta ahora, y hoy martes está desaparecido en combate, al menos para mí. Y la guinda del pastel, viene tu jefa y me dice que hay una red de policías corruptos y que no hable con nadie de la Nacional. No está mal, ¿no? —Mientras hablaba había sumergido el cubito de hielo con la cucharilla y amenazaba con desbordar la taza—. Mierda, creo que debería haberme pedido algo más fuerte o una tila para los nervios.

Se oyeron fuertes exclamaciones por parte de los jugadores; uno de ellos había dejado caer una ficha al suelo y todos habían podido verla claramente, por lo que aquel reclamaba volver a iniciar la partida. Finalmente se impuso la mayoría y siguieron jugando.

Anna sonrió.

—Se te ve nerviosa, sí. ¿Desde cuándo no sabes nada de él?

—Desde el domingo por la tarde, el día que fuimos al gimnasio. —El tono era fúnebre.

—¿No estás exagerando un poco? Tampoco tenéis tanta relación, ¿no? O hay algo que no me has contado... —insinuó curiosa.

Sofía negó con la cabeza.

—La verdad es que no sé en qué punto estamos, pero no, de momento solo somos amigos. —Apoyó la cabeza en la mano y la observó—. Se han juntado muchas cosas: cansancio en el trabajo, el fiscal nuevo, que llevo mucho tiempo haciendo lo mismo, no sé, que estoy aburrída, joder —suspiró—. Piensa que nos conocemos desde febrero, con la operación antidroga de Marcos de Sola, acuérdate, y nos hemos ido viendo, de un tiempo a esta parte con más frecuencia... —se interrumpió—. Creo que lo conozco bastante...,

pero ahora no sé si puedo poner la mano en el fuego, me habéis hecho dudar —concluyó, esbozando una débil sonrisa.

—Nadie ha dicho nada sobre él —la animó Anna—. Romero tenía que prevenirte, aunque yo también había pensado en decírtelo. Están llevando con mucho secreto esa investigación interna y estaría bueno que por un desliz se fastidiara todo. A nosotros solo nos interesa el asesinato. —Apuró el café.

Se oyó un fuerte golpe y ambas se sobresaltaron. Uno de los jugadores del dominó había dado un manotazo sobre la mesa y sonreía satisfecho haciendo el signo de la victoria con los dedos. Los otros se miraron entre sí sin decir palabra.

—Se van a cargar la mesa —comentó Sofía—. Hay un detalle que me intriga mucho en este caso. —Anna la miró con atención—. Esa forma de matar, salvaje, rabiosa, no cuadra con los pétalos en el vientre, ¿no? Tiene un toque... romántico, diría yo —reflexionó—. O más bien macabro, es como si ya le hubiera llevado las flores a la tumba. ¿De dónde los sacaría?

—La casa está llena, Gloria trabajaba con flor seca, hay centros de mesa, jarrones, cuadros, hasta puntos de libro. Tenía buenas manos.

—No me fijé —reconoció—. ¿Te has dado cuenta? Has hablado de Gloria en pasado, ¿crees que está muerta?

Anna abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Es que es tan raro que no haya aparecido por ningún sitio... Puedo entender que tras una discusión fuerte con el marido se marchase, no sé, a pensar un fin de semana, pero la noticia ha salido en todas las cadenas y en los periódicos. Se me hace difícil que no sepa que su marido es el principal sospechoso de un asesinato, ¡en su casa! —remató.

—Sí, tienes razón —suspiró—. Y lo peor es que no sabemos quién es la chica de los tatuajes, porque contra él, de momento, no tenéis nada, aunque su coartada no sea demasiado buena.

—Lo sé, eso es lo que me revienta más. Mañana voy a hablar con un tío que hace tatuajes, al parecer es un experto, uno de los buenos. Mi contacto me ha dicho que Medusa puede ser de él, en su círculo se conocen todos y especialmente los mejores.

—¿Cómo se llama ese experto?

—No te lo pierdas, su nombre de guerra es X. Me ha sido imposible saber quién es en realidad, tiene su estudio en Barcelona, en una antigua fábrica del Pueblo Nuevo, cerca del cementerio, y solo puedes acceder si te invita él. Muy exclusivo. He conseguido cita a través de un colega suyo.

—¡Vaya! —exclamó—. Veo que tiene organizado un buen tinglado, seguro que cobra una pasta.

—Pero eso no es todo... —se ufanó Anna—. Si miras con una lupa de aumento el tatuaje de Medusa, en el borde derecho hay dibujada una pequeña x, casi no se ve.

Sofía abrió mucho los ojos.

—¡Así que es suyo! Entonces podrá decirte a quién...

—Eh, no te precipites, puede ser suyo o de otro que lo imita, por eso voy a verlo. Me ha costado encontrarlo, no te creas. Igual hasta aprovecho la visita —insinuó.

—¿Vas a hacerte uno? No te pega —afirmó, mirando la cuenta y cogiendo el monedero del bolso.

Los jugadores de dominó empezaron a levantarse de las sillas, cada uno de ellos con un tipo de bastón distinto, y salieron a la calle quejándose del fuerte sol.

—¿Cómo que no me pega? ¿Qué quieres decir con eso? —se sorprendió Anna—. Y pagamos a medias, recuerda.

—No —Sofía frunció el ceño—, después de la paliza que te he dado con mis historias, pago yo. —Dejó el dinero en la bandejita y la miró—. Hombre, piensa que un tatuaje es definitivo, ¿y si te cansas? Además, siendo policía, ¿no lo tenéis prohibido?

—Siempre puedes hacértelo en un lugar que no se vea demasiado o para un pase privado. —Le guiñó un ojo—. Y si te cansas, pues te lo quitas y en paz.

—Sí, pero eso, para la piel, debe de ser una tortura. No me gustan, la verdad. Eso de hacerte daño voluntariamente no me va —afirmó mientras rebuscaba en el bolso.

—Pues no sé —dijo, pensativa, Anna—. No te digo que no me anime algún día... ¿Llevas una manzana en el bolso? —La señaló con la cabeza.

—La había traído para pasar la mañana y no he encontrado el momento de comérmela. —La dejó encima de la mesa—. Parece la de Blancanieves, ¿no? Roja y hermosa. Seguro que debe de estar envenenada —bromeó—, con mis nervios de hoy —añadió. La cogió y le dio un mordisco—. Lo que no mata engorda —anunció con la boca llena. Se levantó—. Vámonos, si ves que me desmayo por el calor, llama a un príncipe, como en los cuentos, pero que sea un hombre sin problemas, claro, transparente, abierto...

—De esos ya no quedan, se extinguieron hace siglos —rio Anna.

## *10 de junio del 2015*

Hay un momento —continuó el padre Eugenio— en que el hombre tiene que elegir entre la verdad y la mentira. Lo cómodo, lo tranquilo, es siempre la mentira, porque la verdad es solo una y las mentiras son muchas y puede escogerse la que más acomode.

GONZALO TORRENTE BALLESTER,  
*Los gozos y las sombras. 3. La Pascua triste*

### **1**

Durán echó una ojeada al reloj que colgaba de la pared y miró a Romero y a Anna, sentadas frente a él, en su despacho de la comisaría de Sant Feliu.

—¿Y nada más? No ha sido muy productiva la visita. —Su expresión era de disgusto.

—Pues sí, hijo, nada más —soltó contrariada la sargento—. Cuando empecé a apretarlo, salió con lo de «mejor que llame a mi abogado». —Abrió los brazos—. ¿Qué querías que hiciera? Es listo y conoce el juego. Nos repitió por activa y por pasiva que el viernes se levantó a las seis porque ya no tenía más sueño, fue a dar una vuelta con el coche, luego al gimnasio y más tarde un compañero lo llamó para decirle que lo estaban buscando. Fin de la historia. —Hizo un gesto con la mano cortando el aire.

—No se esperaba nuestra visita —apuntó Anna—. Se le ha visto cauteloso, al menos al principio, luego ya estaba mucho más suelto. —Hizo una mueca.

—Yo tampoco me la hubiera esperado, eran las ocho y media de la mañana, ¿no? —contestó él con sorna—. Ha quedado patente que somos la mar de eficientes, cabo Milà. Y madrugadores. —La miró retándola.

Ella se removió en su silla y abrió la boca para replicarle, pero se contuvo. Estaba claro que el inspector tenía una especial predilección por pincharla. A lo mejor creía que era buena táctica para estimular al personal, pero a ella lo único que conseguía era exasperarla. «Paciencia —se recordó—, vale la pena aguantar por estar en homicidios.»

—La hora es lo de menos —terció Romero—. No va mal que se sienta presionado, ya sabe que está vigilado, nos preguntó si cada día le vamos a

poner el mismo escolta o va a ser uno diferente el fin de semana. Es gracioso, el chico, sí. —Se rascó la frente—. Lo del gimnasio lo hemos comprobado antes de venir y es cierto, queda registrada su entrada a las ocho treinta. Aunque no quiere decir nada —insistió—, pudo matarla a las dos o tres de la madrugada, volver a casa del primo y luego hacer todo lo que ha dicho.

—Está claro que se siente relativamente tranquilo —reflexionó Durán—. Así que, según él, en su casa no falta nada. Él mismo descarta un robo, ¿no?

Romero asintió con la cabeza.

—No da ninguna explicación a lo que ha pasado, dice que está a oscuras, como nosotros. —Bufó—. Lo tiene todo limpio y ordenado, no queda ni rastro del desastre que había el viernes. Repite que no guardaba dinero, ni joyas, la pistola la llevaba encima cuando se fue el jueves por la noche y ya la ha entregado. Por cierto, los de la Nacional dicen que no ha sido usada. Así que... —Se encogió de hombros—. La única que falta en su casa es su mujer. —Sonrió con desgana.

—Ayer a última hora hablé con la chica de la limpieza —intervino Anna—. Por la mañana fue a la casa a dar un buen baldeo y afirma que lo único que echa de menos es uno de los bolsos de Gloria. Tiró a la basura todo lo que estaba roto.

—¿Y cómo es que sabe que falta un bolso? —inquirió Durán.

—Porque a ella le chifla, es de Braccialini. —El inspector puso cara de no tener ni idea, ella sonrió—. Son bolsos italianos, de Florencia, y por supuesto no son baratos, los hay de ciento y pico euros y de más de mil. El sueldo de funcionario da para comprarse como mucho uno de los de fuera de temporada y en rebajas... El que falta está dedicado a la acrópolis de Atenas, lo he buscado en Internet. —Sacó de su bolso un folio que tendió a Durán—. Como ves, hay un dibujo del Partenón. Es un modelo antiguo, debe de hacer años que lo tiene, o quizá lo compró en un *outlet*.

—Insisto en que esa pareja vive por encima de sus posibilidades —expresó Romero, cruzando las piernas y recostándose en la silla—. Ella gana poco más de seiscientos euros en la guardería, más los trabajos de flor seca que pueda vender, lo que no creo que sea gran cosa, y él es inspector, así que no cobra más que tú —dirigiéndose a Durán—. Tienen una hipoteca de casi novecientos euros que acabarán de pagar después de muertos, bueno, quizá ella ya está en esa situación —ironizó—, dos coches, una casa que mantener...

—No tienen hijos —cortó Durán—. Eso es lo que conlleva más gasto, así que por ese lado... —torció el gesto—. En fin, si Rincón gana dinero sucio se lo debe de pulir todo, o lo esconde muy bien, porque aparentemente no tiene nada más. De momento, está suspendido de empleo y sueldo, oficialmente a causa de este asesinato, a la espera de lo que resulte, otra cosa es la investigación que lleva la Nacional en secreto, ellos sabrán. Desde ayer que tenemos montada la intervención telefónica y por ahora poca cosa. —Consultó sus notas—. No ha llamado a nadie, su primo lo ha llamado dos veces, y una la madre de Gloria. —Las miró a ambas—. Me parece interesante, teniendo en cuenta lo que comentasteis de su mala relación con él. La conversación ha durado... —leyó de nuevo— cinco minutos. Veremos las transcripciones, a ver qué se dijeron.

—Víctor ya explicó que lo culpa de todas las desgracias de su hija —apuntó Anna—. La pobre mujer debe de estar desesperada. Cuando le hemos preguntado a Rincón por su esposa —miró a Romero, que asintió con la cabeza— ha repetido que no sabe nada de ella desde el jueves por la noche. Ha vuelto a explicar lo de la discusión y que cree que está en casa de alguna amiga.

—¿Cuál? ¿No le habéis sacado ningún nombre?

Anna se encogió de hombros y Romero exclamó:

—Insiste en que no tiene ni idea. ¡Y no te lo pierdas!: ha dicho que «empieza» a estar preocupado. ¡Pues ya era hora, coño! —Elevó el tono de voz—. Vamos, es increíble. Discute con su mujer, no sabe nada de ella desde hace cinco días, para colmo se ha encontrado un cuerpo en su cocina y ahora sale con eso. A estas alturas le tenían que haber dado cuatro infartos. —Se dio una palmada en el muslo—. Eso sería una reacción normal, no esto.

—Yo no lo he visto preocupado —reflexionó Anna—. Nos escuchaba y respondía, pero daba la sensación de tener la cabeza en otro sitio.

—Ya te digo... —refunfuñó la sargento—. Nos está tomando el pelo, pero bien. Creo que al final pensó que le iba mejor cambiar de estrategia y ponerse la máscara de marido angustiado.

—Te noto muy objetiva —ironizó Durán, cruzando los brazos.

—Mira, este hombre me acaba poniendo de los nervios, yo creo que miente más que habla —sentenció Romero—. No hay que perderlo de vista, a ver si lo cazamos dando un paso en falso.

Anna se puso en pie.

—Tengo que marcharme, he quedado a la una con el «señor X», el de los

tatuajes de autor —aclaró—. A ver qué me cuenta, le enseñaré fotos de nuestra Medusa, espero que nos dé alguna pista para identificar a la víctima. —Se colgó el bolso y fue hacia la puerta.

—De acuerdo, luego me llamas para ver cómo ha ido —asintió Durán—. Tenemos que movernos un poco más porque estamos a ciegas. Me están apretando los de arriba. —Romero dio un bufido—. Esta tarde tenemos una reunión. —Ella elevó los ojos al techo—. Sí, ya puedes poner esa cara, aquí hacemos más reuniones que en una multinacional, en fin... —Clavó su mirada en Anna y esbozó una mueca que no llegaba a ser una sonrisa—. Venga, cabo, no vayas a llegar tarde a la cita, son más de las once, y recuerda, no te fíes, todos mienten.

## 2

La chica llevaba un vestido rosa pálido de tirantes que destacaba sobre la piel bronceada. El cabello, rubio platino, caía en ondas sobre su rostro perfectamente maquillado. Parecía demasiado joven para trabajar allí y al mismo tiempo su mirada expresaba que había visto más cosas de las que le correspondían por edad. Sentada tras una mesa en la que no había más que un ordenador portátil, levantó la mirada con un gesto de fastidio de la pantalla del móvil último modelo que sostenía en sus manos.

—El abogado no va a recibirle sin cita. —Sus mandíbulas se movían mascando un chicle de menta, a juzgar por el olor, que llegaba hasta Rivas—. Lo siento, si quiere puedo darle una para la semana que viene. —Miró la pantalla de nuevo e hizo un mohín con sus labios de color sangre—. O quizá tendrá que ser la siguiente. —Se apartó el pelo de la cara con una mano de uñas pintadas del mismo tono. Levantó la vista y lo miró con una artificiosa expresión de disculpa que pretendía ser un «te jodes» bastante evidente.

—Estás equivocada, yo creo que está ansioso por verme, y tampoco veo que haya mucho movimiento por aquí —contestó, y le enseñó su placa.

Ella la miró como si fuese algo desagradable y torció el gesto. Desganada, masticó un poco más y dio un suspiro audible en el silencio de la habitación.

—Voy a ver. —Hizo un supremo esfuerzo, dejó el móvil encima de la mesa y levantó el auricular del teléfono. Apretó una tecla y anunció, con voz cansada—: Ha venido un policía. —Escuchó—. Sí, me ha enseñado su placa. —Miró a Rivas—. Pregunta que cómo se llama. —Él se cruzó de brazos y

permaneció en silencio—. No dice nada —concluyó ella—. Vale. —Colgó y habló sin mirarlo—. Puede pasar. —Inclinó la cabeza hacia una puerta a su derecha y volvió a concentrarse en su móvil.

—Muchas gracias.

Rivas entró sin llamar. Todo era blanco, allí: muebles, paredes, la recepción donde estaba la chica y el despacho en el que acababa de entrar. Casi esperaba ver un sillón de dentista, porque tenía más pinta de consultorio dental o de cualquier otro tipo que de ser el bufete de «Abogados Asociados» que rezaba la placa de la puerta. Estaba visto que habían querido darle un aire moderno y eficiente, aunque, por lo que él sabía, lo que allí se trajinaba distaba mucho de asemejarse en nada a la pureza asociada a aquel color.

El mobiliario era escaso: una estantería con pocos libros, dos sillas y una mesa de cristal en la que descansaba un ordenador y dos o tres códigos de leyes con pinta de estar ya derogadas. En las paredes, ni un triste cuadro. Recordó que Sofía le había comentado siempre que en cualquier despacho de abogados nunca faltaban títulos enmarcados aunque fuese de los cursos más insospechados, pero en este caso habían prescindido totalmente. Al menos no se les podía acusar de presuntuosos, pensó. El aire acondicionado mantenía fresca la estancia y no se oía ningún ruido procedente del exterior; los ventanales de doble cristal amortiguaban el rumor del tráfico de la calle Balmes de Barcelona al mediodía.

El hombre que se sentaba tras la mesa lo observó con una expresión desconfiada. Tenía un aspecto de quijote trasnochado; unas gafas de pasta gruesa disimulaban parcialmente unas profundas ojeras y el bigote y la barba salpicados por las primeras canas hacían lo propio con sus exiguas mejillas. El cabello, demasiado largo, se le colaba entre el cuello de la camisa y de la americana en mechones despeinados. El traje, de buena calidad, estaba deslucido, necesitaba un urgente pase por la tintorería y un buen planchado. Quizá no se lo había quitado desde el domingo por la noche, pensó Rivas con ironía.

—Me ha dicho mi secretaria que es usted policía. No lo conozco, debo pedirle que se identifique. —Su voz era ligeramente ronca, evocaba a noches de alcohol y juerga.

Rivas se sentó frente a él en una cómoda silla acolchada y cruzó las piernas, adoptando una pose relajada.

—Me gusta esto, uno podría pasarse horas y horas aquí, meditando. Además, no veo que tengas mucho trabajo pendiente —anunció.

—¿Quién es usted? Me veré obligado a llamar a la Guardia Urbana. — Dirigió la mano hacia el teléfono—. No se puede entrar así y...

—Adelante —lo cortó—, si los llamas puede ser que hasta tengas suerte y vengan los mismos agentes que la otra noche en El Merengue, se acordarán de ti, seguro.

El abogado sorbió por la nariz, se aflojó el nudo de la corbata y tragó saliva.

—No le conozco —repitió, lo miraba con prevención.

—Exacto. —Rivas se inclinó hacia él—. No me conoces porque tienes un círculo muy exclusivo de amigos y afortunadamente para mí no estoy en él. He venido a hablarte de uno de ellos.

—Se equivoca conmigo. —Sus ojos se movían, nerviosos, buscando una escapatoria—. Si viene por el problema que tuve el domingo por la noche, ya está todo aclarado. Iba pasado de vueltas, ya sabe —se permitió una sonrisita cómplice—, estaba colocado y ni siquiera recuerdo lo que dije, ni lo que hice. Pagaré todo lo que rompí, y si le hice daño a alguien... De aquí a poco tengo el juicio y quedará todo solucionado. —Dio un suspiro de cansancio, como si hablar tanto lo agotase.

—Pues hay quien sí recuerda lo que dijiste y que fue muy interesante también, así como que has sido tú quien has llevado todo el papeleo para abrir El Merengue y, sobre todo, conseguir que siga funcionando, lo que tiene mérito, teniendo en cuenta la mierda que hay allí dentro —dijo con calma.

A pesar del aire acondicionado, el abogado empezó a transpirar ostensiblemente. Rivas se levantó y rodeó la mesa, volteó la silla en la que estaba sentado el otro hacia él y se apoyó en el reposabrazos. Le acercó el rostro. El otro permaneció encogido como si quisiera hundirse en el respaldo y desaparecer. Olía a sudor, a alcohol y a perfume rancio.

—Escúchame bien, vas a cantar hasta *La Traviata*, porque te conviene y porque yo soy mucho más suave que los que van a venir después. La has cagado, y por lo que sé de esa gente, no perdonan errores. —El abogado se estremeció—. Estás acabado, y vas a tener que empezar a pensar en salvar el culo. De hecho, creo que ya estás en ello, ¿me equivoco?

—¿Cómo sé que no me perjudicará más? —Su voz era un susurro trémulo.

—No lo sabes, pero no tienes otra opción, se está cerrando el círculo, así que empieza por el principio —le espetó.

El abogado buscó en los ojos de Rivas una confirmación de que todavía

estaba a tiempo de salir del embrollo en el que estaba metido, pero no la encontró. Se cubrió el rostro con las manos y habló a través de ellas.

—De acuerdo, pero yo no sé demasiado, no he tratado más que con dos o tres...

—Suficiente —asintió Rivas—. Venga, que no tengo todo el día.

### 3

Anna salió de la estación de metro de Bogatell y permaneció unos segundos desorientada, mirando a su alrededor. Había memorizado el recorrido, pero al final no había escogido la salida correcta. El estudio del «señor X» quedaba en dirección al mar, en uno de los pocos edificios antiguos que quedaban en pie, rodeado de nuevas construcciones que habían cambiado el barrio, perdiendo su identidad industrial de otras épocas. Recordó cuando en su casa se hablaba del abuelo que había trabajado en una fábrica de piezas de metal, en el llamado «Manchester Catalán», nombre con el que se conocía al barrio de Icaria por la concentración de industrias, y que era donde se encontraba ahora.

Andaba buscando sombra porque el calor apretaba ya; vio un termómetro que marcaba veinticinco grados. Adelantó a varias personas que iban cargadas con toallas, flotadores y neveras, camino de la playa. Les envidió esa libertad, se hubiera ido con ellos sin dudarlo. «Nada como un bañito para relajarse», se dijo. Entre el trabajo que tenía y que aprovechaba todos los trayectos en metro para repasar los apuntes que cargaba en el bolso, solo descansaba cuando dormía, y tampoco demasiadas horas.

Tras un recorrido de unos quince minutos, llegó a la dirección que buscaba. Era una casa de una sola planta, estrecha, sin ventanas y con una puerta metálica gris oscuro. La fachada estaba pintada de negro, lo que le daba un aspecto fúnebre, no había ningún rótulo. Junto al timbre, una cámara la enfocaba directamente. Compuso su mejor sonrisa, mostró su placa mientras lo pulsaba y esperó. Nadie contestó. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió sola, así que entró y la cerró a sus espaldas.

—¿Hola? —Elevó el tono de voz—. Soy Anna Milà, cabo de Mossos d'Esquadra, teníamos una cita hoy.

En contraste con el exterior, las paredes, de obra vista, estaban pintadas de un rojo brillante. Estaba en una enorme nave en la que se habían tapiado las ventanas y grandes lámparas colgaban del techo. No había paredes

interiores; de hecho, estaba totalmente vacío. El suelo era de madera blanca. Al fondo de la sala, una cortina de terciopelo rojo que llegaba hasta el suelo ocultaba a las miradas el resto de la estancia. Recordaba al escenario de un teatro. Repitió de nuevo el saludo sin respuesta.

De improviso, se abrió la cortina y apareció un hombre alto y delgado, que vestía una ajustada camiseta negra sin mangas y unos pantalones del mismo color e iba descalzo. El escaso pelo lacio y gris lo llevaba recogido en una coleta que le llegaba a media espalda. Calculó que debía de andar por los cincuenta o más. Sus ojos, claros, de un azul desvaído, destacaban en su rostro pálido, de mejillas algo hundidas. Era evidente que no era demasiado amante del sol y, al menos a la vista, no llevaba ningún tatuaje.

—Hola, la estaba esperando. —Hablabla despacio, arrastrando las palabras—. No tengo mucho tiempo —le advirtió—. Un amigo me dijo que quería hacerme unas preguntas.

—Entiendo que usted es... ¿El «señor X»? —Se sintió ridícula—. ¿Puedo saber su nombre?

El hombre sonrió sin ganas.

—A la primera pregunta sí, a la segunda no. Soy un artista y mi nombre real no tiene ninguna importancia, la decepcionaría, se lo aseguro. Sé que es usted policía, pero no creo que yo sea el objeto de una investigación. —Se encogió de hombros.

—No, al menos por el momento —admitió ella—. He venido para preguntarle sobre un tatuaje que sí que es parte de un caso. Es un tema grave y espero que pueda ayudarme.

Él se apartó y abrió la cortina, haciéndole un gesto para que pasara. Estaban en un espacio equivalente al de la entrada. En la pared de la izquierda había una mesa grande con sillas de madera a su alrededor y un diván negro. El resto de paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros y cajas de archivadores. A la derecha había una camilla y lo que supuso era el instrumental que utilizaba. Con un gesto le indicó que se sentara en el diván; él tomó asiento en una sencilla silla de madera que colocó frente a ella.

—Se trata de este tatuaje. —Abrió su bolso y le tendió una copia de la fotografía que formaba parte de la autopsia.

Su interlocutor no la tocó, se limitó a mirarla inclinando la cabeza. Con delicadeza, le cogió la muñeca y giró el folio para exponerlo más a la luz. Anna dio un respingo, pero no se movió. La mano estaba fría como la de un muerto, pero sus dedos eran fuertes.

—¿Lo reconoce? —preguntó ella después de unos instantes interminables.

Él la soltó y se cruzó de brazos.

—Creo que debería saber algo más sobre el caso que usted lleva para responderle. Mis clientes firman un contrato de confidencialidad por el que yo no puedo hablar sobre las obras que ellos compran para su cuerpo.

—Estamos hablando de un asesinato, así que entenderá que está usted obligado a colaborar —anunció en tono seco.

El hombre mantuvo su mirada fija en ella.

—Yo no quiero verme implicado en nada. Soy un artista, no un delincuente —replicó.

—Pues entonces lo mejor es que me diga lo que sabe sobre esto —declaró con firmeza, y señaló el folio.

Él pareció sopesar su respuesta y, tras unos instantes, se levantó; fue hasta la estantería y cogió un grueso álbum de piel marrón oscura. Volvió a su sitio y empezó a hojearlo.

—Estas son todas mis obras del año pasado —explicó—. Cuando el tatuaje está finalizado y la piel se ha recuperado, siempre pido al cliente que me deje fotografiarlo para mi archivo. Aquí está.

Giró el álbum hacia ella y le mostró la página. No había duda. Era Medusa, el tatuaje que llevaba la mujer desconocida y que el asesino había estado a punto de cortar. Anna lo observó con detenimiento.

—Es el mismo, la x que figura aquí es suya, ¿no es cierto? —Él asintió—. ¿Quién es ella? —preguntó anhelante.

—No lo sé —contestó, encogiéndose de hombros nuevamente, y dejó el álbum sobre el diván junto a ella.

—¡No me tome el pelo! —exclamó—. ¿Pretende que me crea eso? Si se niega a contestar, quizá tenga que ir a comisaría a declarar en calidad de detenido. —Sus ojos echaban chispas.

—He dicho la verdad, no sé quién es, solo puedo añadir que volvió al cabo de un tiempo para hacerse un tatuaje con letras griegas en el hombro derecho. Era... —Elevó la vista al techo.

—¿Daphne? ¿En griego? —lo ayudó ella, impaciente.

—Sí, puede ser, era muy sencillo, letras en negro y nada más, ahí no puse mi firma. Le digo la verdad, no me dijo cómo se llamaba; de hecho, no recuerdo que hablara nada.

—¿Cómo llegó hasta aquí? Usted no recibe a cualquiera.

—Eso es cierto —concedió—. Tengo una clienta que a veces me trae a chicas jóvenes y me pide tatuajes para cada una. No se deja aconsejar, en contra de mi costumbre, ella viene con la idea muy clara. —Anna abrió la boca y él alzó la mano—. Y me anticipo a su pregunta, no sé el nombre de esa clienta, pero se la puedo describir. Es alta, rubia, ojos verdes como el jade, buen cuerpo —reflexionó—, tiene un cierto acento, yo diría que ruso, y paga muy bien, al contado. Solo sé dónde trabaja, en el gimnasio Ónfalos, en la zona alta de Barcelona; me dio la oportunidad de ser socio por un precio especial, pero no quise, no hago mucho deporte, a la vista está —sonrió, señalando su cuerpo.

La mente de Anna funcionaba a toda velocidad, no había duda, el nombre del gimnasio era el mismo que al que había ido Sofía acompañada de Rivas.

—Haga memoria, ¿no recuerda algo en concreto de esa chica, de Daphne? Es muy importante —insistió.

—Bueno —apoyó los codos en los muslos—, todas eran bastante jóvenes, guapas, tendrían poco más de veinte años... Ese día vino con dos chicas más, una se fue con un delfín en el seno derecho, otra con la cabeza de un lobo en el hombro y ella, Medusa, tatuada en el vientre, es lo que me pidió la mujer rubia. Me pagó por el trabajo... y nada más. La verdad es que no ha vuelto a venir, salvo cuando la acompañó para hacerse el del brazo.

—¿Eso cuándo fue? ¿No tiene ningún recibo o factura?

—En junio del año pasado, antes de San Juan, lo recuerdo porque me interesaba hacer las fotografías y marcharme unos días de vacaciones. Y sí, tenía un recibo, pero ya lo he destruido, no los guardo de un año para otro. Ya sabe, este negocio... —Compuso una débil sonrisa.

—No estoy aquí para hacer ninguna inspección de Hacienda —se impacientó—. ¿Algún teléfono de esa mujer, una tarjeta de visita, algo?

—No, venía de vez en cuando, y lo único que puedo añadir... —dudó—. Creo que esas chicas trabajaban para ella, no sé si como modelos o... —Dejó la frase sin terminar.

—¿Prostitución? —Él entrecerró los ojos y guardó silencio.

Anna se levantó y guardó el folio en el bolso.

—Tengo que pedirle que no se vaya de la ciudad sin avisarme, puede ser que le necesitemos, le dejo una tarjeta con mi número. —La sacó del bolsillo del pantalón y se la tendió—. Si recuerda algo más o esa mujer vuelve a aparecer, llámeme.

—De acuerdo. —Él se levantó también y dejó la tarjeta encima de la

mesa—. Pero no creo que aparezca, hace casi un año que no sé nada de ella.

—Por si acaso. Bien, tengo que marcharme.

Su mirada cayó sobre el álbum, que había quedado abierto por otra página en la que había una fotografía de una pequeña mariposa de un vivo color azul, con las alas desplegadas, tatuada en una pierna.

—¿Le gusta? —Él estaba a su lado—. Es un trabajo delicado, requiere varias sesiones, pero el resultado es espectacular.

—Es precioso —reconoció ella. Rozó la imagen con el índice de la mano derecha.

—La mariposa simboliza el cambio, la metamorfosis, la liberación; también hay quien ve en ella el alma de los seres queridos que ya no están aquí. El arte expresa cómo nos sentimos. Yo escucho al cliente para ver lo que necesita en el momento en que acude a mí. —La miraba con atención—. Tiene usted una piel preciosa, blanca, suave, perfecta para trabajar con ella. Una mariposa en su espalda, espectacular. —Su calma había desaparecido, ahora hablaba con pasión—. Debería plantearse llevar una obra de arte en su cuerpo —insinuó.

Había algo en su voz que sedaba, daban ganas de sentarse a escucharlo y, por qué no, quizá dejarse convencer, pensó ella. Los ojos de él la contemplaban, sin asomo de sonrisa, sondeándola, mirando en su interior. Se sintió desnuda, indefensa. Sacudió la cabeza, apartándose.

—No entra dentro de mis prioridades, por el momento —repuso.

—Si cambia de idea —él retrocedió, rompiendo el encanto, y alzó la cortina— ya sabe dónde encontrarme.

## 4

Sofía salió de la ducha con una toalla en la cabeza y otra cubriendo su cuerpo. En el equipo de música se oía a Lenny Kravitz; era un álbum antiguo, si no recordaba mal, ella tenía dieciocho años cuando salió y se lo sabía de memoria. La canción empezaba: «*The way you love me, is like a needle in my vein, when you're not around me, you know it just don't feel the same*». Con su inglés oxidado, tradujo mentalmente: «La manera en que me amas es como una aguja en mis venas, cuando no estás cerca de mí sabes que no es lo mismo». «Más o menos», pensó. Subió el volumen y fue a su habitación para vestirse mientras tarareaba la canción.

Había llegado a casa a una hora decente para hacerse la comida y, tras

una ensalada de arroz que preparó con todo lo que encontró y no estaba caducado, llamó a su madre para charlar un rato y, aunque no le apetecía demasiado, le prometió que el sábado irían juntas a la playa. Después, en contra de su costumbre, se echó en la cama y se quedó dormida como un tronco.

Despertó a las seis de la tarde con la sensación de haber descansado mucho. La guardia había sido suave, con solo dos detenidos y poco papel, únicamente restaba lo que quedaba de tarde y la noche del miércoles al jueves, esperaba no recibir ninguna llamada; a las nueve de la mañana del día siguiente terminaba su turno. Había limpiado bastante la mesa del despacho, con lo que se había ganado el derecho a pasar una tarde de relax absoluto. Por fin.

Se secó apenas y se vistió con unos viejos pantalones cortos y una holgada camiseta negra de tirantes. «Cualquiera usa el secador», se dijo, y mantuvo la toalla sobre la cabeza. Fue hasta el sofá y echó un vistazo al puzle, estaba claro que habría que deshacerlo y empezar de nuevo. O dejarlo para otra ocasión en la que estuviese más centrada. Fue hasta el balcón y lo abrió, pero no pasaba mucho aire; recordó que tenía que regar las plantas y limpiar un poco las sillas, qué pereza le daba...

En ese momento sonó el timbre del interfono y fue a contestar.

—¿Sí?

—¡Hola, soy yo! —La voz de Enda le cortó la respiración—. No contestabas al móvil y como estaba por tu barrio he venido a enseñarte algo, ¿me abres?

Se miró en el espejo que tenía junto a la puerta y dudó antes de responder.

—Sí, claro... —Apretó el botón y colgó el auricular—. Mierda, mierda —dijo en voz alta.

Bajó el volumen de la música. A toda velocidad se quitó la toalla de la cabeza e intentó acomodarse el cabello mientras corría al cuarto de baño a darse crema en la cara y algo de rímel en las pestañas. Contempló la posibilidad de cambiarse de ropa, pero ya no había tiempo, vivía en un tercero y Enda siempre subía andando porque se cansaba de esperar el lento ascensor. Sonó el timbre. Se miró en el espejo. «¡Joder, qué desastre!», exclamó. Abrió y encontró al inspector, que le sonreía con un libro en la mano.

—Vaya —dudó él al verla—, creo que no he venido en buen momento... Vuelvo luego, si quieres.

—No, pasa, pasa, acabo de ducharme y no esperaba a nadie. —El cabello todavía goteaba, por lo que empezaba a tener toda la espalda y la camiseta empapadas. Pensó que tendría que cubrirlo de nuevo con la toalla—. Siéntate, ahora vengo —ofreció, y fue hasta el baño.

Enda entró y se sentó en el sofá. Lenny Kravitz había empezado otra canción y se preguntaba si hacía falta una razón para amarse. Apoyó la cabeza en el respaldo e intentó relajar el cuello. Estaba agotado, este caso le sorbía toda la energía. Se había repetido a sí mismo que lo mejor mientras durase el asunto era no ver a Sofía, no podía contarle lo que tenía entre manos y lo último que quería era mentirle, pero al recoger el libro que encargó en el CaixaForum no había podido resistir la tentación. Por salud mental necesitaba hablar de cualquier cosa que no fuese la porquería que poco a poco iba saliendo a la luz. Cuando Rodrigo le encargó la investigación sabía que no sería fácil, pero ahora empezaba a dudar si sería capaz de lidiar con ello hasta el final.

Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos enseguida. Le daba vueltas a algo que no lograba recordar y que intuía que era importante; lo había oído en alguna conversación, un detalle al que no había prestado atención en su momento. Suspiró. No había forma, ya saldría, se consoló. Se irguió y miró la mesita de centro que estaba ocupada por unos folios grapados y un soporte de madera en el que Sofía estaba haciendo el puzle de Van Gogh. Lo miró críticamente y alzó la mano para cambiar una pieza. Ella apareció en ese momento y le dijo:

—Ni se te ocurra tocarlo, que te conozco. —Su tono no admitía réplica.

—Vale, vale, no he cambiado nada, pero que sepas que todo está mal —advirtió—. No lo vas a acabar nunca de esta forma, has confundido el azul con el gris.

Sofía se acercó, miró las piezas y frunció el ceño.

—Ya me lo dijiste. No te he pedido consejo, es para mi disfrute personal, así que silencio. Ya me las apañaré. —Hizo una pausa—. Bueno, veo que estás vivo —anunció con intención, enarcando una ceja.

Él la miró desconcertado.

—¿Y por qué no había de estarlo?

—Te mandé un *whatsapp* y ni te has enterado. —Se sentó a su lado con las piernas cruzadas bajo el cuerpo y lo observó. Había sombras oscuras bajo sus ojos.

—Voy agobiado estos días —reconoció, apartando la mirada de ella—.

No lo había visto, ¿algo urgente? —Sofía negó con la cabeza—. Mañana terminas con la guardia, ¿no?

—Sí, aleluya. —Elevó los ojos al techo—. Otra más, en fin... ¿Qué querías enseñarme?

Él se acercó más y puso entre los dos el libro que había traído. Sofía notó el calor que emanaba de él y se le erizó la piel.

—Mira, he ido a buscarlo y he querido que lo vieras. —Hablabla entusiasmado—. No sé si habrás oído hablar del veneciano Giambattista Piranesi —siguió, sin esperar respuesta—. La verdad es que hay mucha gente que no lo conoce. Era arquitecto, grabador, diseñador, un todoterreno. El sábado estuve en el CaixaForum y lo encargué, es sobre la exposición que se hizo en el 2013 y he ido a buscarlo ahora. Ya verás. —Fue pasando páginas—. Estas son las famosas *Carceri*.

—¿Famosas? Es la primera noticia que tengo —se sorprendió mientras miraba las imágenes.

Él asintió.

—Son proyectos imaginarios de cárceles —aclaró—. Fíjate, arquitectónicamente son imposibles, los muros no aguantarían estas bóvedas, las escaleras no llegan a ningún sitio, el tamaño de las personas es ínfimo en comparación con la enormidad de los recintos, todo es oscuridad, las cuerdas que cuelgan... —se interrumpió, y fijó su mirada en la última lámina—. Para mí, expresan las cárceles del alma, aquellas de las que no puedes salir —Habló despacio. Ella lo observaba y percibió tristeza en su tono. Tuvo que resistir el impulso de hacerle una caricia para que volviera su mirada a ella—. He pensado que te gustaría verlo —concluyó con una débil sonrisa, apartándose un poco.

—Son tétricas —comentó ella tras un silencio, fijando sus ojos en el libro—. Dan miedo. Si existieran de verdad, creo que nadie soportaría estar dentro; esto —señaló— son personas, ¿no? Da la sensación de que no podrán salir nunca de aquí... —murmuró—. Me gustan, sí. Parecen tener vida —reconoció admirada—. Recuerdan a las pinturas negras de Goya. —Él asintió—. Pues ya sabes de quién tienes que aprender —le sonrió.

—Ya, como si fuera tan fácil —negó él—. Hay que ser muy bueno, y tener tiempo, que es lo que me falta, o nos falta a todos, señora juez. —Recostó de nuevo la cabeza en el sofá y la escrutó sonriendo—. Se te está cayendo la toalla. —Alzó la mano y le rozó el rostro.

—¿Ah, sí? —Ella se estremeció; súbitamente nerviosa, se llevó las manos

a la cabeza—. Me la quitaré y en paz, de paso voy a por un vaso de agua. ¿Quieres tomar algo? —Le tendió el libro y se levantó.

—No, gracias, no tengo sed. —Miró su reloj y pensó que debería marcharse ya.

Dejó vagar la mirada sobre los folios grapados. Se inclinó para cogerlos y empezó a leer. Delfos, Medusa, Daphne, historias mitológicas... Su expresión cambió a medida que pasaba las páginas. Sofía, con el vaso de agua en la mano y el pelo húmedo suelto sobre los hombros, volvió hasta el sofá.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Enda, señalando los papeles.

—Sí, son unas notas que me dio mi forense sobre el asesinato que llevamos —contestó disgustada—. No deberías ver esto. —Se inclinó, dejó el vaso en la mesita y se los quitó con brusquedad—. El sumario es secreto —añadió en tono seco.

—Lo siento, me he limitado a echarle un vistazo —se defendió él, sorprendido por la reacción.

Ella fue a dejar los folios en la estantería donde estaba la cadena de música. Las dudas que habían sembrado los comentarios de Romero y su conversación con Anna se deslizaron de nuevo en su mente. En el fondo no podía creer que él formase parte de un entramado de policías corruptos. ¿No podía o no quería?, se recriminó. Apagó la música y se dio la vuelta. Lo miró, con mil preguntas que hacerle, pero no fue capaz de decir nada. Él se levantó y se acercó con una expresión preocupada.

—Te noto extraña, ¿qué te pasa?

Tardó unos segundos en contestar.

—Yo... Preferiría no hablar de esto. —Evitó su mirada.

—¿Por qué? Sabes que puedes confiar en mí, ¿no? —Se acercó más.

—¿Tú crees? —musitó ella.

Él extendió una mano y le cogió la barbilla con delicadeza. Sofía alzó la vista y, despacio, puso las manos en los hombros de él, buscando en sus ojos las respuestas a sus dudas que con cada respiración parecían perder importancia, desvanecerse. Él le acarició el rostro y empezó a besarla, despacio, en la frente, en los párpados, y recorrió sus mejillas hasta llegar a la boca. Ella sintió que sus reservas la abandonaban, respondió al beso y jadeó cuando le apartó el cabello a un lado y deslizó los labios por su cuello. Dejó de pensar, sintiendo solo la necesidad de estar con él. Ambos retrocedieron hasta la pared junto al balcón, despojándose ella de la camiseta, que lanzó a

un lado, y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. En ese momento se oyó la sintonía del móvil de Enda.

—No contestes —murmuró Sofía.

—Tengo que hacerlo. —Se apartó, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y contestó—. ¿Sí? —Escuchó—. ¿Estás seguro? De acuerdo. —Colgó y la miró, contrito—. Tengo que marcharme, lo siento, pero... —Fue a besarla de nuevo, pero ella lo apartó.

—¿En qué andas, con tanto secreto y misterio? —espetó—. Y no me digas que «solo es trabajo» porque no cuela. —Recogió la camiseta del suelo y se la puso—. Son casi las ocho de la tarde, has terminado por hoy, ¿no? ¿Es que van a darte una medalla al mérito o algo parecido? ¡Felicidades! —Alzó ambas manos, mostrando las palmas—. ¿Estás luchando tú solo a brazo partido contra toda la mafia de este país o...? —Estuvo a punto de seguir y soltarle sus sospechas, pero se contuvo.

—¡Pero qué dices, joder! ¡Claro que es trabajo! —se indignó él—. Y si no te cuento nada es porque no puedo, por ti misma.

Sofía negó con la cabeza, furiosa.

—¡Venga ya! Al menos no me tomes el pelo. Vete, que quien sea, te está esperando. —Le dio la espalda y metió las manos en los bolsillos del pantalón para ocultar su temblor.

—No quiero irme, pero no puedo hacer otra cosa —le aseguró con firmeza mientras iba hacia la puerta y la abría. Le detuvo la voz de ella, triste y desilusionada.

—Esto no puede seguir así, Enda, si no ponemos las cosas claras más vale que dejemos de vernos. No tengo edad ni ganas de perder el tiempo.

Él dudó con la mano en el pomo de la puerta y se volvió. Sofía había salido al balcón y miraba a la calle. Por un momento le recordó a Inés y experimentó un absurdo momento de pánico al pensar que podía precipitarse al vacío, pero ella se sentó en una silla y lo observó desde allí.

Enda hizo un gesto de despedida y cerró la puerta a sus espaldas.

## 5

Se le había hecho tarde, Víctor estaba cansado y solo le apetecía llegar a casa, relajarse y cenar con Maite. Había cerrado el ordenador y buscaba las llaves del coche en el desorden de su mesa, cuando una compañera fue hasta él.

—¿Te vas ya? Ha venido una señora que quiere hablar contigo. —Él hizo

un gesto de fastidio—. Ya le he dicho que no sabía si seguías aquí, dice que es la madre de Gloria Arias. ¿Le digo que venga mañana?

—No, no —se sorprendió él—. Ahora salgo y la atiendo.

Sentada en una de las sillas de la entrada de la comisaría, estaba la señora López mirando su móvil con un rictus serio. Al acercarse Víctor, alzó la vista y se levantó para saludarlo.

—Siento venir sin avisar —empezó, estrechándole la mano—, pero quería verle en persona antes que llamarle.

—¿Qué le parece si damos un paseo? —Prefería hablar con ella fuera de la comisaría, se sentía más cómodo.

La mujer asintió y ambos salieron a la calle. A dos manzanas había un parque de reciente construcción en el que además de columpios y toboganes se habían plantado unos cuantos rosales que no habían tenido mucho éxito o, según como se mirase, demasiado: la mayoría habían desaparecido en unos días, arrancados de raíz, sin que llegase a descubrirse el autor del desaguisado. Tras ser repuestos con el mismo resultado, ahora ocupaban su lugar plantas y arbustos aromáticos y sencillas margaritas que por lo visto no despertaban la codicia de nadie. Alrededor del jardín había una pérgola con bancos orientados hacia el estanque central y Víctor le propuso sentarse en uno de ellos, al abrigo de la hiedra que trepaba por la estructura de madera.

—Bien, dígame, ¿ha pasado algo? —empezó él.

Ella no había pronunciado palabra desde la comisaría; con los brazos cruzados sobre el pecho, se había limitado a caminar mirando al suelo y sin soltar el móvil, y ahora se sentaba con cuidado en el borde del banco. Los árboles próximos estaban llenos de pájaros invisibles que piaban sin descanso.

—Creo que debe de hacer calor —contestó al fin—. Lo digo porque veo a la gente que va en mangas de camisa, como usted. Pero yo siempre tengo frío. —Esbozó una triste sonrisa. Las ojeras eran aún más profundas que el día en que la vio en su casa y no tenía buen color. Parecía consumida, su cuerpo se perdía en una camiseta y un pantalón que le colgaban y se cubría con una chaqueta negra de punto. Guardó el móvil en el bolso—. Ayer hablé con Andrés. —Lo miró para ver el efecto que le causaban sus palabras.

Víctor se sorprendió.

—¿La llamó él? —Ella negó con la cabeza.

—No, fui yo, ya no podía más, tenía que preguntarle por mi hija y no me veía con ánimos de ir hasta su casa. —Se estremeció—. No creo que pueda

volver a pisarla después de lo que había en esa cocina... Creo que la ha matado y la ha escondido en algún sitio —anunció con convicción.

—A ver, no se precipite, ¿en qué se basa para decir eso?

—Por su forma de contestarme. —Ahora hablaba con rabia, sus manos temblaban y las unió, presionándolas con fuerza—. Me dijo que no sabe nada de ella y que no cree que vuelva a verla. Hay que tener estómago para decir eso a una madre... Lo insulté. Se rio de mí e insistió otra vez en que no la volvería a ver más. —Apretó los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Víctor alzó instintivamente una mano para confortarla, pero se contuvo. Habló despacio.

—Cálmese, eso no quiere decir necesariamente lo peor. Cuando declaró, ya explicó que el jueves discutieron y que hacía tiempo que no se llevaban bien, no sería extraño que se refiriera a eso, al fin de su relación, pero no a que no tenga usted que verla más. —Mientras se oía a sí mismo no pudo evitar pensar en la debilidad de su argumento, probablemente ella tenía razón, pensó con amargura.

—Ayer fue mi cumpleaños. —Su voz era un susurro—. Estuve todo el día esperando que mi hija me llamara o que volviera y no fue así. Por eso sé que está muerta, siempre lo celebramos juntas, nunca me dejaría sola ese día, si no vino es porque no está en este mundo. —Sacudió la cabeza—. Quería hablar con usted, ya sé que ahora hay otros policías que se ocupan de buscarla, pero —puso una mano helada en su brazo desnudo— usted estuvo desde el principio y sé que sigue buscando a mi niña, ¿verdad? —La mano se había convertido en una garra que lo apretaba con fuerza. Su mirada era anhelante, imploraba consuelo y una esperanza que empezaba a desvanecerse. Tras unos segundos lo soltó y volvió a cruzarlas sobre el regazo, esperando una respuesta.

—Es cierto que hay otros compañeros que se encargan ahora y le aseguro que son mucho mejores que yo en esa tarea. Si tiene algo que pueda ayudarlos tiene que hablar con ellos y no conmigo. —Intentó buscar las palabras adecuadas—. Reconozco que el caso de su hija me preocupa y le aseguro que si puedo hacer algo para encontrarla lo haré, pero no sé dónde buscar. Contacté con su amiga danesa, la que vive en Barcelona, espero poder verla este fin de semana, es mi última pista.

Ella sonrió y su rostro se iluminó.

—¡Oh, sí! Se quieren mucho, las dos. Eran inseparables, antes de casarse Gloria, claro, luego ya no se han podido ver tanto, pero siempre me habla de

ella. Es una chica muy guapa, como mi niña, y tienen la misma edad. Ha estado en casa con nosotros, muy educada, nunca dio ningún problema. Eran como adolescentes —sonrió de nuevo, recordando—, se intercambiaban la ropa, iban juntas a todos los sitios... Para ella era como tener una hermana, ¿sabe? ¿Qué le ha dicho?

—Poca cosa, tenía que coger un avión y vuelve este sábado. Iré a verla entonces.

—Se lo agradezco mucho, si alguien puede encontrarla es usted, viva o... No quiero ni pensarlo. —Su rostro volvió a ensombrecerse de nuevo—. ¿Cómo es posible que ese hombre esté en su casa tranquilamente? Ya dicen que no hay justicia en este país, y tienen razón —concluyó, crispada.

—Está vigilado, no lo dude, no estamos de brazos cruzados —le aseguró.

Ella guardó silencio y abrió su bolso, del que extrajo un sobre blanco que tendió al policía.

—Le he traído esto. —Víctor lo cogió y lo abrió, intrigado. Era un punto de libro de cartulina gruesa en la que había un ramo de flor de lavanda seca —. Lo hizo para la biblioteca y los que sobraron los guardo para que no se estropeen, son muy delicados. Quiero que lo tenga usted.

—Muchas gracias, pero no tiene que darme nada... —Ella lo interrumpió con un gesto.

—Mi hija también se lo hubiera regalado, es muy detallista, como su padre. —Volvió a mirar su móvil—. Tengo que volver a casa, cuando salgo siempre pienso que puede regresar y no encontrarme, y... Eso no me lo perdonaría. —Suspiró y se levantó—. Eso es lo único que puedo hacer ahora por ella, estar allí para recibirla.

## 6

Rivas esperaba que lo que Eduardo tuviera que decirle valiese la pena, ya que le había costado un mundo dejar a Sofía y más sin poder explicarle el motivo de su marcha precipitada. Empezaba a estar harto de la investigación en la que estaba metido, que condicionaba sus relaciones y su forma de actuar. No deseaba otra cosa que aparcar sus fantasmas para iniciar una nueva vida y con medias verdades iba a ser imposible. Pero su amigo le había dicho que tenía documentación que relacionaba al abogado del club El Merengue con el escurridizo E. A. Puerto, y su voz sonaba angustiada al añadir que se diera prisa, ya que pensaba que lo habían seguido hasta su casa.

Llegó a la finca donde vivía el periodista, en la calle Poeta Cabanyes, casi en la esquina con la avenida del Paralelo, y llamó al interfono. Esperó, pero nadie le contestó, lo que le extrañó, su amigo había insistido mucho en que era urgente. Volvió a apretar el timbre, pero en aquel momento una mujer mayor salió de la finca y aprovechó para entrar. Eduardo vivía en un quinto, pero no tuvo paciencia para esperar el ascensor, que estaba en el ático, y subió por las escaleras.

En el rellano solo había dos puertas; si no recordaba mal, era la primera. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Mirando a su alrededor, se agachó y tanteó bajo la alfombrilla de la entrada. Cuando murió Inés, Eduardo le ofreció su casa si la suya propia se le hacía insoportable y le dijo que siempre guardaba una llave de la puerta encajada en un hueco en la parte no visible del felpudo para cualquier eventualidad. Pudo comprobar que no había cambiado esa costumbre. La sacó de su escondite y sin hacer ruido abrió la puerta, que cerró a sus espaldas.

En cuanto entró, supo que algo iba mal, y no solo porque nadie contestase cuando lo llamó en voz alta. En la casa hacía calor y flotaba un olor que no supo identificar. Fue hasta el comedor, todo parecía estar en orden. El silencio era absoluto y embotaba sus oídos. El pequeño despacho y el dormitorio tenían el mismo aspecto; tampoco en la cocina había nada que le llamara la atención. Fue hasta el cuarto de baño, de allí venía el olor.

Eduardo estaba desnudo dentro de la bañera, vacía de agua, la cabeza apoyada en el borde, los brazos colgando fuera, y la sangre goteaba de sus muñecas. Un afilado cuchillo de cocina descansaba en el suelo, a la altura de su mano derecha. Tragó saliva y se pasó la mano por la cara. Se obligó a pensar con rapidez.

Puso los dedos en el cuello de su amigo y le tomó el pulso, aunque ya sabía que era tarea inútil. El cuerpo estaba aún caliente, pero la vida había abandonado los ojos de Eduardo, que abiertos en una expresión de perpetua sorpresa miraban al techo. Resistió el impulso de cerrárselos. En su garganta, a la altura de la tráquea, exhibía una cicatriz, parecía el resultado de una traqueotomía. Recordó entonces el pañuelo con el que cubría su cuello el día que se vieron, su amigo no le dijo nada, ni él fue capaz de adivinarlo.

Se incorporó, sintiendo náuseas. La fragilidad e indefensión de aquel cuerpo desnudo y la rabia que sentía contra sí mismo por haber llegado tarde hicieron que tuviera que apoyarse en la pared, con las manos en las rodillas, forzándose a respirar pausadamente y a concentrarse en lo que tenía que

hacer. Su mirada recorrió el cuarto de baño. Lavamanos, espejo en la pared, sanitario y un pequeño armario. «Vamos, ponte en marcha», se dijo. Utilizando los faldones de su camisa, evitando tocar lo menos posible, empezó a registrar el espacio en el que estaba. Una maquinilla eléctrica, cepillo de dientes, peine, lociones para la cara y para el cabello. Botes de plástico con pastillas blancas y azules. Toallas pulcramente plegadas. Papel higiénico. Todo limpio y ordenado, así era Eduardo. En el suelo, junto a la bañera, tres bolitas blancas, apenas visibles. Apretó los dientes y maldijo en voz baja.

Salió del lavabo y volvió al comedor. Encima de la mesa había una abultada carpeta azul de cartón con gomas. La abrió con cuidado, eran informes médicos; leyó el diagnóstico: cáncer de laringe. La fecha era del año anterior y establecía una previsión de sesiones de radioterapia. En otro informe constaba que, superada la enfermedad, se establecían controles trimestrales. «Hijos de puta», musitó.

No tenía mucho tiempo más; recorrió de nuevo el piso, pero ni rastro de lo que su amigo dijo que iba a darle. Tendría que salir como había entrado, sin ruido y esperando no ser visto. Cerró a sus espaldas y escuchó. No se oía nada. Empezó a bajar la escalera con precaución, atento. Una vez en la entrada, abrió la puerta de la calle y salió. Andaba con rapidez, calle arriba, mientras dejaba ir el aire que había contenido sin darse cuenta. Eran casi las nueve y oscurecería pronto.

Llegó al paseo de la Exposición y continuó subiendo. Su mente era un hervidero de ideas, tenía que hablar con Rodrigo para explicarle lo que había pasado. Eduardo no se había suicidado, a pesar de que estaba claro que el escenario que había visto constituía un buen intento de engañar a la policía; al menos era obra de dos personas, una de ellas debía de sujetarlo para eliminar su resistencia, mientras que el otro le cortaba en las muñecas. No habría tardado mucho en morir.

Dobló una esquina y llegó a una zona con árboles, no se veía un alma; pensó que era un buen lugar para llamar al inspector jefe. Sacó el móvil y buscó el número. Todavía podía sentir el olor del piso de su amigo incrustado en su cerebro. «Cabrones», pensó con rabia. Deslizó el dedo y se llevó el teléfono a la oreja. En ese instante sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo.

Lupe daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, algo nada frecuente en ella. Normalmente era cerrar los ojos y dormir profundamente; nada la despertaba, era de las que siempre tenían problemas para levantarse por la mañana a una hora determinada. Por esa razón había escogido una profesión liberal, solía decir con sarcasmo. Bostezó. Quizá era por el trajín del día y la lata que le estaban dando los de Hacienda. Confiaba en que el mago que tenía por contable hiciese los malabares correspondientes y consiguiese que el fisco apartase de ella sus inquisidores ojos, porque si no, estaba bien apañada.

Se sentó y miró el reloj. Las tres de la madrugada. Lo cierto es que tenía sueño, pero a la vez estaba nerviosa, no podía relajarse y no tenía a nadie a mano para un desahogo, que era lo que le hacía falta, pensó, estirando los brazos por encima de su cabeza y notando cómo crujían sus vértebras. Últimamente no había encontrado ningún tío que valiera la pena con el que divertirse un rato, o estaban achacosos o sus mujeres los ataban cortos. Pensó en bajar a la cocina y tomarse un vaso de leche bien fresquita o picar algo, saltándose el régimen. «Por un día...», se convenció.

Se puso una bata de satén blanca sobre su cuerpo desnudo y, descalza, salió de la habitación y bajó las escaleras. Al llegar junto a la puerta se dio cuenta de que no había conectado la alarma antes de irse a la cama. «Joder, para qué la pagas, lista», murmuró. Decidió ir primero a la cocina; desde que se le había ocurrido la idea de la leche fría, salivaba pensando en un atracón de galletas y, por qué no, también de chocolate. Intentaba no tener tentaciones en casa, pero de vez en cuando... Sin encender la luz llegó a la nevera y sacó el cartón de leche y la tableta de chocolate. Mañana se hartaría de té y manzanas.

A sus clientas las convencía de los beneficios de todo tipo de tratamientos que para lo único que servían en realidad era para hidratar la piel y, desde luego, para que ella les vaciase la cartera con mucho gusto. Estaba harta de decirles a todas que la única receta verdadera para bajar de peso es el ejercicio y comer lo mínimo, pero no había forma, todas querían la pastilla mágica para quitarse veinte kilos de encima. Y de paso, veinte años. A más de una de sus ilustres rellenitas que se quejaban de que no perdían peso a pesar de la pasta que se gastaban en su centro de estética y que, a la vez, seguían comiendo lo que les daba la gana, las hubiera mandado a un campo de trabajo; ahí seguro que adelgazaban y, además, gratis. Rio entre dientes imaginándose las en esa situación mientras vertía la leche en el vaso.

Empezó a buscar las galletas, que, si no recordaba mal, debían de estar al fondo de uno de los armarios, en una de sus tácticas para eludir la tentación, cuando oyó un ruido. Se inmobilizó y escuchó. Parecía como si un animal arañase la puerta de la cocina que daba al patio trasero, quizá era el perro de algún vecino. De pronto los arañazos se transformaron en golpes y ruidos indicativos de que alguien estaba manipulando la cerradura.

Lupe había pasado por muchas situaciones complicadas, pero siempre decía que ya estaba curada de espantos. Ante sí había tenido hombres que la apuntaban con una pistola, que la habían zurrado de lo lindo con un palo o con la hebilla del cinturón, pero a pesar de todo, ella seguía viva, y por lo que había podido saber, ellos ya no. Así que, maldiciéndose nuevamente por su descuido al no haber conectado la alarma, abrió un cajón, sacó el cuchillo más grande que encontró y fue hasta la puerta. Quien fuera que estuviese al otro lado, estaba haciendo progresos; el picaporte se movió y empezó a girar con suavidad.

Ella se preparó, los pies bien apuntalados en el suelo, y alzó el cuchillo sobre su cabeza, asiéndolo con una mano, colocando la otra sobre el interruptor. La puerta se abrió y la silueta de un hombre se perfiló en el umbral iluminada por las farolas de la calle. Con la respiración agitada, Lupe encendió la luz y dirigió el cuchillo hacia el intruso para clavárselo donde pudiese. Al identificarlo, se detuvo en seco y soltó un grito.

—¡Rivas! ¡Hostia! ¿Estás loco? He estado a punto de... —Se fijó en su aspecto y dejó caer el cuchillo al suelo—. Pero... ¿Qué te han hecho? Joder, te dije que tuvieras cuidado, y no me has hecho caso... Madre de Dios, pero si estás hecho unos zorros...

## ***11 de junio del 2015***

La gente me preguntaba: «¿Qué has aprendido?», y lo cierto es que yo solo estoy seguro de una cosa: nadie se conoce a sí mismo...  
Todos podemos ser buenos o malos en distintas situaciones...  
(Testimonio de Toivi Blatt, superviviente del campo de concentración de Sobibór)

LAURENCE REES,  
*Auschwitz. Los nazis y la «solución final»*

### **1**

—Hola, Sofía —dijo Lucas asomando la cabeza por la puerta del despacho—. Llevo media mañana intentando hablar contigo.

Ella levantó la vista de los papeles que tenía delante desde hacía un buen rato. Había conseguido leer una línea seguida, o a lo sumo dos, para luego volver a empezar sin haberse enterado de nada. Su cabeza no estaba para demasiadas complicaciones ese jueves y, desde luego, la presencia del fiscal no contribuía a mejorar su malhumor. «A ver si se esfuma pronto», deseó.

—Estaba con los juicios rápidos y he subido al despacho para revisar lo que me queda de la guardia. ¿Querías algo?

El tono era helado y cualquiera hubiera tenido claro que no era buen momento, pero Lucas tenía la misma sensibilidad para las emociones ajenas que un zapato, así que, sin esperar a que se lo ofreciera, entró y se sentó en una de las sillas frente a la mesa de Sofía. «Mierda.»

Una vez acomodado, se arregló la americana y los puños de la camisa, asegurándose de que los gemelos quedaban bien a la vista. Ella se preguntó cómo podía soportar andar así por la calle a pleno sol; «habrá que verlo en agosto», pensó. Como siempre, el pelo engominado en puntos estratégicos le permitía conservar su peinado en perfectas condiciones. Contuvo el impulso de inclinarse encima de la mesa, revolverle el cabello y deshacerle el nudo de la corbata solo para ver qué cara ponía. Se le escapó una débil sonrisa que él interpretó mal.

—Si no fuera porque te conozco un poco ya, diría que me estás evitando —sonrió abiertamente, mostrando su dentadura de anuncio de dentífrico.

«Si me conocieras de verdad, no estarías tan tranquilo», se dijo ella. En

voz alta contestó:

—Dime, no tengo mucho tiempo. No será por el recurso del tema de Rincón, ¿no? La defensa no ha dicho nada todavía, supongo que hoy a última hora presentarán el escrito oponiéndose y pedirán que se le mantenga en libertad. —Hablaban con rapidez, disimulando apenas las ganas que tenía de que se fuera, y bajó la vista de nuevo a los papeles.

Lucas no captó la indirecta y negó con la cabeza.

—Vengo por otra cosa. Francesca, la víctima de la violencia del martes, vino ayer a última hora a la fiscalía. Quería hablar conmigo y no tuve más remedio que recibirla, iba con su abogado. —Irguió la espalda—. El pobre hacía su papel, pero estaba claro que no apoya en nada a su cliente. —Hizo una pausa teatral y Sofía lo miró, hastiada—. Resulta que quiere retirar la denuncia. Intenté hacerle ver que el único camino a seguir es mantenerla y le repetí que tiene a su disposición ayuda psicológica. —Chasqueó la lengua rememorando la escena—. Ni caso, se enfadó y amenazó incluso con denunciarme, a gritos. —Su expresión era una mezcla de ofensa y sorpresa—. Voy a tener que ponerlo en conocimiento de la fiscalía.

—¿Y eso para qué me lo cuentas? —le espetó, impaciente.

—Bueno —dijo sorprendido—. Tú le tomaste declaración y llevas este caso...

Ella lo interrumpió.

—No me extraña que reaccione así, ya la conocemos. El abogado vino a decírmelo, la señora quiere olvidar lo que ha pasado y que su marido sea puesto en libertad. Se equivoca, desde luego, pero es que necesita que la ayuden, no es consciente de la situación en la que está. —Alzó la mano para detener al fiscal, que se disponía a hablar—. Yo ya no llevo ese caso, mañana se incorpora el compañero y va a tener que decidir él. —«Qué bien sienta decir esto», pensó—. Así que ya se lo comentarás mañana, aunque no creo que sea un buen día después de una baja larga y vea todo lo que le espera —concluyó con ironía.

Sabía que su compañero no destacaba por su paciencia, así que iba a ser divertido ver cómo se sacudía de encima al fiscal; si no recordaba mal, se las habían tenido la última guardia que hicieron juntos.

Lucas cruzó las piernas y habló dejando que su mirada reflejase cierta irritación.

—Te acabo de contar que he recibido amenazas y por lo que veo no te interesa lo más mínimo. Hoy todavía sustituyes a tu compañero, no puedes

desmarcarte —advirtió, dejando en el aire un tono de velada recriminación.

Sofía sintió que su autocontrol la abandonaba; se echó hacia atrás en su silla, apoyó las manos sobre la mesa y se obligó a hablar despacio.

—Mira, Lucas, suelo tener mucha paciencia... Hasta que dejo de tenerla. No eres nadie para venir aquí y decirme cómo tengo que hacer mi trabajo. Si estás ofendido porque una pobre mujer maltratada, a la que hace dos días su marido le ha dado una buena paliza, te amenaza con una denuncia porque quiere que tú retires los cargos, es que no vives en este mundo ni tienes humanidad. —A medida que se encendía iba hablando más deprisa—. ¿A qué vienes? ¿A ponerte alguna jodida medalla? ¿A que te ofrezca mi hombro para llorar? —Soltó una risa seca—. ¿De dónde has salido, Lucas? ¿De un cuento en el que hasta los perros mean colonia? ¿Sabes lo que te digo? Que me dejes en paz, y que cuando tengas que hablar conmigo sea para algo que valga la pena. —Se cruzó de brazos y le hizo un gesto con la cabeza en dirección a la salida, la respiración agitada.

La cara del fiscal había pasado del rojo al morado, pero por una vez estaba en silencio, mirándola con una extraña expresión que no supo interpretar. Se levantó despacio y tiró de los puños de la camisa, apretando las mandíbulas.

—Te equivocas conmigo, Sofía —pronunció por fin, y se marchó dando una palmada seca en el marco de la puerta.

Ella cogió la botella de agua y bebió un trago para calmarse. Había estallado por una tontería, reconoció, pero ese hombre la había sacado de quicio desde el primer día. Menudo gilipollas engreído. Aunque lo cierto es que no se sentía orgullosa de sí misma, tenía la sensación de haber metido la pata hasta el fondo. En todos los años que llevaba trabajando, nunca había discutido con nadie del juzgado, ni mucho menos levantado la voz. «Te estás convirtiendo en una vieja gruñona», se reprendió. Ahora a ver cómo arreglaba esto.

Se levantó y miró por la ventana. Se sorprendió. El gato blanco estaba allí, tumbado en el suelo del balcón, a la sombra, durmiendo. «Ha vuelto», suspiró, y se alegró de verlo. Envidió su postura totalmente relajada, la dejadez de sus miembros y el movimiento reflejo de sus orejas para espantar una mosca inoportuna. Habían regado el jazmín y barrido los pétalos. Pensó que algunas cosas mantenían su orden natural: el gato en el balcón, el juzgado, su rutina diaria. Pero ella ya no era la misma a estas alturas.

Enda no había vuelto a su casa, tampoco la había llamado, y esta vez

resistió la tentación de propiciar el contacto mientras daba vueltas en la cama sin conciliar el sueño. No entendía la actitud de él, o quizá no quería ver la realidad. Si estaba metido en la trama corrupta, su conducta de los días anteriores podía tener una explicación, pero era incapaz de verlo.

Se levantó a las seis y fue a sentarse en el sofá, mirando sin ver el puzle en la mesita, y así estuvo hasta que se hizo la hora de vestirse para ir a trabajar. Estaba cansada de pensar, de analizar gestos y palabras, para no llegar a ningún sitio. Quizá había pecado de ilusa durante todo ese tiempo. Seguro. Cerró los ojos. Si la amistad, o lo que fuese que había entre los dos, tenía que terminar de esa forma, así sería. «Pero duele —se dijo con rabia—, ¡joder si duele!»

## 2

Rivas despertó de pronto y miró a su alrededor, desconcertado. La cabeza le latía sordamente y le costaba enfocar la vista. Estaba en una habitación desconocida para él, parecía un salón donde el sol entraba por un enorme ventanal. «Demasiada luz», se quejó, frotándose los ojos. Desde allí podía ver un patio en el que había macetas de geranios y un frondoso pino. Pasaba un aire cálido que movía las cortinas. Entonces recordó su llegada a casa de Sofía, la llamada de Eduardo, su cadáver en la bañera y el golpe en la cabeza, e hizo un gesto para incorporarse, pero el dolor en el costado derecho se lo impidió, arrancándole un gemido.

—Tranquilo. —Lupe se inclinó sobre él y lo empujó con suavidad, obligándolo de nuevo a reclinarsse en el sofá—. Es mejor que no te muevas, a ver si vas a tener una costilla rota... O dos. —Hizo una mueca al observar la colección de moratones que tenía el policía por todo el cuerpo, antes de acomodarle la camiseta que llevaba—. Tendría que verte un médico, te lo he dicho veinte veces. —Se enderezó y lo miró como una madre a un hijo rebelde—. Voy a llamar a un amigo mío que es discreto, no hará preguntas.

Enda Rivas gruñó y empezó de nuevo a incorporarse, esta vez con más cuidado.

—Y una mierda. Nada de médicos. ¿Qué hora es? Tengo que marcharme —anunció con esfuerzo, el pelo despeinado sobre la cara, sudando a causa de la lucha por mantenerse erguido en el sofá. Por fin, consiguió poner los pies descalzos en el suelo para sentarse más o menos derecho, apretando los dientes.

Lupe se apartó y, dejando a las claras que se daba por vencida, se sentó en

el sillón contiguo. Cruzó las piernas y se acomodó la blusa azul cielo que llevaba sobre una sencilla falda tejana que le llegaba a medio muslo.

—Son las doce del mediodía, pero eso ahora no importa —el tono era displicente—, porque te recuerdo que te han pegado una buena paliza y así no puedes ir por la calle. Has dormido un poco, pero no te iría mal seguir descansando —le reconvino—. Y una ducha también; siento decírtelo, cariño, pero apestas un poco. Anoche te lavé por encima, pero pesas demasiado como para meterte en la ducha. Tengo que cuidarme la espalda.

Los codos sobre las rodillas, el inspector se cubrió la cara con las manos mientras respiraba hondo para superar las náuseas. Los cabrones le habían zurrado de lo lindo, pero era culpa suya por no haber estado atento; con la imagen de Eduardo muerto en su bañera clavada en su memoria, no los había oído venir. Distinguió dos o tres voces, pero no reconoció ninguna. Le cubrieron la cabeza con un saco que olía a estiércol y lo arrastraron hasta los árboles que había visto antes. Notaba las agujas de pino y el olor de la tierra seca, y una vez lo tuvieron allí empezaron a darle patadas en el vientre, en las costillas, en las piernas. Uno de ellos dijo: «Para que te acuerdes de nosotros, cabrón», y le obsequió con un puñetazo en el costado derecho que le hizo retorcerse de dolor. La agresión debió de durar tan solo unos segundos, pero a él se le antojaron horas.

Cuando se cansaron, el que había hablado antes le cogió la cabeza sujetando el saco que la cubría y le advirtió: «Esto ha sido suave, pero como sigas metiendo las narices donde no debes, te reventaremos, hijo de puta». Lo soltó de golpe, le quitó el saco y Rivas oyó cómo se alejaban. Durante unos minutos fue incapaz de moverse, encogido en posición fetal. Como pudo, se palpó los bolsillos del pantalón, notó que la cartera y el móvil seguían allí e hizo un esfuerzo supremo por sentarse, pero la cabeza le daba vueltas y perdió el conocimiento.

Al despertar, ya era noche cerrada; el cuerpo le dolía con un latido sordo y constante. Abrió los ojos y le pareció ver en la distancia a un hombre que paseaba un perro. El animal se acercó, olisqueándolo, y su dueño lo apartó.

—¿Está bien? —preguntó cauteloso.

Rivas emitió un sonido gutural que pretendía ser una petición de ayuda y el hombre optó por arrastrar a su perro y marcharse rápido de allí. No podía culparlo, nadie se la jugaría por un desconocido tirado en el suelo. Se incorporó como pudo y comprobó que todavía podía andar, aunque estuvo a punto de caer en varias ocasiones. Tras tres taxistas que no quisieron parar al

ver su aspecto, llegó a la parada del autobús justo cuando este llegaba y subió como pudo, evitando las miradas desconfiadas del conductor y de los escasos pasajeros.

—Tengo curiosidad por saber cómo has conseguido llegar hasta aquí, no has estado muy parlanchín esta noche —siguió ella con interés.

—En autobús, hasta la Diagonal —contestó, masajeándose las sienes, la cabeza le dolía con ganas—. Y luego andando... —Alzó la vista hacia ella—. Tú estás metida en esto. —Lupe negó con la cabeza—. No me cabrees, que no estoy para tonterías. Vas a contarme lo que sepas de ese gimnasio, de Puerto y de todos los que están en el ajo, para eso he venido hasta aquí —le espetó.

Ella guardó silencio y desvió la mirada.

—Si piensas eso de mí, te equivocas —dijo por fin—. Podría haberte clavado el cuchillo y entregarte con un lacito, según tú, joder —expresó con amargura.

—Sí, pero esto te hubiera ensuciado tu preciosa cocina —respondió él con sarcasmo. Se apoyó en el reposabrazos y se puso en pie con cuidado. La habitación le daba vueltas, pero se sentía algo mejor.

—No pensarás marcharte así, con esa pinta, ¿no? —Y enarcó una ceja—. Al menos deberías lavarte un poco —insistió.

—¿Dónde están mi camisa y mis pantalones? —preguntó Enda sin hacerle caso, mientras cogía su móvil, que estaba junto a su cartera sobre la mesita frente al sofá. Tenía varias llamadas perdidas. Dos de Rodrigo.

—Te los quité y los tiré al cubo de la basura, guapo. Estaban destrozados. Y gracias que tenía la camiseta y las bermudas que llevas, porque si no irías en pelota picada. Lo que no me importaría demasiado. —Esbozó una débil sonrisa. Se levantó también y se situó frente a él, los brazos en jarras—. No estoy metida en ninguna trama con esa gente, pero algo sé de lo que se traen entre manos. —Clavó en él sus ojos oscuros—. Nunca haría nada que pudiera perjudicarte, ya deberías saberlo a estas alturas. Te avisé, te dije que no te metieras con ellos. —Alzó una mano y le rozó el brazo, afectuosa.

—Han matado a un amigo mío solo por ayudarme, tenía información que pensaba darme. —Hablaba con rabia, apretando los puños—. Esto tiene que acabar ya. Me marchó, necesito hablar con...

Lupe lo interrumpió.

—Escucha —le cogió ambos brazos—. Hazme caso, dúchate, comes algo y llamas a quien sea. —Su mirada era sincera—. Luego te contaré lo que sé,

pero no esperes que yo sea la clave para reventar a esa gente. No estoy con ellos, pero conozco una parte de lo que hacen. Esto es como un iceberg, ¿sabes? Solo vemos la punta. Y menos mal, coño, con lo podrida que está no te digo cómo debe de ser el resto.

### 3

—¿No ibas a llamarme ayer?

Anna se dio la vuelta y vio al inspector Durán que se acercaba a ella con su habitual cara de pocos amigos.

—Es verdad —reconoció—, lo olvidé, estoy buscando a Romero y...

—No está, ha tenido que ir a una reunión por otro asunto —la cortó él cuando llegó a su altura—. Tendrás que conformarte conmigo —gruñó—. Acabo de salir del despacho y no tengo ganas de volver, es casi la hora del aperitivo o de comer al estilo europeo. —La miró inclinando la cabeza a un lado—. Desde ayer que espero que me informes de tu trabajo.

«Solo me faltaba esto», se dijo ella. Había pasado la tarde del día anterior ocupada con otros asuntos que tenía pendientes, mientras intentaba recabar datos de Ónfalos. No había conseguido mucho, pero quería hablar con Romero para estudiar la conveniencia de hacer una investigación en regla sobre el gimnasio. Además, Víctor le había contado su conversación con la madre de Gloria, lo que acabó de convencerla de que Rincón era la clave del asunto. Y lo último de lo que tenía ganas en este momento era de soportar una charla con el inspector, más proclive a criticarla que a estimular sus ideas.

—La verdad es que no tengo tiempo y... —dudó—. Tengo que marcharme a Sant Climent. —Era una mentira a medias, pero prefería esperar y hablar con la sargento más tarde.

Como si no la hubiera escuchado, él la adelantó y abrió una puerta.

—Pasa. Hablaremos aquí, en esta sala de reuniones. —Entró sin esperarla y ella no tuvo más remedio que seguirlo.

La sala no era de las más grandes, con una mesa ovalada y sillas dispuestas a su alrededor. En una de las paredes había una pizarra en la que algún gracioso había escrito «el trabajo os hará libres» en letras mayúsculas. Estaba claro que había algún anormal al que le gustaba recordar la frase que presidía la entrada de los campos de concentración nazis, pensó Anna. Hacía frío allí dentro, el aire acondicionado debía de estar al máximo. Nadie se había ocupado en limpiar porque los vasos de plástico vacíos, papeles y algún

bolígrafo habían quedado desperdigados sobre la mesa.

El inspector fue hasta donde estaba la ventana, echó una ojeada al exterior y se apoyó en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho, observándola. La luz daba directamente sobre la cicatriz de su rostro, confiriéndole el aspecto de un filibustero demasiado bien vestido. «Le falta el parche en el ojo y la pata de palo», pensó, «y el loro en el hombro», concluyó con sarcasmo. Se quedó también de pie, al otro lado de la mesa, donde dejó el bolso y una carpeta que llevaba. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y lo miró dispuesta a no dejarse amilanar por su actitud.

—Punto número uno —empezó él—: si tu jefe te dice que lo llames con lo que tengas, lo llamas. —Ella abrió la boca para contestar, pero él alzó un dedo de advertencia—. Punto número dos: en un grupo de investigación hay quien da las órdenes y los demás las siguen, por muy buenos o muy listos que se crean. ¿Queda claro? Y punto número tres: trabajar en equipo significa hacer partícipes a los demás de cualquier dato. Puede que no seas capaz de entender esto —espetó, hosco.

Se forzó a sí misma a mantener la calma y se tomó unos segundos para contestar. Estaba harta, ya tenía suficiente de esa pose de jefe gruñón; no pensaba aguantar más la mala leche ni las tonterías de un tipo amargado que a todas luces necesitaba descargar adrenalina, y no le apetecía ser el saco de arena en el que daba todos los golpes. Quizá hubiera reaccionado de otra forma en sus primeros años de policía, pero ya no era una novata, aunque el inspector no parecía haberse enterado. Cogió aire y habló con calma.

—¿Se han acabado los puntos? —preguntó, irónica—. Lo digo porque aunque no te lo parezca soy capaz de entender las cosas a la primera. De acuerdo, ayer no te llamé como habíamos quedado y ya he dicho que lo siento, pero no voy a flagelarme por ello, y, la verdad, me da igual lo que pienses. Quiero trabajar en homicidios, si no es contigo, mucho mejor, será con otros. Ambos somos policías, la única diferencia entre nosotros es que tú has aprobado la oposición correspondiente a tu categoría y yo todavía no, pero llegará —afirmó con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

Durán no había dejado de mirarla con una expresión indefinible, pero hubiera jurado que una sombra de buen humor se reflejaba en sus ojos. Se adelantó, cogió una silla y se sentó ante la mesa.

—Ahora que nos hemos dicho lo que pensábamos, vamos a trabajar un poco. —Cogió uno de los papeles que estaban sobre la mesa y un bolígrafo y habló sin mirarla—. ¿Qué tenemos del tipo de los tatuajes?

Ella no pudo evitar soltar un bufido de impaciencia ante la actitud desconcertante del inspector, pero se sentó ante él al otro lado de la mesa y empezó a explicarle la entrevista de la tarde anterior y sus sospechas. Él tomaba notas y, cuando ella terminó, mantuvo la cabeza gacha mientras daba golpecitos con el bolígrafo. Anna se quedó mirándole el espeso cabello que se le encrespaba en la coronilla, igual que si acabase de levantarse de una siesta; pensó en cómo reaccionaría él si se inclinaba sobre la mesa y se lo ponía en su lugar. Sonrió para sí ante lo absurdo de su idea y sacudió la cabeza para centrarse.

—Tenemos mucha mierda a la vista —empezó Durán—. Así que —levantó la vista hacia ella— piensas que las chicas que la misteriosa mujer lleva al estudio de ese «artista» —remarcó— son prostitutas y están ligadas de alguna forma con ese gimnasio. —Anna asintió—. Puede ser que tengas razón. —Se echó hacia atrás y clavó los ojos en los de ella mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa—. Este domingo hubo jaleo en un club de la calle Bailèn, El Merengue, se llama, donde lo último que se hace es jugar al ajedrez o recitar poesía. —Torció el gesto—. Los vecinos llamaron a la Urbana por el escándalo que había. Un abogado puesto hasta las cejas había pegado a las chicas del local y cuando fueron a calmarlo empezó a gritar diciendo: «Voy a llamar a la Nacional, que son amigos míos y os vais a enterar», o algo parecido. Llegó una patrulla de Mossos y repitió lo mismo, y lo mejor de todo: mencionó a Rincón expresamente y a algún otro del que ahora no recuerdo el nombre.

—¿Y qué más? —Ella se inclinó hacia delante, pendiente de sus palabras.

—Todo eran incoherencias, cuando vio que la cosa se complicaba tuvo un momento de lucidez y se calló. Supongo que esto les ha venido muy bien a los de la Nacional para la investigación que están llevando, y a nosotros nos da una pista de que Rincón está metido en prostitución, pero no podemos relacionarlo con ese gimnasio. Nos falta algo.

—Ya, por eso quería comentarle a Romero si no deberíamos centrarnos en ello. De momento, solo sé que está a nombre de una sociedad anónima y ser socio implica dejarse una pasta cada mes. Víctor me dijo que la madre de Gloria le explicó la conversación que mantuvo con su yerno y que este le dijo que no volvería a ver a su hija. Ella lo interpreta, lógicamente, como que la ha matado.

—No me cuadra —expresó pensativo—. No va a reconocer eso ante la madre; es listo y estoy seguro de que sabe que tiene el teléfono intervenido.

Debe de tener otro por el que habla libremente, el registro de llamadas es muy pobre. Bien, valoraremos lo de ese gimnasio, ya te diré. ¿Algo más?

—Tengo la sensación de que no nos queda ningún hilo del que tirar para poder encontrar a Gloria —dijo apesadumbrada—. Estamos en un punto muerto —concluyó.

El inspector golpeó la mesa y se puso en pie.

—Entonces ha llegado el momento de volver a empezar desde el principio. —Anna lo miró sin comprender—. Lo estudiaremos todo de nuevo, como si volviera a ser el viernes de la semana pasada y acabásemos de descubrir el cadáver.

—¿Y eso funciona? —dudó ella, recogiendo sus cosas y levantándose.

—Es lo único que podemos hacer. Seguiremos picando piedra... ¿Quién ha sido el imbécil que ha escrito esto en la pizarra? —Lo borró con la mano y fue hasta la puerta—. Hay que ser gilipollas —refunfuñó—. Hablamos mañana, entonces. —La abrió para que pasara y salió tras ella—. Así que estás estudiando las oposiciones... ¿Te has puesto en serio?

Los dos habían salido al pasillo y Anna lo miró con pesar.

—Tengo los apuntes, los leo, subrayo, me los llevo cuando voy en metro, pero no tengo demasiado tiempo. Si no es este año, será el siguiente —anunció con firmeza, mientras se colgaba el bolso—. Soy muy tozuda. —Hizo un gesto de despedida y empezó a alejarse.

—No me cabe duda, cabo Milà —repuso Durán a su espalda.

## 4

—La primera vez que oí hablar de Ónfalos fue hace tres años, creo que estábamos en mayo, porque en el centro íbamos como gallinas locas. —Lupe sonrió, recordando, y recogió las migas que había sobre la mesa de la cocina para dejarlas en el plato que Rivas tenía delante—. La gilipollez de la operación biquini. Todo el invierno acumulando lorzcas de grasa y cuando empieza el calor las señoras se dan cuenta de que la faja no se aguanta y a ver quién sale a la calle sin ella, y no digamos a la playa.

Rivas, sentado frente a ella, modificó su postura y no pudo evitar un gesto de dolor al rozarse el costado. Después de haberse duchado con dificultad, había conseguido comer alguna galleta y tras un café bien cargado empezó a sentirse mejor. Usó el teléfono de Lupe porque no se fiaba del suyo, tenía claro que debía de estar intervenido, ya que de otro modo no tenía

explicación para el asesinato de su amigo. Habló por fin con el inspector jefe, al que notó aliviado al tener noticias suyas. Rodrigo prometió contactar con los Mossos para averiguar si se había descubierto el cadáver de Eduardo. Colgó con la sensación de impotencia que arrastraba desde la noche anterior y pensó en Sofía. Estuvo a punto de llamarla, pero se contuvo, no podía ir a verla en esas condiciones ni tampoco contarle lo que estaba pasando. «Mierda», pensó. Además, llevaba días demorando una visita que ahora se le antojaba imprescindible.

—Al grano, Lupe, tengo que marcharme —recordó.

—Está bien, está bien —concedió ella—. Lo que te decía, todas las horas ocupadas, mis chicas doblando turnos, y entonces apareció por la puerta. Alta, rubia, ojos verdes, cuerpo atlético —alzó un dedo—, para mi gusto sin demasiadas curvas, todo hay que decirlo, pero respiraba pasta, mucha pasta. El vestido y la chaqueta que llevaba debían de valer lo que ganas tú en un año..., y qué zapatos... En fin —retomó el hilo, al ver la expresión de impaciencia de él—. Estuve a punto de mandarla a freír espárragos porque la verdad es que me sobraba trabajo y no me cayó demasiado bien. Es altanera, ¿sabes? Demasiado segura de sí misma, de esas guapas sin alma, una buena fachada pero vacía por dentro —rememoró—. Empezó con que conocía por referencias el centro, que le habían dicho que era el mejor, que era lo que buscaba —iba moviendo la mano en el aire—, hasta que al final habló claro: lo que quería era que yo le proporcionara chicas para su negocio.

—¿Cómo se llama? —inquirió Rivas, cogiendo la cafetera para llenar su taza.

—Darya, con y. Me lo deletreó cuando se lo pregunté, ni idea del apellido. No es de aquí, habla bien castellano, pero se le nota algo. Te lo digo yo que las conozco de todos los colores. Rusa, rumana, no sé.

—Según tú, ejerce de madama... —sugirió mientras la miraba con atención.

Ella pensó antes de contestar.

—No es tan sencillo —advirtió—. Quería chicas porque iban a montar el gimnasio y era imprescindible que todas las que trabajaran allí fuesen niñas guapas. —Se levantó y se sirvió un vaso de agua. Tras beber, dejó el vaso en la encimera y desde allí lo miró—. Le dije que podía ir a una agencia de modelos, que yo no me dedicaba a eso, y entonces me sonrió. —Su rostro se oscureció—. La bruja. Me dieron ganas de romperle esos dientes tan blancos —expresó con rabia—. Que sabía que mi contabilidad era un poco...

«compleja», dijo la capulla, y que la última chica que había tenido en recepción estaba pensando en denunciarme porque en mis tratamientos se usan sustancias no autorizadas por el Ministerio de Sanidad. Que lo lamentaba mucho, pero que siempre había formas de evitar tan desagradable trance... Es una cabrona —masculló.

Abrió un cajón, cogió la tableta de chocolate y ofreció al policía, que negó con la cabeza. Cortó un buen trozo y lo fue comiendo mientras hablaba.

—Sabe que fui puta y que tengo contactos. No quería modelos porque no tenía tiempo para convencerlas de qué era lo que quería de ellas, así que hice correr la voz y le conseguí unas cuantas chicas. A algunas hubo que arreglarlas un poco, ya sabes, depilaciones, dentista, no quería ninguna de más de veinticinco años.

—¿Te pagó? —Ella asintió—. En negro, supongo...

—Los servicios de estética los pagó en efectivo y le hice la factura corriente a nombre del gimnasio, y lo que me dio a mí por las chicas que yo le busqué fue en negro, claro. —Tomó aire—. Pero algunas han vuelto al centro para seguir con el láser y demás y más de una vez se han ido de la lengua. Un buen rato en la camilla dan para mucha charla y a algunas no las han tratado demasiado bien. —Lo miró y habló despacio—. Las usan para engatusar a los clientes del gimnasio de los que piensan que pueden sacar información, negocio o lo que sea. Son unos artistas del chantaje, y las chicas son el señuelo... —se interrumpió—. Me da la sensación de que eso ya lo sabes. —Él le hizo un gesto para que siguiera—. Pero para hacer todo eso y asegurarse el éxito necesitan contactos, y aquí... —dudó antes de seguir.

—No va mal tener policías comprados —afirmó Rivas.

—Sí, y no te va a gustar —suspiró—. Andrés es uno de ellos, y no me lo invento. —Volvió a sentarse frente a él—. Una de las chicas vino una tarde a última hora, se le había infectado un tatuaje y no localizaba al tío que se lo hizo. No venía sola, él la acompañaba.

—¿Cómo se llamaba la chica?

Lupe se miró las manos.

—No lo recuerdo; era española. Eso sí, tenía un tatuaje en el hombro con letras raras. Bajita, morena, pelo largo, mona, buenas tetas y ojos oscuros. Joven, no creo que tuviera más de veinte años. Venía por el tatuaje que tenía en el pubis, una Medusa con sus serpientes en la cabeza, muy bien hecho, pero tenía una parte irritadísima. Le dimos lo que teníamos para salir del paso. —Levantó la vista—. Él me saludó y me explicó una milonga de que

era la hija de un amigo que se había tatuado a escondidas de sus padres y demás. Yo me hice la tonta, pero la recordaba perfectamente como una de las que trajo la Darya esa. Estaba encoñado con ella, cualquiera podía verlo. Aunque conociéndolo —se encogió de hombros—, no es tan raro en él, no sería la primera vez ni la última. —Escrutó su rostro—. Ya sabías que Andrés estaba en el ajo —afirmó.

—Sí, sobre eso no hay dudas. —Se puso en pie despacio—. Van a por él y no tardarán mucho, pero no es el único, hay más —dijo, cansado.

Lupe juntó las manos y lo miró.

—No conozco a ningún otro. Ese día vinieron los dos solos y se marcharon en un coche. No volvieron más. Esto es todo lo que sé de esa gente. —Se levantó y se acercó a él. Había miedo en sus ojos—. Y también sé que son peligrosos; la Darya es una bruja, pero detrás de ella hay alguien más que mueve los hilos y, por lo que he oído, no tienen ninguna manía en suprimir a los que les molestan. Ya has tenido una advertencia seria, ahora van a por ti.

Rivas esbozó una débil sonrisa.

—Sabía los riesgos cuando me metí en esto, pero no puedo parar hasta que sepamos quién está de mierda hasta el cuello. Me marcho. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Y no te preocupes, yo también voy a por ellos.

## 5

El hombre de gris cogió el bastón que tenía junto a él y concentró su mirada en la empuñadura. Hizo un gesto de disgusto y, con ceremonia, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y frotó la cabeza plateada hasta quedar satisfecho del resultado. Tras doblar cuidadosamente el pañuelo y guardarlo, se dignó a mirarlo, impassible, y pronunció, despacio:

—Pensaba que las cosas habían quedado claras, pero ya veo que no ha sido así. —No hacía falta que alzase la voz. Las palabras salían de su boca como látigos y se incrustaban en la piel de su interlocutor. Este abrió la boca para hablar, pero el otro alzó la mano libre—. No estás capacitado para algo de esta envergadura.

El visitante contenía el aliento, manoseando nerviosamente el Zippo que guardaba en el bolsillo del pantalón. Por mucho que odiase al viejo cabrón, sabía reconocer a un tipo peligroso cuando lo tenía delante. Era capaz de percibir la violencia que anidaba en ese cuerpo delgado, forjado con los años,

violencia que permanecía oculta y contenida, a la que, desde luego, no le interesaba despertar. Intentó disculparse.

—Eso no es justo, siempre he cumplido con los objetivos, y lo sabes. Pero esta vez... —Estaba sudando y odió el sonido de su propia voz—. Les insistí que con asustarlo un poco era suficiente, estaba enfermo de cáncer, tampoco iba a durar demasiado. —Carraspeó—. Nadie les dijo que se cargaran al puto periodista. De todas formas simularon un suicidio, es fácil que los Mossos se lo traguen. Todavía no ha salido la noticia.

El otro se encogió de hombros y miró hacia el horizonte.

—Tú te encargaste de escogerlos para ese trabajo, debiste ser más diligente. Y con la autopsia, cualquier forense desmontará esa pantomima. Pareces novato. —Cerró los ojos y suspiró.

El visitante contuvo las ganas de abalanzarse sobre el viejo y retorcerle el cuello como a un conejo peludo y gris. No le había ofrecido asiento y estaba frente a él, de pie, en la terraza de la casa que hubiese deseado tener si no fuera lo que era, un mierda aguantando el chaparrón. Dios, cómo lo odiaba. Y cómo lo temía. El sol apretaba, tenía la camisa pegada a la espalda, y se hubiera bebido una cerveza bien fría para luego estrellarle la copa en la cara al hombre sentado si hubiese tenido valor para ello. Se tragó la humillación e intentó destacar lo positivo.

—Al menos se hicieron con los papeles que tenía. No hay nada en esa casa que nos pueda comprometer. —Se movió un poco para quedar parcialmente a la sombra del olivo.

El otro meneó la cabeza y abrió los ojos para mirarlo con indiferencia.

—Te expresas mal, en todo caso será que «te» pueda comprometer a ti, para mí solo representa una molestia. En tu caso puede ser el fin. —Levantó el bastón y lo señaló con él—. Matar a un hombre es lo opuesto a la discreción, y ese policía, el del nombre raro... ¿Cómo se llama? —Hizo un gesto vago.

—Enda Rivas —masculló el otro.

—Exacto. No va a parar hasta que llegue a ti y a los tuyos, y si es la mitad de listo de lo que dices, ya se habrá hecho con otro teléfono, así que olvídate de seguirle el rastro.

—Podemos intervenirlo también —propuso, ansioso, mientras se colocaba totalmente a la sombra, a la izquierda de su interlocutor.

El otro guardó silencio y se sumió de nuevo en la contemplación del bastón, como si hubiera perdido interés en la conversación, si es que alguna

vez lo había tenido. El visitante pensó que era el momento de marcharse, tenía que hacer una llamada importante, porque si todo se iba al carajo solo le podía salvar una cosa y esperaba que no le fallara. Ahora, más que nunca, necesitaba aferrarse a esa pequeña luz de esperanza. Se marcharía al norte, donde los vientos se llevasen los malos recuerdos y la niebla cerrase a sus espaldas el pasado. No necesitaba cielo azul y sol brillante, ni tampoco ser feliz. Solo olvido y dejar de ser quien era. Pero necesitaba la pasta.

—Ya sabes que Apolo es el dios griego de la profecía, de la música, la poesía y está unido a la naturaleza —empezó el hombre. El visitante cambió el peso de un pie al otro, impaciente—. Pero también es un dios guerrero —acarició la empuñadura—, capaz con su arco y sus flechas de causar una muerte rápida, de enviar la peste y de matar a la serpiente Pitón, entre otras hazañas. Nadie puede enfrentarse al dios o saldrá malparado —salmodió.

Si el tema no fuese tan grave era para echarse a reír. No podía creerlo, todo estaba patas arriba y el viejo mafioso seguía obsesionado con esa mierda griega, como si él fuera la reencarnación del dios ese. El nombre del gimnasio, de la consultoría, las chicas, hasta el puto olivo que presidía la casa, todo eran símbolos de la jodida mitología, que no se cansaba de repetir. Durante todo el tiempo que llevaba a su servicio se había limitado a escuchar distraído todas aquellas estupideces, asintiendo en los momentos adecuados y poco más. Si tenía esa manía, allá él, mientras pagase... Qué más le daba si las chicas debían llevar un tatuaje que simbolizara al dios Apolo, referido a los animales, a las plantas o a lo que coño fuese. Todas no, se recordó, Darya no llevaba, pero ella no trabajaba para el viejo, ella era especial. «¿Qué es ella para él?», se preguntó por enésima vez.

—Te apartarás —siguió el hombre—, no hablarás con nadie y te olvidarás de que nos hemos conocido. Esto ya ha durado demasiado. —Metió la mano libre en el lateral de la butaca y le tendió un sobre blanco—. Con esto se terminó, ya no recibirás más ni volveremos a vernos nunca, pero recuerda —sus ojos eran pozos oscuros que parecían querer tragárselo—, la boca cerrada, porque no estás solo y duele más el daño ajeno que el propio. —Esbozó una sonrisa que recordaba a un cocodrilo antes de dar una buena dentellada. La violencia que guardaba dentro se manifestó, poderosa.

El visitante se estremeció y fue incapaz de decir nada. Cogió el sobre, resistió la tentación de mirar su contenido, se lo guardó en el bolsillo del pantalón y dio media vuelta para marcharse.

—Recuerda —repitió el hombre del bastón a su espalda—, no se puede

escapar a la cólera del dios.

## 6

—No me estás escuchando —oyó Víctor que le decía su mujer.

—¿Qué? Perdona, estaba... —se disculpó.

—Con la cabeza en las nubes, cariño —completó ella con una sonrisa—. ¿Estás preocupado por algo? No has hablado mucho durante la cena. —Se colgó de su brazo y lo examinó con atención.

Habían estado cenando en un restaurante de comida india que a Maite le encantaba. A él no le volvía loco, ya que las especias le provocaban ardor de estómago, y más por la noche, pero habían convertido en una costumbre salir a cenar los jueves y ella ya se estaba cansando del italiano de siempre. La verdad es que con lo que él disfrutaba realmente era con la cocina de puchero que hacía su madre, pero de eso su mujer no quería oír ni hablar. Ya se esforzaba bastante cuando tocaba comida familiar y hacía lo posible por comer el estofado o los garbanzos con chorizo con buena cara. Él se aguantaba la risa viéndola dar vueltas con la cuchara al plato hasta que al final no le quedaba más remedio que llevársela a la boca. Lo mejor era cuando su madre se empeñaba en darle la receta y ella asentía con fingido interés.

No podía sacarse a Gloria de la cabeza. Esa tarde había repasado con Anna por teléfono lo que tenían sobre el caso para llegar a la conclusión de que todo apuntaba a que Rincón conocía a la mujer que apareció muerta en su cocina y que estaba detrás de la desaparición de su esposa, si es que no había sido su artífice directo. La vigilancia no había aportado nada, permanecía en su casa, saliendo para ir a comprar o al gimnasio, pero volvía al poco tiempo. Ambos coincidieron en que daba la sensación de que el asunto estaba en un compás de espera y que todo podía precipitarse de golpe. Poco era lo que podía aportar por su parte. Ojalá fuese sábado y la amiga de Gloria hubiese vuelto ya, pensó por enésima vez. Si la relación entre ambas era tan estrecha como decía su madre, podría proporcionarles alguna pista.

—Vamos a pasar por la calle Perill —anunció, y cogió a Maite por la cintura para hacerle dar la vuelta.

—¿Para qué? Esa calle está bastante más abajo, casi tocando a la Diagonal —se sorprendió ella.

—Quiero comprobar una cosa —contestó evasivo—. No tardaremos mucho.

Lo miró con resignación.

—No preguntaré —comentó—. Pero luego me debes un buen masaje —alzó un dedo—, integral —advirtió.

—¿Con final feliz? —sonrió él, inclinándose para darle un beso en los labios.

—Eso por supuesto —le devolvió la sonrisa.

El calor había bajado con respecto a los días anteriores a esa misma hora y corría una brisa que hacía más agradable el paseo. Fueron hasta la calle Milà i Fontanals, cruzándose con la gente que salía de los restaurantes y los locales de copas. El barrio estaba lleno de ellos, lo que no satisfacía precisamente a muchos de los vecinos que tenían problemas para dormir, especialmente en las noches de los fines de semana. Maite iba parloteando sobre el viaje que estaban pensando hacer en verano y le recordó que el sábado tenían que ir a la agencia de viajes sin falta. Él asentía, distraído.

Llegaron al cruce con la calle Perill y Víctor empezó a mirar los números de los portales para localizar el de Inger.

—Este año van a adornar la calle por la fiesta mayor —comentó ella—. La verdad es que tiene mérito, llevan todo el año trabajando.

Él no la escuchaba y se soltó de la mano cuando llegaron a la finca. El portal era estrecho, con una puerta de barrotes de hierro gris y cristal. Miró y vio los buzones a la derecha y las escaleras que subían empinadas. En el interfono pudo ver que eran cinco pisos con dos vecinos por rellano. Si no recordaba mal, la amiga danesa de Gloria vivía en el tercero primera. Dudó, sin reparar en la mirada sorprendida de su mujer, y apretó el timbre.

—¿Qué haces? ¿Quién vive aquí? —preguntó ella a su espalda.

Víctor esperó, pero nadie contestó. Miró su reloj, las once menos cuarto, tampoco era tan tarde, se dijo. Volvió a apretar el timbre. Silencio. Suspiró, estaba claro que tendría que esperar hasta el sábado para poder hablar con la chica tal y como esta le había dicho por teléfono. Se apartó de la puerta y se volvió a Maite.

—Es un caso que llevamos, tengo que localizar a una mujer. —La cogió de la mano y le hizo dar media vuelta de nuevo para desandar el camino—. Ya volveré en otro momento.

—Te noto un poquito obsesionado con el trabajo —le recriminó ella—. ¿No te estarás volviendo como Anna, tu jefa? —bromeó.

—¡Qué va! —exclamó él, mientras se preguntaba si no tendría razón—. A veces hay cosas que se te quedan clavadas y no paras de darle vueltas. Pero

basta por hoy. —Sacudió la cabeza—. Vamos a casa, que ya es hora.

—Totalmente de acuerdo —repuso ella—. Y me debes un masaje, recuerda.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

## 7

Rivas paró el motor, sacó la llave del contacto y permaneció unos instantes contemplando la casa. Unos metros más adelante había un coche negro aparcado y a la luz de las farolas de la urbanización se distinguía una silueta al volante. Estaba claro que la vigilancia de los Mossos era constante, no sabía si demasiado efectiva; Andrés no tenía más que asomarse a la ventana para verlos.

Se quedó mirando la reja blanca que daba entrada a la casa y recordó a Inés junto a ella, hacía ya... no sabía cuántos años, con un vestido azul marino estampado con pequeñas flores verdes y blancas, el cabello rubio recogido en una coleta, sosteniendo en sus brazos dos envoltorios de pastelería de los que emanaba un aroma irresistible. Andrés y Gloria los habían invitado a pasar la verbena de San Juan con ellos y les tocaba traer las cocas y el cava. Le sonreía, esperando a que acabase de aparcar el coche, pero bajo sus ojos habían aparecido las primeras sombras oscuras de lo que sería el anticipo de las noches sin poder dormir, de la depresión, de los demonios que iban a acecharla sin descanso. Pero en ese 23 de junio todavía se aferraba a que podía, a que los dos podían ser felices.

Bajó del coche, llevándose la mano al costado, y fue hasta la verja, sintiendo la presencia de su mujer muerta, como si hubiese quedado algo de ella en ese día que fue el último que ambos pisaron la casa. Inés y Gloria nunca habían hecho demasiadas buenas migas, se toleraban, charlaban despreocupadamente, adaptándose la una a la otra según el tono de la conversación, haciendo un esfuerzo por ellos. Tampoco le gustaba demasiado Andrés. Nunca le preguntó por qué.

El aire era fresco y la temperatura había bajado un poco. Recordó el papel que alguien había deslizado bajo la puerta de su casa y que encontró al abrirla al volver de casa de Lupe. En letras mayúsculas figuraba «Mañana bar hotel W 18 horas», sin firma, nada en absoluto que permitiese saber la identidad del remitente. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y se aseguró de que la nota seguía allí. Sería cuestión de dejarse caer.

Llamó a la puerta y esperó. Cuando habló con Rodrigo y le comunicó que

pensaba ir a ver a Andrés, aquel le manifestó sus reservas acerca de si era conveniente, pero él insistió en que había que intentarlo. Por otro lado, seguía dándole vueltas al detalle que había olvidado, estaba seguro de que era importante, pero no podía recordar qué era. Esperaba que saliera pronto.

La puerta se abrió unos centímetros y llegó hasta él la voz de Andrés.

—Ya estabas tardando, te estás perdiendo la fiesta. —El tono era irónico.

Abrió del todo y con un gesto de cabeza le indicó que pasara. El pasillo estaba oscuro y la única luz provenía del comedor. La habitación estaba ordenada salvo por los restos de los destrozos de la semana anterior. El sofá tenía el respaldo rajado y estaba desnudo, sin cojines, y en las estanterías los espacios vacíos evocaban los elementos decorativos que habían sido suprimidos, entre ellos los ramos y cuadros de flores; no había ninguno a la vista. Una lámpara colgada del techo desparramaba su luz sobre la mesa de cristal que no había sido dañada.

—Tendrás que sentarte en una silla, no me apetece ir a comprar un sofá nuevo y no creo que me vaya a hacer falta. —La voz era ronca—. ¿Una copa? —ofreció, yendo hacia la mesa en la que reposaba una botella que contenía un líquido ambarino—. Tengo whisky del bueno, un Chivas 21, antes te gustaba. —El olor a alcohol que emanaba de él hacía evidente que en su caso no era el primer trago.

—No he vuelto a probarlo —rechazó Rivas, haciendo un gesto con la mano, y se sentó en una de las sillas colocadas junto a la mesa.

—Es verdad, olvidaba que cuando murió Inés acabaste con las destilerías. Pues es una pena, una copita siempre viene bien. —Esbozó una sonrisa cómplice que no alcanzó a sus ojos y fue hasta la cocina, de donde volvió con un vaso en la mano en el que se sirvió una generosa cantidad.

—No rendirás en el gimnasio —comentó Rivas, mirándolo.

Su interlocutor había adelgazado y los pómulos se le marcaban en un rostro ojeroso. La boca se curvaba en un rictus amargo que no disimulaba la rojiza barba. Vestía una camiseta azul desgastada y unos tejanos deshilachados en los tobillos. Parecía un vikingo cansado, de vuelta de una gran derrota.

A pesar de todo lo que estaba pasando y de saber que Andrés estaba de mierda hasta el cuello, no pudo evitar sentir una punzada de añoranza de los viejos tiempos en los que las cosas eran sencillas, o al menos lo parecían, y ambos iban en una misma dirección. Tiempos en los que se habían jugado la vida juntos, tiempos en los que eran más que compañeros, amigos. El hombre

que tenía delante había recorrido un camino distinto al suyo, cada uno escogía su destino y no le correspondía a él hacer juicios de valor. Ahora sentía que entre ambos había un muro transparente pero infranqueable que los separaba y los había convertido en extraños.

Andrés se encogió de hombros antes de responder.

—No te creas, con las pesas quemas todo el alcohol que llevas dentro. Además, qué más da ya. —Se sentó en una de las sillas y dejó el vaso en la mesa. Lo observó—. Todo está immaculado, no queda ni rastro de la carnicería. He tenido horas para limpiar. Cuando te suspenden de empleo y sueldo, el tiempo se estira hasta el infinito. —La espalda erguida y los codos sobre la mesa, daba vueltas al vaso, fija la mirada en los reflejos del cristal—. El poli de ahí fuera se estará preguntando qué has venido a hacer aquí. Es una vigilancia de mierda. Ayer me acerqué a saludarlo y se pegó un buen susto. No sé qué pensaba que iba a hacerle. —Alzó la vista y esbozó una sonrisa torcida.

—Hace su trabajo.

—Sí. —Echó un trago y dejó el vaso con estudiada calma—. Como todos, como tú, el santurrón de Enda Rivas, el que nunca se desvía de la recta senda, lo digo bien, ¿no? —Soltó una risa burlona que no tenía nada de alegre—. Eras tú el de los libros. ¿Qué se siente viendo al ángel caído? —Había puesto las grandes manos sobre la mesa y lo miró con ironía—. Porque a eso has venido, ¿no? A verlo con tus propios ojos o a que te cuente un cuento... —Entornó los ojos—. El de los cuarenta ladrones, ¿no? Pues siento decepcionarte, los otros treinta y nueve tendrás que buscarlos tú solito. ¿Creías que te iba a dar una lista envuelta en un lazo rosa? —Se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza—. Es cosa de Rodrigo, ¿no?

Rivas se obligó a hablar con calma.

—Sé que te has vendido a esa gente, no sé lo que has conseguido ni si habrá valido la pena. —Abrió los brazos y esbozó una sonrisa amarga—. ¿Esta casa, dinero negro, viajes? Qué más da. —Se acercó también a su interlocutor—. Lo que sí me importa es que hay más como tú, que a cambio de unos cuantos billetes dan poder a unos hijos de puta que se ríen de ti, de mí, que lo corrompen todo y que te han entregado y convertido en cabeza de turco. Me revienta esa gente y lo que son capaces de hacer. —Cerró los puños sobre la mesa—. ¿Estás dispuesto a cargar con todo para protegerlos? Te conozco, o al menos pensaba que te conocía. Nunca has sido de aguantar los palos de otros. Reacciona, joder —le escupió—. ¡Dime quién está metido

en esto, quién es el cabrón que os dirige a todos!

Ambos estaban muy cerca, separados los rostros apenas unos centímetros. Andrés respiraba con fuerza y un espasmo de rabia le cruzaba el rostro. Rivas pensó que iba a golpearlo, y en ese caso llevaba las de perder, todavía le dolía el costado si respiraba profundamente. Siguió hablando:

—¿Crees que soy un santo? —Se obligó a bajar el tono de voz—. Te equivocas, a mí también me han tentado, y no una, sino muchas veces. ¿Qué te crees que pasaba en Colombia? Podía haberme quedado allí si hubiera querido y quizá ahora estaría viviendo en una finca enorme, a sueldo de cualquier traficante, como un jodido rey. Una vida relajada, de puta madre. —Andrés lo miraba, olvidado el vaso, pendiente de sus palabras—. Pero cuando te metes en eso, no sabes nunca el suelo que pisas, quizá mañana caigas en desgracia y aparezcas en una cuneta con las pelotas cortadas y un agujero en el pecho. No es real, nunca lo es, hay que subir muchos peldaños en la escalera de los corruptos para estar más o menos seguro, y aun así, te equivocas, siempre tienes que cuidar tu espalda. La pregunta, entonces, es si vale la pena. —Hizo una pausa, pero no recibió respuesta—. En esta puñetera vida solo nos tenemos a nosotros mismos y a los que nos quieren, y quizá ser policía es una mierda, pero necesaria, al menos ni que sea para acabar con los cabrones que se aprovechan del sistema en su beneficio.

Se miraron sin hablar durante unos instantes interminables. Rivas sintió que quizá todavía estaban ambos a tiempo de volver a encontrarse, de volver a compartir ese lazo que los unía, la camaradería que habían perdido.

Andrés echó hacia atrás su silla, se levantó y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Lo escrutó y habló con sorna.

—Bonito discurso, no esperaba menos de ti. —Se apoyó en la pared que tenía detrás, miró al suelo y guardó silencio durante unos instantes—. No voy a decirte quién está metido en esto, cada uno tiene sus propios problemas y sus razones, pero no te preocupes, todo va a saltar por los aires. —Alzó la cabeza y clavó los ojos en los de él—. Y quiero que sepas que no lo hago por una cuestión de lealtad o por miedo, sé que van a por mí, pero antes tengo algo que hacer. Es lo último que me queda —murmuró para sí.

Rivas se levantó y se acercó a él.

—¿De qué hablas? ¿Mataste a esa mujer porque ellos te lo ordenaron? ¿Y Gloria, qué has hecho con ella?

Algo cambió en los ojos de Andrés, como si hubiera caído el velo que los cubría. Había tristeza y temor a partes iguales. Suspiró y se apartó,

empezando a dar vueltas por la habitación.

—Estos días he estado pensando en Inés, tu mujer... Sí, no me mires con esa cara. —Esbozó una mueca—. Aún recuerdo cuando la conociste, estabas fascinado con ella, te parecía un ángel, como si no fuera de este mundo, y tenías razón, no lo era.

—Deja a Inés en paz, joder —masculló Rivas.

—Había algo en su mirada que te decía que no iba a durar mucho aquí. —Siguió sin hacerle caso—. Hay madres que pueden sentir eso. —Dio la vuelta al sofá y apoyó las manos en el respaldo de una silla—. Hace años nos llamaron por el suicidio de un chaval, ¿no te acuerdas? —Rivas negó con la cabeza—. A mí se me quedó grabado. Su madre estaba resignada, decía que hacía tiempo que se esperaba ese final, que de hecho lo había visto en sus ojos desde que era un niño, tremendo, ¿verdad? He pensado en Inés para intentar imaginarme cómo se sentía antes de dar el salto y creo que ahora puedo entenderlo. El infierno en el que estuvo... —susurró—. No he matado a nadie. Sé que no me creerás, todos piensan que me cargué a Elsa y que he hecho lo mismo con Gloria, pero no es verdad, te lo juro. —Bajó la cabeza y se miró las manos.

—¿Elsa? —se sorprendió Rivas—. Llevaba un tatuaje en letras griegas, Daphne... —dijo, recordando lo que leyó en los folios que halló en casa de Sofía.

—No. Ese era el tatuaje que le pusieron en el hombro —sonrió con tristeza—. Estábamos juntos. —Enderezó el cuerpo y se pasó las manos por la cara—. Sé lo que piensas, que era una más, pero Elsa era diferente. Era una niña, solo tenía veintidós años, su error fue revolverse contra la mano que le daba de comer, al menos antes de que...

Se interrumpió y tardó unos segundos en volver a hablar.

—Lo siento, Rivas, no voy a decirte nada —repitió—. Hay cosas que uno debe hacerlas solo. Eres un buen tío. —Se acercó de nuevo a la mesa y volvió a servirse más bebida—. No todos tenemos las cosas tan claras como tú, de eso vive el diablo, ¿no? De tendernos trampas, de ofrecernos la manzana en el paraíso. —Su sonrisa era la más triste que hubiese visto jamás—. Ha llegado el momento de pagar las culpas, de salir del infierno y de mandar allí a quien de verdad le corresponde estar, algo que debería haber hecho hace mucho, mucho tiempo. —Alzó el vaso, lo apuró de un solo trago y habló sin mirarlo—. A todo cerdo le llega su sanmartín.

## *12 de junio del 2015*

El hombre no es realmente uno, sino dos.

ROBERT LOUIS STEVENSON,  
*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*

### **1**

—A ver si ahora suena la flauta —comentó Romero mientras miraba por el espejo retrovisor, con las manos sobre el volante de su coche.

Anna reprimió un bostezo y se colocó las gafas oscuras para protegerse de los rayos del sol naciente. A diferencia del día anterior, este iba a ser otro día caluroso, cargado de humedad. La ciudad aparecía a sus pies semioculta por una neblina producto del calor y la contaminación. Y pensar que eso era lo que respiraban todos los días... Estiró los brazos por encima de la cabeza, y sus músculos se quejaron por la obligada inmovilidad. No servía para estar sentada mucho tiempo y ya llevaba un buen rato en la misma posición.

Habían llegado poco antes de las seis de la mañana para ejercer una vigilancia discreta sobre el gimnasio Ónfalos y a ser posible contactar con alguna de las chicas que trabajaban allí. Anna había referido a la sargento todo lo que Sofía le explicó de su visita del domingo pasado y, en especial, que la recepcionista tenía el tatuaje de un pequeño delfín azul, uno de los que el llamado «señor X» dijo haber realizado en una de las jóvenes que le trajo la misteriosa Darya. La idea era conseguir hablar con ella fuera del recinto, ya que por el momento no interesaba llamar demasiado la atención.

Estaban aparcadas en una zona próxima al gimnasio, al abrigo de las cámaras de seguridad. Dentro había movimiento, el centro abría al público a las siete y cuarto y los empleados de la limpieza estaban haciendo su trabajo, tal y como habían tenido ocasión de comprobar gracias a los prismáticos que llevaban. En todo ese tiempo, los vehículos que llegaban iban conducidos y ocupados por hombres. «Mierda, vaya mala suerte», decía cada vez Romero.

—Espero que la siguiente sea la recepcionista, si no, estamos jodidas —siguió la sargento. Suspiró y metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón, de donde extrajo una barrita de chocolate—. ¿Seguro que no quieres una? —Anna hizo un gesto declinando su oferta—. Por la mañana

tengo un hambre bestial, si no como, no me funciona la cabeza. O me funciona menos.

La extrajo con sumo cuidado de su envoltorio y se la comió con parsimonia.

—He estado pensando —anunció, la boca llena—. No me gusta que no le hayamos dicho a Durán lo que estamos haciendo, si algo sale mal nos caerá una buena, sobre todo a mí. —La miró con seriedad.

—¡Oh, vamos! —exclamó Anna—. Solo es una vigilancia, no llamamos la atención, cualquiera podría pensar que hacemos un control de tráfico. Ya sabes cómo es Durán —enfaticó—. Diría que no nos apoyamos en nada, que es una pérdida de tiempo, y en particular, que como te lo he propuesto yo seguro que es una estupidez. En fin... Esa clase de cosas...

Romero rio entre dientes.

—Veo que ya lo tienes bien calado a estas alturas. Es como Gruñón, de los siete enanitos, pero es un buen tipo. —Hizo una bola con el papel de celofán y estiró el brazo para coger el bolso que tenía en el asiento trasero—. Mierda —soltó mientras rebuscaba—. Se me ha acabado el agua, ya sabía yo que tendría que haberme traído la botella grande...

—Mira —la interrumpió Anna.

Un Mini blanco acababa de hacer su aparición en su campo visual y se dirigía directo al aparcamiento del gimnasio. Anna se quitó las gafas de sol, enfocó los prismáticos y distinguió una única silueta en el vehículo.

—Es una mujer —afirmó.

—Pues nos la jugamos.

Romero lanzó el bolso a Anna, arrancó y aceleró todo lo que pudo hasta alcanzar al otro coche antes de que llegase a la zona de parking. Por suerte, la mujer conducía sin prisa, por lo que en unos segundos la adelantaron y le cerraron el paso. La sargento echó el freno de mano y bajó dejando la puerta abierta. Anna se quedó sin respiración, el bolso de la otra en el regazo, esperando el golpe, que por fortuna no se produjo. La del Mini tenía buenos reflejos y había frenado a menos de medio metro de distancia.

Bajó también y vio cómo Romero estaba ya junto a la ventanilla de la conductora. Tenía pinta de ser la chica que le describió Sofía cuando visitó el gimnasio. Llevaba la rizada melena rubia recogida en una coleta, sin rastro de maquillaje. Vestía una ajustada camiseta blanca de tirantes que dejaba una buena parte del pecho al descubierto y sobre su seno izquierdo distinguió el tatuaje de un delfín azul surgiendo de una ola de espuma blanca. Miró a

ambas con asombro.

—¿Estás loca? —se dirigió a Romero—. Si no llego a frenar me empotro contra el coche. ¿Se te ha ido la olla o qué?

—Policía —se limitó a contestar la sargento, identificándose—. Tenemos que hacerte unas preguntas. Aparca a la derecha y baja del vehículo.

La expresión de indignación de la joven cambió por una de incredulidad. Echó una mirada hacia el gimnasio.

—Yo no he hecho nada —se quejó—. Voy a trabajar y llegaré tarde por tu culpa. Oye —suplicó—. No he bebido y que yo sepa no me he saltado ninguna señal, no entiendo...

—Haz lo que te dicen —intervino Anna.

La chica calló, arrancó de nuevo y dirigió el coche hacia el arcén. Bajó con el bolso en la mano y se acercó a ellas. Sus largas piernas aparecían enfundadas en unos tejanos ajustados y, al andar, se balanceaba sobre unas sandalias de cuña que al menos, a juicio de Anna, sumaban unos quince centímetros a su estatura.

—Vamos hasta el coche —la conminó la sargento—. Enséñame tu documentación.

La chica obedeció y sacó de un monedero su carné de identidad, que entregó a Romero. Esta, apoyada en el capó, lo miró con desinterés.

—Nadia Solé Llopis, tienes veintitrés años. —La chica asintió—. Tenemos que hacerte unas preguntas. ¿Trabajas en ese gimnasio? —Hizo un gesto con la cabeza hacia el edificio.

—Sí, soy una de las recepcionistas. —Hablaban despacio, midiendo las sílabas, mientras observaba a las policías, con el bolso apretado bajo el pecho.

—¿Desde cuándo?

—En febrero hizo dos años, creo. —Frunció el entrecejo—. Oye, yo...

—Entonces conocerás a todo el personal —la interrumpió Romero—. ¿Los nombres de tus compañeras de recepción?

Nadia estaba desconcertada.

—Pues... Nos vamos turnando, está Mar, Alicia, Elsa. —Hizo una pausa—. Bueno, esta ya hace días que no viene, creo que está de vacaciones... —Se encogió de hombros—. Y también está Caroline. ¿Por qué?

Anna intervino:

—¿Has coincidido con todas en esta última semana? —La chica asintió—. ¿Cuántos días hace que no ves a Elsa?

Dudó antes de contestar:

—Pues no sé, creo que el viernes pasado ya no vino. —Hablabla con un tono aburrido—. Supongo que estará de vacaciones —repitió—, porque si estuviera enferma alguien lo habría comentado. A veces coincidimos en el turno de los festivos por la tarde, y este domingo estuve con Alicia, que por lo que me dijo, tuvo que cambiar su día de fiesta. —Se impacientó de nuevo—. Yo qué sé, la jefa lo sabrá. ¿Le pasa algo? —soltó.

—¿Tiene un tatuaje, como tú? —Anna señaló el delfín.

—Vale ya, esto me parece muy raro. —Nadia sacudió la cabeza, se colgó el bolso al hombro y las miró desafiante, erguida sobre sus tacones—. No voy a decir nada más si no me explicáis de qué va esto. Llegaré tarde al trabajo, todavía tengo que cambiarme, maquillarme, y...

—Si no quieres contestar, siempre hay la solución de ir detenida a comisaría —comentó con tranquilidad Romero, las manos en los bolsillos del pantalón, mientras la observaba con detenimiento—. Tú sabrás lo que te interesa más... Quizá allí estaremos mejor, hasta tenemos aire acondicionado, una fuente con agua fresca y vasitos de plástico.

La mirada de Nadia cambió, tornándose más cautelosa, aunque no parecía estar dispuesta a amilanarse. Dio un bufido, cambió el peso del cuerpo al lado derecho y cruzó los brazos bajo el pecho.

—Bueno, pues sí, llevo un tatuaje, qué pasa, y Elsa también tiene uno... No —rectificó—, dos, que yo sepa.

—¿Cómo son? —preguntó Anna, acercándose más.

—El mío ya lo veis. —Se volvió a ella y le adelantó el pecho—. Y Elsa lleva en el brazo «Daphne» en letras griegas, y en el vientre —se señaló el propio— es la cara de una mujer con serpientes en la cabeza, en colores, es algo inventado, no recuerdo, pero tiene un nombre de los tiempos antiguos o yo qué sé.

—¿Medusa? —la ayudó Anna. La chica asintió.

Las policías se miraron y Romero se incorporó, abandonando su actitud desganada, y le dijo:

—Creo que hoy no podrás ir a trabajar, tendrás que venir con nosotras a comisaría para prestar declaración. —La chica abrió la boca para protestar por enésima vez—. Es un tema muy grave, Elsa no está de vacaciones. —Exhibió una sonrisa torcida—. La verdad es que está en un sitio al que ninguno vamos de vacaciones, aunque todos acabamos allí.

Rivas observó a Rodrigo hasta que se perdió de vista al final de la calle. Estaba sentado frente a la mesa de un bar cercano a la comisaría, junto a la puerta, y no vio que nadie siguiera al inspector jefe. Quién sabe, pensó, igual habían perdido el interés, lo que no era de extrañar; poco iban a sacar de sus idas y venidas. Ni siquiera él sabía con quién contactaba Rodrigo para organizar todo el operativo, lo habían establecido así para que su investigación fuese lo más amplia posible, ya habría tiempo de descartar a quien correspondiera. El encargo había sido partir de cero, y el «árbol genealógico» iba creciendo por momentos.

Ahora le tocaba esperar a que el hijo de puta se dignara a aparecer. Ya estaba tardando, teniendo en cuenta lo poco que le gustaba trabajar, y no creía que hubiese cambiado sus costumbres en un solo día. Entró un hombre y se tensó, le echó un vistazo y se relajó enseguida. Falsa alarma.

Sacó el móvil de su bolsillo y repasó los contactos que Rodrigo le había incluido en la nueva tarjeta. Esa mañana a primera hora había llamado a sus padres y a su hermana para decirles que su teléfono no estaba operativo y que sería él quien se pondría en contacto con ellos. No pudo evitar que David, su sobrino, se pusiera al teléfono y lo cosiera a preguntas, pero pudo salir airoso, prometiéndole que antes de que se fuera a Irlanda tendrían una tarde entera para ellos solos y que fuera programándola.

Sopesó hablar con Sofía, pero no se decidió a hacerlo, al menos hasta que las cosas no se aclarasen un poco más y pudiera explicarle algo. No le gustaba actuar así, pero no había otra opción. La echaba mucho de menos, más de lo que había creído al principio de empezar a complicarse las cosas. Alzó la mano para pedir otro café y cuando se lo sirvieron alcanzó el periódico que reposaba sobre la mesa contigua. Lo abrió por la última página y deslizó la mirada, cuando oyó una voz conocida:

—¡Hombre, vaya sorpresa! Ayer no se te vio el pelo...

Alzó la vista para ver a Asensio, que, con sus inseparables tejanos viejos y una camiseta negra con la cara de Homer Simpson, lo miraba con una expresión de falsa camaradería que no alcanzaba a sus ojos, mientras en su mano daba vueltas a un paquete de tabaco por estrenar. Sin esperar a que le respondiera, se sentó frente a él y le pidió al camarero una cerveza.

—Es para despejarme la cabeza —aclaró con una sonrisa, enseñándole toda la dentadura. Le recordó a la de una hiena frente a un buen montón de carroña—. No te he visto esta mañana.

—Yo a ti tampoco —contestó, dejando el periódico a un lado—. Y mira

que he llegado pronto —pronunció con sarcasmo—. ¿Avanzaste mucho sobre el caso? El de la consultora, me refiero. —Cogió su taza y se la llevó a los labios.

—Bueno —divagó, mientras miraba a su alrededor—. Ya sabes, repasé un poco todo, pero poca cosa. —Dejó el paquete de tabaco encima de la mesa y le quitó el celofán, que dejó a un lado—. Con la puta tontería del no fumar ya no ponen ceniceros —comentó, frunciendo el ceño—. No sé, ya te dije, no le veo mucho futuro a ese tema. —Le trajeron la cerveza y bebió con delectación—. Está de muerte.

Rivas se obligó a mantener la calma, aunque se vio a sí mismo cogiendo del cuello a su compañero machacándole la cara hasta hacerle escupir todos los dientes. Mantuvo las manos sobre la mesa y lo miró con desinterés. Pensó que al menos hacía diez años que lo conocía, aunque solo fuese de forma superficial. Venía de Castellón, de donde era originario, y su primer destino en Cataluña fue Castelldefels, en Extranjería, donde aguantó lo que pudo, dado que era un sitio con demasiado trabajo para él, y con el despliegue de los Mossos d'Esquadra vio el cielo abierto para venir a Barcelona y buscarse un destino en el que pudiera pasar lo más inadvertido posible.

A pesar de su mala disposición, nunca había tenido problemas con los jefes, lo que ahora, con lo que sabía de él, daba bastante que pensar. Sobre todo después de haber rascado un poco y descubrir algunos expedientes disciplinarios que lo implicaban directamente en la concesión de permisos de residencia sin cumplir con los requisitos legales y que se cerraron sin sanción, y, lo que era más interesante, sin hacer demasiado ruido. Soltero y sin familia, al menos cercana, que él supiera, era de aquellos a los que todo el mundo conocía, pero no parecía tener amigos. Andrés nunca lo había soportado, decía que no le daba buen fario. No dejaba de ser irónico que al final hubiesen acabado en el mismo bando.

—¿Y tú qué me cuentas? —siguió Asensio—. Pensaba que hoy no te vería. —Aparentaba tranquilidad, pero su mirada expresaba cautela.

—¿Por qué? —El tono de Rivas era neutro, cogió la cucharilla y removió el café.

«Juguemos a echarnos faroles, cabrón», pensó.

—Mmm... No sé si alguien me dijo que habías tenido una caída o algo parecido. —La sonrisa había desaparecido y los ojos oscuros lo observaban, duros, en busca de alguna señal.

—¿Caída? —Hizo un gesto de sorpresa—. No, en absoluto, solo un poco

de fiebre, algo me sentó mal, gracias por preocuparte. —Continuó removiendo el café y se mantuvo en silencio, sosteniéndole la mirada. Tras un instante interminable, siguió hablando con aparente indiferencia—. Ahora estoy con un tema interesante.

—¿Ah, sí? —Asensio levantó la copa y se acabó la cerveza de un trago—. ¿De qué va? —preguntó sin parecer demasiado interesado.

—Un asesinato disfrazado de suicidio, de un periodista —se obligó a controlar la rabia que sentía—, en un piso en la calle Poeta Cabanyes, un caso... peculiar. —Dejó la cucharilla junto a la taza.

Su compañero se mantuvo inmóvil aferrando la copa, que dejó encima de la mesa con excesivo cuidado, como si temiese que pudiera romperse. Desvió la vista hacia la calle y esperó unos segundos antes de dirigir la mirada hacia Rivas, que lo observaba.

—¿Un asesinato? —repitió—. ¿Y eso es nuestro? ¿No será de los Mossos? —Había bajado ostensiblemente el tono de voz.

Rivas asintió.

—Claro, pero hay ciertos detalles... —Hizo una pausa teatral—. Han pedido mi colaboración porque se han descubierto pruebas que descartan la teoría inicial del suicidio. Está claro que se lo han cargado, ya están trabajando con esa idea. —Con placer, pudo ver cómo algunas gotas de sudor aparecieron sobre la frente de su interlocutor.

—No me digas. —Enderezó su postura y empezó a dar golpecitos en la mesa con el paquete de tabaco—. Y... ¿qué detalles son esos? —preguntó por fin, como si no tuviera más remedio.

—Lo siento, no puedo decírtelo, ya sabes, pero por ejemplo... —Rivas se inclinó hacia delante como si fuese a hacerle una confidencia—. Se encontró algo en la escena del crimen que les ha dado mucho qué pensar, unas bolitas blancas junto a la bañera donde estaba el cuerpo. Por cierto. —Hizo un gesto de extrañeza—. ¿No eres tú el que siempre llevas bolitas de anís en una caja? Me acabo de acordar. —Su interlocutor no respondió, pendiente de sus palabras—. Las están analizando —siguió—. Ya sabes, por el ADN y demás. Creo que este fin de semana van a haber detenciones. Ya te enterarás.

Ambos se miraron en silencio hasta que finalmente Asensio apartó la vista y se aclaró la garganta antes de hablar.

—No me fiaría mucho de los Mossos, ya sabes, lo enredan todo. Les encanta hacerse los chulos e inventarse películas para salir en la tele. Ten cuidado, puedes pillarte las manos con eso —advirtió.

Le echó una última mirada, se levantó y extrajo del paquete de tabaco un cigarrillo que se metió en la boca. En su cara había desaparecido todo rastro de camaradería, palpaba sus bolsillos con un gesto nervioso hasta que halló el móvil.

—Tengo que marcharme —anunció, y fue hasta la puerta.

—No has pagado la cerveza —le advirtió sin moverse.

El otro se volvió, tiró sobre la mesa un billete de cinco euros y salió sin decir palabra.

—Buena propina —ironizó Rivas, mirando el billete con amargura.

### 3

Tras bajar del tren, Sofía empezó a subir la cuesta hasta los juzgados de Taulera. El sol apretaba, por lo que se quitó la chaqueta que llevaba y la metió en el bolso. En algunos vagones el aire acondicionado estaba a tope y era imprescindible llevar varias capas de ropa para evitar una pulmonía. Hacía tiempo que tenía la sensación de que la climatización del servicio de cercanías se la encargaban al Sombrero Loco del cuento de Alicia. Alzó los brazos y se recogió el pelo en una coleta con la goma que llevaba en la muñeca.

Esa noche tampoco había descansado demasiado y no había sido por el calor, estaba nerviosa y no paraba de dar vueltas. Cuando se levantó, decidió que ya estaba bien de romperse la cabeza, esa noche iba a salir de nuevo aunque fuera para repetir el guión de siempre; cualquier cosa era buena para evitar sentirse como si tuviera quince años y no pudiera despegarse del móvil a la espera de una llamada que no iba a llegar nunca. O que tal vez mejor que no llegara.

Estaba a punto de llegar al edificio cuando distinguió a Daniel frente a la puerta. Lo llamó y se volvió, sorprendido.

—¡Hola! Pensaba que hoy no vendrías a trabajar —dijo el forense cuando ella llegó a su altura.

—¡Buenos días! ¡Vaya calor que hace! Más que en Barcelona... —Le palmeó el brazo y sonrió—. La verdad es que tenía pensado coger hoy el día libre tras la guardia. No tengo por costumbre llegar a las once de la mañana, ya sabes —bromeó.

—Eso es verdad, yo acabo de tomar un café y al pasar por tu despacho ya he visto que no estabas —reconoció él, y la observó, interrogante.

—Tengo que hacer una cosa y necesito al secretario. Bueno, la verdad es

que son dos cosas las que tengo que hacer. —Bajó el tono de voz—. Vamos arriba y te cuento.

Ambos entraron y tras saludar al guarda de seguridad fueron hasta los ascensores. No había mucho movimiento y, por lo que parecía, la guardia era tranquila. «Suerte han tenido», se dijo Sofía. Mientras esperaban a que se abrieran las puertas del ascensor, advirtió al forense:

—De momento, no digas nada, solo lo sabe Paco y ahora tú, pero en el BOE de hoy ha salido un concurso de traslado con plazas en los juzgados de lo penal de Barcelona y voy a pedir uno que me parece interesante. —Llegó el ascensor y ambos entraron.

El forense la miró con incredulidad.

—¡No fastidies! Pero... ¿no decías que te gustaba tanto la instrucción y que te aburren las sentencias?

—Pues sí —reconoció con pesar—. Pero ya estoy harta de ir y venir, y de las guardias y... —se interrumpió—. De todo, vamos, así que se impone un cambio, al menos de escenario. No lo comentes —le insistió—. Creo que tengo posibilidades, aunque nunca se sabe, no quiero que corra la voz. —Frunció el ceño.

—¿Y cuándo te marcharías? —El ascensor paró y ambos salieron.

—Si tengo suerte y me dan plaza, hasta septiembre no creo, así que todavía queda. He venido a que el secretario me firme la certificación que piden ahora para saber los asuntos que tienes pendientes, luego me voy corriendo a Correos para mandarlo y así me olvido.

—¿Por correo? Una carta, te refieres. —Ella asintió—. No me digas que todavía piden que se mande la solicitud en papel. Y pensaba que era yo el antiguo... —rio.

—Sí, Daniel, en la era de la informática hay cosas que nunca cambian. A veces me imagino a los funcionarios de las altas esferas vestidos como en el siglo XIX, con los manguitos en los brazos, las viseras en la frente y mojando la pluma en el tintero —expresó con ironía, mientras echaban a andar por el pasillo que daba a su juzgado.

—Te echaré de menos —comentó él; su expresión era de tristeza.

—Yo también. No te creas, sabe mal, pero todo son etapas y creo que esta ya la he terminado. —Se detuvo—. Dicen que hay que reinventarse, ¿no te parece? —Daniel la miraba con atención.

—¿No te encuentras bien? No tienes buena cara.

—¿Eh? —Sofía evitó su mirada—. ¡No, estoy perfectamente! He

dormido un poco mal —contestó evasiva—. También he venido porque tengo que hablar con Lucas, el fiscal, ayer no estuve muy correcta con él y quiero disculparme, aunque no es precisamente santo de mi devoción. —Entornó los ojos y esbozó una sonrisa irónica.

—Mío tampoco, la verdad —reconoció el forense—. Me recuerda a esos gallos tan típicos de Portugal, con la cresta bien alzada y orgullosa, hace tiempo que no veía a un tipo tan pagado de sí mismo. Ayer vino diciéndome que no estaría mal hacer un estudio psiquiátrico de la italiana a la que el marido dio una paliza. —Ella asintió—. Dice que ahora quiere retirar la denuncia y tu querido fiscal piensa —chasqueó la lengua— que eso es un indicio de que debe de tener algún trastorno.

—¡Joder! —exclamó ella, abriendo mucho los ojos—. ¡Está obsesionado con ese asunto! Yo lo mandé a paseo porque se me puso muy tonto también con ese tema, hasta comentó que se sintió amenazado por la pobre mujer. ¿Y qué le dijiste?

—Que solo lo haría si el juez me lo pedía —respondió él, encogiéndose de hombros—. Se molestó un poco, creo.

—Se me están quitando las ganas de pedirle disculpas... —rio ella entre dientes—. Pero voy a hacerlo, aunque me vaya no me gusta dejar las cosas así. Bueno, voy a buscar a Paco, otro al que le queda poco aquí... Nos vemos luego. —Y empezó a alejarse.

—Espera —la retuvo el forense—. No hemos comentado las notas que te pasé.

Sofía se volvió en redondo, notando que empezaba a impacientarse. No le apetecía en absoluto hablar ahora sobre las teorías del forense sobre los oráculos griegos y el dios Apolo que había incluido en las notas que Enda vio en su casa. Le suponía volver a pensar en el inspector y a darle vueltas a su actitud. «Como si no lo hiciera constantemente», se dijo.

—Mira, Daniel —empezó—. Te agradezco las molestias que te tomaste en redactar esas notas, y son muy interesantes, pero por el momento no tenemos nada nuevo. Los Mossos están trabajando para identificar a esa chica, que es lo fundamental, es la única forma de dar con el asesino. A ver si dan con algo que nos ayude a entender esta salvajada... —se interrumpió, al notar que su móvil vibraba en el interior del bolso—. Perdona. —Lo sacó y miró la pantalla—. Es Anna —comentó, y deslizó el dedo para contestar.

Daniel permaneció junto a Sofía, mirándola con curiosidad a medida que la expresión de ella pasaba a ser de desconcierto. Hizo amago de marcharse,

pero la juez lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—¿Estáis seguros? —mientras hablaba, Sofía miró al forense abriendo mucho los ojos—. De acuerdo, ahora estoy en el juzgado y después volveré a Barcelona, pero me llamas si necesitáis algo. Venga, estamos en contacto. Gracias, Anna.

Colgó y dio un suspiro.

—Me parece que voy a tener que quedarme por aquí esta mañana. Creen que han identificado a la mujer asesinada. —El forense la miró, expectante—. Y ya tienen respuesta para tu famosa letra *E*.

## 4

Anna colgó el móvil tras hablar con Sofía y observó cómo la chica se tocaba el cabello rojizo en un gesto nervioso, moviendo las piernas a un lado y a otro, mientras miraba a Romero con expresión de angustia. Las lágrimas habían hecho su aparición cuando la sargento le enseñó las fotografías de la autopsia; tuvo que darle un vaso de agua y esperar a que se repusiera. De inmediato reconoció a la fallecida por sus tatuajes. Era Elsa, su amiga y compañera de piso.

Cuando llegaron a la comisaría, Anna se esforzó por sacarle a Nadia, la chica del tatuaje del delfín, todo lo que pudo, pero pronto quedó claro que no mantenía demasiada relación con sus compañeras, o no quería reconocerlo, y lo más útil que obtuvo fue el número de móvil y el fijo de Elsa. Dejaron a Nadia en comisaría por el momento, a pesar de sus protestas. El móvil no daba señal, pero en el fijo contestó una chica que dijo llamarse Merche y que, tras su desconcierto inicial, acudió a la comisaría de Sant Feliu en un tiempo récord.

Tras el cristal, Anna y Durán observaban en silencio el interrogatorio que Romero, con infinita paciencia, estaba haciendo a Merche para sacar todo lo que pudiera ayudarlos. Llevaba más de una hora en ello, pero la sargento no era de las que se daban por vencidas hasta que no obtenía toda la información posible. El puzle empezaba a tener sentido.

La mujer asesinada era Elsa Zafra Valls, tenía veintidós años y había nacido en un pueblecito de no más de cinco mil habitantes, cerca de Girona. Familia de clase media; su padre era secretario del ayuntamiento, la madre regentaba una pequeña mercería donde se hacían talleres de labores, y un hermano, cinco años menor, que estaba estudiando bachillerato. Elsa había querido venir a Barcelona a estudiar Turismo, pero se cansó enseguida y

empezó a servir copas en un bar del Born donde trabajaba Merche, a la que conocía a través de amigas comunes. Una vez hubo probado las mieles de la independencia, descartó la idea de volver a su pueblo, aunque malviviera con lo poco que ganaba.

Merche vivía en un piso heredado de su abuela en el barrio de Sant Andreu, con dos habitaciones minúsculas, una cocina americana y un baño en el que había que entrar de lado; era su único patrimonio, además de un desvencijado Seat Panda que aparcaba en la calle. Cuando Elsa le explicó que el dueño del cuchitril en el que vivía la amenazaba con subirle la renta a menos que se pusiera un poco cariñosa, se dejara meter mano y le hiciera una paja de vez en cuando, su compañera le ofreció compartir casa y resultó bien, así la ayudaba a cubrir gastos y estaba acompañada.

Una noche de sábado, con el bar hasta los topes, un tipo con gafas de pasta negra, pajarita al cuello y pelo largo rapado sobre las orejas que recogía en una coleta se acercó a Elsa, que estaba detrás de la barra sirviendo copas a toda velocidad, y le hizo una seña. Cuando fue hacia él, el individuo sacó de su bolsillo una tarjeta con un nombre extraño, Ónfalos, y un número de teléfono. Haciéndose oír por encima de la música, le dijo que era representante de una empresa de modelos y que estaba buscando chicas con buena presencia para trabajar en un gimnasio de categoría en Barcelona y ella daba el perfil. Desconcertada, guardó la tarjeta en los tejanos y no volvió a pensar más hasta que llegó a casa y, reventada, se dejó caer en el sofá. Se lo contó a Merche y ella le dijo que era buena idea, por probar...

Una policía abrió la puerta y dijo a Durán:

—Hemos localizado a los padres de Elsa, vienen hacia aquí, tardarán hora y pico. En breve tendremos la información que habéis pedido. De Rincón... —hizo una pausa— no sabemos nada de momento.

El inspector asintió, haciendo un gesto de disgusto. El policía nacional había desaparecido esa mañana burlando la vigilancia y no tenían ni idea de dónde estaba. Durán había estallado y echado una soberana bronca a los responsables, pero el mal ya estaba hecho.

Se volvió de nuevo hacia el cristal. Merche lloraba otra vez al recordar cuando su amiga le decía que estaba harta de romperse la espalda por las noches y andar zombi durante el día, era demasiado joven para desgastarse tanto, había que disfrutar de la vida y podía ser una buena oportunidad. Así que se decidió, llamó al número de la tarjeta y fue a hacer una entrevista. Volvió encantada, le pagarían dos mil euros por una jornada de seis horas de

trabajo cada día, incluidos festivos, «solo por estar en recepción», le contaba, feliz. Merche, aunque se alegraba por ella, no pudo evitar sentir un punto de envidia; estaba claro que le habían ofrecido el trabajo por su físico, Elsa era muy guapa, tenía un cuerpo bonito y eso era lo que buscaban. «Parecía un chollo», balbuceó con tristeza mientras Romero le tendía otro pañuelo para eliminar los restos de lápiz de ojos que manchaban sus mejillas.

Al poco, empezó a ver algo extraño en lo que contaba su amiga, en especial lo de la «puesta a punto»: depilaciones con láser, tratamientos dentales, arreglos de piel, cabello y uñas, a cambio de un trabajo en la recepción de un gimnasio. No le olía nada bien. Y además había que hacerse un tatuaje obligatorio que debía tener un significado que decidían ellos, aunque eso no importaba nada a Elsa. Tampoco le gustaba lo que explicaba de su jefa, una tal Darya, que les decía a las chicas cómo tenían que vestirse y comportarse con los clientes y que las acompañaba a todas las sesiones de estética. Le advirtió que todo le parecía muy raro, pero Elsa no quiso escuchar, estaba encantada con su sueldo y, entre risas, le dijo que pronto podría comprarse un coche con ese dinero y que no tendría que depender del viejo trasto de su amiga para llegar al trabajo. «Pero las cosas cambiaron —suspiró Merche—. Y bastante.»

—Les vendieron bien el producto —murmuró Anna—. Yo también hubiera caído, a su edad.

Durán la miró un instante y contestó:

—No lo creo, no te imagino tatuándote para conseguir un trabajo.

—¡Qué manía tenéis todos con que no me van los tatuajes! —se quejó, alzando las manos.

—¿Todos? —se extrañó él. Ella le hizo un gesto para que callara.

Al principio, explicaba Merche, todo iba bien. Su amiga le contaba maravillas, se organizaban muchos eventos, el ambiente era bueno, la gente era educadísima y hasta podías ver a algún famoso de vez en cuando y hacerte fotos con él. Elsa estaba convencida de que había tenido un golpe de suerte. Por fin.

Un día llegó a casa más tarde que de costumbre, sin hablar, pero en su cara vio que estaba enfadada y asustada a partes iguales. No quiso explicarle nada y ella tuvo que marcharse a trabajar. Al día siguiente se levantó al mediodía y se sorprendió al ver en el comedor a un hombre alto y musculoso, un barbudo pelirrojo que se la quedó mirando con sus ojos claros. Ambos estaban sentados ante la mesa del comedor con una taza en la mano, en

silencio, como si el hombre hubiese venido a darle una mala noticia. Elsa ya estaba vestida para salir y apenas la miró; se levantó y cogió su bolso. Solo le dijo que el visitante era un amigo y que había venido para acompañarla al trabajo. Merche, desconcertada, le preguntó si había pasado algo, pero ella se limitó a contestarle que llegaba tarde y fue hasta la puerta. El pelirrojo se levantó, dejó la taza en la mesa y, después de sonreírle, salió tras Elsa sin pronunciar una palabra. Sin entender nada, desde la ventana, vio cómo ambos subían a un coche oscuro que conducía él y se perdieron de vista.

Su amiga no volvió en todo el día, ni tampoco esa noche, en la que ella libraba, y estuvo a punto de llamar a la policía o a sus padres, cuando por fin, al mediodía, apareció, cansada y con una expresión de derrota en su cara. No quiso hablar y se metió en el cuarto de baño, donde se dio una ducha interminable.

«Ese fue el comienzo», pronunció Merche en un tono tan bajo que Anna apenas pudo oírla.

La puerta se abrió nuevamente y el mismo policía le alargó a Durán un folio. Este lo leyó y se lo pasó a Anna en silencio, que lo miró, interrogante.

—Esto puede explicar muchas cosas —dijo él.

«Elsa entraba y salía de casa a horas siempre diferentes», siguió diciendo Merche; ya casi ni se veían; tenía la sensación de compartir piso con un fantasma. Una noche que no trabajaba, se despertó al oír que alguien decía su nombre. Elsa estaba sentada en su cama, «llevaba un vestido plateado que casi no le tapaba el culo», recordó con tristeza, «y lloraba desconsoladamente». Aturdida, le preguntó qué le había pasado, pero su amiga solo era capaz de decir, «lo dejo», «lo dejo». Se asustó mucho e intentó calmarla, pero no había forma. Empezó a dar vueltas por la habitación y hablaba atropelladamente: «¿Sabes lo que hacen con nosotras? Somos una puta mierda, un trozo de carne. No es solo ir a una fiesta del brazo de un viejales de turno, si hay que hacerle una mamada, se le hace. —Se pasaba las manos por los ojos—. Si tienes que dejar que te toque el coño, también, pero sobre todo hay que sacarle algo para tenerlo pillado por los huevos, y si es una foto mejor... Hija de puta...».

Se sentó en el suelo y la miró desde allí, ya sin lágrimas, casi sin voz. Le explicó que había llamado a Darya para decirle que se iba, y la cabrona le contestó que si quería que la investigación que había contra su padre y el alcalde de su pueblo continuase estancada, sería mejor que se estuviera quieta. Merche se levantó de un salto y le anunció con firmeza que hasta aquí

había llegado la cosa, que se iban a ir a comisaría a denunciar. Elsa negó con la cabeza y le dijo que no podía hacerlo, pero que aquel tipo pelirrojo era policía y que la ayudaría. No hubo forma de convencerla.

Desde ese día, el «supuesto policía» entraba y salía de casa a menudo, pero a ella nunca le dijo otra cosa que «hola» y «adiós». No le gustaba nada, nada, pero Elsa le insistía en que era de confianza, y además, era evidente que estaba colada por él. «Hasta que llegó el día», pronunció con amargura Merche, en que tuvo que decirle a su amiga que se fuera.

## 5

Faltaba poco para las seis de la tarde cuando Rivas llegó al final de la cuesta que llevaba a la entrada del hotel Vela. El sol aparecía y desaparecía entre las nubes proporcionando momentos de alivio, pero daban ganas de meterse en el mar para refrescarse. La playa estaba bastante llena, la mayoría tumbados sobre sus toallas, disciplinados y ofrecidos al astro rey, intentando absorber el máximo de radiación solar para lucir un bronceado envidiable. A él le gustaba más la playa en invierno, el viento en la cara que le traía el sabor del mar y las olas que azotaban la costa, todo lo que le recordaba la insignificancia del hombre frente a la naturaleza.

Traspuso la puerta giratoria y se halló en el lujoso vestíbulo acristalado. Se había terminado el calor. Giró a la izquierda para dirigirse al bar, que estaba bastante lleno. Sonaba una canción pegadiza en la que una mujer de voz dulce se preguntaba con angustia cuán profundo era el amor de su amante, pero nadie de los allí presentes parecía prestarle atención; algunos grupos estaban enfrascados en charlas en las que lo suyo era alzar la voz lo máximo y reír a carcajadas las ocurrencias de los demás. Varias parejas permanecían en los sofás, bien juntitos, sin hablar, con una expresión de aburrimiento en sus rostros que explicitaba lo bien que lo estaban pasando. Su presencia atrajo algunas miradas, pero rápidamente lo olvidaron, sumidos en el relax que proporcionaba el ambiente y las copas.

Fue hasta la cristalera que daba a las tumbonas y la piscina, donde había más gente tomando el sol y mirando el mar. Nadie parecía especialmente interesado en su persona, por lo que retrocedió y fue hasta la barra. El camarero, educadísimo, le hizo una exposición de los cócteles del día, oferta que, para su desilusión, Rivas declinó, por lo que con una expresión triste, como si le supiera mal que no se lanzara a probar las exquisiteces de la casa,

le sirvió la cerveza que pidió. Eso sí, de una marca desconocida para él, allí no tenían cabida las vulgaridades.

De pie, junto a la barra, se dedicó a observar discretamente a su alrededor. Ya eran las seis y el autor de la nota no había aparecido. Quizá solo era una broma de mal gusto, pensó. Dio la espalda a la concurrencia, dejó la copa y, de golpe, supo quién era la persona que lo había citado allí. Imposible olvidar ese perfume, aunque solo lo había olido una vez. Y se volvió a la izquierda.

A su lado, salida de la nada, estaba la mujer rubia del gimnasio, la que según Lupe se llamaba Darya. Sus ojos verdes lo escrutaban con seriedad, evaluándolo, y sus labios gruesos apenas maquillados se curvaban en una sonrisa ficticia. Llevaba un vestido de color crema que destacaba el bronceado, anudado en el cuello y ceñido ligeramente a su breve cintura, y unas sandalias doradas que aumentaban su estatura hasta ser tan alta como él. Del hombro le colgaba un pequeño bolso también dorado cuyo precio debía de suponer unos cuantos meses de su sueldo. El cabello rubio caía en una cascada de ondas sobre su espalda desnuda. Muchas miradas estaban fijadas en ella, las de los varones, apreciativamente, y las de las mujeres, intentando hallarle algún defecto.

—Volvemos a encontrarnos —dijo con aquella voz de ligero acento eslavo.

—Yo no lo llamaría un encuentro —ironizó él.

—¿Una cita, tal vez? —Ella ladeó la cabeza y dejó ver sus pendientes de cristal verde como su mirada, que ahora tenía un punto de picardía. Alzó una mano y la posó con suavidad sobre su brazo. Su palma era suave y cálida. El contacto solo duró unos segundos, pero no pudo evitar preguntarse cómo sería el tacto del resto de su piel—. ¿Te parece que vayamos fuera? Aquí hay demasiada gente.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y fue hasta la puerta acristalada. Rivas cogió su cerveza y la siguió, observando la cadencia de sus andares. En la terraza, ella buscó una esquina en la que bajo una sombrilla había una pequeña mesa y dos sillas libres. Orientó la suya de cara a la playa, se sentó y cruzó las piernas, dejando ver una porción más que generosa de su muslo derecho a través de la abertura lateral del vestido. Se sorprendió a sí mismo pensando que le gustaría dibujarla en esa pose.

—¿No vas a tomar nada? —preguntó Rivas con cierta brusquedad a fin de recuperar su objetividad, sentándose a su lado.

—No me gusta el alcohol, y a esta hora no me apetece nada, gracias —

contestó, mirándolo bajo sus pestañas.

—No era una invitación. —Dio un sorbo a su cerveza y la dejó en la mesa—. Bien, supongo que no me has hecho venir hasta aquí para contemplar el mar, ¿no es cierto?

Ella esbozó de nuevo una sonrisa calculada y alzó los brazos para apartarse la melena a un lado, dejando el cuello al descubierto. Le dirigió una mirada que había perdido el toque pícaro.

—Tienes razón. Voy a ser directa, he venido para decirte que dejes de husmear o te arrepentirás. —El tono era seco—. Es por tu propio beneficio. Todavía estás a tiempo de echarte a un lado; a cambio, quizá recibas algo —le advirtió, cruzando sus manos sobre el regazo. Lo miró como si estuviese ayudando a un buen amigo a salir de un atolladero, los ojos cargados de promesas.

Rivas alzó una ceja y soltó una carcajada que sonó a falsa.

—¿Y para decirme eso era necesario montar este numerito? Pues te ha quedado muy bien, tengo que reconocerlo. —Se inclinó hacia ella y la observó de arriba abajo—. Debes de tener mucho éxito, tienes un cuerpo increíble, Darya, lo reconozco. —Al oír el nombre, ella se tensó—. ¡Qué suerte tengo, me ha tocado el premio gordo! ¿Has venido a ofrecerte para convencerme de que lo deje estar? Si follamos unas cuantas veces..., las que a mí me apetezcan, claro, me olvido de todo, ¿no? —Sus ojos la recorrían para provocarla—. De todo —repitió, y se recostó en su silla—. De que tú y los que están contigo os dedicáis a corromper a todo el que se os pone por delante, de que vivís del chantaje, de que habéis matado a una mujer a golpes y a un amigo mío porque iba a darme una información, y como premio me llevé una paliza, ¿sigo? Idos a la mierda. Eso ha funcionado con Asensio y otros como él, pero lo siento, aquí has calculado mal.

—No es ninguna oferta, yo no estoy en venta. —Pronunciaba cada sílaba con una sonrisa fría que no llegaba a sus ojos—. Te valoras demasiado, no eres más que un madero más —masculló.

—Pues para ser un madero más os tomáis muchas molestias —remedó él.

—Yo no tengo... —se corrigió—, no tenemos nada que ver con la paliza ni hemos matado al periodista. Tampoco a esa mujer. No hemos sido nosotros, pero podemos darte información sobre los policías que están metidos en esto, nombres. ¿Estás seguro de que no te interesa? —insistió.

—¿«Nosotros»? ¿Quiénes sois? —Volvió a echarse hacia delante y la observó con detenimiento.

—Eso no tiene importancia —contestó con firmeza—. Has hablado de Asensio; hay otros... —Alzó las manos con las uñas pintadas de rojo sangre y exhibió los dedos uno a uno—. Tengo hasta nueve nombres que podría darte, si tú quisieras. —Sus ojos lo miraban, hipnóticos—. El que llevó los trámites de la licencia para abrir El Merengue compinchado con el abogado que ya conoces, por ejemplo. No fue fácil, el favor fue para un ciudadano ruso residente en Francia, una operación limpia. O quizá te interese saber el que facilita tarjetas de residencia sin demasiados problemas... Puedo darte la caja de Pandora, si no miras más allá de esos nueve nombres. Y algo especial, el que los ha dirigido a todos. —Se permitió una sonrisa cómplice—. No lo hubieses dicho nunca.

Rivas dudó un segundo antes de responder. La investigación estaba bastante avanzada y de algunos ya lo tenían todo atado, pero faltaba la cabeza directora. Y seguía sin recordar aquello que su mente se empeñaba en ocultarle, y sentía que era importante.

—Si accedo a lo que dices, ¿cómo sé que no me estáis vendiendo humo? ¿Y cómo tendréis la seguridad de que os dejaremos en paz y nos conformaremos con esos nueve?

Ella se inclinó hacia él y puso con suavidad la mano derecha en su rodilla.

—Un trato es un trato.

Su perfume le llegó de nuevo, embotando su cerebro, empujándolo suavemente a caer en el pozo de su mirada. Sintió que podía sumergirse en aquella agua verde y dejarse llevar por olas mansas, envolventes, que se movían a las órdenes de las hadas de las historias que su madre le explicaba cuando era niño. Sería fácil, una manera de liquidar el asunto de una vez por todas, de poder volver a su vida y dejar atrás toda la podredumbre que lo rodeaba. Pero en las leyendas también se advertía que muy pocos habían vuelto para contarlo, las aguas se cerraban sobre ti y eran impenetrables, como la misma piedra.

—No —pronunció con esfuerzo—. Esto es una partida de ruleta, es todo o nada.

Una expresión irritada apareció en el rostro de ella, que retiró la mano y desvió su mirada.

—Te arrepentirás —siseó ella, mirando hacia la playa, ofreciéndole su perfil. Tras unos instantes se volvió hacia Rivas, recuperada su frialdad—. ¿Te crees que vas a pararnos? ¿Tú solo? No me hagas reír.

—Nada más lejos de mi intención —replicó él—. A estas alturas tendrías

que saber que pienso llegar hasta el final. Y que no estoy solo. —Terminó su copa—. Si esto es todo... —Se levantó y esbozó un gesto de despedida. Se volvió para marcharse, cuando lo detuvo la voz de Darya, seca:

—No tenemos nada contra ti, desaparecemos pronto, así que será mejor que te olvides de nosotros, porque de lo contrario... —Dejó la amenaza flotar en el aire mientras sus ojos lo taladraban.

Rivas se dio la vuelta y le sonrió con sorna.

—Tengo buena memoria y no me gusta olvidar nada. Dile a los tuyos que lo has intentado, pero les ha salido el poli tozudo, aunque creáis que de esa clase ya no existen. —Hizo un gesto de despedida y se marchó sorteando las mesas y las tumbonas.

## 6

—Ha sido duro para esa chica —comentó Víctor mientras apagaba el aire acondicionado y abría las ventanillas.

Anna asintió con gravedad. Ambos estaban sentados en el coche de su compañero, que había acudido a buscarla a la comisaría de Sant Feliu para llevarla a Barcelona. Suspiró y miró hacia el portal de su casa. Estaba agotada, había pasado el día entero en la comisaría, más el madrugón de la mañana, así que aunque solo eran poco más de las seis y media de la tarde le parecía que no había dormido en mucho tiempo.

—Tendrías que haber visto a los padres —comenzó—. Estaban destrozados. —Meneó la cabeza con pesar—. En cuanto vieron las fotos se echaron a llorar, reconocieron los tatuajes, falta por confirmar la prueba de ADN, claro, pero...

—No hay duda de que es Elsa y que, por lo que has contado, Rincón tiene todos los números para ser su asesino —afirmó Víctor, las manos sobre el volante.

—Está claro que ambos mantenían una relación, quizá al principio se limitó a ser su chulo, por lo que ha explicado Merche. —Pensativa, colocó el codo en la ventanilla y apoyó la cabeza—. No soportaba ver cada día a Rincón en su casa, así que el día en que los pilló en plena faena no pudo aguantar más y tuvieron una bronca monumental. Solo hace tres semanas de eso —reflexionó—. Elsa cogió sus cosas y se marchó, por eso su amiga pensó que se iba a vivir con él y no denunció su desaparición.

—Eso no me cuadra. —Se movió nervioso en su asiento—. ¿Adónde fue, a casa de Rincón, con Gloria? No puede ser.

—No —reconoció ella, mirándolo—. Porque Gloria estuvo en su casa, que sepamos, hasta el jueves de la semana pasada, que fue cuando llamó a su madre, y esa noche desapareció. Igual se la llevó a un hotel o algo parecido. Sería por pasta. —Esbozó una sonrisa.

Él sopló con fuerza.

—En resumen, Merche dice que Elsa era un gancho en el gimnasio para los clientes, a los que a cambio de dejarse hacer les sacaban información que luego usaba esa gente para lo que fuera, y probablemente también lo son Nadia y las demás chicas, ¿no?

—Sí —reconoció—. A Nadia hemos tenido que detenerla, no había otra forma de mantenerla más tiempo en comisaría, pero mañana o antes habrá que ponerla en libertad; Durán y Romero la están exprimiendo, a ver si le sacan algo. Cuando me iba, llegaba su abogado, que no era de oficio, precisamente —ironizó—. Ahora estaban intentando localizar al resto de chicas. Al menos habremos ganado algunas horas, porque ahora empezará la desbandada. —Cogió su bolso del suelo y buscó las llaves—. En ese gimnasio no solo se dan clases para cuidar el cuerpo, sino que se ofrecen chicas para servicios sexuales, no me cabe la menor duda.

—Eso no es delito —puntualizó Víctor—. Si lo hacen voluntariamente, son mayores de edad...

—Ya, pero aquí está claro que no todas iban voluntarias, mira lo que Elsa le contó. Lo hemos comprobado mientras se hacía el interrogatorio. —Lo miró con seriedad—. Hay una investigación abierta por cohecho, prevaricación y unos cuantos delitos más contra el alcalde y funcionarios del ayuntamiento del pueblo de Elsa, entre ellos, su padre. Curiosamente, lleva meses parada sin que se sepa bien por qué. Así que —frunció el ceño— el gimnasio tiene cogidas a las chicas para que contacten con los clientes, exploten sus debilidades y saquen...

—¿Más dinero? —la interrumpió con ironía.

—No sé. Mierda. —Se reajustó la coleta—. No tiene mucho sentido, el gimnasio es carísimo de por sí; aquí hay algo más, sacan información que luego pueden utilizar, eso es poder, y a la larga, dinero; es como una cadena de chantajes —suspiró—. Tengo la cabeza hecha un bombo. —Hizo una pausa y miró sus llaves, ausente—. Pobrecilla, Elsa, digo —ante la mirada interrogante de él—. Las letras que grabó en su cuerpo creo que son la inicial de su nombre; le destroza la cara y las huellas dactilares pero quiere dejar una señal de quién era, qué hijo de puta —se estremeció. Ambos permanecieron

en silencio unos instantes—. Bueno, gracias por traerme. Voy a subir a casa y a darme una ducha fría para despejarme.

—De acuerdo. —Se acarició la barba, pensativo—. ¿Y de Gloria, sabéis algo?

—Nada, Merche no sabía ni que existiera y los del grupo de desaparecidos están a oscuras. Igual sorprendió a Elsa y a Rincón y este se la cargó e hizo lo propio con Elsa para evitar que los delatara.

—Tiene sentido —reflexionó Víctor—. Pero aun así, mañana voy a ir a casa de la amiga danesa de Gloria. Me dijo que llegaba en sábado, pero no concretó la hora, la llamaré primero o iré sin llamar, no sé. —La miró con seriedad—. Sé que no me corresponde esta búsqueda, pero siento que se lo debo a su madre. Es probable que la amiga no sepa nada, pero podría ser que Gloria le confiase algo sobre cómo le iban las cosas con su marido o lo que sucedió en los últimos días. —Daba golpecitos al volante—. Es mi último cartucho. Esta mañana me ha llamado la madre de Gloria para pedirme por favor que si mañana encuentro a Inger le cuente luego lo que me haya dicho. Pobre mujer, puedo entender el infierno que está viviendo...

—¿Dónde vive esa chica?

—En la calle Perill, en Gràcia, si quieres venir conmigo... —sugirió.

—No creo que pueda, a ver qué sorpresas tenemos mañana, pero mándame un *whatsapp* con la dirección y si estoy libre iré contigo, a ver si nos aclara algo —prometió.

Víctor sonrió.

—Genial, quedamos así. Anda, ve a ducharte ya, que falta te hace.

—¡Pero bueno! —se indignó Anna—. ¿Insinúas que apesto? —se quejó, abriendo la puerta del coche.

—No insinúo, afirmo —rio mientras ella bajaba.

## 7

El hombre apagó el cigarrillo, esquivó a una chica que iba patinando sujetando con la correa a un perro pequeño que jadeaba a su lado por el esfuerzo, y lo tiró a una papelera mientras veía a Rivas bajar la cuesta del hotel para dirigirse al paseo. Fue hasta la zona de restaurantes y se acercó a un grupo de gente que acababan de salir de uno de ellos a fin de evitar que el inspector pudiera verlo cuando llegase a su altura. Darya se había quedado sentada en la terraza y hablaba por el móvil. Debía de estar contándole al viejo, cómo no, el resultado de la

entrevista, que a juzgar por los gestos de ella no había resultado demasiado bien. No le extrañaba nada, él sí que conocía al inspector, y ellos no.

Se permitió una sonrisa, no podía negar que en el fondo le encantaba que las cosas les fueran mal, ahora que lo habían apartado. Aunque todavía estaba en peligro; quedaba poco tiempo y había algunos eslabones débiles que cantarían lo que les pidieran a cambio de un buen trato. Y él no quería ser parte de la letra de esa canción. Para cuando empezasen a apretarlos, esperaba estar muy lejos de allí. Le quedaban pocas horas para ultimar todo. Su pulso se aceleró al pensar que si todo salía bien mañana por la tarde estarían los dos juntos, volando hacia un destino mágico que les permitiría empezar una nueva vida. No era insensible a lo que dejaba aquí, pero tenía que ser sincero consigo mismo: dejar de ser un mierda por una vez en la vida y hacer lo que sentía era lo mejor que podía hacer. Con el tiempo se olvidarían de él. O eso esperaba. Ya había distribuido el dinero que le dio el viejo y tampoco se llevaba tanto.

Suspiró y miró hacia el mar, mientras por el rabillo del ojo veía cómo Rivas enfilaba el paseo y se alejaba de él. No lo culpaba de nada; también, como él mismo, había tenido que lidiar con sus demonios, pero a diferencia del inspector, hasta ahora, no había podido romper con todo. Acarició el Zippo en su bolsillo y declinó la idea de fumarse otro, tenía que cuidarse; las cosas iban a cambiar, dejaría el tabaco y conservaría el encendedor como un recuerdo de lo que no podía volver a ser.

Se volvió y divisó a Darya que se levantaba de su asiento e iba hacia el interior del hotel. Seguro que cogería un taxi y se marcharía a casa para decidir el siguiente movimiento con el viejo. Se preguntó con indolencia qué harían si la policía conseguía llegar hasta ellos; «qué lástima», se dijo con una sonrisa alegre mientras empezaba a andar por el paseo.

Apolo, su olivo y todo lo demás lo tenían claro, nadie los cuidaría con tanto mimo como el viejo. «Que se vayan a la mierda», pensó, y se sintió mucho mejor. Además, si el asunto llegaba a oídos de los que realmente movían los hilos, aquellos a los que él ni siquiera había podido conocer en todo el tiempo que llevaba metido en el tinglado, les pedirían cuentas al viejo y a la rubia, y ya podían irse despidiendo de este mundo.

Sin embargo, no acababa de estar tranquilo, si ella lo había delatado, y la bruja era perfectamente capaz de hacerlo, a Rivas le faltaría tiempo para caer sobre él. Si eso llegaba antes de que pudiese marcharse, estaba jodido, bien

jodido. Dio una patada a una piedra e intentó tranquilizarse. Al menos hoy se escondería, y si no lo cogían, mañana lo tendría mucho más fácil.

La chica de los patines y su perro llegaron de nuevo a su altura y pudo observar cómo el pobre animal estaba a punto de darse por vencido. Le dieron ganas de arrebatarse la correa y liberarlo para que pudiera tumbarse en el suelo, pero lo dejó estar. Recordó entonces cuando era un chaval y los críos del barrio encontraron a un perro abandonado en un descampado. Empezaron a jugar con él hasta que se cansaron, y el animal les hacía fiestas, agradecido. Luego lo ataron con una cuerda a una columna de hormigón y, por puro aburrimiento, le tiraron piedras, celebrándolo con gritos cuando daban en el blanco. No se atrevió a decir nada porque, si lo hacía, hubiese quedado como un marica y como un cobarde, pero procuró no alcanzarlo con ninguna de sus piedras.

Cuando todos se marcharon, él se quedó atrás y vio cómo el pobre animal seguía vivo pero agonizaba por sus múltiples heridas. Lo miraba, gimiendo, sabiendo que la muerte lo rondaba. Se agachó y le retorció el cuello, como en las películas de vaqueros que ponían en la tele cuando era niño, en las que el héroe mataba al caballo para que dejara de sufrir. La mirada del perro lo persiguió en sueños durante muchas noches, pero nunca le hizo sentirse mejor.

*13 de junio del 2015*

El infierno es sombrío.

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*La tragedia de Macbeth*

## 1

En contra de la opinión de Rodrigo, Rivas insistió en estar presente cuando detuvieron a Asensio; quería, al menos, verle la cara, aunque lo que le pedía el cuerpo era partírsela. Su charla del día anterior había surtido efecto, al salir del bar se dedicó a hablar con todos los implicados para advertirlos y eso permitió confirmar algunos nombres que faltaban. Menos Asensio, todos habían sido detenidos en sus casas, en una operación simultánea a las cinco de la mañana. A su estimado compañero lo habían pillado en El Merengue, borracho como una cuba, con los pantalones bajados mientras intentaba metérsela a una de las chicas que aguantaba su incapacidad con una expresión de tedio absoluto en su rostro. No opuso resistencia al ser detenido y, al pasar por su lado con las esposas puestas, escupió en el suelo, pero no pronunció palabra.

Prueba de que el castillo que habían construido durante todo ese tiempo se estaba desmoronando fue que ninguno de los abogados particulares que supuestamente debían asistirlos se dignó a contestar el teléfono. Se había cerrado el grifo, habían dejado de ser útiles y, por lo tanto, volvían a ser policías sin más. Se tuvieron que conformar con abogados de oficio, que iban llegando uno tras otro.

Sentado ante su mesa en la brigada, Rivas sintió que necesitaba unos minutos de soledad para organizar nombres y acciones; dibujó un esquema que pretendía ser lo más completo posible de lo que sabían. Le jodía reconocerlo, pero Darya le había dado el número exacto: nueve, nueve policías metidos en ese saco lleno de mierda. Cuatro habían querido declarar enseguida y habían dado fechas, lugares, personas. Experimentó una sensación de vértigo teñida de incredulidad. Habían actuado delante de las narices de todos y nadie había sido capaz de darse cuenta.

Escribió el nombre de cada uno, el lugar donde trabajaban y sus

«actividades»: proporcionar libre acceso a bases de datos policiales, agilizar los trámites para renovación de tarjetas de residencia, para obtener licencias de apertura de locales, alertar a estos de las inspecciones para que pudieran pasarlas sin ningún problema... Y todo a cambio de favores de lo más variopintos, algunos realmente miserables: botellas de vino, bolsos para sus mujeres y novias, entradas para el fútbol, un iPhone último modelo, cursos de posgrado en el extranjero, cirugía plástica y, sobre todo, dinero, dinero negro que había que blanquear a toda costa. «Qué triste —se dijo—, jugarse el trabajo, la familia, tu vida por unas cuantas botellas y entradas de fútbol o por una mierda de teléfono.» Pero el esquema todavía no estaba completo.

—¿Quién es? —se preguntó en voz alta. Se levantó y dio vueltas en la sala vacía mientras su mente buscaba respuestas.

La investigación que le había encargado Rodrigo se había iniciado a raíz del rumor de que Andrés estaba metido en algo sucio. La cuestión fundamental era, por tanto, quién era la persona que lo había difundido y por qué. Ninguno de los que hasta ahora habían hablado sabían cuál era el policía al mando, algunos actuaban solos, otros recibiendo instrucciones de Asensio. Rivas dudaba mucho de que este tuviese suficiente capacidad de dirección, ni tampoco el resto de detenidos; faltaba el enlace con Darya y el misterioso Puerto. Si esperaban a que Asensio hablara, la cabeza directora se les escaparía sin remedio. Joder, pensó, el tiempo corría en contra.

Rodrigo entró en la sala y, al verlo, fue hacia él, sentándose en una de las sillas. Llevaba dobladas las mangas de la camisa que se tensaba sobre su vientre y las gafas torcidas sobre el puente de la nariz. Parecía agotado, hasta su bigote estaba mustio.

—Me gustaría no haber vivido este día —empezó, y guardó silencio unos instantes—. ¿Sabes que conocí al padre de Miguel? —Con una mano se masajeó el entrecejo—. También era policía y fue una de las mejores personas que he conocido nunca. Por suerte, que Dios me perdone, murió hace unos años, no ha tenido que ver a su hijo en esto. —Se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos, mirándolo—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba pensando. —Dejó de pasear y se sentó en una silla frente a él—. Esto no se ha acabado.

Rodrigo asintió, dándole la razón.

—Acabo de hablar con los Mossos, han comunicado todo lo que saben sobre la relación que tenía Andrés con ese gimnasio; en concreto, la lista de chicas que se ocupaban de chantajear a los clientes tras dejarse manosear. El

juez nos dio el mandamiento de entrada y registro ayer a última hora y ahora están los nuestros poniéndolo patas arriba; nos hemos comprometido a pasarles todo lo que pueda tener relación con el asesinato que ellos llevan. — Rivas asintió—. No estaba la rubia esa ni había ordenador en el despacho que dijiste. Nadie sabe dónde vive esa mujer ni que tuviese alguien que diese órdenes por encima de ella. Ha desaparecido totalmente, solo queda la pobre gente que trabaja allí, y que ya pueden irse a la cola del paro. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos, dejando colgar los antebrazos—. Los Mossos están convencidos de que Andrés mató a esa chica, Elsa, con la que estaba liado para evitar que esta denunciara lo que estaba pasando allí, que la obligaban a prostituirse y el chantaje que le estaban haciendo. También piensan que se cargó a Gloria. —Rivas no dijo nada, limitándose a observarlo—. Y lo mejor es que Andrés se ha largado de su casa y no saben dónde está, cogió el coche ayer por la mañana en dirección a Barcelona y lo perdieron. —Chasqueó la lengua—. Lo tienen en busca y captura. Una buena cagada.

—¿Quién está haciendo ese registro? —inquirió Rivas, entornando los ojos.

—No te preocupes, están limpios. —Se irguió y lo miró con curiosidad—. ¿Qué pasa? Conozco esa cara.

—Quiero saber quién empezó a difundir el rumor de que Andrés andaba en algo sucio. Ahí está la clave de todo —afirmó.

Rodrigo abrió los brazos y miró al techo.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Andrés quería a esa chica —siguió, sin hacerle caso—. No la mató, esa muerte desencadenó algo y él no lo hizo —repitió.

—Te ha vendido la moto, ya veo —gruñó—. ¿Y Gloria, te olvidas de ella? —soltó Rodrigo, incrédulo.

Rivas sacudió la cabeza.

—Los rumores sobre Andrés empezaron hace días, antes del asesinato; a alguien le interesaba que todo el mundo pensase que era un corrupto, ya iban a por él y entonces... Esa muerte —se echó hacia delante y lo observó con intensidad— ha precipitado las cosas, es perfecto que él sea el autor, matamos dos pájaros de un tiro, un tío que es sobornable, encima asesino y todos tan contentos.

—Lo defiendes, entonces... —El tono era de sorpresa, lo miraba incrédulo, alzando las cejas.

—No. —Alzó los brazos y cruzó las manos sobre la nuca, echándose

hacia atrás en su silla—. Actuó como los demás, quizá no de una forma tan intensa como los otros; se dedicó más al tema de las chicas y al gimnasio. — Se permitió una débil sonrisa—. Lo que a él le iba más.

—Al final siempre vamos a parar a lo mismo —suspiró Rodrigo—. Al gimnasio ese de pijos.

Una luz se encendió en el cerebro de Rivas y se puso lentamente en pie.

—¿Qué has dicho?

—¿El gimnasio de pijos? —repitió, desconcertado.

—Era eso, entonces... —murmuró para sí. Volvió a sentarse, acercó su silla a la de su interlocutor y a pesar de que estaban solos le habló en voz baja durante un buen rato. El rostro de Rodrigo fue cambiando de color al escucharlo hasta adquirir una marcada palidez, y cuando terminó, se quitó las gafas y las dejó en una mesa próxima. Rivas hubiera jurado que tenía lágrimas en los ojos.

—Dios mío —fue capaz de decir—. ¿Estás seguro? —Rivas asintió y el inspector jefe guardó silencio unos instantes mientras reflexionaba—. Entonces ve y haz lo que tengas que hacer —hablaba despacio—, estaremos ahí... —se interrumpió—. Deseo con todas mis fuerzas que estés equivocado. —Pero su mirada reflejaba que en el fondo sabía que no era así.

## 2

El mediodía no era una mala hora para hacer un primer intento. Víctor le dijo a su mujer que tenía que hacer una comprobación en el domicilio al que fueron la noche del jueves y que esperaba volver pronto. Ella le repitió que tenían que ir a la agencia de viajes sin falta, aunque fuera por la tarde, y él respondió que no se preocupase, que ya se acordaba. Le dio un beso y salió de casa.

Se notaban las ganas de playa porque había poca gente en las calles para ser sábado y algunos iban con sombrillas en dirección al metro. Víctor y el sol no eran demasiado amigos, su piel era muy blanca y todo lo que conseguía al exponerse era un color gamba de Palamós poco favorecedor y dañino, a diferencia de su mujer, que parecía necesitar el sol para vivir. Él se ponía el máximo de protección posible, y ella, vuelta y vuelta sobre la toalla. Siempre le tomaba el pelo diciéndole que cuando fuese mayor parecería una pasa arrugada mientras que él se mantendría joven y apetitoso, ante lo que Maite soltaba un bufido de impaciencia, pero ni caso.

Había estado reflexionando sobre lo que Anna le contó el día anterior y

estaba de acuerdo con ella. Era muy probable que Gloria hubiese descubierto la infidelidad de su marido, una de tantas, por lo que sabían, pero si esta iba en serio, no era descabellado que le hubiese plantado cara y, ante ello, él hubiera reaccionado mal. Ojalá estuvieran equivocados y pudiese dar una buena noticia a la señora López; seguro que estaría en su casa, esperando, rodeada de todas aquellas flores artísticamente dispuestas por su hija y que daban a la casa un aspecto de mausoleo, pensó.

Mientras se acercaba a la calle Perill, decidió hacer una llamada al número de Inger. Tras el quinto tono, la llamada se desconectó sin dar pie a dejar ningún mensaje. Al menos el móvil estaba en funcionamiento; si venía en avión, pudiera ser que ya hubiese aterrizado. Volvió a intentarlo con el mismo resultado. Mandó un *whatsapp* a Anna para decirle dónde estaba y esta le contestó: «Ok, ahora saldré, dime el nombre de la chica y el número de la calle y piso». Tecleó y, cuando vio que lo había leído, guardó el móvil en el bolsillo.

Ya frente a la puerta, fue a llamar al timbre del interfono, pero no le hizo falta, ya que una señora con un carro de la compra salía en ese momento. Le sonrió y le aguantó la puerta para que pudiera salir. Miró los buzones, en uno de ellos rezaba, en letras de imprenta escritas sobre una cartulina blanca: «Inger Biehl». Pensó en subir directamente al piso, si Anna podía venir lo encontraría arriba, y si la mujer no había llegado volvería a bajar y la esperaría en la calle. Abrió la puerta del ascensor y se metió dentro.

### 3

Anna guardó el móvil en el bolsillo y se volvió para escuchar a Durán, que en aquel momento hablaba con uno de sus compañeros, a la par que con el teléfono en la mano iba dando indicaciones. Se habían desplazado hasta la comisaría del barrio de Les Corts de Barcelona para coordinar con la Nacional los registros que estos estaban haciendo en el gimnasio, mientras acababan de comprobar todo lo que se había averiguado en la tarde anterior. A ello se había sumado la desaparición de Andrés, que provocó que el inspector pusiera el grito en el cielo, amenazando con cortar las cabezas que hiciera falta. Para evitar males mayores, Romero se encargó de coordinar la búsqueda del sospechoso, pero de momento parecía que se lo había tragado la tierra.

Dejando aparte su justificada mala leche por el fallo en la vigilancia, Anna estaba gratamente sorprendida por la actuación de Durán. Nunca lo

hubiera dicho, pero había podido comprobar sus dotes diplomáticas que, estaba claro, guardaba para casos de necesidad como este. Había tenido que lidiar con sus superiores, con los de la Nacional y con los mandos intermedios de unos y otros para defender su investigación y acotar el asesinato, que era lo que los ocupaba, al tiempo que tuvo que compartir todo lo que pudiera tener relación con la trama de corrupción. Le constaba que no se había ido a dormir esa noche, pero el inspector estaba a pleno rendimiento; hasta hacía caso de sus comentarios, pensó con sarcasmo. La había llamado a las seis de la mañana para decirle que se encontrarían allí junto con Romero y, desde que llegó, no habían tenido un descanso.

El *mosso* se despidió de Durán, que colgó el teléfono y se recostó en la silla dando un suspiro.

—Creo que me merezco una titulación en relaciones entre los cuerpos policiales, que ríete tú de un máster.

—Ya veo —respondió ella, acercándose—. Me estoy dando cuenta de lo aburrido que es ser inspector, me lo pensaré antes de opositar —le sonrió.

—Eso, piénsatelo. —Se pasó las manos por el pelo, echándolo hacia atrás—. Joder, y ese tío sin aparecer. —Fruunció el ceño—. Necesito un café, ¿me acompañas a la máquina?

Anna echó un vistazo a Romero, que estaba concentrada hablando por el móvil.

—Sí, voy contigo.

Ambos salieron de la sala en la que estaban y fueron andando por el pasillo.

—Víctor acaba de mandarme un mensaje —comentó ella—. Ha ido al piso de la amiga de Gloria, la danesa. —Él la miro unos instantes sin comprender, hasta que recordó.

—¡Es verdad! Lo comentó los primeros días de la investigación, pero lo había olvidado. ¿La ha encontrado?

—Piensa que sí, puede ser la última pista sobre el paradero de la mujer de Rincón. —Él asintió—. Si no tenemos nada urgente aquí, me gustaría acompañarlo, es en Gràcia.

Habían llegado a la máquina y Durán buscaba monedas en sus bolsillos.

—Creo que ya tengo, no saques nada, invita la casa —le dijo—. ¿Cómo se llama esa chica? —Empezó a echar las monedas en la ranura.

Anna consultó el móvil y le enseñó el mensaje de Víctor.

—Inger —pronunció él, pensativo—. Lo conozco. —Alzó la vista hacia

ella—. Es que mi ex se llama así, estoy recién divorciado... —se interrumpió, al ver la expresión de ella—. Ya te lo han dicho... Romero, ¿me equivoco? —Ella asintió—. Es una bocazas. —Sonreía, cosa extraña en él—. Pues sí, me suena por eso y por otra cosa, el apellido, Biehl. El año pasado estuve colaborando con personas desaparecidas y estuvimos buscando a una chica con ese nombre. No la encontramos. —La miró. Dejó de echar monedas en la máquina, olvidado ya el café.

—No puede ser, Víctor comentó que habló con ella por teléfono esta semana, hablaba en inglés y le dijo que volvía hoy de un viaje, ha ido a su casa a buscarla. —Calló y rogó mentalmente que eso fuera cierto.

—Bueno, tendría que mirar ahora las listas de desaparecidos, si es que sigue en esa situación... La denuncia la pusieron sus padres después de pasar un mes sin saber de ella. No recuerdo todos los detalles, pero... —se interrumpió, y apretó la tecla de devolución de monedas.

—A ver, si esa chica no ha sido localizada, entonces... —Anna sintió que se le erizaba la piel y se le encogía el estómago—. ¿Quién es la mujer que habló con Víctor? Si es que lo era... —Su voz apenas era un susurro.

Durán endureció su expresión. La cogió de ambos brazos y la miró a los ojos.

—Vete a ese piso cagando leches, espéranos en la calle. Yo voy a consultar los ordenadores para asegurarme de no estar equivocado y mando una patrulla ahora mismo..., ¡Vete, joder! —gritó al ver que ella no reaccionaba.

Anna dio media vuelta y empezó a correr por el pasillo mientras llamaba a Víctor. No le contestó.

## 4

El ascensor era una pieza de museo, de esos que solamente podían encontrarse en las fincas antiguas, de madera y con las puertas de cristal, de forma que durante el recorrido podía verse la escalera. Incluso tenía un asiento, muy útil dada la lentitud con la que ascendía. «Andando hubiera llegado antes», se dijo Víctor, admirando las volutas del techo y la bruñida superficie de latón de la botonadura. Le recordó al que había en su casa; no, se corrigió, en casa de sus padres. Todavía no se había adaptado del todo a su nueva vida de casado, sonrió para sí.

Con una sacudida, el aparato se detuvo y, tras abrir las dos puertas de madera y la de la «jaula» del ascensor, se halló ante un rellano con dos

puertas, oscuras y macizas, con una pequeña mirilla. Fue hasta la que tenía a su derecha y apretó el timbre, que resonó en el silencio de la escalera. Esperó, pero no sucedió nada. Decidió intentarlo con el móvil y vio que tenía llamadas perdidas de Anna; ni se había enterado, esperaba que no fuese nada importante, luego hablaría con ella, decidió. Buscó el número de Inger y esta vez le contestó al primer tono.

—Hello?

—Miss Biehl? I am Víctor Castro, agent of Mossos d'Esquadra. Do you remember that I told you I would come to see you today? Are you in Barcelona? I have to speak with you, it is urgent. I just have arrived, could you please open the door for me?

Esperaba haberse expresado bien, tan solo necesitaba saber si estaba en su casa y que era urgente hablar con ella. Durante unos segundos no recibió respuesta y empezaba a pensar que se había cortado la comunicación, cuando la misma voz, ahora en un castellano con fuerte acento inglés, le respondió:

—Oh, yes! ¡Ya recuerdo, el policía que me llamó! Estoy en mi casa, acabo de llegar, voy a abrir.

Aliviado, se guardó el móvil y esperó. Se oyó un ruido de llaves y cerrojos que le pareció interminable. «Como para tener que salir corriendo», pensó. Por fin, la puerta se abrió unos centímetros, pero no parecía haber nadie detrás.

—¿Hola? —preguntó él.

Oyó una voz que venía del interior de la vivienda.

—Pase, pase, la puerta va un poco dura, ya la cerraré yo. *I have just arrived home. I am going to open the windows.*

Víctor empujó la puerta, que crujió como si fuera a romperse, y la ajustó a su espalda. El piso estaba a oscuras. Hacía calor y el aire estaba viciado, le hacía falta una buena ventilación. Frente a él distinguió un largo pasillo y a su derecha, una puerta cerrada. Volvió a escucharla, más cercana.

—Estoy aquí, abriré las ventanas —repitió la voz.

En su bolsillo sonó el móvil, pero ni lo miró. Recorrió el pasillo casi a tientas, rozando con sus manos las paredes recubiertas con un estucado rugoso que le arañaba los nudillos. No entendía por qué esa mujer no encendía ninguna luz, acabaría tropezando con algo. Llegó a lo que en la penumbra parecía ser una habitación grande, quizá el comedor.

—¿Inger? —llamó.

—Aquí —dijo una voz a su espalda, y fue lo último que oyó antes de caer

al suelo tras recibir un fuerte golpe en la cabeza.

## 5

Nada más salir de la comisaría, Anna conectó el manos libres para ir llamando a Víctor, pero no obtuvo respuesta, acababa saltando el contestador y ya había desistido de dejar mensajes. Por suerte, el tráfico era escaso, los que iban a la playa ya habían salido y no volverían hasta que cayera el sol. Conectó el aire acondicionado a tope y condujo lo más rápido que pudo. No podía dar una explicación racional a su nerviosismo, pero estaba segura de que su compañero estaba en peligro. Ahora lamentaba no haber estado más pendiente de lo que le había contado sobre la tal Inger y, sobre todo, de no haberlo acompañado. Sonó su móvil y casi dio un salto.

—¿Sí? ¿Víctor?

—Soy Durán, ¿has llegado? —La voz del inspector sonaba pareja a su propio estado de ánimo.

—Todavía no, en dos minutos estoy en Torrent de les Flors, dejaré el coche encima de la acera y llegaré enseguida andando. Víctor no contesta al móvil, ¡lo he llamado veinte veces, coño! —exclamó.

—Vamos a calmarnos, igual sigue en casa o te lo encuentras en la calle.

Anna sacudió la cabeza a pesar de saber que el inspector no podía verla.

—No, hace rato que me mandó el mensaje, debe de estar dentro. Y lo que no voy a hacer es llamar a su casa para poner histérica a su mujer... Mierda, mierda... —se desesperó, mientras pasaba un semáforo que acababa de ponerse en rojo.

—Escucha, he estado buscando el expediente de Inger Biehl. Tenía treinta años cuando desapareció, nacida en Copenhague, escritora de cuentos para niños, hija única. Sus padres denunciaron su desaparición el año pasado, poco después de su cumpleaños. Estaba viviendo de alquiler en ese piso de la calle Perill desde hacía tres años, sola, al parecer. No se le conocía ninguna pareja. Aquí se dedicaba a traducir cuentos al inglés. Inger y Gloria eran amigas desde los veinte, se conocieron en un intercambio. Aquí consta... —Hizo una pausa—. De hecho hablaron con Gloria para preguntarle por ella y les dijo que hacía tiempo que no sabía nada. Te he mandado una foto al móvil, la que tenemos. Sigue desaparecida. —Anna permanecía en silencio—. ¿Me escuchas?

—Sí, sí, te estoy escuchando, luego miraré la foto, descríbemela. —Había

llegado a la calle y buscó una acera para aparcar.

—Metro sesenta y cinco, morena, delgada, ojos oscuros, facciones correctas, nada destacable. Hay algo más. —Su voz se oía entrecortada.

—¿Qué? —Detuvo el motor y se preparó para salir.

—El alquiler estaba a nombre de una sociedad, Laurel S. A., y no han dejado de pagarlo durante todo ese tiempo. Se investigó la empresa, pero su domicilio social está en Barbados.

—Vaya mierda —masculló ella—. Alguien se ha hecho pasar por Inger, ha engañado a Víctor y es culpa mía por no haber estado atenta...

—Eso no importa ahora —la interrumpió—. Nosotros salimos ahora, espéranos en la puerta de la calle; es una orden, no es el momento de hacerse el héroe, ¿estamos? —advirtió.

—Vale, vale, de acuerdo —contestó, y cortó la comunicación.

Bajó y cerró el coche, asegurándose de llevar la pistola, y fue hasta la calle Perill. Si Durán pensaba que iba a quedarse en la puerta, esperándolo, es que no la conocía. Llegó a la finca y dio gracias a la suerte, la puerta estaba abierta de par en par. Prefería no llamar la atención por el momento, así que subió por la escalera, sin hacer ruido, atenta y con la mano sobre la pistola en su funda. Llegó al rellano y escuchó. No se oía nada y dudó si llamar o no al timbre. Buscó el móvil en su bolsillo y se dio cuenta de que no lo llevaba. «Te lo has dejado en el coche», se dijo, fastidiada.

Extendió la mano y notó que la puerta estaba encajada pero no cerrada del todo, así que empujó con cuidado. Se movió unos centímetros y volvió a escuchar. Ahora llegó hasta ella un sonido extraño que no podía identificar. Empujó un poco más y la madera chirrió, pero los ruidos no se detuvieron. Sacó su pistola y consiguió deslizar el pie dentro. Otro empujón y se abrió lo suficiente para que pudiera pasar.

Frente a ella había un largo pasillo sumido en la penumbra y al final se distinguía la luz del día pero muy tenue. Hacía mucho calor. Avanzó hacia la luz mientras seguía oyendo aquel ruido extraño, le recordaba a bolsas de plástico... En ese momento, una mano tapó su boca y un brazo rodeó su cuello, inmovilizándola. Alguien le susurró al oído:

—Quieta, dame la pistola.

Anna empezó a respirar con fuerza, intentando escabullirse, pero el hombre que la sujetaba tenía mucha más fuerza que ella. Notó el pelo en su mejilla y olor a alcohol.

—Quieta —repitió—, no voy a hacerte daño.

Le arrebató la pistola y ella se revolvió intentando morderlo, pero él fue más rápido y, sujetándole la cabeza, le puso un trozo de tela en la boca y se lo anudó con fuerza en la nuca. Anna sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas de rabia y manoteó para darle en la cabeza, sin resultado. Él le juntó los brazos y notó el frío del metal de unas esposas en sus muñecas. No podía verle la cara, pero notaba su respiración acelerada. Acercó su rostro al de ella y le susurró:

—Quédate aquí, no me obligues a tener que golpearte, es por tu bien. — La cogió y la arrastró hasta una puerta que no había visto, la abrió y la dejó en el suelo, cerrándola a sus espaldas.

Apenas se hubo marchado, Anna se puso de rodillas y, como pudo, se incorporó, jadeante, y empezó a manipular el pomo para abrir la puerta, pero no había forma. Sudaba como si estuviera en una sauna. Desesperada, se obligó a respirar profundamente para calmarse y se frotó las manos contra el pantalón para secarlas. Volvió a intentarlo. Ahora sí, consiguió hacerlo girar y salió con precaución.

Los extraños ruidos habían cesado. El pasillo seguía a oscuras, no había nadie a la vista, así que anduvo despacio, mientras manipulaba como podía el trapo que tenía en la boca. Consiguió quitárselo con esfuerzo y lo dejó alrededor de su cuello. Llegó a una habitación grande en la que había un balcón con las persianas de madera entornadas. En la pared de enfrente distinguió un sofá y una estantería. A su derecha había otra habitación con una doble puerta abierta de par en par, y de allí le llegó el rumor de unas voces. Se acercó con cuidado, palpando la pared. Estuvo a punto de chocar con lo que parecía ser un mueble bajo. Se agachó y atisbó tras él.

—Se terminó —dijo la voz de hombre—. Voy a coserte a tiros.

—No puedes hacerlo —respondió una voz ronca.

La habitación estaba iluminada por una vieja lámpara que colgaba del techo. Desde donde estaba, alcanzaba a ver parte de una cama y, para su sorpresa, a Rincón de pie, con su pistola en la mano, hablando a quien tenía delante. Vestía una camiseta blanca sobre unos tejanos descoloridos y su rostro estaba congestionado de rabia. Soltó una risa hueca.

—Todos estos años... Qué imbécil he sido por no matarte antes. Supe que habías sido tú en cuanto me soltaron. Estaba seguro de que te encontraría aquí, hija de puta. Estás loca, lo sabes, ¿no?

—¿Loca? Sí, loca por ti, cariño.

Anna no podía ver a la mujer que hablaba con él, pero el tono que había

empleado le encogió el estómago, era impersonal, recitaba una frase sin emoción. Se asomó un poco más y pudo distinguir un bulto en el suelo detrás del policía, envuelto con unos plásticos transparentes. Estuvo a punto de dar un grito, era Víctor. La cabeza era la única parte de su cuerpo que se distinguía a la escasa luz; no tenía buen color, estaba muy pálido y no vio que respirase. Estirando el cuello alcanzó a ver a la mujer, que ahora se había situado dentro de su campo de visión y estaba de espaldas a ella. Llevaba un vestido oscuro de tirantes que le era familiar; delgada, menuda, el oscuro cabello le llegaba a media espalda.

—¿En qué pensabas? —siguió la mujer—. No puedes sustituirme y lo sabes. —Puso los delgados brazos en jarras—. Nunca he dicho nada, nunca me he quejado; siempre he permanecido en silencio, esperando que volvieras, mientras tú te pasabas por la piedra a las putas que se te han puesto por delante. Te he seguido, me he metido en esa mierda, porque me necesitabas. —Sacudió la cabeza—. Todo lo he hecho por ti. Siempre —repitió. Se volvió y empezó a andar por la habitación, las manos ahora en los bolsillos del vestido, mientras Rincón seguía apuntándola.

Anna le vio la cara y se quedó sin respiración. Ahora recordaba, el vestido era idéntico al que llevaba Elsa el día que la encontraron, y la complexión, el cabello, todo era muy semejante. No podía creerlo, al final Víctor había encontrado a Gloria.

## 6

—¿Quieres saber cómo me la cargué? —El tono era infantil, como el de una niña que quisiera explicar una hazaña de la que se sintiese orgullosa.

Gloria se había quitado las sandalias que llevaba y, sin importarle la pistola que la estaba apuntando, sentada en la cama, con las piernas cruzadas y las manos en el regazo, miraba a su marido, que la observaba con las mandíbulas apretadas, de pie, sin moverse. El rostro de la mujer carecía de expresión, los rasgos eran los mismos que aparecían en las fotografías que había visto de ella; una cara correcta, agradable, pero que ahora se le antojaba a Anna una máscara de cera en la que los ojos miraban hacia dentro, hacia una profunda oscuridad. Su voz rompió el silencio de la habitación.

—Os vi un día cuando la traías de una de esas fiestas en las que se había dejado meter mano o la polla de un viejo, qué más daba, ese era su trabajo. —Habla con desprecio—. Ya sabía que había algo, pero tenía que asegurarme

y por eso estuve horas en aquella calle, muerta de cansancio, escondiéndome en un portal, esperándote. La dejaste delante de su casa, pero la morreaste un buen rato. ¡Qué asco! —exclamó—. ¡Después de saber de dónde venía...! —Hizo un breve gesto de rechazo con la mano y la volvió a poner en su regazo—. Ese día decidí que la mataría, aunque todavía no sabía cuándo. Te estaba volviendo loco, no eras tú. —Lo miraba, pero hablaba para sí, sin preocuparse del efecto que causaban sus palabras—. Estabas obsesionado, no te dabas cuenta de que podía ser tu hija y te acabaría dejando por otro con más pasta y menos años. A fin de cuentas, solo eres un poli. Así que la noche del jueves, cuando discutimos, pensé que tenía que salvarte de ti mismo. —Dio un suspiro de resignación. Apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en los puños cerrados y habló mirando al suelo—. Cuando te fuiste, la llamé por teléfono y la puta me contestó enseguida. Le dije que tenía que verla, que había una reunión en casa con Darya esa noche a las once y que las estaba llamando a todas. No tardó demasiado, pero yo ya la estaba esperando. Tenía una idea de cómo iba a hacerlo.

Anna se estremeció y no pudo menos que imaginarse a Elsa llegando a la casa de Taulera sin saber que allí le esperaba la muerte. Sintió una repugnancia enorme hacia la mujer que contaba con sencillez, como si fuera la historia de otra persona, cómo había asesinado a una chica por celos. Qué equivocados habían estado, todos. Hasta su propia madre ignoraba quién era realmente su hija, y Víctor... Sus ojos se llenaron de lágrimas al mirarlo. Había sufrido por Gloria, la creía una víctima, y lo era, pero de su propia maldad. Echó una ojeada a Rincón, que, lívido de rabia, la escuchaba con una expresión de asco, pendiente de sus palabras.

—Se sentía violenta —recordó Gloria, despectiva—. Creo que intuía que yo sabía algo, pero no le di a entender nada. La llevé a la cocina y le ofrecí algo de beber. No quiso, la muy puta —escupió—. Preguntó que dónde estaban las demás y le dije que las traía Darya y que tardarían un poco. Le insistí con lo de la bebida y al final accedió. Nunca falla, a todas les pierde el alcohol —añadió con la satisfacción de quien ha demostrado un hecho. Se irguió y se recogió el pelo en un moño alto que aguantó con un brazo, y frunció el ceño—. Hace calor aquí, pero no puedo abrir, llevo una semana asfixiada, me iba a marchar esta tarde..., pero este... —Hizo un gesto con la cabeza hacia Víctor, como si fuera un objeto, y dejó caer el cabello. Colocó las manos en las rodillas, irguiendo la espalda—. Fui muy simpática con ella. —Ladeó la cabeza y miró a su marido con ironía—. Estoy convencida de que

pensó que yo era gilipollas, que no me enteraba de nada. Fue bebiendo sin darse cuenta de que yo tiraba el contenido de mi copa al fregadero. Hubo un momento en que se mareó un poco y perdió el equilibrio. No me extrañó, llevaba unos tacones imposibles y le entró la risa floja. Se apoyó en la isla de la cocina sin parar de reír. Le dije que mejor que descansara un poco y me contestó que allí estaba perfecta, se impulsó como pudo y se quedó allí sentada —suspiró—. Lo vi claro, era el momento. No me miraba cuando cogí aquel trofeo que gané en la exposición floral de Madrid, ya sabes, el de bronce que guardo en el armario de la cocina, y se lo estampé en toda la cara. Le rompí el hueso, creo. —Esbozó una sonrisa demente, recreándose, ahora sí, en el recuerdo—. Me miró, aturdida, y aproveché para tumbarla encima de la isla. Entre el golpe y el alcohol no podía moverse, así que, mientras gemía...

—Basta —bramó Rincón. Anna dio un salto.

Ella alzó la vista sorprendida.

—Pensaba que querías saberlo... Bueno, el resto no es muy largo, le até las muñecas para que no se moviera y la golpeé más fuerte en la cara. —Habla con rapidez, era evidente que quería soltarlo todo—. Se la fui machacando, para que nunca más pudieras verla... Te hacía daño, cariño —sus ojos brillaban, rememorando la escena.

Rincón se acercó a ella y le puso la pistola en la frente, gritando:

—¡Cállate, joder! ¡He dicho que te calles!

Ella lo miró, sorprendida, pero siguió hablando, el tono era quejoso ahora.

—Lo hice por ti, le corté las huellas, pero le dibujé la *E* para que supieras que era ella..., y quise arrancarle el tatuaje de Medusa, porque eso era lo que te había hipnotizado, ¿verdad? Ese ser maligno... Pero me cansé y lo dejé estar, tenía mucho que hacer. —Bufó como si todavía estuviese agotada.

—La machacaste, la vejaste... —gimió él, tan bajo que Anna casi no lo oyó. La pistola temblaba en su mano, mientras gruesas lágrimas resbalaban ahora por sus mejillas.

Ella negó con la cabeza, seria, como si recitase una lección.

—No, le subí el vestido, le bajé las bragas y le puse lubricante en la vagina, sí, para que vieras que era una puta, que siempre hubiese sido así. —Hizo una pausa, ajena a la pistola sobre su frente—. Tenía mucho trabajo —insistió—. Me limpié, me quité la ropa y me preparé para marcharme. Cuando volvieras, quería que lo vieras todo. —Clavó en él una mirada llena de reproche—. Pero antes de salir miré nuestra casa, lo que teníamos después

de tantos años, y sentí una rabia bestial. Tú me habías roto el corazón, así que abrí los cajones, los vacié, lo reventé todo, hasta mis preciosas obras... —Había lágrimas en sus ojos—. Mis flores, pobrecillas, tan hermosas, tan delicadas, ellas no tenían la culpa, ellas guardaban todo mi sufrimiento. —El tono era lastimero—. Pero no podía más, tenía que sacar de mí ese silencio que había mantenido durante tanto tiempo, ¡desde que supe que te la follabas! —gritó. Se detuvo un momento y cogió aire—. Y al final fui buena con ella, puse pétalos sobre su cuerpo, no se lo merecía, pero lo hice por ti, para que vieras mi sacrificio. —Ahora sollozaba y se cubrió el rostro con las manos.

Anna asistió incrédula al llanto de la mujer. Sintió repugnancia, no lloraba por lo que había hecho, sino por sus preciosas flores. Rincón apartó la pistola y se pasó la otra mano por la cara, sin dejar de observarla con una expresión de asco y miedo.

—Pero te lo perdono —rectificó ella, secándose los ojos—. Porque sé que me quieres y que estabas con ella porque se parecía a mí. —Irguió el cuerpo y se echó hacia atrás, apoyándose en los brazos, ofreciéndose a él—. Era más joven, pero podríamos haber sido hermanas —le sonrió, el rostro todavía mojado de lágrimas, los ojos inyectados en sangre—. Esta tarde iba a marcharme, pero me hubiese puesto en contacto contigo para volver a estar juntos. No tienen pruebas contra ti, nunca sabrán quién la mató, aquí tengo el trofeo...

Rincón soltó un gruñido, con la mano libre la cogió del pelo y la tiró al suelo, le puso un pie en el estómago y le gritó, enfurecido:

—¡Estás loca, loca! Al principio pensé que tú eras la que estabas muerta y... ¡me alegré! ¡Sí, joder! Me alegré, pero luego me dijeron que la muerta era Elsa y supe que habías sido tú. ¡Y lo vas a pagar, hija de puta! —Tiró la pistola al suelo, se situó a horcajadas sobre ella y la agarró del cuello—. ¡Te voy a ver morir y luego me entregaré, contento de haber acabado contigo! —vociferó.

Gloria abría la boca, pero no podía hablar, y Anna vio cómo alargaba el brazo izquierdo hacia la cama intentando zafarse. Era su oportunidad. Se incorporó, entró en la habitación, fue hasta la pistola y se agachó a recogerla. Rincón no pareció darse cuenta de su presencia; los ojos, desorbitados, estaban fijos en el rostro de su mujer, que boqueaba, ya sin fuerzas.

—¡Suéltala! —gritó, apuntando al policía.

Él no la oía mientras seguía apretando el cuello de Gloria, que estaba lívida y había dejado de moverse. Anna se le acercó más y le puso la pistola

en la nuca.

—¡He dicho que la sueltes! —repitió—. ¡No vale la pena! ¡Que la sueltes, coño!

Rincón pareció oírla, se detuvo y aflojó la presión, mientras la cabeza de Gloria cayó hacia un lado, como la de una muñeca de trapo. Anna se apartó sin dejar de apuntarlo, atenta a sus movimientos. Él se puso en cuclillas y contempló a su mujer. Sin decir palabra, se sentó a su lado y escondió el rostro entre las manos.

Anna fue hasta donde estaba Víctor, puso los dedos en su cuello y le pareció notarle el pulso, pero muy débil. En ese momento oyó ruidos en el pasillo y, con rapidez, fue hasta la entrada empuñando la pistola y gritó:

—¡Policía! ¡Quédese donde pueda verlo y ponga las manos en la nuca!

Durán apareció en el umbral, junto con más policías armados.

—Joder, Anna —gruñó, y bajó el arma—. Te dije que esperarás.

## 7

Rivas decidió que era el momento de subir, hacía más de media hora que lo había visto llegar y ya eran las dos de la tarde. El sol caía a plomo sobre el asfalto y la calle parecía desierta. No se movía ni una hoja y desde donde estaba, cerca del hospital de la Vall d'Hebron, podía ver la ciudad a sus pies, semioculta por una bruma de calor. El mar brillaba a lo lejos, confundándose con el cielo. Las palomas andaban en círculos alrededor del banco en el que estaba sentado con la inútil esperanza de recibir algo de alimento, y cuando se levantó, se apartaron, pero no echaron a volar. Pocas cosas las asustaban a estas alturas.

Fue hasta la casa y apretó el timbre durante un largo lapso de tiempo. Cuando una voz dijo «¿Sí?», se limitó a contestar su nombre y, tras unos segundos, la puerta se abrió con un chasquido. Cuando llegó al rellano, encontró a Suárez que lo esperaba mirándolo con sus ojos tristes de san bernardo, que parecían más hundidos de lo habitual. Llevaba una camisa de manga corta sobre unos pantalones que habían conocido tiempos mejores y unas zapatillas de paño marrón que desentonaban con la temperatura.

—La verdad es que me preguntaba cuánto tardarías en venir —comentó, y se apartó para dejarlo pasar.

Rivas llegó al salón en el que recordaba haber visto a la hija de Suárez sentada en el sofá con su madre, moviendo sus brazos, aleteando sus manos. Le pareció que hacía tanto tiempo que debía de haberlo imaginado. No

parecía haber nadie más en la casa.

—Tranquilo —dijo este a su espalda, como si hubiera leído sus pensamientos—. No están, ayer las llevé a pasar el fin de semana a un centro especial para ella. Va una vez cada tres meses y la estimula mucho. —Fue hasta el sofá y se sentó esbozando una sonrisa triste—. ¿No vas a sentarte?

—No es una visita de cortesía —advirtió Rivas de pie frente a él.

—Lo sé —asintió Suárez—. Me extraña que hayas venido solo.

—Están abajo, esperando, antes tenía que hablar contigo...

—Y asegurarte —lo interrumpió. Se pasó la mano por la calva y dio un sonoro suspiro—. Necesito un cigarro. —Su mirada fue hasta la mesita donde había un paquete de tabaco y un encendedor Zippo—. No te importará que fume, ¿no? —Rivas negó con la cabeza—. Ayer decidí que iba a dejarlo —pronunció con el cigarrillo en los labios—, pero hoy las cosas han cambiado.

Rivas se sentó frente a él en un sillón y lo observó.

—En el fondo —empezó Suárez mientras daba una chupada al cigarrillo—, desde que supe que estabas al frente de esto sabía que lo conseguirías y, aunque no quisiera reconocerlo, que llegaríamos a estar así, sentados tú y yo, teniendo esta conversación. —Abrió las manos y se encogió de hombros—. Asensio es un tipo eficiente para recibir órdenes y hacer según qué, pero no para dirigir un tinglado como este. —En su tono se advertía un cierto orgullo—. Tengo curiosidad: ahora que los tenéis a todos en el saco, ¿cómo diste conmigo? ¿Fue Darya la que te habló de mí? Sería muy propio de ella, no la soporto, a la hija de puta. —Fumaba con tranquilidad, saboreando cada calada.

—Fuiste tú mismo —escupió Rivas. Su interlocutor lo miró, atento, con el cigarrillo en la mano derecha—. Cuando viniste a preguntarme por cómo llevaba el tema de la consultoría, dijiste que estuviese pendiente del «gimnasio de los pijos». En ese momento —inclinó el cuerpo hacia él—, yo no te había hablado nunca de Ófalos, esa pista me la dio Eduardo, el periodista que matasteis, y no figuraba en ningún informe, ni siquiera Rodrigo sabía de su existencia. Entonces no caí, lo he recordado hoy.

—Vaya —contestó tras un silencio—. Tienes razón. —Echó otra calada—. Metí la pata... Bueno, después de tres años de estar metido en esta historia, un fallo lo tiene cualquiera. —El tono era amargo. Apagó el cigarrillo en un cenicero—. Yo no maté a tu amigo ni di orden a nadie para que lo hiciera, le dije a Asensio que fuera con un par de tipos para darle un buen susto y que no hablara contigo, teníamos tu teléfono intervenido. —Su

expresión era sincera mientras lo miraba con intensidad—. Te juro que no quería ninguna muerte; de hecho, la orden de asustarlo no partió de mí. No sé a quién llevó Asensio, pero se les fue la mano y lo intentaron disfrazar de suicidio. —Se cubrió la cara con las manos—. Dios, cómo se complican las cosas.

—Nosotros las complicamos —le espetó Rivas—. ¿Por qué, joder?

Suárez dejó caer las manos y se echó hacia atrás en el sofá. Sus ojos eran líquidos, como los de un perro viejo al que ya no le queda demasiado tiempo en este mundo.

—La gran pregunta. —Hizo una pausa—. Supongo que puedes imaginártelo. —Cruzó las manos y las miró—. Es tan fácil pasar al otro lado... No quiero justificarme, supongo que ni siquiera debo, pero te metes en esto sin pensar. —Volvió a detenerse—. Quizá porque no quieres pensar —rectificó, y fijó su mirada en Rivas—. Un día, mientras esperaba en la puerta del colegio para recoger a mi hija, se me acercó un tipo que no conocía de nada y me tendió una hoja de propaganda. Me largó un rollo sobre una asociación en la que se hacían todo tipo de terapias para enfermedades raras como la del síndrome de Rett. Era muy interesante —suspiró—. Cuando llegué a casa lo comenté con mi mujer y también le gustó; decidimos llamar, pero cuando nos dijeron los precios decidimos no volver a pensar en ello. Hay enfermedades que solo son para ricos —sentenció. Se inclinó para volver a coger el paquete de tabaco y encendió otro cigarrillo—. Al cabo de unas semanas mi mujer vio al mismo tipo en la puerta del colegio, y este le preguntó si nos gustaban las actividades. Ella le respondió que sí, pero que no podíamos pagarlas, y él le dijo que no se preocupase —sonrió con tristeza—. Sabía que yo era policía y había precios especiales para funcionarios. Así que un día quedé con él.

Se levantó y fue hasta la ventana. Levantó la cortina y miró al exterior.

—Ya los veo, están en ese coche oscuro. —Se volvió y se sentó de nuevo—. No te aburriré con los detalles, ese fue el comienzo. La rebaja era considerable y la niña empezó a hacer todas las terapias de las que te hablé. Mejoró. —Sus ojos se empañaron de lágrimas, que disimulaba el humo del cigarrillo—. Parecía... Más feliz, más tranquila. Un día nos dijeron que la cosa subía de precio pero que lo mantendría si le hacía un favor personal: tramitar el permiso de residencia de un pariente bielorruso que quería montar un negocio aquí. —Apagó el cigarrillo y lo miró—. Piensas que no pasa nada, todos podemos necesitar ayuda en un momento dado y estábamos

agradecidos. No es una disculpa, Rivas, pero lo peor de esto es que no te das cuenta y ya estás dentro. Después de ese favor vinieron otros, y un día me encontré en casa del viejo y de Darya para montar un grupo de policías a su servicio.

—¿El viejo?

—Es el que lo dirige todo, se hace llamar Puerto, pero no puedo jurar que sea su nombre auténtico. Quien da las órdenes y reparte el dinero. —El tono era amargo—. Viven en una casa por encima de la Ronda de Dalt, cerca del gimnasio, todo lujo, llena de mierda de la Grecia antigua. —Cogió un bloc de notas que estaba sobre una mesita y anotó la dirección, que tendió a Rivas. —Chasqueó la lengua—. Esas historias griegas le encantan al viejo, no para de hablar del dios Apolo, de los mitos... Es su debilidad. Estoy convencido de que se cree que ese cabrón de dios existe.

—¿Y ella? —inquirió Rivas.

—Es su protegida, decía que la había salvado de una muerte segura cuando solo era una niña. —Se encogió de hombros—. Nadie sabe de dónde viene, pero creo que es bielorrusa, dirigía a las chicas. —Sus ojos lo escrutaron—. Eso ya lo sabes.

Rivas asintió y decidió golpearlo donde más le iba a doler.

—Han detenido a Andrés esta mañana, ha estado a punto de matar a Gloria, no saben si sobrevivirá, está en coma. Sin embargo, antes tuvo tiempo de agredir a un *mosso d'esquadra* que está ingresado, no sé si ha recuperado el conocimiento, pero no pinta nada bien. Y tú estabas enchochado con ella... —le escupió con rabia—. No creo que dejara que la tocases ni una sola vez, y aun así, perdiste la cabeza —terminó con desprecio.

Suárez pareció encogerse, como si alguien hubiese dejado caer un gran peso sobre sus hombros; abrió la boca y lo miró, sin articular palabra. Sus ojos expresaban ahora miedo y angustia.

—Te engañó, ¿verdad? —siguió Rivas—. En el piso donde se escondía hallaron su móvil lleno de llamadas tuyas y de mensajes de WhatsApp. ¿De verdad pensabas que iba a marcharse contigo? Es una psicópata, está obsesionada con Andrés, mató a esa chica porque no podía soportar que estuviera con ella. —Se detuvo—. Y tú lo sabías —dijo con asombro al ver su expresión—. Y la ayudaste...

De pronto, se sintió agotado. Suárez era más joven que Rodrigo, pero había sido uno de sus referentes; era de aquellos policías que siempre estaban, con los que podías contar, de los que entendían tus inseguridades

porque ellos habían pasado por lo mismo antes que tú; capaces de darte una frase de apoyo cuando la necesitabas, de la vieja escuela, de los que habían pateado la calle y no querían hablar la jerga de los despachos. Le dolía pensar en todo ello: Asensio, Suárez, tantos compañeros... Andrés. No podía imaginarse cómo debía de sentirse este ahora que todo había acabado para él. Sacudió la cabeza, no podía permitirse el lujo de perderse en sus pensamientos, no todavía.

Suárez no se movió, parecía un muñeco de cera en el que lo único vivo eran sus ojos. En su mirada había una luz de disculpa mezclada con una gran tristeza.

—Esta mañana —balbuceó— he ido hasta el piso donde se escondía Gloria, había jaleo en la calle y he vuelto aquí. No sabía que Andrés estaba allí, he pensado que la habían encontrado y que aquí se acababa todo —reconoció tras unos instantes de silencio—. Yo... Si muere... ¡Dios mío! —Se frotó los ojos con las manos y siguió hablando—. Tienes que entenderlo. Las cosas empezaban a ir mal para Andrés porque esa chica, Elsa, estaba harta de hacer de puta, la chantajeaban con llevar adelante una denuncia que había contra su padre y se plantó, dijo que lo iba a dejar, que le daba igual todo y que se iba a los Mossos. Andrés estaba enamorado de ella y le buscó un piso. Puerto me exigió que le parara los pies y que fuera Andrés quien cargase con lo que pudiera salir a la luz, sería el cabeza de turco. Solo tuve tiempo de empezar a difundir rumores sobre él, dejar caer cosas que dieran a entender que se estaba jugando la placa, y funcionó. Pero las cosas se precipitaron cuando Gloria mató a esa chica. —Lo miró con desesperación—. Me suplicó que la ayudara, me lo contó todo, que había tenido un ataque de celos pero que no quería que a Andrés le pasara nada. Tienes razón, nunca me dejó que la tocara, pero estoy convencido de que podíamos haber empezado una nueva vida juntos. La ayudé, hicimos desaparecer el coche de la chica y ella vino a Barcelona con el suyo y lo metió en el parking de la finca donde vive esa amiga suya de Dinamarca. Quedamos que en cuanto se calmaran las cosas nos marcharíamos del país con identidades falsas.

—Vi una foto de Andrés y Gloria, estaban en una terraza. Ellos estaban de espaldas y tú estabas de cara, pero no alcancé a reconocerte —siguió Rivas.

Suárez asintió.

—Andrés siempre ha sido una cabra loca y necesitaba a alguien que le organizase un poco la vida, para eso Gloria es buena, tiene la cabeza fría.

Empezamos a conocernos mejor y... —Su mirada era avergonzada—. No pude evitarlo, me enamoré de ella, como si tuviera quince años. Lloraba, contándome sus problemas con Andrés y... Me decía que necesitaba tiempo para olvidarlo. —Esbozó una mueca que nunca hubiera podido ser una sonrisa.

—Te engañó, nunca te quiso, su obsesión era Andrés; mierda, ¡es una asesina! ¿Qué crees que hubiera hecho contigo? —machacó Rivas—. ¿Y tu mujer y tu hija? ¿En qué estabas pensando?

Suárez bajó la cabeza y miró al suelo.

—Puede que me hubiera matado a mí también, pero eso no lo sabremos nunca, ¿no? Sé que es difícil de creer, pero no he dejado de querer a mi familia. He ingresado la mayor parte de lo que me dio Puerto en la cuenta, para ellas. Pero... no podía sacármela de la cabeza, me hacía sentir, no sé, fuerte, joven de nuevo, con ilusión. —Se puso en pie—. Es absurdo, lo sé, es ridículo, tengo cincuenta y tres años, y mírame, pero creía que podía ser feliz, un poquito, al menos. Me equivoqué, como siempre. —Respiró hondo—. Voy a vestirme, no querrás que vaya en zapatillas, ¿no? Tranquilo —dijo al ver que Rivas se levantaba—, en ese cajón —señaló— están mi pistola y mi placa. No tardaré más de dos minutos.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Rivas se acercó para coger la pistola y la placa y las guardó en su bolsillo. Atisbó por la ventana y vio cómo sus compañeros estaban bajando del coche. Se había acabado el tiempo. Pensó que había cumplido con el encargo que Rodrigo le había hecho ocho días antes, pero no se sentía satisfecho, sino todo lo contrario, vacío y triste. Contempló la habitación en la que estaba y se dijo que no quería ser la persona que tuviera que darle la noticia a la mujer. Se estremeció al pensar qué sería de esa familia a partir de ahora.

De pronto, su instinto lo avisó de que algo no andaba bien. Suárez ya debería de estar listo. Salió del comedor y en el pasillo lo llamó, pero no contestó. Atisbó tras la primera puerta y vio que era el cuarto de baño; vacío. La siguiente estaba entornada y, tras volver a llamarlo, la abrió con precaución.

Suárez estaba sobre la cama de matrimonio, que iba empapándose de la sangre que salía a borbotones de su cuello; en la mano derecha empuñaba una navaja y la vida se le escapaba por segundos. Rivas intentó desesperadamente presionar la herida, pero era imposible, se había seccionado una arteria. Suárez lo miró; sin embargo, sus ojos ya estaban fuera de este mundo. Junto a

su mano izquierda había una foto de su mujer y su hija de cuando esta era un bebé, ahora manchada con su propia sangre.

## 8

Sofía bostezó, pero sabía que aunque se fuese a la cama daría vueltas inútilmente, así que mejor continuar con lo que estaba haciendo. Distráida, se rascó el brazo derecho, mientras que con la mirada en las piezas esparcidas sobre la mesa del comedor buscaba la correcta. Se maldijo por enésima vez. Había olvidado comprar las pastillas antimosquitos y, en consecuencia, el marcador estaba en dos a cero a favor de los chupadores de sangre. A pesar de ello, había conseguido matar a uno de un contundente golpe con la sandalia nada más notar la primera picadura, y se felicitó por su puntería, pero estaba segura de que alguno más rondaba por la habitación.

La noche anterior no había dormido nada. Tras cenar con sus amigas, fue a tomar una copa, que al final fueron tres, y llegó a casa a las siete de la mañana, cansada, pero al menos se había ahorrado una noche más de insomnio dándole a la cabeza. No había estado mal; conoció a un hombre que le pareció simpático, al menos era educado, no debía de tener más de cuarenta años, de aspecto físico agradable, «un poco bajito», pensó, y que la hizo reír un buen rato. Se sorprendió a sí misma comparándolo con Enda, pensamiento absurdo que intentó combatir con las tres copas. En mitad de la segunda, se prometió que ya ni recordaba el nombre del inspector. «Un clavo saca a otro clavo, o eso dicen», recordó, mientras acababa el tercer gin-tonic. El hombre le había dado su teléfono y quedaron en verse otro día. Se metió en la cama con el propósito de llamarlo el domingo.

Oyó un nuevo zumbido y se inmovilizó, ojos y oídos alerta para localizar al mosquito, pero no pudo verlo. Se levantó para ajustar un poco las persianas del balcón, porque, con la luz encendida, aquello era invitar a los vampiros a un festín, se reprendió.

Por la mañana se había despertado con el corazón desbocado al oír el teléfono. Las diez. Era su madre, que le recordaba su promesa de acompañarla a la playa. Lo había olvidado totalmente. Localizar el biquini le llevó casi una hora, y pudo comprobar que necesitaba uno nuevo, estaba descolorido y deshilachado. «Qué desastre», se dijo mientras salía corriendo de casa.

La Barceloneta estaba llena de gente y les costó encontrar un sitio donde

poner las toallas y la sombrilla que su madre llevaba siempre.

—Te noto más delgada —le había dicho su progenitora con el tono reservado a la pregunta de cada semana: «¿Ya comes bien?».

—Peso lo mismo, mamá —había contestado ella con desgana—. Estás obsesionada con que no como.

Sofía pensó que la idea de la playa no estaba mal, así podría relajarse escuchando el mar y dormir una buena siesta, pero su madre tenía otros objetivos y no paró de hablar, contándole chismes familiares y todo lo que le había pasado últimamente con sus amigas, como si no se lo hubiera dicho ya por teléfono, suspiró para sí. El sol apretaba, así que acabó bañándose. El agua estaba fría. Como a ella le gustaba. «A Enda también», recordó. Metió la cabeza en el agua para desterrar ese pensamiento.

Su madre había hecho una paella casera que degustaron tras los aperitivos que había preparado su padre. Tras la comida, empezó a sentir una modorra irresistible, pero prefirió marcharse a su casa para hacer la siesta, lo que consiguió tras aceptar llevarse unas cuantas fiambreras llenas de viandas variadas. Cuando llegó, eran las cinco de la tarde y se había despejado totalmente, así que lo único que se le ocurrió fue deshacer el puzle de Van Gogh, o las cuatro piezas que había juntado en todo el tiempo que llevaba con él, y cinco horas después estaba a punto de acabarlo. Todo un récord.

Alzó la penúltima pieza, dispuesta a colocarla, orgullosa de sí misma, cuando volvió a oír el zumbido, cerca de su oreja. No se movió, con la mano levantada observó su cuerpo para localizar al bicho. La camiseta sin mangas y los pantalones cortos la convertían en un objetivo fácil. De pronto, lo vio, posado sobre su muslo derecho, explorando, frotando sus patas, a punto de clavarle el aguijón. Soltó un manotazo seco que le dolió, pero el mosquito quedó aplastado bajo su mano, dejando un rastro de sangre. «Este ya no comerá más», se dijo satisfecha.

En ese momento sonó el móvil, así que colocó la pieza y contestó sin mirar.

—¿Sí? —Con la mano manchada cogió la última y la encajó en su sitio.

—Sofía, soy yo.

El móvil estuvo a punto de caérsele; se fijó en el número y era muy raro, de más de diez cifras al menos. Empezó a sudar y contestó con un leve tartamudeo.

—Ah, hola, estoy acabando el puzle, ahora he puesto la última pieza.

Se sintió imbécil, pero no se le ocurría nada más. Casi pudo ver cómo

Enda sonreía al otro lado de la línea.

—Me alegro, habrá que inspeccionarlo para saber si es así. Tengo que verte.

En décimas de segundo pensó en todas sus opciones: colgarle el teléfono, decirle que no eran horas, soltarle lo que había pensado en los últimos días...

Y contestó:

—Estoy en casa, ven, si quieres.

## *14 de junio del 2015*

Viejos dioses olvidados, mantenednos libres de todo mal. Mar antiguo, dios salvaje, de la encina y del gris olivar.

EL ÚLTIMO DE LA FILA,  
«Mar antiguo»

### **1**

—Creo que con esto el caso de Elsa está cerrado, al menos en lo que se refiere a nosotros —sentenció Romero, satisfecha, mientras recogía los folios que tenía encima de la mesa.

Anna asintió, sentada frente a ella, en el despacho de la sargento en la comisaría de Sant Feliu. Debería de estar contenta, pensó, resolver un crimen tan horrendo como el que les había tenido en danza en poco más de una semana era una buena estadística, y lo estaba, pero no podía sacar de su cabeza las escenas vividas ayer y el rostro de Víctor, pálido y sin vida. Una ambulancia lo había trasladado al hospital Clínico y, que supiera, todavía no había novedades. El golpe en la cabeza había sido muy fuerte, aunque, por suerte, no tanto como el que Gloria propinó a Elsa para dejarla fuera de combate, se recordó. Los médicos eran prudentes, no habían transcurrido ni veinticuatro horas. Anna suspiró y miró a su interlocutora, esbozando una débil sonrisa:

—La recompensa será llevar a esa loca a juicio, espero que sobreviva. —Frunció el ceño.

—Mmm... No sé, Rincón estuvo a punto de cargársela, sigue en coma en la UCI y no son muy optimistas, parece que estuvo bastante tiempo sin oxígeno.

Anna se estremeció.

—Tenías que haberla visto; daba miedo, parece mentira cómo tanto odio y tanta maldad pueden juntarse en una persona. Y la creíamos una víctima, madre mía. Hervía de rabia por dentro. Perdonó a su marido sus infidelidades, pero esta... —Meneó la cabeza—. Era distinta, pensó que podía perder a su marido, quizá para siempre, y le llegó al alma. —Alzó un dedo en señal de advertencia—. Y nada de trastorno mental; Rincón era su obsesión, pero sabía lo que hacía, estoy segura. Estuvo a punto de salirle

bien.

Romero se recostó en su silla, que crujió amenazadoramente.

—Enfocamos mal ese aspecto, el de creerla una víctima, digo —reconoció, cruzando los brazos—. El malo, para nosotros, siempre fue Rincón. Lo cierto es que en algo tenía razón Gloria, ella y Elsa eran muy parecidas, salvando los años, claro. Vete a saber por qué se enamoró de esa chica, quizá le recordaba a su mujer cuando era joven.

Anna se levantó y con las manos en los bolsillos empezó a dar vueltas por el despacho.

—Te aseguro que la escena de ayer no se me borrará fácilmente, esa mujer tiene una sangre fría impresionante —afirmó.

Romero cogió aire, descruzó los brazos y los apoyó en la mesa.

—Hay algo que no sabes. Encontramos un trastero a nombre de las dos, Inger y Gloria, en el barrio de Sants; dentro había un congelador de esos enormes y en su interior una chica cortada a trocitos y metida en bolsas de plástico. —Hizo una mueca de asco—. A la loca esa le encantaba envolver a la gente, como hizo con Víctor. —Anna se había detenido y la miraba horrorizada—. Pensamos que es Inger.

—¡No fastidies! ¿Por qué? Eran amigas desde hacía muchos años, no entiendo nada... —se interrumpió, confusa.

—Habrá que ver la autopsia, pero el forense dijo que llevaba tiempo allí dentro. Si los padres denunciaron hace un año, puede ser que desde entonces. —Se encogió de hombros—. Si Gloria despierta veremos si podemos sacar algo en claro, pero lo tenemos difícil. Quizá empezó ya a gestar su plan en esa época; era la coartada perfecta: pagaba el alquiler y los recibos a través de una sociedad fantasma, recogía el correo, todo muy normal. Los vecinos pensaban que ella era Inger.

—Ahora recuerdo que Víctor me contó que la madre de Gloria le dijo que parecían hermanas, que se intercambiaban la ropa —reflexionó Anna.

—Ahí lo tienes —asintió Romero—. Tenía siempre una identidad a disponer y nadie salvo ellas dos conocía la existencia de ese trastero. En el piso de la calle Perill guardaba los papeles que nos condujeron allí. En fin... Ah, otra cosa, como era de esperar, la madre está hecha polvo —comentó—. Tenía a su hija en los altares, pobrecilla. Fuimos a verla y se emocionó cuando le dijimos que la habíamos encontrado, pero al explicarle lo que había pasado hubo que atenderla por un ataque de nervios. No paraba de repetir que era culpa de Rincón, que había destrozado a su hija, que su niña siempre

había sido una buena persona... Vaya cuadro —se lamentó—. Desde luego, nuestra asesina es una maestra del engaño, ni su propia madre sospechaba que fuera capaz de todo lo que hizo.

Anna guardó silencio y habló mirando al suelo.

—Me siento tan culpable por no haber acompañado a Víctor... La situación en la que está... Soy responsable. ¡Mierda! —exclamó, y golpeó el respaldo de la silla en la que había estado sentada—. Tenía que haber estado allí con él.

La sargento se levantó y se acercó a ella.

—Me consta que tienes carácter y no te hundes con facilidad, así que deja ya de machacarte o te acabaré dando una colleja —amenazó—. Las cosas son como son y colaboraste mucho para que todo acabase bien. Ahora nos queda la faena del papeleo y esperar a ver si esa hija de puta se muere o qué. Toda la investigación de las chicas del gimnasio se la hemos pasado a la Nacional. No se aburrirán, no. —Hizo una mueca—. Es un tema muy feo, policías implicados en una trama corrupta; va a hacer las delicias de la prensa.

—¿Lo del padre de Elsa seguirá adelante?

—Ahora sí. El asunto estaba parado a la espera de un informe que precisamente tenía que hacer una sección en la que había uno de los polis corruptos y, por razones ignoradas —exhibió una sonrisa irónica—, siempre se traspapelaba. De todas formas, pobre familia, no sé si realmente el padre de Elsa estaba metido en algo turbio, pero solo les faltaba esto. En fin... Un monstruo menos. —Fue hasta su mesa y se apoyó en ella—. Tengo que felicitarte, has estado muy bien y no solo lo pienso yo, también Durán —sonrió.

Anna sintió que enrojecía a su pesar.

—Bueno, ayer me echó una buena bronca por no haberlos esperado...

—Bah, no le hagas caso —se encogió de hombros—, ya sabes cómo es, creo que nació con el ceño fruncido. —Soltó una carcajada—. Por cierto, va a marcharse a Barcelona, deja esta comisaría.

—¿Ah, sí? —Anna pensó que sus opciones de quedarse en el grupo de homicidios se desvanecían por momentos, pero se esforzó en ocultar su desilusión—. Estará contento —aventuró.

—Para ser él, bastante. Hasta me ha pedido que intente marcharme yo también para estar en su grupo, pero no me interesa. —Alzó los brazos y se ajustó la coleta—. Soy una chica de pueblo y tengo a mi madre conmigo, la pobre está delicada y cualquiera la saca de su entorno. Además, yo ya tengo

suficiente con esto, a algunos les sobra ambición, pero yo tengo la justa y necesaria para seguir aquí, tranquilita. —Le guiñó un ojo.

—Bueno —dudó Anna—. Ya lo felicitaré cuando lo vea.

—¡Claro! —exclamó—. Es lo mínimo que debes hacer, ya estás tardando —le dijo mientras con la cabeza señalaba la puerta y una expresión maliciosa iluminaba sus ojos.

## 2

—La cueva está vacía —comentó Rivas cuando llegó junto a Rodrigo, que estaba en la terraza contemplando las vistas junto al olivo.

—A cualquier cosa llamas cueva, tú. ¿Has visto los muebles del comedor? ¿Y la cocina? ¡Tiene aparatos que no sabía ni que existían! —exclamó el inspector jefe—. ¿Y esas máquinas extrañas en la buhardilla?

—Eso es un pequeño gimnasio, último modelo, para ejercitarse con vistas a la ciudad. El mafioso también sufre de estrés y debe relajarse, no sabes tú lo que agota ir detrás de la gente para sobornarlos con un Rolex —contestó Rivas con sarcasmo. Se pasó una mano por la cara en un gesto de cansancio.

—Joder, no me atrevo a ponerle precio, ya no solo a la casa, sino a lo que hay dentro; debe de valer un dineral. Se han largado todos, hasta los que debían de trabajar aquí, porque está claro que hacía falta un ejército de gente limpiando y cuidando ese jardín. ¿Te has fijado en las estatuas? —Rivas asintió—. No hay ni una sola huella, es increíble. No tenemos nada, emitiré una orden de busca de esos dos con los pocos datos que tenemos, pero, como dice mi hija, tiene menos futuro que una bolsa de chuches en la puerta de un colegio —gruñó, y se alejó para hablar por teléfono.

Llevaban toda la mañana inspeccionando la finca en la que supuestamente vivían Darya y el misterioso Puerto. Tenía tres plantas, un jardín enorme y cuidado hasta el último extremo, una piscina de película con vistas impresionantes. Contemplar la ciudad desde esa altura debía convencerte de que estabas por encima de los demás, como los dioses en el Olimpo, pensó Rivas. Suárez tenía razón, el tal Puerto estaba obsesionado por la Grecia antigua. La casa estaba llena de cuadros, libros, estatuas y adornos que recordaban a un museo, y había una especial dedicación al dios Apolo. En todas partes se encontraban representaciones del dios y de sus animales, el lobo, la cierva, el milano, el buitre y el cuervo, ya fuese en pinturas o en pequeñas esculturas. «Es un curso intensivo de mitología griega», había dicho Rivas al inspector jefe. En la puerta de entrada, con letras grandes y

doradas, una inscripción advertía al visitante: «Conócete a ti mismo». «¡Muy apropiado para esos hijos de puta!», exclamó Rodrigo cuando la vio.

Mientras hacían el registro, había llamado a Lupe para decirle que tendría que ir a la brigada a declarar todo lo que supiera sobre Darya y las chicas. No se lo tomó demasiado mal, en tono fatalista dijo que ya se lo esperaba pero que no podía decirle más de lo que ya le había comentado. Se despidió recomendándole que se tomara unos días de descanso, a lo que él respondió que no pensaba en otra cosa. Pudo oír la risa de ella, antes de colgar, tras decirle que ya era hora de que se comiera el pastel hasta la última miga. Y que se tomara una copa para celebrarlo a su salud.

Los de la científica estaban buscando cualquier tipo de resto biológico que pudiera aportar datos sobre los ocupantes. En una de las habitaciones, a Rivas le había parecido reconocer el aroma del perfume de Darya, pero de ella no quedaba ni rastro. Ni prendas de ropa, ni libros... Ni siquiera en el cuarto de baño anexo había un cepillo o algo que le hubiese pertenecido. Se había esfumado, como un fantasma.

Rodrigo volvió a acercarse con la frustración reflejada en su rostro.

—Ya está. Creo que aquí no tenemos más que hacer, todavía hay que acabar con los interrogatorios, pero van a venir de las altas esferas a encargarse.

Rivas soltó un suspiro de alivio.

—Pues me das una alegría, no sabes las ganas que tengo de volver a tener una vida casi normal —sonrió para sí, pensando en la noche anterior en casa de Sofía—. Les damos toda la información que tenemos y en paz.

—No será tan fácil. —Rodrigo meneó la cabeza—. Me han dicho que Asensio estaba hablando precisamente ahora, así que a ver por dónde sale. Han detenido al abogado de El Merengue y a un par de funcionarios que trabajaban en Extranjería. Los tentáculos de esa gente son muy largos. Y dices que Suárez te contó que había gente por encima de ellos que nadie conocía y que dirigían a Puerto y a la mujer esa... Vete a saber quiénes son; tenemos para un tiempo, pero intentaré no cargarte con nada más —prometió.

Se sentó en una de las butacas y apoyó las manos en las rodillas mirando hacia el mar. Habló tras un silencio.

—No puedo dormir, cada vez que cierro los ojos tengo la imagen de Suárez en mi cabeza. ¿Sabes que me salvó la vida?

Rivas se sentó junto a él en otra butaca y lo miró.

—No me lo habías contado.

—Eran tiempos de navajeros —rememoró—. No somos un país de pistolas, quizá ahora sí, pero en aquella época, hace treinta años, todo quinquí que se preciase tenía su navaja. Fue en la calle Tallers, había un bar en el que se traficaba y todo el mundo lo sabía; se hacían redadas y nunca se encontraba nada más que bolsitas de mierda en los bolsillos de los clientes. Hasta que decidimos montar un operativo y acabar de una vez por todas. Un confidente nos dijo que el jueves por la noche les iba a llegar mercancía de la buena para distribuirla durante el fin de semana, así que allí estábamos nosotros, con ganas de comernos el mundo, quizá demasiadas. —Se miró las manos—. Madre mía, qué tiempos... —Esbozó una triste sonrisa—. Nos escondimos en los bajos de la casa de enfrente, que estaban desocupados, y desde allí vimos cómo venía un tío en una furgoneta que se caía a trozos. Se bajó y empezó a descargar cajas de cervezas, todo muy normal. Empezábamos a pensar que el confidente nos había tomado el pelo y Suárez estaba cabreado, decía que le iba a cortar las pelotas.

—Puedo imaginármelo.

—Otro tío, el camarero con más pinta de yonqui que recuerdo, lo ayudaba a entrar las cajas. Y entonces el de la furgoneta sacó una caja de cartón, de tamaño mediano pero que debía de pesar bastante —sonrió—. No la habían precintado demasiado bien, porque se le rompió el fondo y allí, en la calle, a las tres de la madrugada, empezaron a caer paquetes de hachís y bolsas de coca. Era increíble. —Meneó la cabeza—. Las órdenes eran no movernos para evitar que escaparan, el resto de compañeros estaban cerca y los detendrían, pero no sé qué me cogió. —Se levantó y con las manos en los bolsillos se balanceó sobre sus talones mientras miraba al horizonte—. Llevábamos meses con aquello, mi mujer no me aguantaba, estaba embarazada y me había dicho justo esa tarde que pensara bien lo que estaba haciendo porque si seguíamos con aquel ritmo de vida se largaba con su madre —suspiró—. Así que me obcequé, o algo parecido: fue ver los paquetes y salir de estampida, con la pistola en la mano y gritando «¡policía!». El camarero se asustó y entró corriendo al interior del bar, pero el de la furgoneta sacó la navaja más grande que he visto y fue hacia mí, importándole un huevo la pistola. La hoja brillaba a la luz de las farolas. Y ahora viene lo bueno: me quedé paralizado, sí. —Emitió una risa seca—. Como un gilipollas, como si me hubiera convertido en una piedra. No podía moverme. Suárez salió gritando como un loco y se colocó delante de mí justo en el momento en que la navaja casi me rozaba. Todavía hoy no sé cómo lo

hizo para ser tan rápido. Le disparó y el otro cayó al suelo. —Volvió a sentarse y Rivas pudo ver lágrimas en sus ojos.

—Cualquier compañero hubiera hecho lo mismo —empezó.

—Sabes que no —lo cortó el inspector jefe—. No todo el mundo hubiera reaccionado tan bien y tan rápido, lo normal hubiera sido que me clavara la navaja en las tripas y me hubiese muerto allí mismo. Mi mujer hubiera cobrado una pensión de viudedad y con el tiempo seguro que habría encontrado a un tipo con más cabeza, con un oficio más normal, un profesor o un panadero, no sé. —Se llevó las manos a las gafas, se las quitó y se frotó los ojos.

—Pero no pasó nada de eso, sigues aquí y con tu familia —sentenció Rivas—. Entiendo lo que sientes ahora, yo también he vivido muchas cosas con Andrés y me duele esta mierda en la que se han metido los dos. La enfermedad que padece la hija de Suárez... No dejo de pensar en ella y en su madre. —Rodrigo asintió—. Lo peor es que no sé cómo se las arreglarán ahora. Eso es lo más grave, y en cuanto a nosotros... Viviremos con eso, no nos queda otra.

Rodrigo dejó escapar el aire de los pulmones y pareció encogerse, hacerse más pequeño. Lo miró con una tristeza infinita.

—¿Por qué no me pidió ayuda? Hubiéramos encontrado una solución a sus problemas de dinero, siempre hay una salida... Antes que venderse al diablo, lo que sea —dijo con rabia—. Siempre hay un camino.

Rivas se levantó y se sorprendió a sí mismo pensando que si pudiera, en ese momento, se tomaría esa copa que le había aconsejado Lupe. Sería una copa amarga, pero necesaria para matar los fantasmas y los malos recuerdos y pensar solo en el futuro. Habló despacio:

—El diablo lo llevamos dentro, Jaime, dormido, encerrado en una prisión de la que esperamos que no pueda salir. —Recordó los dibujos de las *Carceri* que había enseñado a Sofía, tan solo hacía cuatro días, y que ahora le parecían una eternidad—. Hecha de piedra maciza, de barrotes estrechos y de silencio. —Se detuvo un instante—. Pero a veces encuentra una grieta por la que colarse y entonces... —Lo miró con gravedad—. Te va arañando el corazón, poco a poco, no tiene prisa, la verdad es que tiene todo el tiempo del mundo. —Esbozó una mueca que no llegaba a ser una sonrisa—. Hasta que te hace una herida y entonces ya no hay nada que hacer porque no cicatriza nunca, de eso se encarga el diablo.

Ambos permanecieron en silencio un buen rato, mirando al horizonte,

hasta que Rodrigo, con esfuerzo, se puso en pie. Palmeó la espalda de Rivas y entraron de nuevo en la casa.

### 3

En la penumbra de la habitación, una enfermera controlaba los monitores a los que estaba conectada la paciente. Por el momento, las constantes se mantenían; ahora respiraba por sí misma, pero los médicos veían muy difícil que recuperase sus funciones cerebrales completas. Presumían que si sobrevivía sería incapaz de moverse o de articular palabra; se convertiría en una muñeca de trapo, sin vida, pensó la enfermera mientras le arreglaba la almohada.

No era el primer paciente que veía en ese estado, llevaba años en esa sala y pocos salían adelante. La vio cuando la trajeron, ya hacía veinticuatro horas, delgada, el cuello, negro, lleno de moratones y marcas, el rostro violáceo. Se comentaba que su marido había intentado estrangularla y que además el tipo era policía. «Vaya cabrón», habían dicho todas. Esta opinión empezó a diluirse cuando corrió el rumor de que ella se había cargado a la amante de su marido a golpes. El ojo por ojo y el diente por diente, como decía la Biblia, suspiró la enfermera.

Nadie diría que era una asesina, causaba compasión verla en ese estado. Respiraba con dificultad, pero allí estaba, resistiendo a pesar de su fragilidad. Su madre había venido a verla a través del cristal a la hora permitida para las visitas. Durante todo el tiempo estuvo mirándola con fijeza, sin moverse, los brazos cruzados sobre su cuerpo. Estaba en los huesos, pero una fuerza interior la sostenía. La enfermera se fijó en sus ojos, secos, expresaban un dolor tan intenso que te obligaba a apartar la vista. Se estremeció y rogó a Dios todopoderoso que nunca le enviase un calvario como el que sufría aquella mujer.

Anotó las constantes que había observado y salió cerrando la puerta con suavidad a sus espaldas. Como si algún ruido pudiese despertarla.

El tiempo se deslizaba con lentitud allí dentro, no había ningún reloj en la habitación que permitiera contar las horas, solo el pecho de la paciente que subía y bajaba y marcaba el compás a modo de segundero. La mano izquierda yacía laxa al costado del cuerpo, libre de dispositivos y cables, mientras que en la derecha se hallaban conectados los aparatos que detectarían cualquier cambio en el pulso o algún movimiento brusco. Tras unas cuantas respiraciones más, algo cambió; cualquier observador atento hubiese podido

descubrir un leve temblor del dedo índice de la mano izquierda, tan leve que el observador no lo hubiera percibido si no estuviese mirando con atención, sin ni siquiera parpadear, porque el gesto era casi imperceptible. Transcurrió más tiempo, y el movimiento volvió a repetirse, esta vez duró unas décimas de segundo más, pero se apagó bruscamente.

En el exterior de la habitación, el sol caía sobre el edificio, obligando a los acompañantes de los pacientes a bajar las persianas. A la mujer no le importaba, no podía llegarle la luz y la temperatura era constante. Estaba entre dos mundos, dudando si entregar el óbolo a Caronte, el barquero de las almas de la mitología griega, para que la pasara al inframundo y acabar así con todo, o aferrarse al mundo de los vivos. Quizá lo primero sería lo más fácil, dejarse llevar por la corriente y una vez en la otra orilla esperar a saber cuál iba a ser su castigo. Pero a ella nunca le habían gustado las cosas fáciles. Siempre había luchado por lo que era suyo, aunque ahora estaba tan débil, casi sin fuerzas... Una voz en su mente le susurró que había llegado demasiado lejos para rendirse, que se guardase el óbolo para cuando la partida fuese inevitable, la orilla de los vivos atesoraba muchos más colores que el negro del infierno.

Los párpados empezaron a temblar, primero levemente y luego con más decisión, despegando las pestañas que los anclaban. Tras una eternidad, se abrieron un poco más y apareció su mirada, vacía y hueca, la esclerótica manchada de sangre, los iris, dos pozos oscuros. No podía moverse ni gritar, estaba atada a un cuerpo desmadejado, inútil, mientras que su cerebro empezaba a asumir con horror esa realidad. Pero estaba viva.

## 4

Anna fue hacia las escaleras que conducían a la salida del hospital Clínico con el corazón mucho más alegre que cuando llegó. Víctor se había despertado y, aunque por el momento había que ser prudente, era una buena señal. Había reconocido a su mujer y a sus padres, lo que era el primer paso. No pudo entrar a verlo, pero cuando Maite salió y se lo contó se fundieron en un abrazo. Todavía se sentía culpable e intentó decírselo, pero ella la hizo callar.

—Es gracias a ti que está vivo, Anna, nunca te lo agradeceré bastante. — Lloraba de alegría y le cogió ambas manos.

No estaba muy segura de merecer el elogio, pero se sintió mucho más reconfortada. Así que le pidió que le diera recuerdos de su parte y prometió

volver en cuanto le fuera posible. A punto de bajar las escaleras, consultó su móvil; tenía otro *whatsapp* de Paul sin leer. No había vuelto a acordarse de él; de hecho, si lo pensaba bien, dudaba mucho que pudiera reconocerlo si lo viese de nuevo. Siguiendo un impulso, lo borró. No le apetecía nada retomar esa historia fugaz. «Estás desperdiciando una buena oportunidad», le dijo la parte práctica de su mente, pero no estaba en disposición de hacerle caso.

Delante de ella, una chica joven que empujaba un cochecito e iba hacia el ascensor lucía un tatuaje que se apreciaba casi en su totalidad gracias a la camiseta que le dejaba media espalda a la vista. Era un dragón impresionante, con los ojos de un amarillo brillante y las fauces rojas. Una auténtica obra de arte, apreció, parecía dibujado en relieve. Estuvo a punto de preguntarle dónde se lo había hecho, pero lo pensó mejor y siguió su camino hacia las escaleras. Se detuvo y volvió a coger el móvil. Había tomado una decisión. Buscó el teléfono del «señor X» y lo marcó. Contestó cuando ya estaba a punto de colgar.

—Sí. —La voz era débil, como si viniera de muy lejos.

—Eh... ¿El «señor X»? —Volvió a sentirse ridícula al dirigirse a él de esa forma—. Soy Anna Milà, cabo de Mossos d'Esquadra, hablamos el otro día sobre un tatuaje de Medusa, ¿recuerda?

Tras una pausa, el hombre contestó con desgana:

—Sí, claro... Oiga, ya le dije todo lo que sé sobre ese asunto, no puedo...

—Tranquilo —lo interrumpió ella—. No es sobre eso, es algo privado. —Tomó aire y soltó, de golpe—: He estado pensando en hacerme un tatuaje, como el que me recomendó el otro día, no sé si lo recuerda, me habló de una mariposa. ¿Podría ir a verlo?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, tan largo que pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Lo ha pensado bien? —El tono era de duda.

—Sí —mintió ella.

—Puede venir ahora, si quiere, estoy libre esta tarde. —Su voz sonaba mucho más animada.

—¡Perfecto! —exclamó ella—. Voy para allá. —Y cortó la llamada antes de que pudiera arrepentirse.

Bajó las escaleras en dos saltos y cuando llegó a la puerta tropezó con alguien, se disculpó automáticamente e iba a seguir su camino cuando oyó una voz:

—Tienes mucha prisa, cabo Milà.

Levantó la vista y vio a Durán, que la miraba sorprendido.

—Perdona, no te había visto. ¿Vienes a ver a Víctor? —Él asintió—. Se ha despertado y parece que la cosa va bien, pero todavía es pronto para asegurar nada. Está con la familia, al menos los ha reconocido a todos y puede hablar.

Él soltó el aire contenido en sus pulmones en un suspiro de alivio.

—Me alegro mucho, el golpe que recibió fue salvaje, la tía esa tiene una fuerza tremenda, le dio con un palo de madera. Encontramos el trofeo, que pesa lo suyo. Los de la científica han dicho que había restos orgánicos. Estoy seguro de que los análisis confirmarán que pertenecen a Elsa, ya verás —sonrió con satisfacción.

Anna asintió.

—Lo tenéis bien atado, sí —reconoció.

—El tema de Elsa está claro, si esa bruja se recupera la juzgarán por el asesinato y la tentativa de homicidio de Víctor. Los compañeros de Barcelona se ocupan de la muerte del periodista, creo que tienen bastante para acusar a un par de policías nacionales, y en cuanto a Rincón, eso les va a llevar más trabajo, al menos hasta que no acaben los de la Nacional con la limpieza que tienen que hacer en su casa... Tienen para rato. —Hizo una mueca.

—Pues te felicito —dijo, sincera—. Tus jefes estarán contentos. —Él no dijo nada y se limitó a mirarla—. Eh... —dudó ella—. Esta mañana he ido a buscarte, pero no estabas en la comisaría. Romero me ha dicho que vas a venir a trabajar a Barcelona, me alegro por ti. —Durán la observaba con un destello de ironía en los ojos—. No sabía que... Bueno, que querías marcharte de Sant Feliu. —No pudo evitar un tono de reprobación, ya que con el traslado del inspector a Barcelona veía desvanecerse su oportunidad de formar parte del grupo de homicidios.

Él apartó su mirada hacia las escaleras del hospital y con las manos en los bolsillos le respondió, con estudiada indiferencia:

—Bueno, voy a hacer el mismo trabajo, pero aquí tengo compañeros muy válidos y me apetece este cambio. No he conseguido que Romero me siga, es mujer de costumbres fijas. —La observó—. No como tú.

—Ya, sí. —Pensó que lo mejor era marcharse cuanto antes y olvidarse del gruñón del inspector—. Retomaré el estudio, ahora que hemos cerrado este caso, falta que me hace. —Buscó en su bolso la tarjeta del metro—. Tengo que marcharme, gracias por haberme dejado participar, hasta la próxima. —Hizo un gesto de despedida y se dio la vuelta para dirigirse hacia

el semáforo.

—¿Quién ha dicho que esto se ha acabado? —preguntó él a su espalda.

Sorprendida, ella se volvió en redondo y lo miró, sin comprender. El inspector se acercó en dos zancadas y le espetó, con el ceño fruncido:

—Pensaba que habías dicho que te gustaba este trabajo y que tenías madera para estar ahí. Tengo que reconocer que lo has hecho bien, salvo tus momentos de indisciplina. —Anna abrió la boca, pero él alzó una mano—. Seguir la intuición no está mal, pero tienes que razonarlo todo al máximo. En esto no caben los golpes de suerte, a veces están ahí, pero no podemos funcionar de esa forma. Lo verás en el grupo de Barcelona.

—¿Qué? No te entiendo.

—No pongas esa cara, ¿de qué te sirve la intuición? —se burló—. Siempre falta gente, así que cuando se termine el papeleo ya puedes ir pensando en vaciar tu mesa de Sant Climent y decirle adiós a la comisaría del pueblo. Ahora no te pongas a llorar por la emoción, ¿eh? —bromeó.

Anna sintió que una sensación de alegría inmensa la inundaba.

—¡No seas gili...! —exclamó, y rectificó—: Perdón, no quería decir eso. —Él asentía, sonriendo—. Estoy sorprendida, no me lo esperaba, es... lo que había soñado —terminó con sencillez—. Muchas gracias, de verdad. —Estuvo a punto de darle un abrazo, pero se contuvo.

—Esto no es un regalo —le advirtió—. Es trabajo duro, no tener horarios y tener claro que cualquier día de la semana y a cualquier hora del día tienes que estar a tope si hay un caso. A veces es causa de divorcio —torció el gesto.

Ella asentía haciendo balancear su cola de caballo.

—No te fallaré, te lo aseguro.

—¿Lo celebramos con una cerveza? —propuso él.

—¡Sí, desde luego! —Se detuvo—. No, no puedo —recordó—. Tengo una cita...

Durán volvió a fruncir el ceño y en sus ojos apareció una expresión de desilusión.

—Vale, pues nada, otro día.

Anna sonrió maliciosamente y decidió decirle dónde iba aunque solo fuese para ver la cara que ponía.

—Voy a hacerme un tatuaje con el «señor X».

No pudo evitar soltar una carcajada cuando vio la sorpresa más absoluta reflejada en la cara de él.

—¿Qué? ¡No me jodas! ¿Estás segura? Que sepas que duele un huevo, todo eso que explican de anestésicos es un cuento chino, no hay nada que pueda mitigar lo que te hacen, que no es otra cosa que agujerearte la piel y llenártela de pintura —advirtió.

—Te veo bien informado —dijo Anna con sorna.

—Me lo han contando los chorizos —contestó él, evasivo.

—Ya, ya —pronunció ella, enarcando una ceja—. Sé lo del dolor y lo asumo. En estos momentos es lo que me pide el cuerpo, así que hasta la próxima, jefe.

El inspector la miró y pareció tomar una decisión.

—Iré contigo, no sea que se te ocurra hacerte un dibujo en un lugar visible. —Ella abrió la boca para protestar—. Como bien has dicho, soy tu jefe y tengo que asegurarme de que mi personal sea válido para trabajar. Anda, vamos. —Y la cogió del brazo para cruzar la calle a pesar de sus quejas.

## 5

El paseo Marítimo estaba lleno de gente que daba por terminada su jornada playera, de ciudadanos que disfrutaban del buen tiempo y, como siempre, de turistas. Sofía iba apurando su helado, el sol estaba próximo al ocaso, pero todavía hacía calor y el chocolate empapaba el cucurucho, goteando sobre su vestido, pero no le importaba. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Sonrió y alzó la mirada hacia Rivas.

—Te has manchado —comentó él mientras tiraba a una papelera el vaso del granizado que acababa de consumir.

—Ya me imagino —reconoció ella con los labios llenos de helado—. Pero me da igual, esto hay que disfrutarlo... Aunque no está la temperatura para entretenerse mucho.

Rivas se inclinó hacia ella, la cogió de la cintura y la besó.

—Mmm... Está buenísimo este chocolate, quiero más... —murmuró, y siguió besándola.

Sofía se apartó un instante y le sonrió.

—Ahora vamos a mancharnos los dos, señor inspector. Así no hay forma de terminarlo... ¿Y ahora a qué viene esta ansia de helado? Dicen que el cacao es sustitutivo del sexo, será que no has tenido bastante... —lo retó, provocándolo.

—Lo mismo te digo... Nunca es bastante —le susurró al oído—. Vamos.

La llevó hasta un banco próximo y se sentaron. Sofía se limpió como pudo el vestido con los pañuelos de papel que tenía en el bolso y se apoyó en Rivas, que la rodeó con un brazo. Contempló en silencio el cielo sin nubes y las gaviotas que planeaban sobre sus cabezas.

—Me gusta esta hora del día —comentó—. De niña, en primavera, me sentaba en el balcón de casa y miraba las golondrinas volar en círculos hasta que se iba la luz. Daba un poco de tristeza, era como el final de todas las cosas, no sé si me explico. —Volvió la cabeza para mirarlo.

—Eso te pasa por ser hija única, demasiado tiempo para ti sola. Cuando tienes una hermana que va todo el día detrás de ti para pelearse contigo, las cosas son distintas —sonrió Rivas—. No tienes tiempo para melancolías.

—¿Os peleabais mucho? —preguntó, curiosa.

—Todos los días, somos demasiado parecidos. Esto me recuerda que tengo que llamar a mi sobrino antes de que se marche a Irlanda, prometí dedicarle una tarde.

—Ahora podrás hacerlo. —Sofía se enderezó—. Se terminó la pesadilla, ¿no?

El inspector hizo una mueca.

—Por un lado sí, pero no puedes imaginarte hasta dónde llegan los tentáculos... Tenemos bastantes datos de la participación de los nueve policías, pero hay más, porque uno lleva a otro, fuera de esta ciudad, e incluso de la comunidad autónoma. Me tocará estar ahí, pero no con la misma intensidad, ya han llegado los que se van a ocupar del asunto. De todas formas no sabemos si Puerto y la rubia se han marchado definitivamente o si siguen por aquí —sonrió, sin ganas—. Al menos tú sí que has resuelto el asesinato.

Ella asintió.

—Pobre Elsa, han entregado el cuerpo a sus padres para el entierro. Su único pecado fue dejarse deslumbrar y luego se vio envuelta en algo de lo que no supo salir... Era tan joven... No tuvo tiempo de rectificar sus errores, qué injusticia. Qué hija de puta, esa Gloria —dijo con rabia—. Tú la conocías, ¿nunca pensaste que había algo extraño en ella?

Rivas pensó antes de contestar.

—No, la única que dijo que no le gustaba era Inés y debería haberle preguntado por qué, era muy sensible, captaba bien las emociones ajenas. Dudo mucho que nadie sospechase de lo que era capaz, ni siquiera Andrés, que supuestamente era el que mejor la conocía, o su madre. —Pensó en la

máxima «conócete a ti mismo» que había visto esa misma mañana—. Dicen que todos tenemos una parte oscura, pero la de algunos es muy profunda, sin fondo. Casi mejor no asomarse.

—Espero que esa loca se recupere para poder juzgarla como se merece. —Lo cogió de la mano y se la apretó—. Sé que no estás precisamente contento por el trabajo que has tenido que hacer, esos cabrones que se han cargado a tu amigo y el suicidio de Suárez... —se interrumpió, y buscó las palabras—. Antes has mencionado a Inés, nunca me has contado mucho, yo tampoco he querido preguntarte, no sé, pero quiero que sepas que si tienes ganas de hablar de ella o de cómo...

Él la interrumpió.

—Inés formó parte de mi vida durante años, eso no puedo borrarlo, y lo de Andrés me ha hecho revivir viejos recuerdos. Pero todo pasa y tal vez llegue el día en que deje de sentir remordimientos por su muerte. —Sofía iba a hablar y él le puso la mano sobre los labios—. Escucha. Lo que sí sé es que desde que te conozco he empezado a sentirme mejor, y que si no te tengo a mi lado te echo de menos. Y que los fantasmas son solo eso, fantasmas. —La besó con suavidad—. Y que hasta que no te canses de este tipo raro, me vas a ver a diario.

—Un poquito raro sí que eres, sí —murmuró Sofía—. Bueno, viniendo de ti, ese discurso no ha estado mal. ¿Eso es una declaración formal? —bromeó.

—Puedes estar segura. —Sonó el móvil de ella—. Alguien te llama.

—No, es el WhatsApp. —Abrió el bolso y miró el teléfono—. ¡Ah! Es Daniel, el forense —sonrió—. Me manda un chiste y añade que si nos vamos todos del juzgado, él tendrá que hacer lo mismo.

—¿Marcharos, quiénes?

—Paco, el secretario judicial, se jubila en breve, y no te lo he dicho: he pedido traslado al juzgado de lo penal de Barcelona. Ya estoy cruzando los dedos para tener suerte. —Guardó el móvil.

—¡Vaya! —se sorprendió Rivas—. No pensaba que te decidieras ya.

—He acabado harta de guardias, de sobresaltos, del viaje diario, de no tener tiempo para dedicarme a hacer bien las cosas, es agotador. —Miró el mar sin verlo, mientras por su cabeza pasaban las imágenes de lo que había vivido en Taulera en todos esos años—. No digo que no me guste mi trabajo, pero quiero vivir con más calma. Sé que lo echaré de menos, pero necesito parar un poco. —Se volvió hacia él.

—Tendrás trabajo —advirtió—. No creo que te aburras en un juzgado de

lo penal.

—No, de eso estoy segura, pero espero poder organizar mi tiempo de otra forma, más tranquila. Tendremos que disfrutar de la vida, ¿no cree, señor inspector?

—Me apunto a eso. —Le acarició el rostro, con la mano y los ojos—. ¿Estás segura?

—Mmm... No sé, tengo mis dudas, eres un poco... ¿Cómo lo diría? —Sofía fingió pensar—. Mejor no digo nada —bromeó, dándole un puñetazo en el brazo—. Me apetece arriesgarme. ¿Y a ti? —Se apartó un momento y estornudó—. ¿Has visto? Me explicó Daniel que en los antiguos oráculos griegos estornudar se consideraba un buen augurio, así que ya sabes... —se ufanó.

Rivas rio con ganas.

—Entonces hagamos caso de los dioses, no sea que nos castiguen. —La cogió de las manos y la miró con seriedad—. Vamos a necesitar tiempo para nosotros, Sofía.

—Todo el tiempo del mundo —contestó ella mientras lo besaba.

## 6

Las dos personas que estaban sentadas en un turismo negro, un hombre y una mujer, no perdían de vista a Sofía y a Rivas. El hombre, de pelo corto y gris, vestido con un fino jersey y unos pantalones del mismo color, les hacía fotos con una cámara profesional, ajustando el *zoom* para obtener una mayor claridad de imagen. Cuando se levantaron y fueron hasta la parada del autobús, esperó a que este llegara y fotografió también el número. Cerró la cámara y la guardó con parsimonia en su funda. Sus manos eran pequeñas, de dedos cortos y gruesos, pero las usaba con delicadeza. Dejó la cámara en la bandeja lateral y cogió el bastón que tenía a su lado. En silencio, acarició la empuñadura con aire pensativo.

La mujer sentada junto a él le dirigió una ojeada, el cuerpo tenso, cubierto por un vestido negro de tirantes que dejaba la espalda al descubierto. Jugeteaba con un móvil negro que consultaba de vez en cuando.

—¿Para qué necesitamos esas fotos? ¿Quién es esa mujer? —se impacientó—. No tenemos más tiempo. —Soltó el móvil en su regazo, puso las manos en el volante y lo asió con furia—. Vendrán a por nosotros... —Su voz se apagó.

—Sabes que todo es información, Darya, es fundamental que nos protejamos. Nunca está de más conocer a tu enemigo, y ese policía... —Entrecerró los ojos—. Nos puede ser útil en el futuro. Averiguaré quién es la mujer. —Hablaba con calma, deslizando sus manos a lo largo del bastón.

Ella movió la cabeza y emitió un sonoro suspiro.

—Te equivocas, esto está muerto; tenemos que marcharnos ya, no entiendo por qué insistes en que nos quedemos. Hemos fracasado, la red está desmontada y nos pedirán cuentas. Ese imbécil de policía no nos sirve para nada. ¡La hemos cagado bien esta vez! —exclamó con amargura.

Mirándola de reojo, esbozó una mueca que llenó su rostro de arrugas.

—Darya, querida, te he enseñado que nunca hay que darse por vencido, siempre hay una salida. Esto es una gran partida de ajedrez en un tablero inmenso, con la diferencia que las piezas se mueven libremente, sin reglas. Sabes que tengo muchos recursos y hasta ahora no nos ha ido del todo mal.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Sé que siempre sabes lo que haces, pero ahora no puedo darte la razón. —Irritada, señaló con la cabeza hacia la dirección que había tomado el autobús—. Ese tío es un idiota —insistió—, un poli que se cree que está por encima de los demás. No podrás llevarlo a tu terreno. Teníamos que haberlo matado, un entrometido menos. Quizá eso nos hubiera disculpado y ahora no estaríamos en esta situación. —Sus verdes ojos brillaban peligrosamente.

—No lo creo —suspiró él—. El mal ya estaba hecho. Cometí el error de confiar en quien no debía, presumí que había encontrado gente que estaba a la altura, pero no ha sido así —reconoció. Ella se volvió y lo miró, expectante—. Han cerrado las cuentas y el correo electrónico, estamos incomunicados. Debes saber que no van a quedarse quietos, quieren su dinero y algo más. —Apartó la vista de ella para no ver el temor en su rostro.

Darya pareció encogerse en su asiento y en un gesto nervioso se colocó el cabello tras las orejas.

—Veamos, pensemos con calma, podemos devolverles lo suyo y...

—No servirá de nada —la interrumpió él—. El dinero es una excusa. Pero todavía nos queda una opción, ya sabes... —Su expresión era de disgusto.

—No estarás hablando de *la Bestia*, sabes que no puedo soportar a ese cerdo de Andréi, me da náuseas solo verlo. Es un hijo de puta de los peores. Me niego a trabajar con él. —Meneó la cabeza.

El hombre de gris guardó silencio mientras miraba hacia el mar.

—Hay otra posibilidad. Tal vez sea el momento de cambiar el rumbo. Durante todos estos años te he arrastrado a esta vida porque no conozco otra —su sonrisa era amarga—, y soy demasiado viejo para cambiar. Pero tú —la miraba con cariño— eres muy joven, esto no es para ti, tienes un futuro por delante y ya has sufrido bastante. No quiero que llegue el día en que no soportes mirarte al espejo, porque si algo sé es que, si sigues en este negocio, eso llegará. Eres inteligente. —Alzó una mano y le acarició el cabello—. Te mereces algo mejor.

Ella empezó a temblar y habló, suplicante:

—No quiero un futuro en el que tú no estés. Estamos juntos en esto hasta el final, Emil. Pensaremos algo, ya se nos ocurrirá una salida, pero no me dejes sola; no podría soportarlo, otra vez no —afirmó, los ojos llorosos.

—Ven aquí —dijo él, soltando su bastón.

La atrajo hacia sí y le rodeó los hombros con el brazo izquierdo, acunándola como si volviese a ser una niña. Sabía lo que pasaba por su cabeza. Los gritos de su madre mientras la violaban, la sangre en el suelo, el vientre reventado de su hermano, ella con una muñeca en los brazos, el terror más absoluto, el rugido de las armas en la cálida noche de verano del día en que celebraba su octavo cumpleaños.

—No dejaré que te pase nada —susurró—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿no es cierto? —Ella asintió, la melena cubriéndole el rostro—. Te salvé una vez y volveré a hacerlo si es necesario. Recuerda, nunca subestimes el poder del dios.

—¿De verdad crees en esas historias? —preguntó ella con una voz tan débil que no parecía la suya.

El hombre pensó antes de contestar, mientras le acariciaba el cabello con la mano libre, y le dio un beso en la frente.

—¿Por qué no? Te enseñan las miserias de los hombres, a medir tus movimientos, hay que saber leer entre líneas. ¿Acaso no son todas las religiones una superstición? —El tono era amargo—. ¿Dónde estaba el dios de tu madre, cuando te salvé? Los dioses somos nosotros, los que estamos llamados a dirigir a los demás. —Su mirada se endureció—. Recuerda a Orwell: «El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo» —citó—. Y más aún: «El objeto del poder no es más que el poder». Todo está inventado ya, los griegos lo sabían, el hombre nunca dejará de ser como es, tan solo hemos cambiado las ropas y las maneras, pero... —Volvió a besarle la frente—. No temas, mi niña, cuidaré de ti como siempre he hecho —le aseguró. Ella no

contestó, pero el temblor de su cuerpo cesó.

Ambos permanecieron en silencio mientras llegaba el ocaso y se oían los graznidos de las gaviotas que volaban hacia el mar. El hombre cerró los ojos y su mente se trasladó a la noche en la que perdió a su amor, la preciosa Kira, a la que ni siquiera pudo enterrar y menos aún llorar. Desde esa fecha, 8 de agosto de 1993, el mundo había dado una vuelta de ciento ochenta grados para él; había tenido que hacerse más fuerte. «La debilidad se castiga con la muerte», se recordó.

## 7

*Todavía se oían disparos, aunque mucho más espaciados ya. Las chicharras habían interrumpido su canto y el bosque que rodeaba la finca de Yuri estaba en silencio. Bajó del coche y esperó a que sus hombres se adelantasen, con las armas en la mano. El cuerpo le pedía entrar corriendo, coger a Kira y a Darya en sus brazos y ponerlas a salvo. Pero se contuvo, no podía demostrar excesivo interés en ellas, aunque sospechaba que el Vor sabía algo, por eso había mandado a los demás a hacer el trabajo y tuvo que esperar la hora más larga de su vida mientras oía los gritos y el estruendo de las ametralladoras. Se sorprendió a sí mismo rezando, no sabía a quién o a qué, con desesperación, tragando saliva, llorando por dentro pero manteniendo el rostro impassible. Ninguno de sus hombres podría decir que estaba conmovido, aparentaba una concentración extrema que le salvaría la vida, o eso esperaba.*

*Recorrió los cuidados jardines, salpicados ahora de cuerpos reventados, bañados en sangre. La venganza era clara, una señal para todos: «Mirad lo que le pasa al que se atreve a traicionarme», esa había sido la consigna, la que el imbécil de Yuri no quiso entender nunca y que había significado su ruina y la de su familia. Al llegar a la casa gritaron para advertir de su presencia, y los hombres salieron haciendo la señal de victoria con los dedos y alzando sus armas, mientras con grandes carcajadas relataban cómo habían torturado a Yuri hasta matarlo delante de los suyos, para que vieran lo que les esperaba.*

*—¿Y su familia? —preguntó en ruso, aparentando una indiferencia que no sentía.*

*—Al hijo le hemos reventado la cabeza después de cargarnos a su padre, y la mujer... —contestó uno de ellos, y esbozó una sonrisa lúbrica—. Nos la*

hemos follado todos, cómo gritaba la cabrona. —En su mirada bailoteaba el recuerdo.

Emil sintió que su autocontrol lo abandonaba y, ante el asombro de sus hombres, cogió al que había hablado por la camiseta y lo empujó contra la pared mientras vociferaba:

—¡Las órdenes eran matar a Yuri y a sus hombres, no a la familia! ¡Hijo de puta! ¿Dónde están?

El otro, casi sin aliento, hizo un gesto con la cabeza indicando el piso de arriba. Lo soltó y fue hasta las escaleras, que subió de dos en dos, con el corazón que iba a salirse del pecho. Olía a sangre y a pólvora. Más cuerpos rotos en el suelo. Alcanzó a ver el del hijo de Yuri, solo tenía trece años, lo reconoció por su largo cabello rubio, cubierto de sangre y los brazos y piernas abiertos en ángulos extraños. Apretó los dientes y apartó la vista. Con cuidado, fue hasta el dormitorio, que conocía bien.

Su mente le devolvió el recuerdo de aquel verano en el que la fragancia de las flores impregnaba la casa y el cuerpo de ella, su amada; aquellos días en los que fueron uno, en que se juraron un amor eterno que mantenían oculto, siempre con la esperanza de poder escapar juntos, un amor del que nació Darya, idéntica a su madre, una pasión de la que Yuri nunca sospechó nada.

Sobre el lecho estaba Kira, desnuda, el rostro hinchado por los golpes, el cuello quebrado, las piernas abiertas, y los brazos, rodeados por las sábanas a modo de cuerdas, inmovilizados en el cabezal. Se acercó, susurrando su nombre, y con cuidado le apartó el enredado cabello del rostro en una caricia. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, libres ya, mojando el cuerpo inerte de ella, sus bellos ojos azules, como el cielo de verano, abiertos y sin vida, en un grito de horror silencioso. Y él no había estado allí para salvarla, se repetía, mientras sus crispadas manos la cubrían con las sábanas.

Se sintió miserable y se odió. Pensó en alzar la pistola y metérsela en la boca. Sería lo mejor, acabar con todos esos años de guerra, de andar con tiento, de escalar posiciones en la jerarquía de la organización. Pensó en su padre, pescador del Cantábrico; volvía a ver ahora sus ojos profundos, la piel arrugada como un pergamino. Recordó su mirada sabia y triste posarse en él, en un hijo que odiaba el mar, el olor de la brea, la incertidumbre y las noches de temporal, al que solo le interesaba leer viejos mitos anticuados y que se perdería en un mundo de traición y falsa ganancia; un mundo que lo

*había llevado a convertirse en el lugarteniente fiel, con un historial de muertes incontables, para lo que hacía falta un corazón endurecido a fuerza de golpes. Y él había seguido ese camino, abandonándolo todo, y ahora, a los cuarenta y tres años, no había construido nada, nada que valiera la pena. El único amor de su vida estaba roto. Justo el día en que Darya, la hija de ambos, cumplía ocho años. Darya.*

*Se levantó y la llamó. Abrió los armarios, pero no la encontró. Entonces oyó una voz infantil que decía su nombre. Se agachó y miró debajo de la cama. La niña estaba allí, con su vestido blanco de cumpleaños manchado de sangre, abrazando una muñeca de trapo. Lo miraba con ojos enloquecidos y él le tendió los brazos. Temblaba como una hoja y le costó salir, pero cuando lo hizo se aferró a él. La abrazó contra su pecho y la sacó de la habitación para que no viera a su madre. La niña estaba muda y rígida, mantenía los ojos abiertos, como si no fuera capaz de cerrarlos, y se agarraba a su cuerpo con desesperación.*

*En el pasillo, Emil estuvo a punto de pisar el marco hecho añicos de una fotografía que no había visto antes. Se agachó con cuidado para no soltar a Darya y la recogió. En la imagen aparecían Kira, Darya y su hermano, los tres sonrientes junto a un Audi último modelo; debía de ser una foto tomada en primavera. La sacó del marco, la guardó en el bolsillo de su pantalón y empezó a bajar la escalera.*

*La niña temblaba ahora en sus brazos. Él acercó la boca al oído y le susurró:*

*—No te dejaré, nadie te hará daño, te cuidaré siempre, cariño. Siempre.*

## AGRADECIMIENTOS

A Gregori, a Carlos, a Roger y a toda la gente de la editorial Alrevés por creer en esta historia y por la ilusión y esfuerzo que ponen en todo lo que hacen.

A Desirée, por inspirar el inicio de esta trama.

A Miquel, por su sabiduría forense.

A Montse y a Carlos de Mossos d'Esquadra, y a Alejandro de la Policía Nacional, por hacerme notar los errores y por darme su opinión sincera.

A Sergi, buen lector de novela negra, y uno de los primeros en tener en sus manos lo que en su día fue un borrador y le gustó, lo que viniendo de él, es importante.

A todos los amigos/as que me alientan a seguir en el oficio de escribir.

A mi familia, que es mi equilibrio.

Y a ti, lector, porque disfrutas leyendo historias, viviendo otras vidas y soñando despierto. No dejes de hacerlo.



Graziella Moreno (Barcelona, 1965) quería estudiar Periodismo, pero por un error de cálculo empezó Derecho, que le gustó, sin dejar de escribir a ratos perdidos. Conoce las tripas de la administración de Justicia desde 1991, año en que empezó a trabajar como funcionaria, y ya en 2002, como juez. Ha estado destinada en los juzgados de Amposta, Gavà, Martorell y Barcelona y se ha especializado en derecho penal.

Escribe relatos y artículos en revistas y diarios digitales. Publicó su primera novela en 2015, *Juegos de maldad* (Grijalbo), que fue nominada a mejor novela negra de 2015 en el festival de Cubelles Noir y recibió una mención especial del jurado. En 2016 publicó *El bosque de los inocentes* (Grijalbo), y en 2017, *Flor seca* (Alrevés), continuación de los personajes de la primera.

### **Flor Seca**

El descubrimiento del cadáver de una mujer cubierto con pétalos de lavanda y la cara destrozada por una brutal paliza, será el detonante que sacará a la luz un caso de corrupción en el Cuerpo de Policía Nacional.

Sofía, la juez que deberá encargarse del caso, está cada vez más deseosa de dar un paso adelante en su vida profesional y personal, pero esta investigación junto a los Mossos d'Esquadra le inculcará muchas dudas, incluso sobre su amigo Rivas, el policía nacional al que se le encarga una misión muy especial a fin de averiguar quién mueve los hilos de la trama

corrupta y que lo llevará al límite.

Toda investigación conlleva dificultades, pero para Anna y Víctor, dos jóvenes *mossos d'esquadra*, esta será un particular rompecabezas difícil de resolver y no exento de peligros; cuando distintos cuerpos sospechan unos de otros, surgen muchos recelos.

Planeando sobre todos ellos, la sombra de los que se aprovechan de las debilidades humanas para conseguir dinero y poder. Nadie está a salvo, todo el mundo tiene un precio y este es, a menudo, demasiado alto.

Graziella Moreno nos brinda una novela que habla sin reparos ni atajos sobre la fragilidad humana, las tentaciones y las cárceles del alma.

# Table of Contents

## FLOR SECA

23 de mayo del 2015

5 de junio del 2015

6 de junio del 2015

7 de junio del 2015

8 de junio del 2015

9 de junio del 2015

10 de junio del 2015

11 de junio del 2015

12 de junio del 2015

13 de junio del 2015

14 de junio del 2015

AGRADECIMIENTOS